

FURIA EN LAS TINIÉBLAS

Una historia inspirada en hechos reales sobrenaturales

A.R. PROULX

FURIA EN LAS TINIEBLAS

Una historia inspirada en hechos reales sobrenaturales

A.R.PROULX

Contenido

- [1 Sombras en la oscuridad - París, Francia, 2020](#)
 - [2 El brote - París, Francia, 2020](#)
 - [3 Diario de un extraño - París, Francia, 2020](#)
 - [4 Destrucción y muerte - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020](#)
 - [5 Un insondable abismo - París, Francia, 2020, Cory Fontaine](#)
 - [6 Louissette Fontaine - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020](#)
 - [7 Seres sobrenaturales - París, Francia, 2020](#)
 - [8 La opresión - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020](#)
 - [9 Cecile - París, Francia, 2020](#)
 - [10 Primeras pruebas - París, Francia, 2020](#)
 - [11 Fuerzas superiores - París, Francia, 2020](#)
 - [12 Cory Fontaine - París, Francia, 2020](#)
 - [13 Dean Antoine - París, Francia, 2020](#)
 - [14 Corrientes espirituales - París, Francia, 2020](#)
 - [15 Gran Amphithéâtre - París, Francia, 2020](#)
 - [16 L'église du monde - París, Francia, 2020](#)
 - [17 Carne de mi espíritu - París, Francia, 2020](#)
 - [18 L'église Arbre de Vie - París, Francia, 2020](#)
 - [19 El Libro - París, Francia, 2020](#)
 - [20 Ciencia y teología - París, Francia, 2020](#)
 - [21 IMAGNETONIC - París, Francia, 2020](#)
 - [22 Dr. Bugner - París, Francia, 2020](#)
 - [23 El reino de lo sobrenatural - París, Francia, 2020](#)
 - [24 Ditrik Bajnok - París, Francia, 2020](#)
 - [25 Nicolás Poustá - París, Francia, 2020](#)
 - [26 La Sociedad Secreta del Libro - París, Francia, 2020](#)
 - [27 Espíritus inmundos - París, Francia, 2020](#)
 - [28 Los dragones - París, Francia, 2020](#)
 - [29 El padre de las tinieblas - París, Francia, 2020](#)
- [Nota sobre los personajes](#)
- [Acerca del autor](#)

*A Jesucristo, mi Salvador
A mis padres con profundo amor*

Desde niño presentí que viviría una guerra, pero nunca imaginé qué clase de guerra. Al principio me pareció una fábula, algo que pasaría de largo; sin embargo, tras una exhaustiva investigación y una constante observación de la realidad, me he percatado de que esto ha rebasado al ser humano. ¿Quién iba a imaginar que éste era el principio del fin? Un mal que había llegado para quedarse. Lo inconcebible es que muchos perecieron por ignorancia, ¿o acaso es que aun conociendo lo que le esperaba a la humanidad no se tuvo la fuerza necesaria para vencerlo? ¿O se necesitaba otra clase de arma? Es la vida misma contada desde los lugares más aterradores de la tierra, del cielo y del infierno.

Cory Fontaine

“Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de mares negros e infinitos, pero no fue concebido que debiéramos llegar muy lejos. Hasta el momento las ciencias nos han causado poco daño; pero algún día, la reconstrucción de conocimientos dispersos nos dará a conocer tan terribles panorámicas de la realidad, y lo terrorífico del lugar que ocupamos en ella, que solo podremos enloquecer como consecuencia de tal revelación, o huir de la mortífera luz hacia la paz y seguridad de una nueva era de tinieblas”.

La llamada de Cthulhu, H. P. Lovecraft

1 Sombras en la oscuridad - París, Francia, 2020

El cuerpo de vigilancia entró en el modesto apartamento de Amanda Thompson, situado en las arterias del barrio Latino. El hecho de que en el pasado reciente se hubieran producido un par de crímenes cerca de la zona alzaba mayores sospechas y despertaba la curiosidad e interés de los investigadores. Aunque en este caso nadie hubiese perdido la vida durante el ataque, el hecho de ver a tres jóvenes universitarios en peligro de muerte tras ser violentados alertó a la policía y de inmediato, se abrió una investigación para tomar cartas en el asunto.

El jefe de oficiales, el agente Dean Antoine, y su equipo llegaron expectantes a la escena del crimen. Recogieron huellas y tomaron muestras minuciosamente. Mientras lo hacían, se percataron de que se trataba de un caso fuera de lo común, lo cual lo convertía en un reto mayor, en un verdadero enigma por resolver. Recopilaron fotografías y recorrieron despacio el piso, sin dejar de mostrarse desconcertados ante las pruebas.

El jefe Dean se detuvo al entrar en la habitación de Amanda cuando escuchó un sonido que provenía de un aparato electrónico, vio que se trataba de un dispositivo con forma de ordenador que emitía rayos y luces. Se acercó con cautela, como si fuese a desactivar una bomba. Al sentir el calor que despedía el ordenador comprobó que llevaba tiempo encendido sin necesidad de energía eléctrica, así que se acercó un poco más para observarlo, tocó los cables que estaban conectados al aparato y retrocedió esperando alguna reacción, sacudió el dichoso *mouse*, que dormía sobre su alfombrilla sintética, y solo entonces la máquina despertó. Se quedó boquiabierto mirando en la pantalla del ordenador una serie de figuras que se asemejaban a los doce signos del zodiaco occidental. Una leyenda secundó la primera imagen: “Nacer, morir, renacer aún y progresar siempre, tal es la ley. Kardec”. Al jefe Dean le pareció la cosa más extraña que había visto durante sus años ejerciendo como oficial de policía y como líder del cuerpo de detectives. Una voz que se escuchaba desde el pasillo se sentía cada vez más próxima.

—¡Hemos terminado, jefe! —el oficial le pilló boquiabierto observando tan mágico y peculiar aparato como si estuviese contemplando el mismo universo—. ¿Eso qué es? ¿Qué mira con tanta atención? —preguntó después de lanzar un grito al aire para advertir a los compañeros que esperasen.

El jefe Dean apartó sus ojos del dispositivo y clavó sus pupilas en las del oficial mientras expresaba con solemnidad:

—En los años que llevo como dirigente de un cuerpo de investigación jamás había visto algo así. —El rostro del oficial se tornó serio, pues no entendía de qué hablaba. El jefe desvió su mirada hacia la ventana de la habitación y enmudeció.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial sin apartar la vista del ordenador.

El jefe Dean tuvo un ligero presentimiento, pero no quiso pronunciar palabra alguna porque sabía que, en su profesión, cualquier comentario era tomado con seriedad, como una muestra más que incorporar al expediente. Ante su silencio, el oficial dejó de insistir porque nunca se debía presionar a un compañero. Cada quien tenía derecho a sacar sus propias conclusiones basándose en su experiencia profesional, aunque mucho de ese trabajo se servía de la intuición y la observación: en ese sentido, cualquier sospecha podría estar cerca de la verdad. Le invadió una inusitada curiosidad por averiguar más sobre los jóvenes, en qué instituciones estudiaban, antecedentes familiares, con quiénes se relacionaban, pasatiempos, mascotas... Infirió para sí que ese suceso se trataba de algo mucho más importante que no había comenzado la misma

noche en que ocurrió el ataque. Su intuición le decía que existía una historia lóbrega detrás de lo que ahora se reducía a tomar unas cuantas muestras en un misterioso lugar del barrio Latino de París. Entrar en ese apartamento era casi como estar en una cueva llena de fuego, un lugar impregnado de oscuridad y un terror abrasador. Necesitaba con urgencia comenzar un interrogatorio con los jóvenes, leer sus gestos, interpretar sus miradas, percibir el terror o la incertidumbre que padecían, incluso de forma inconsciente. Sintonizar cada palabra que pronunciaran con los hechos.

El oficial entendió que el jefe Dean hacía su propia labor. Examinaba el lugar, negaba con la cabeza de vez en cuando, se mordía los labios anunciando una posible confusión, intercambiaba miradas con los agentes, se aclaraba la garganta, se detenía a observar algún objeto y se mantenía quieto como si lo estuviese estudiando.

—Lo vemos afuera, jefe —expresó el oficial sin esperar una respuesta, solo un afirmativo movimiento de cabeza por parte del jefe Dean, pero en esta ocasión ni siquiera recibió eso.

El jefe Dean abrió uno de los cajones del escritorio de Amanda, encontró una caja metálica con algunos post-it en tonos iridiscentes que despertó su curiosidad. Al levantarla, un sobre de papel en color crema robó su atención. La palabra Kardec fue trazada con letra cursiva y tinta en color carmín. Sin pensarlo dos veces lo abrió y por la fecha notó que la carta era reciente. Empezó a leer y con la primera línea fue suficiente para agregarla a la lista de objetos que servirían como prueba para dar con la verdad. La guardó en su saco y se dirigió hacia la salida del apartamento. Cuando llevaba unos pocos metros de pasillo recorridos vio un pequeño rincón ligeramente oscuro y pensó, molesto, que era probable que los oficiales lo hubiesen pasado por alto. Luego, dejó escapar su enojo recordando lo hábiles que eran para resolver casos: hasta ahora nunca lo habían dejado mal parado.

Encendió la luz y vislumbró una sombra que se mantenía quieta. Volvió a apagarla y se percató de que la sombra aún seguía inmóvil. La intensidad de su negrura destacaba en la oscuridad, como la estrella más brillante en un cielo despejado, una sombra densa y pesada, dañina cual veneno y que podía resultar tan agresiva y filosa como la hoja de un cuchillo. Se sintió acorralado, no podía emitir sonido alguno. Ni pestañear siquiera. En tan solo unos segundos la sombra desapareció. El jefe Dean tragó saliva intentando a toda costa no hacer un solo movimiento. Se asomó despacio, sin lograr vislumbrar aquella sombra que casi lo deja sin aliento. Respiró hondo y empezó a relajarse no sin dificultad. Dio un paso atrás y pensó de nuevo en sus sospechas.

El oficial regresó al apartamento extrañado por la demora del jefe Dean, su intención era apresurarlo, pues debían acudir a una calle vecina para abrir otro caso o, en su defecto, avisarle que él y los demás oficiales se adelantaban.

Dean volvió a analizar el lugar queriendo grabar las imágenes en su memoria, como si nunca fuese a regresar. Cuando cerró la puerta se quedó petrificado como una estatua al ver algo inesperado reflejarse en ella. No quiso voltear, simplemente no podía, no se lo impedía solo el terror, sino también la misma sensación de pesadez que transmitía ese bulto clavado en la oscuridad. Le aterraba escuchar, ya lejos, las voces de sus colegas, solo quedaba su patrulla y la luz amarilla que titilaba cada dos segundos.

Cerró los ojos y metió la llave en la cerradura haciendo apenas ruido y un mínimo y cauteloso movimiento. Al girarla sintió un frío cortante y matador como una navaja rozando su piel. Abrió los ojos y no vio a nadie. Sus manos sudaban y temblaban. Se giró hacia la puerta, la silenciosa sombra seguía ahí.

2 El brote - París, Francia, 2020

—Hay pocas probabilidades de que el joven sobreviva —comentó el médico a Karmele, que de inmediato sintió un nudo en la garganta. No concebía perderlo, era su único nieto varón y de sus nietos el que más la buscaba, y con quien mejor se entendía (al menos eso creía), Cory ocupaba en su corazón ese privilegiado lugar que dejó su difunto esposo.

Se sentó en una silla dura e incómoda en el área de urgencias del hospital, se inclinó sobre sus piernas, entrelazó sus artríticas y arrugadas manos, y recargó su cabeza en ellas. Cerró los ojos suplicando con una reverente oración por la vida de su nieto cuando sintió una mano sobre su hombro, volteó y vio que era Nicolás. Había llegado al hospital en compañía de dos agentes del cuerpo de vigilancia que aún investigaba lo sucedido.

La televisión estaba encendida, las voces de los medios de comunicación alertaban ante un nuevo mal que acechaba a la humanidad y apenas se le podía identificar.

—Qué terrible. Esto es una pesadilla. Dios mío, ten piedad de nosotros y ayúdanos. Aparta el mal de este lugar y concede vida a mis nietos —suplicaba la anciana entre dientes mientras miraba atenta la pantalla del televisor y escuchaba el desastre que arrastraba al mundo.

—Nadie comprende aún lo que está pasando, confiemos en Dios, hijo, y en que obrará un milagro sobre nuestro amado Cory. —Karmele tomó a Nicolás del brazo y caminaron por un pasillo que los conducía hacia el vestíbulo del hospital.

Exhalando un suspiro, la anciana le expresó a Nicolás que últimamente su salud se había deteriorado y que, si su nieto no lograba sobrevivir, ella preferiría morir. La anciana abrió los ojos como si hubiese visto un espectro.

—Nicolás, por favor, te suplico, cuéntame con lujo de detalles qué pasó esa noche. No logro entender. ¿Qué sucedió con los muchachos? —los azulados ojos de Karmele lo miraban ansiando una vez más encontrar una respuesta congruente a lo ocurrido.

—Por más que quisiera contar lo sucedido, solo tengo presente una parte de la historia, de esa maldita historia que ahora nos tiene aquí.

—Lo que sea que recuerdes es importante para mí. ¡Por favor, Nicolás! Te lo suplica una anciana que empieza su agonía.

Nicolás la miró sintiendo compasión por ella.

Se abrió la puerta que separaba la unidad de cuidados intensivos de la sala de urgencias y salió un médico que confirmaba a Karmele un diagnóstico positivo para Cecile. Su estado de salud evolucionaba favorablemente. Por lo contrario, el de Amanda empeoraba y Cory aún seguía entre la vida y la muerte.

—El golpe que su nieto recibió en el cráneo fue muy agresivo, no entiendo de dónde salió esa fuerza que dejó inconsciente al joven —expresó el médico sintiendo un cierto desatino en sus palabras.

Karmele rompió a llorar. Sentía que la vida se le iba con cada opinión médica que recibía. El doctor retrocedió y solicitó un favor a su asistente para atender a otro paciente.

Nicolás abrazó a la anciana y empezó a contarle lo poco que sabía de la historia.

—Esa noche Cory nos citó a Cecile, a Amanda y a mí en el apartamento de Amanda. Cuando llegué y abrí la puerta tuve que atravesar un pasillo oscuro, tan oscuro como boca de lobo, que parecía un corredor de muerte. Un silencio mudo que le guardaba luto a una pena se había

adueñado de ese lugar. Subí las escaleras despacio, el ambiente se sentía tenso, como si algo extraño estuviese pasando, la oscuridad crecía con rapidez y una atmósfera lúgubre abrazaba el entorno. Me sentía incómodo —Karmele frunció el entrecejo—. Me asusté al ver sangre y entonces me apresuré hacia donde estaban ellos —la anciana no parpadeaba—. Me desconcertó sobremanera verlos en el suelo en un estado de inconsciencia, no sabía qué hacer, no sabía lo que había pasado, así que sacudí a Cory, me incliné para ver si respiraba; seguido revisé a Amanda, y después a Cecile, pero ninguno reaccionaba y mi mente se bloqueó. Lo primero que se me ocurrió fue tomarles el pulso, intenté tranquilizarme. Había objetos dispersos por todas partes, los muebles estaban desacomodados. También recuerdo una Biblia abierta, daba la impresión de que la habían aventado.

—¡Santo Dios! —imperó Karmele—. ¡Qué terrible! ¿Cómo fue que llegó la policía? Dios fue bueno, hijo.

—¡Ah! Escuché el sonido de un móvil que vibraba, no sabía de quién era, lo busqué hasta encontrarlo. Era el móvil de Cory. Me atreví a responder y después de recibir la noticia por parte del cuerpo de vigilancia de que habían encontrado a su madre, supliqué ayuda y le di la dirección al cuerpo de vigilancia. Por fortuna no tardaron en llegar, como si sospechasen lo sucedido; quizá por ser el barrio Latino les haya llamado la atención.

—¡Dios mío! ¡Qué angustia! Si no hubieses ido... no sé dónde estaríamos. —La abuela cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Veo la gracia y misericordia de mi Dios. ¡Alabado sea!

Enmudecieron y se quedaron pensativos, solo esperando noticias.

La puerta corrediza que daba al estacionamiento del hospital se abrió y entró un joven que, desconcertado, preguntó por Amanda Thompson en el mostrador de la sala de urgencias; detrás de él venía un señor de mayor edad.

Nicolás, al escucharlo, se levantó del incómodo sillón y se dirigió hacia él.

—He oído que buscan a Amanda.

—¿Cómo está? ¿Dónde está? —Oswin lo miró con una profunda tristeza, sintiendo pena por la desgracia ocurrida.

—En terapia intensiva. Nos han informado que estable. Pero no bajemos la guardia. —afirmó Nicolás.

Oswin, quien pensó que seguía siendo el mejor amigo de Amanda, y quien había llegado desde Londres al recibir la trágica noticia, lo lamentó con la mirada.

—Soy Nicolás, un placer —le estrechó la mano a él y al señor que lo acompañaba y los llevó a donde estaba Karmele.

—Ella es Karmele, la abuela de Cory, el mejor amigo de Amanda. —Nicolás los presentó.

Oswin, sintiendo la incomodidad del comentario, estrechó la mano de la anciana.

—Encantado de conocerla, señora. Mi nombre es Oswin y conmigo viene el señor Spencer. —El señor Spencer estrechó la mano de Karmele sintiendo compasión por la pobre mujer.

El médico regresó a la sala de espera para informarles del estado de los jóvenes. Oswin suplicó poder visitar a su entrañable Amanda, para lo cual obtuvo permiso siempre que fuera en el horario de visitas. Karmele siguió el ejemplo de Oswin y repitió con excitación la súplica por visitar a su nieto. El señor Spencer, atento a las noticias, tranquilizó a Karmele, quien parecía perderse en la turbulenta marea de un profundo mar.

Mientras tanto, los medios de comunicación seguían anunciando que el gobierno chino había cerrado la ciudad de Wuhan debido a un brote vírico que se mantenía bajo control y que solo

afectaba a una decena de personas vinculadas a un mercado de animales vivos. Ya habían sido ingresadas varias personas en hospitales con fiebre alta y neumonía.

El señor Spencer se comunicó con Charlotte, la tía de Amanda quien residía en Londres, y prometió mantenerla al tanto del estado de salud de su sobrina.

Llegó el momento que tanto esperaban cuando vieron a la asistente del médico salir a la sala de espera para anunciar el ingreso de visitas a terapia intensiva. Oswin se apresuró hacia el cubículo de Amanda y Karmele, con un notable esfuerzo, fue a donde Cory. Nicolás y el señor Spencer permanecieron en la sala de espera haciéndose mutua compañía.

Amanda sintió a alguien cerca de ella. Despacio, levantó la mirada y se alegró de ver a Oswin. Sin poder moverse mucho, con sus ojos verdosos que brillaban como lunas, le hizo sentir su inmensa alegría por volverlo a ver.

—Tranquila, Su Alteza... —ambos rieron—. Cuéntame, ¿en qué te metiste? Y no me vas a decir que no ha pasado nada. —Oswin conocía las oscuras intenciones de su adorada Amanda—. Tío Pani vino conmigo. —Amanda volvió a sonreír—. Te extrañamos, Amanda, Londres no es lo mismo sin ti, las chicas anhelan verte en acción.

Amanda sentía impotencia por no poder hablar a causa de la debilidad física que sentía, le dolía en su corazón saberlo, sin embargo, lo escuchaba con atención. Ligeros sonidos que emanaban de su boca le hacían ver a Oswin que Amanda lo escuchaba y afirmaba sus respuestas.

—¿Y Cory? ¿Preguntas? —Oswin sabía leer los ojos de Amanda y después del comentario que hizo Nicolás, imaginó que se trataba de él—. Cory está estable, estamos esperando noticias —se negó a decirle la verdad para no alterarla.

Estando a unos metros dentro de la habitación, Karmele miraba a su nieto tendido en la cama de hospital, con los ojos cerrados y parte de la cabeza vendada. Por el brazo izquierdo le administraban suero y distintos medicamentos. Los latidos de su corazón eran constantes.

—Hijo querido, despierta, mi pequeño. Te necesito tanto. —La abuela entrelazó sus dedos con los de él y oró en silencio con los ojos cerrados.

La enfermera ingresó al cubículo para anunciar que el tiempo de visita había terminado y que la anciana debía salir, no obstante, podían regresar por la mañana.

Por un momento Karmele retrasó su salida, cerró los ojos y apretó la mano de Cory, aferrándose a él. Nicolás la esperaba en el pasillo para ayudarla a caminar, le ofreció su brazo y le sugirió acompañarla a casa.

El señor Spencer, al ver el rostro de la afligida mujer, pensó en invitarlos a cenar para despejar la tristeza de los pensamientos y la desesperanza del corazón. Muy a su pesar, Karmele asintió para evitar una descortesía con los recién llegados.

De camino al restaurante Karmele traía a la memoria todas aquellas ocasiones en las cuales había convivido con su nieto, al tiempo que se preguntaba por qué Cecile seguía renuente a todo lo proveniente de Dios; recordaba a su marido, meditaba en lo efímera que era la vida e iba descubriendo entre sus pensamientos divagantes lo superficial que era su vida. Recordó su última conversación con Cory. ¿Qué tan cierto era que estaban siendo engañados? Que la fe que ahora tenían no era una fe establecida en el fundamento de la verdad. ¿Y qué podía decirse de las figuras que representaban a la Iglesia? ¿En qué clase de farsa estarían involucrados?

El resplandor de la Torre Eiffel los deslumbró como si hubiesen visto un sol radiante.

Llegaron a un cálido establecimiento francés, un pequeño restaurante propiedad de Karmele

que más bien parecía una extensión de su propia casa, decorado con sutil elegancia y sumamente acogedor y, aunque la anciana no gozaba de gran apetito, hizo un esfuerzo por cenar algo, pues solo deseaba llegar a casa y dormir. En alguna medida agradeció el gesto del señor Spencer para no volver a su ahora solitario apartamento. Para ella, verse inmersa en la soledad a su edad resultaba frustrante y aterrador, era como tenerlo todo y aun así sentirse vacía, lo peor que podía vivir un ser humano.

El señor Spencer notó la tristeza que bombardeaba los corazones de sus recién conocidos y decidió aminorar su pena haciendo comentarios de lo bella que le resultaba la ciudad de París. Platicaba anécdotas de cuando era más joven y de cómo fue que emprendió en la docencia; quizá con ello olvidarían lo penoso de la situación. Nicolás los escuchaba a todos, observaba y pensaba en Cory y en lo dramático de aquella noche terrorífica. De vez en cuando volvía a su memoria el ruido de las sirenas que escuchaba desde el apartamento de Amanda, pensaba en esa conversación que tuvo con Cory en el tren el día que se reencontraron después de años y de cómo se burlaba de él. “¿Qué era cierto ahora y qué era mentira?”, se preguntaba.

Oswin estaba absorto, como cayendo en un pozo sin fin. Acariciaba el borde de su vaso sintiendo lástima por la situación y preguntándose por qué Amanda no se sanaba a sí misma ahora que lo necesitaba. La extrañaba tanto, nada resultaba más doloroso que ver sufrir a quien más quieres y no poder hacer algo.

Nicolás trataba de atar cabos, intentaba recordar detalles, escenarios pasados, personas, palabras y frases dichas a Cory por el profesor Carsten Berthorld. Pensaba en esos seres de bajo astral de los que Cory hacía mención. Todo era demasiado confuso.

Karmele apenas probó bocado, la tristeza la consumía y solo deseaba que su nieto viviera, incluso en silencio suplicaba al Creador que la recogiera a ella de este caótico mundo y no a él. El Sr. Spencer la miró por última vez y al verla de nuevo perdida en sus pensamientos, decidió callar. Después de preguntar si deseaban algo más para comer, solicitó al mesero el total de la cuenta y entonces se sintió tentado a hablar de otro tema, pero la prudencia le arrebató la idea de hacerlo. Nicolás hizo un gesto dando señal de que era hora de volver y emprendieron el regreso a casa.

La noche aún era joven cuando llegaron al apartamento de Karmele ubicado sobre la Avenida Montaigne, una calle habitada por elegantes residencias y boutiques de la alta costura francesa, sus pórticos iluminados llamaban la atención de cualquier peatón atrayéndolo hacia el interior del establecimiento, la resplandeciente luna blanca se escondía entre los árboles sin follaje. Karmele tenía por costumbre ser una buena anfitriona y extendió a sus acompañantes una invitación para descansar en una habitación. Oswin y el señor Spencer, apenados y comprendiendo la situación, le agradecieron y decidieron marcharse una vez aseguraran que la anciana estuviese segura en casa, con todos los dispositivos de seguridad activados, móvil encendido, y luego se retiraron. Mientras no se diera con los culpables, había que ser precavidos y exageradamente cuidadosos. No se sabía qué clase de intruso o intrusos estarían inquietando los corazones de la familia Fontaine y de sus amistades.

Karmele sintió un dolor en el pecho: la carga que llevaba sobre sus hombros era muy pesada para ella. Caminó despacio por el pasillo de su opulento apartamento y con las manos temblorosas por la edad, se retiró del cuello el collar de perlas rosadas que tanto le gustaba, lo colocó sobre el tocador y se miró una y otra vez al espejo, lamentando tener que sufrir estas desgracias, considerando que tuvo una vida tan plena y armoniosa. “¿Qué estaba pasando?”, se preguntaba. Apretó sus labios, se llevó las manos a su aperlado rostro y se cubrió los ojos

sintiendo lástima de sí misma. Permaneció quieta hasta que un pensamiento la incomodó y se volvió hacia el pasillo para llegar al dormitorio de su amado Cory. El aire le faltaba, se ayudaba con las paredes y de vez en cuando frenaba el paso.

Vio una pila de libros sobre el buró y con una exagerada lentitud, los tomó uno por uno para recordar a su nieto, pensar en él, orar por él y pasar un momento a su lado. Desempolvó la Biblia que el profesor Carsten le obsequió a Cory, leyó la dedicatoria y decidió ojearla. Un sobre que servía de separador cayó al piso y una de sus esquinas se dobló.

El señor Spencer y Nicolás apenas dejaron atrás la calle que daba al apartamento de Karmele cuando el móvil de Nicolás sonó. La llamada provenía del hospital.

3 Diario de un extraño - París, Francia, 2020

París, Francia, 2019

El campo de guerra

El color del sol se ocultaba con el atardecer cuando sentí que el profesor Carsten quería decir algo más, ya no hubo ocasión para hacerlo. Parecía que los dos esperábamos el momento oportuno, él para hablar y yo para huir de ese incómodo lugar. Pudiera ser que me aterraran sus pensamientos, más aún que cualquier palabra que lograra pronunciar estando cerca de mí.

Nadie conoce la razón de mi tormento, aunque puedo imaginar que el profesor sí, por eso lo aprecio y al mismo tiempo lo evito. Sé que no estoy loco, solo yo sé lo que he visto y sentido. En cierta manera a nadie le gusta que le digan por qué su vida es tan desdichada y le desgarran el corazón, lo hacen sentir a uno que está siendo vigilado porque su conducta no coincide con la del común de las personas.

La escalofriante noche de Cordes-Sur-Ciel ha sido la más difícil de mis noches. Estuve a punto de perder la vida, o al menos eso creí.

Llegó a mi memoria el recuerdo de mis padres desaparecidos y con él, un sentimiento angustiante. Me percaté de mi humanidad, cuán débiles y vulnerables éramos las personas. Luego se me ocurrió imaginar que estaba cayendo en un estado de locura, era preocupante. No concebía nada de lo acontecido, además me robaba la paz.

He andado por caminos que considero pueden alumbrarme, pero solo me hundo más en este tortuoso peregrinaje. Estudio en una de las mejores universidades del mundo y no ha sido suficiente para aminorar esta bruma que me oprime; para mi sorpresa, esas voluntades ocultas se hacen presentes aun en la Sorbona.

Pensé que al llegar a París sería libre incluso de esos recuerdos, no ha sido así, cruzo cada calle del barrio Latino y las siento cerca de mí como si estuviesen buscando la ocasión de arrebatarme mi último aliento, observándome y cuidando de mí como si yo les perteneciera, como si les hubiese hurtado algo y ahora deseasen recuperarlo. Como si toda Francia fuese su terreno, peor aún si tan solo lo fuera la Sorbona o el barrio Latino. Atentaron una vez contra mi vida, son capaces de volverlo a hacer, no tengo duda, incluso me atrevo a decir que algo tienen que ver con la desaparición de mis padres. Tengo que estar preparado, nos tienen vigilados, conocen mis pasos, mis angustias, mis insomnios, mis tristezas, como fieras astutas cuidando de su presa.

Cuando creí haber encontrado mi libertad, fue solo el principio de mis dolores. Ahora, el terror nocturno es una constante. Amanda me mira extrañada, algo observa en mí, es incapaz de decirlo, solo me pregunto si ella percibe lo que estoy viviendo, yo no puedo verlo, pero sí sentirlo. Es muy frágil y sensible, aunque poderosa. Hubiera sido mucho más fácil si te hubieses quedado en Londres, Amanda, jamás voy a olvidar ese día en el que coincidí contigo en la Sorbona. Y ahora tengo la impresión de que me ocultas algo y no es cualquier cosa, sé que guardas secretos poderosos y que el mayor de ellos tiene mucho que ver conmigo.

Nicolás, tú me tienes sin cuidado. Crees ciegamente en todo y la vida no es tan sincera como parece, a veces nos juega como no lo esperamos y nos paga como no lo merecemos. Sigue aspirando a tus ideales cinematográficos, verás que la vida va más allá de una industria, de un juego de máscaras, de una pantalla. Todo es vanidad, ¿cómo puedes vivir tan tranquilo?

Abuela...—Karmele llevó su mano temblorosa a los labios, tragó saliva, se sentó en la cama y siguió leyendo— no puedo decir mucho de ti, has sido una madre y compañera para mí, aunque no sabes cómo me siento en realidad, estás en tu mundo. Crees amar a Dios, pero, a mi parecer, aún no lo has conocido. Tu vida se ha construido sobre cimientos de apariencias y vanidades, amistades superficiales y peligrosas y reuniones sociales sin propósito alguno. Te cuido como tú lo haces conmigo, o eso pretendo, pero eres una mujer difícil, vacía, pobrecilla, aún así no dejo de amarte. Nos extendiste una mano generosa a Cecile y a mí en ausencia de mis padres, nos has dado un hogar. No sabemos nada de ellos, si han muerto, si siguen vivos, ¿dónde estarán? Mamá es rara y misteriosa, las señoras del pueblo siempre murmuran a su espalda. Papá, no comprendo tu ateísmo, ¿de dónde surge tu planteamiento? Tal vez hay algo que no me has dicho y que también te tiene atormentado. ¡Qué ironía! Ojalá estés vivo.

Cecile ¿qué estás buscando en las aulas de Kardec? ¿Sigues tratando de descubrir si el alma es inmortal? ¿Desde cuándo te volviste fanática del espiritismo? ¿Cómo llegaste a la Sociedad Espiritista de París? ¿Y tu amistad con Amanda? La desaparición de nuestros padres te tiene tan confundida como a mí, salvo que creo nunca nadie ha atentado contra tu vida.

Me siento más solo que nunca en este mundo infestado de frivolidad. Si fuéramos más reflexivos quizá no estaríamos tan perdidos. ¿Por qué pasan estas cosas? Actuamos como si fuésemos inmortales. ¿Acaso alguien se ha preguntado alguna vez con qué propósito llegó a este mundo? ¿Cuántos seres humanos han sido sacudidos en su alma y en su espíritu? ¿O acaso se trata de unos cuantos escogidos? ¿Por quién y para qué?

No puedo sino seguir adelante, dejar que la vida continúe su curso y ver si al final logro encontrarme a mí mismo. Porque la única certeza que hoy tengo es que no me pertenezco.

Cory Fontaine

La carta había sido firmada sin mayor esfuerzo, se intuía un trazo ágil, la tinta fluía con ligereza formando un garabato debajo de la última línea que invitaba a encontrarse con un nuevo y trepidante desafío.

Karmele se sintió fuera de sí, regresó la carta al sobre y éste a la Biblia. Con un aire de tristeza miró de reojo la cama para, acto seguido, acostarse en ella imaginando que su alma también descansaría. Respiró hondo, negó con la cabeza y cerró sus ojos de zafiro en profunda abstracción.

4 Destrucción y muerte - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020

Alphonse miraba el desastre. El estallido ensordeció a los habitantes. En medio del escombros había cristales rotos, objetos desechos, polvo y nubes de humo que impregnaban el entorno como una espesa niebla. Las llamas aún bailaban en medio del desastre y un olor peculiar se esparció por las calles, las casas y comercios cercanos. Las personas confundidas y asustadas sin una razón aparente por lo sucedido se amontonaban murmurando, se convirtió en una verdadera locura escuchar a los habitantes.

El estruendo sorprendió al personal de apoyo que ahora intentaba explicarse la supervivencia de la víctima.

—Era para que la mujer hubiera muerto, señor —comentó uno de los oficiales.

El médico solo asintió, permaneció con la mirada rígida y siguió dando instrucciones.

—Trasladen a la víctima con mucho cuidado. Necesitaremos hacerle algunas pruebas —ordenó el médico y se volvió hacia las ruinas. Se colocó en cuclillas cerca de algunos cristales rotos y con la mano enfundada en un guante, pasó los dedos por el polvoriento objeto, luego se los llevó a la nariz, como queriendo oler la esencia del presunto culpable.

—¿En qué te habrás metido? A mí no me vas a engañar —susurró para sí y miró hacia la ambulancia que ya se retiraba.

Una vecina que llevaba tiempo observándolo se acercó a él y le susurró cuidando que nadie la escuchase.

—No me lo va a creer, doctor, sé que no es de mi incumbencia, le diré que varias veces me asomé por la ventana de la cocina de la señora Fontaine. Lo hacía con mucha discreción para que no me viera, porque ella nunca hablaba con nadie, era muy seria con sus asuntos, nunca descortés. Alcanzaba a ver que preparaba una cantidad de mezclas y lo hacía con la luz apagada, la veía pasar por su cocina con una vela encendida y regresaba portando un vestido negro. Su conducta variaba, a veces se sentaba como si estuviese meditando y en una ocasión, alcancé a ver que ponía los ojos en blanco. Ay, doctor, sentí un terror que me congeló el alma y desde entonces decidí no volver a asomarme. Seguramente uno de sus demonios fue el que ocasionó esto. No eche en saco roto lo que le digo, verá que no estoy equivocada.

El médico ni siquiera la miró, solo se incorporó y fingió no escuchar a la mujer, aunque en realidad estaba atento a cada una de sus palabras.

—Investigue, le aseguro que esa mujer es una bruja. Algo oscuro trama. Sé lo que le digo. Usted es una persona seria y no me atrevería a levantar falso testimonio contra alguien, pero esta señora es un ser diabólico, algo se trae entre manos. Y su esposo, según dicen —la mujer bajó aún más la voz y se acercó al doctor—, es lo contrario a ella, no sé ni cómo fue que contrajeron nupcias, —se encogió de hombros y chasqueó los labios— algo que solo Dios sabrá.

—Le agradezco su comentario, señora, —el médico aquietó a la mujer con una amistosa palmada en uno de sus hombros— me tengo que retirar, lo que me ha dicho es suficiente. Quédese tranquila, nosotros investigaremos.

La mujer sonrió y luego se abrió camino entre los escombros.

Alphonse se quedó pensativo, mirando el lugar y a las personas que estaban cerca.

—Aquí hay algo extraño —comentó para sí, confundido.

—Doctor, he encontrado este pequeño libro entre los escombros —dijo el oficial acercándole el libro y esperando la reacción del médico, pues Alphonse apoyaba al cuerpo de vigilancia en

algunos pueblos del sur de Francia, entre ellos Cordes-Sur-Ciel.

El doctor, dudoso, lo miró y lo tomó entre sus manos. La intriga que sentía aumentó cuando leyó el título.

—Gracias, oficial, lo llevaré conmigo. —El oficial asintió y dio un par de pasos atrás para seguir con su investigación.

Alphonse era un hombre serio, escrupuloso y reflexivo a quien le gustaba llegar al fondo de las cosas. Decidió no casarse dado que la mayor parte de sus amistades se habían divorciado a temprana edad y esto influyó en su decisión por la soltería. Era un hombre joven de rasgos delicados, de piel pálida, pestañas rubias y voz varonil. A menudo se le veía cruzado de brazos mostrando una actitud prepotente, digna de los profesionales de su campo. Su espalda ancha acentuaba la dureza de su carácter.

Los peritos seguían acumulando objetos y pruebas de toda clase, Alphonse se planteaba hipótesis del posible sospechoso y se propuso como primera tarea hablar con profesionales que pudieran arrojar claridad sobre el caso. Sabía que debía actuar con inmediatez, pero sin precipitarse. Se dirigió a su camioneta donde le esperaba otro médico, amigo suyo.

—¿Todo en orden? —preguntó el médico en cuanto Alphonse abrió la puerta del vehículo para sentarse.

—No —expresó con una voz seca—. Todo es muy extraño.

—¿Y eso qué es?

—¿No es obvio que un libro? —respondió Alphonse con ironía.

El amigo entornó los ojos y arrancó el motor de la camioneta.

—¿Quién pudo hacer semejante cosa? —preguntó meneando la cabeza mientras hablaba y giraba el volante. Turnaba su vista entre Alphonse y el espejo retrovisor.

—Eso no me preocupa, lo que me intriga es que ella no muriese. Está herida, pero no muerta.

—Sí, es extraño. El impacto de la explosión debió haberla matado.

Alphonse leyó en voz alta algunos datos que tenía acerca de la mujer:

Nombre: Louise Fontaine

Nacionalidad: francesa

Edad: 50 años

Cónyuge: Marc Fontaine

Lugar de residencia: Cordes-Sur-Ciel

Actividad laboral: Comerciante

—La condena está en el nombre —añadió a su lectura y simuló una sonrisa pícaro y astuta sintiéndose el más experto de su quehacer profesional.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su amigo desconcertado mirando de reojo la calle por la que andaban.

—¡Louise Fontaine! ¡Por Dios! —Alphonse alzó la voz—. ¿Nunca se te ha ocurrido investigar el significado del nombre de las personas?

El colega negó con la cabeza y alzó los hombros.

—No se me había ocurrido, para qué te miento.

—A veces las pistas están en el único lugar donde no buscamos. —Alphonse volvió su vista hacia los datos de la mujer y pronunció de nuevo el nombre—. Louise Fontaine, esta mujer está luchando por obtener algo, es una guerrera, algo la detiene en su búsqueda.

—Pero... ¿qué tiene que ver una explosión con lo que ella pueda estar buscando?

—No, mi amigo, no te fijes solo en lo que a simple vista es evidente. Procura siempre leer entre

líneas y ver las sombras detrás de la luz. ¡Alguien intentó asesinarla!

—Por Dios, ¿cuál podría ser el motivo para terminar con la vida de una mujer comerciante? ¿Qué caso tendría hacerlo? A menos que ande en malos pasos con sus negocios, lo cual dudo.

—Reflexionemos y supongamos un escenario, el que podría ocurrírsele a cualquier agente de investigación. La mujer llega a su casa, cierra las ventanas —en ese momento pensó en la vecina y en su tenebrosa historia que ahora no parecía tan descabellada— oscurece la casa y empieza a mezclar sustancias y sin deberlas ni temerlas, ¡boom! La casa vuela en pedazos. Pero... en este caso —enfaticó Alphonse— hasta ahora no había sustancia alguna que nos diera una pista. Ya nos informarán los expertos.

—Evidentemente tuvo que haber algo, por lo menos sí existió una presión para que explotase la casa.

—Sí. Eso seguro. ¡Cualquiera sin ser experto lo notaría!

—O alguien que colocase una bomba, un explosivo.

—Puede ser, puede ser —Alphonse seguía pensativo y con la yema de sus dedos índice y medio acarició el borde de sus labios—. Pero fue una explosión en un pueblo, son casos muy particulares, por no decir extraños.

—Una mala jugada de alguien a quien debía una suma cuantiosa de dinero.

—Lo descarto; la señora comercializaba telas. ¿Qué tan peligroso puede ser eso?

El colega se encogió de hombros.

Tras un largo trayecto llegaron a la oficina y vaciaron la camioneta de algunos objetos que habían recogido. Alphonse colocó el libro en su cajón de asuntos con prioridad e hizo algunas anotaciones en una libreta.

—Me voy a casa, estoy agotado, ha sido un día pesado, nos vemos mañana a primera hora.

El colega asintió y lo despidió.

Alphonse tomó las llaves de su pequeño auto y emprendió el regreso. Sus pensamientos se cruzaban con las luces de la calle. Tenía la esperanza de sentirse iluminado ante la incertidumbre del caso, le consolaba pensar que esto apenas comenzaba. Malo si a pesar de las pruebas y la investigación correspondiente no se lograba dar con el responsable. Bola de incompetentes, incluyéndose él. ¡Vamos, Alphonse! ¡Piensa, piensa, carajo! ¡De qué te han servido tus honores y ser una eminencia médica si ahora no puedes con esto! —golpeó el volante con una mano y la bocina del auto asustó a un par de gatos que caminaban en la banqueta.

¡Eso es! Márcale a Gerard, sí, eso es. Vamos date prisa. —Estacionó el auto y tan pronto entró a casa, marcó a Gerard.

—Centro de Investigación para las Ciencias, presione uno si desea... —Alphonse tecleó los números adelantándose a la operadora, pues con frecuencia llamaba y conocía ya bastante bien el sistema y a los profesionales que trabajaban ahí—. Vamos, vamos, contesta, Gerard.

—¡Buenos días!

—¡Gracias al cielo!

La operadora continuó:

—En este momento nuestras operadoras se encuentran fuera del área de servicio. Le sugerimos llamar más tarde. —¡Ay, no, por favor, no ahora! —la operadora continuó recitando el mensaje en otro idioma cuando Alphonse colgó. Se quedó mirando el teléfono mientras pensaba en una posible solución—. Marcaré mañana. No te afanes Alphonse, podemos esperar. Se dijo.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando el teléfono sonó.

—¿Diga?

—Buenos días, hemos registrado una llamada de este número.

—¡Correcto! —exclamó Alphonse con optimismo y la esperanza de averiguar algo lo antes posible regresó a él como un imán—. Busco al ingeniero Gerard.

—Lo comunico, caballero —la voz de una mujer joven respondió con amabilidad.

Un fragmento de música clásica sonó en el altavoz. El médico tamborileaba sus dedos en la mesa donde esperaba sentado.

—Centro de Investigación para las Ciencias. Ingeniero Gerard...

—¡Gerard! ¡Gracias al cielo!

—Alphonse, ¿todo en orden? —preguntó el físico reconociendo su angustioso tono de voz.

—No, todo está de cabeza, necesito tu ayuda.

—¡Por supuesto! ¿De qué se trata?

—Una explosión... bueno... hasta ahora asumo que fue una explosión. Está muy extraño este caso, es seguro que tú puedes ayudarme. Como bien sabes, la física no es mi especialidad y me urge comprender cómo es este proceso, qué elementos se requieren para que ocurra un fenómeno así y demás —. Alphonse siguió hablando y dando detalles, sacando hipótesis y Gerard lo escuchaba con atención al otro lado del altavoz.

—De acuerdo, con lo que me has dicho puedo obtener algunos datos y si necesito más pruebas te aviso. Te llamo en cuanto tenga algún resultado —respondió Gerard con un tono pasivo y despreocupado.

Cuando terminaron de hablar, Alphonse se sintió más estresado que de costumbre, tomó nota de algunas pruebas en las que debía poner mayor atención como sugerencia de Gerard y abrió su ordenador. Buscó entre sus expedientes digitales casos similares de años atrás con la ilusión de encontrar más pistas. Estaba cansado y abrumado. Prefirió ir a su pequeña biblioteca a consultar libros relacionados con la materia. Sacó un directorio telefónico para buscar algunos contactos que venían a su mente y podrían proporcionarle información valiosa, se sobó la barbilla mientras leía entre páginas, como si tuviese un tic nervioso. Tomó un par de libros de física y empezó a ojearlos cuando alguien llamó a su puerta, consultó el reloj de pared que rescató en una feria de antigüedades. “¿Quién podrá ser a esta hora? La gente normal duerme”, pensó.

5 Un insondable abismo - París, Francia, 2020, Cory Fontaine

Me despierto a mitad de la noche, parpadeo poco a poco y una tela blanca semitransparente, semejante a un velo, estorba mi vista. Quisiera tallar mis ojos, pero me es imposible.

Muevo mi cuello lentamente para tantear el entorno, vuelvo a cerrar los ojos mientras giro despacio de un lado a otro como un robot, apenas puedo hacerlo. El dolor me recuerda que debo permanecer quieto, mi respiración se agita al percatarme de mi inutilidad. No puedo moverme y eso me tensa, ligeros sonidos quejumbrosos piden salir desde lo más profundo de mi garganta y un olor penetrante que se pasea por la habitación comienza a alertar mis sentidos. ¿Dónde estoy? ¿Qué me sucedió? ¿Dónde está Amanda? ¿Y la abuela y Cecile? ¡Nicolás! ¿Dónde están todos y por qué estoy aquí? Recuerda, Cory, recuerda... recuerda qué fue lo que pasó... detalles... algo. Tranquila, alma mía.

Intento tocar mi cuerpo para asegurarme que no me falta ningún miembro, no lo consigo. Muevo los dedos de los pies, los de las manos y lo hago con facilidad, sin embargo, tengo dolores en la espalda baja y debilidad en las piernas. Intento llevarme la mano a la cabeza y resulta en un esfuerzo poco fecundo, me duele mucho, como si estas punzadas que atraviesan mi cráneo tuviesen por objetivo recordarme cada mal paso que he dado y las pesadillas que he tenido. Miro mi cuerpo tanto como me lo permiten mis ojos y ¡estoy atado a una cama! La tela blanca semitransparente que bloquea mi vista se va desdibujando con un pestañeo constante.

Miro el reloj que hay frente a mí, las manecillas brillan como luciérnagas, marcan casi las tres de la mañana. Las luces de la calle pasan por una diminuta ventana, el ruido también traspasa el vidrio, haciéndome compañía. Parece que hay vida allá afuera. El pequeño cuarto, ya deteriorado por el uso, está oscuro y frío; escucho gente, unos pasos lentos, otros corriendo, como si huyeran de su propia sombra. Me detengo en mi mente y reflexiono: ¿pero qué hice o qué me hicieron? ¿Fue un accidente? Sea como sea, ¿por qué estoy en una cama? ¡Tengo que salir! Trato de moverme y apenas puedo; vuelvo a hacer un intento por zafarme de esta cruda realidad, siento la necesidad de gritar, no sé si a estas alturas será conveniente, parece un secuestro y haré todo lo que pueda por sobrevivir. Me ayudo de una mano para incorporarme sobre la cama sin éxito. Escucho caer un objeto al piso, de nuevo me frustra el hecho de estar amarrado a un mueble, libero un suspiro, “estoy bien”, pienso. ¡No estoy loco! No más encierros, por favor, clama mi alma. Mis ojos se humedecen y dejan escapar un par de lágrimas que acusan mi impotencia. El sonido de estos aparatos aturde, ¿por qué estoy en un hospital?, son lugares de muerte y de enfermedad. ¡Nicolás, Amanda! Grito para mis adentros.

Giro mi cuello y veo que estoy conectado a una máquina, escucho los latidos de mi corazón alterado que retumban en mi cabeza. Mi vida pasa frente a mí trayendo un mar de recuerdos. ¿Ahora qué sigue? Respiro profundo, guardo la calma. ¿Moriré? ¿Cuánto tiempo me queda de vida? Sigo escuchando pasos que cruzan de un lado a otro la calle, es posible que esos mismos pasos estén próximos a encontrarse conmigo en esta deprimente habitación.

Desconcertado, vuelvo sobre mis recuerdos, ¿qué pasó? Lo último que me marca mi memoria es que caminé por el barrio Latino hasta llegar al apartamento de Amanda, esquivé sobre la calle puestos de periódicos y revistas, y subí algunas escaleras para encontrarme con ella y Cecile. La avenida estaba tranquila, hasta ahora estoy seguro de que nada extraordinario sucedió en el camino. De pronto, la inquietud me distrae y vuelvo a mirar el reloj clavado en la pared; son casi las cinco de la mañana. Cada vez me duele más la cabeza, no sé si por el esfuerzo mental que

estoy haciendo por rescatar lo último que viví o el cúmulo de mis imaginaciones, sumado a la preocupación que siento por lo que está pasando. Mis ojos se mantienen fijos observando la puerta provisional que tiene el cuarto, sabiendo que en cualquier momento puede entrar alguien. ¿En realidad seguiré vivo? Deben ser alucinaciones, cierro los ojos y trato de ignorar el dolor que siente mi cuerpo, es imposible. Pienso en el libro del profeta Ditrik Bajnok y en los tatuajes de Amanda, y entonces un frío extraño, que se mezcla con los sonidos del exterior, me abraza.

Un sudor repentino resbala por mi frente, humedece mis manos y hiela mis extremidades; un hormigueo invade mi cuerpo y está a punto de paralizar mi rostro. Intento calmarme, pero los escalofríos me lo impiden, siento mi cuerpo desfallecer. Regresan a mí pensamientos insistentes acerca de París, de Cecile, de Amanda, de mis padres, de mi abuela, de esas voluntades ocultas que impregnan la atmósfera del barrio Latino. Hago un esfuerzo por entender qué es lo que me trajo aquí ¿Qué fue lo que sucedió? Necesito con urgencia salir de esta prisión, hablar con alguien, darme prisa. Amanda, tú y yo hemos coincidido en este inquietante camino y de ésta saldremos solos, por mucho que nuestras almas se sientan perturbadas. Esto se ha convertido en mi pesadilla de todas las noches. Es una lucha por la supervivencia.

Escucho voces en el pasillo que se acercan a la habitación. Cierro los ojos. Vienen a liberarme o quizá a prolongar el sufrimiento, ése es el temor que nos infunden a los que estamos encerrados en jaulas de hospital. Estos lugares son traicioneros, guardan bajo sus paredes secretos y confesiones de tantas vidas. Personas que aún no estaban dispuestas a morir y se han ido porque las ha obligado una enfermedad o la propia fuerza de la medicina que es un mal en sí, o la imposición de una manera de vivir que las llevó a adoptar modelos de supervivencia que se oponen a la naturaleza del hombre.

Inspiro profundo y antes de que la puerta pueda abrirse vuelvo a pensar en el profesor Carsten, en aquel lugar de Suiza y en ese cuarto oculto del instituto que siempre estaba bajo llave; en la pastora Deborah y su afición por ser una celebridad y, en fracción de segundos, mi corazón vuelve al Gran Amphithéâtre de la Sorbona donde una sombra terrorífica me hizo estremecer. Se dibuja en mi mente el rostro de algunas personas que no me pasaron desapercibidas durante mis años universitarios. ¿A qué se habrá referido el profesor Wide Fuster cuando insistió en que volviera a leer *Niebla* de Miguel de Unamuno? Ni siquiera me conocía, en realidad no me ha conocido. ¡Qué hombre más extraño!

Pienso de nuevo en Amanda. Amanda, Amanda, no te sacó de mi cabeza ¿Por qué esa sesión espiritista resultó un fiasco? ¿Qué tan cercanos pueden resultar los ocultistas y los cristianos? La gente dice que son cosas opuestas, que un cristiano no puede adorar a Satanás y un satanista no puede adorar a Cristo, pero es que... pueden ser, en efecto, complemento una de la otra, puesto que hace sentido lo mencionado por el profeta: Para que ocurriese la redención era necesario que Cristo y Satanás fueran tomados por iguales. No habría redención sin Cristo y no habría pecado sin Satanás.

La fe es un misterio, aun así, no dejo de cuestionarme por qué ocurren cosas inexplicables en lugares donde solo tiene cabida la presencia del bien, como un fuego extraño. ¿Por qué los que se hacen llamar apóstoles como Andrew actúan con irreverencia hacia Dios? ¿Es que acaso no le han conocido? ¿Y de dónde surgieron esos ruidos ininteligibles dentro del templo, quién los producía? Nada tiene sentido. Si me pudiera liberar de esta cama que solo me incomoda.

Hago un movimiento brusco, fuerzo mis extremidades intentando aflojar el material que las tiene atadas mientras; hago presión con mis dientes, mi mandíbula se tensa, escucho cómo mi pulso se acelera, me vuelvo a relajar en la cama. Estoy agotado, no sé qué me esté causando más

fastidio, si estar aquí soportando a los desgraciados que prolongan el sufrimiento o estar vagando por las calles de París hasta descubrir, aún en la más densa de las noches, qué o quién se esconde en los insondables abismos de la oscuridad. Más me vale salir de esto y averiguar en dónde estoy parado.

De un momento a otro el resplandor de una luz ilumina el cuarto como lo hace el sol al amanecer para dar vida al día, la asistente de un médico abre la puerta y por un instante puedo sentir cómo el espíritu de la libertad me rodea y ansía conmigo que me quiten estas ataduras. Ese aire de grandeza por lograr mi objetivo me lleva a sentirme el héroe de mi propia historia. Reconozco algunas voces que intercambian palabras sobre el pasillo: —Aquí tiene —expresó una voz con frialdad—. No hay nada más que hacer —añadió la voz con un gélido acento.

—Tranquila, todo saldrá bien —alguien le consoló y luego enmudeció. Alcanzo a percibir un miedo latente en esas palabras. La lucha de todos los días no es más que la lucha por la vida, por estar un poco más cerca de ese propósito que se esconde en lo más profundo de cada uno. Es lo que le da sentido lógico a la existencia. El ruido de una sirena de ambulancia interrumpe la tenue conversación del pasillo. La asistente anota algunos datos sobre una pizarra blanca que cuelga de la pared frente a la cama y enmarca un par de números, consulta el reloj y a continuación, coloca la hora. Me siento abrumado, ¿qué es lo que pasa en realidad conmigo? Entra un médico y pregunta si todo está en orden. La enfermera asiente, esbozando una sonrisa coqueta. Me observa unos cuantos segundos, se lamenta por mi condición y se vuelve hacia el pasillo. Pienso en que no necesito la compasión de esos desgraciados para sentirme comprendido y acompañado. A veces es mejor sufrir solo. Siento un piquete que me adormece primero el brazo y luego las piernas, una debilidad tortuosa que se apodera de mi cuerpo y antes de que mis ojos vean todo a su alrededor en color negro, hago un último esfuerzo por mirar el reloj, son las 9:10 de la mañana.

6 Louise Fontaine - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020

Alphonse abrió la puerta de su apartamento y se sorprendió al ver a un hombre alto que parecía estar igual de tenso y preocupado que él. El hombre se identificó con una credencial vieja y casi de inmediato fue que Alphonse se relajó y lo dejó pasar.

—Estaba por llamarlo, apenas colgué con el ingeniero Gerard y me dispuse a sacar mi directorio telefónico.

—Esto es preocupante. —el hombre entró en la casa— Necesito que me diga todo lo que sabe. Es urgente. El barrio Latino ya no es el mismo desde hace tiempo. La gente ya no vive tranquila. Cada vez hay más casos de violencia. Como si hubiera algo oculto que yo no puedo ver. Pero sé que ahí está, latente. Ya espero aterrado el siguiente ataque.

Alphonse se quedó petrificado ante las palabras del hombre. Le sorprendió saber que el mismo caso se repetía en diferentes lugares de Francia y que el hombre se expresara así, pues debía evitar el siguiente ataque, no esperar a que sucediera otro incidente.

—Cordes-Sur-Ciel, —continuó el hombre— es un pueblo de aparente rostro amable, lleno de leyendas y considerado uno de los tesoros más valiosos de la arquitectura gótica de Francia. Es de los pueblos medievales franceses más visitados por los turistas porque es bien sabido que guarda secretos. La gente es curiosa y eso los atrae.

—Este caso es único, nunca se había dado algo así en un pueblo de Francia. ¿Una explosión de esa magnitud? Dígame en qué otro lugar ha visto algo semejante. —preguntó Alphonse.

El hombre asintió. Ambos se quedaron mirando y guardaron silencio.

—Cuénteme los detalles. ¿Tiene pruebas? —preguntó el hombre con un tono desafiante.

Alphonse recordó el libro que le entregó el oficial y agradeció al cielo haberlo guardado entre sus pertenencias. Como un rayo se dirigió hacia su escritorio. Despidió un suspiro y enseguida le entregó el libro al agente.

En cuanto éste leyó el título se sobresaltó puesto que algo le parecía familiar. ¡Los jóvenes! Claro. El hombre se llevó la mano hecha un puño a la barbilla y se alegró como si hubiese dado en el blanco. Una imagen del escritorio de Amanda llegó a su mente y tan pronto se difuminó hizo más preguntas.

—¿Qué otras pruebas tiene? ¡Cualquier cosa que tenga me sirve! Nada es de mínima importancia en un caso.—apuntó con su voz varonil.

Alphonse fue por los papeles donde venía el nombre de la víctima. El hombre fue tras él. A lo lejos echó un vistazo a la biblioteca del médico y se volvió hacia los documentos que Alphonse le extendía.

—¡Vaya, vaya! Ese nombre, ese nombre. ¡Me resulta familiar! —afirmó el agente.

—Menos mal que usted piensa igual que yo. ¡La condena está en el nombre! —confirmó el médico.

—¿De qué otra forma obtendríamos pistas?

Intercambiaron miradas y guardaron silencio de nuevo.

El teléfono móvil del agente sonó y Alphonse le hizo una señal de cortesía para que se sintiera como en casa.

—Agente Dean Antoine, a sus órdenes. —se alejó haciéndose un espacio entre el pasillo y la sala.

Apenas se identificaba la voz al otro lado del teléfono, sin embargo, por el rostro del agente no

parecían buenas noticias. Se dirigió a la biblioteca del médico y tomó una pluma y un papel para anotar algunos datos que le participaban.

Alphonse lo observaba con gran atención bajo la luz ámbar que iluminaba sus rostros. Un rostro cuadrado y endurecido que iba bien con su voz ronca y varonil, frente amplia. Un pecho fornido denotaba firmeza en su carácter. Advirtió su cabello lacio y negro como la noche, nariz afilada y unos penetrantes ojos azules. Una tensión brutal en su mandíbula que Alphonse pensó era digna del momento. Le tranquilizaba saber que no estaba solo en esto, ahora lo acompañaba el agente más inteligente y valiente de París y eso aligeró su carga dado el prestigio del hombre.

—Por la mañana estaré en París. Ahora estoy abriendo otro caso. —fueron las últimas palabras que dirigió el agente hacia el otro lado del móvil y colgó. —¿Cómo dice que se llama la persona de los documentos? ¡El nombre que viene escrito! —el agente se volvió hacia Alphonse y señaló los papeles.

—Louissette Fontaine. ¿Todo en orden? —Alphonse lo miró con desconcierto y le acercó la documentación al agente. Confirmó la dureza de su carácter.

—Cordes-Sur-Ciel *ou L'échine du dragon*, Louissette Fontaine, Colina sobre el cielo o Columna vertebral del dragón, —leyó en voz alta el agente.

—Qué pequeño es el mundo, estimado colega. —el agente le dio una leve palmada en el hombro— Esta noche hemos obtenido un valioso hallazgo.

—¿Cómo dice?

El agente dejó caer al escritorio la pequeña hoja donde apuntó los datos que le acaban de dictar y colocó la mano con fuerza sobre el papel para someter a Alphonse a un desafío.

—¿Qué sabe de los Fontaine?

—Nada, absolutamente nada, de eso puede estar seguro.

—Pues ahora sí sabemos o por lo menos sospechamos. —Dean Antoine alzó la mano y Alphonse leyó un tachón sobre otro apenas distinguiendo la letra del agente.

—¡Cory Fontaine en terapia intensiva, Amanda Thompson ha despertado, pero se encuentra débil y Cécile Fontaine más viva que su abuela! ¡Sí, señor, lo tenemos! Bastará empezar a interrogar a los jóvenes.

—¡Es el mismo apellido de Louissette!

—¡Así es! ¿Y no son muchos Fontaine en París o sí?

El médico se quedó pensativo.

—Un caso en París y otro en Cordes-Sur-Ciel. Mismo apellido. Casualmente, los lugares donde han ocurrido los atentados. La señora Louissette en Cordes-Sur-Ciel y Cory y Cécile en París. El siguiente paso es averiguar quién es esa tal Amanda y si hubiese alguien más implicado. ¿Qué tipo de relación establece Amanda con los Fontaine?

El médico se encogió de hombros y miró el libro. El agente repitió entre dientes la palabra Kardec.

—¿En qué hospital de París están internados? —preguntó el médico al tiempo que tomaba su maletín para salir rumbo al lugar.

—¡Espere! —imperó el agente— No va a ir usted a ningún lado, no todavía. Tenemos que actuar con estrategia, ser más inteligentes que el enemigo. ¿Y si ahora está merodeando cerca de aquí y nos ha tendido una trampa? ¡No salga!

Alphonse reconoció que el agente tenía razón y bajó la guardia. Era un profesional y conocía las manías y vicios ocultos de cualquier criminal.

—No debe actuar con premura. Piense con la cabeza fría, y más porque estos casos son

realmente extraños. No sabemos con qué clase de intruso estamos tratando, le aseguro que esto nos sorprenderá, no sé, así lo siento.

Alphonse mantuvo su rostro serio y no pronunció palabra alguna. Cruzó los brazos y se enderezó sin dejar de mirar al agente.

—¡Me tengo que ir, salgo a París! Usted sea precavido y procure no estar a altas horas de la noche fuera de casa. Cierre bien.

Alphonse volvió a sentir un terror que lo amenazaba. Las últimas palabras del agente lo dejaron helado, sabía que tenían mucho de cierto. Cualquier cosa ahora se veía demasiado peligrosa. Nunca deseó tanto la compañía de alguien como la del agente aquella noche. De modo que una vez lo despidió, maniobró con velocidad afianzando todos los cerrojos y pestillos que tenía la puerta. Cerró las ventanas y antes de dormir activó la alarma por aquello de que pudiesen pillarlo desprevenido en plena madrugada.

Se dispuso a planear su agenda del día siguiente y apagó el ordenador. La charla con el agente lo dejó agotado. Deseó estar presente en los interrogatorios, seguir de cerca cada movimiento y conversación. Esperaba ansioso la llamada de Gerard que podía buscarlo en cualquier momento, ya fuera ese día o en los postreros, o simplemente cualquier noticia que despejara sus inquietudes.

Subió a su habitación para descansar, apagó la luz. No lograba conciliar el sueño, se cobijó, y casi en ese mismo instante escuchó un ruido que provenía de la biblioteca. Pensó en que pudo ser cualquier cosa o que algo se había caído cuando el agente anduvo por ahí. Además, se sabía a salvo recordando que afianzó cada pestillo de la puerta. Acostó su cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Una vez los cerró volvió a escuchar el mismo ruido, pero esta vez el sonido era más fuerte. Abrió los ojos como si fuese un autómatas, los fijó en la oscuridad y, al ver que el ruido se repetía, pensó en bajar a echar un vistazo. Tan pronto lo pensó se sintió incapaz, seguía sin moverse en su cama. Solo sus ojos se desplazaban de un lado a otro en medio de la noche.

Una corriente de aire penetró por una de las ventanas que con certeza él había cerrado con candado por recomendación del agente. Se escuchó el chirrido de una puerta vieja. Alphonse sintió la boca seca y con dificultad pasaba saliva, no quería hacer el mínimo ruido para mantenerse a salvo. Apenas respiraba. Escuchó cómo la puerta de una habitación cercana se azotaba. Se aferró a su cobija y despacio trató de subirla hacia su rostro como si al cubrirlo estuviese a salvo. Pensó que ya era hombre muerto y deseó que el agente llegara por sorpresa y le salvase.

El teléfono que descansaba sobre su buró sonó. Decidió no contestar para que así se pensara que la casa estaba sola y no lo atacaran. Temía que alguien respondiera, su respiración se entrecortaba.

Se activó la contestadora y la voz de un hombre empezó a hablar:

—Alphonse, habla Gerard, tengo algunos datos. Comunícate conmigo en cuanto puedas. Hoy estuve...

El sonido de la contestadora cesó como si alguien lo desactivara interrumpiendo así el mensaje.

El médico sintió que algo se acercaba a él. Miró desde su cama una sombra en la pared y le sorprendió que ésta no parecía tener una figura humana, por su grosor le dio la impresión de que aquella cosa podía tener una fuerza tremenda. Solo vislumbró un bulto que como una mancha negra se aferraba al muro.

Se quedó quieto. Cerró los ojos y esperó el momento del ataque, a esas alturas pensó que ya era presa fácil. Se mantuvo algunos segundos así, en silencio y con los ojos cerrados. Al ver que no

le atacaban abrió los ojos, el bulto había desaparecido.

7 Seres sobrenaturales - París, Francia, 2020

A la mañana siguiente el agente Dean Antoine iba llegando a París, le gustaba observar desde su camioneta los monumentos que se levantaban con personalidad sobre la gran ciudad recordándole la importancia de su labor profesional y el honor que sentía de servir a su nación. De pronto, notó una emoción negativa que se apoderaba de él. Todo cuanto presenciaba le parecía extraño. Supo que no podía pasar por incompetente, aunque no tenía remota idea de lo que sucedía, si presentía que esto le rebasaba.

Se dirigió al hospital en espera de encontrarse con los afectados. Vio a lo lejos a Karmele y a Nicolás que platicaban, y mientras acortaba la distancia entre ellos ideó una hipótesis acerca de lo acontecido. Primero pensó en un posible asesino que no logró su cometido, pero esa intuición se difuminó cuando concluyó que hasta el momento no había habido asesinatos, solo heridos. Aunque en realidad todo apuntaba a que alguien intentó acabar con la vida de la señora Louise Fontaine y por consiguiente resultaba evidente pensar que buscaba la vida de sus hijos o viceversa, una venganza. Meneó su cabeza para sacudirse esas locuras y pasó a la escena de Alphonse entregándole el libro. Siguió caminando cuando Nicolás salió a su encuentro.

—¡Agente! ¡Qué alivio verle!

—El agente apenas esbozó una sonrisa y aceleró el paso para alcanzar a Karmele.

—¿Qué noticias hay?

—Cory despertó, pero los analgésicos lo tienen drogado.

El agente se alegró con la noticia de saber que Cory regresaba a la vida y aceleró el paso para ingresar al hospital. Karmele esperó a que el agente se acercara a ella y le pidió un momento para entregarle un objeto preciado. Nicolás se anticipó a la recepción del área de urgencias para notificar que el oficial pasaría a hacer una visita al cubículo de Cory.

Antoine tomó entre sus manos lo que Karmele tenía para él y lo guardó en su saco. Caminó para ingresar al cubículo de Cory cuando un par de enfermeros gritaron el nombre de un médico y se apresuraron a tomar un desfibrilador.

—¡Cubículo cinco! Apresúrense. No tenemos mucho tiempo. —se escuchaba decir entre los enfermeros.

Tres médicos corrían sobre el pasillo de cuidados intensivos y repetían: ¡Cubículo cinco!

—Me temo mucho, agente, que no podrá ingresar a su visita porque el paciente está en peligro de muerte. —habló la asistente con un tono de voz angustiante.

Karmele no pudo soportar la noticia, volvió a sentir un profundo dolor en el pecho y acto seguido se desmayó en el pasillo.

—¡Ayuda, ayuda! —Nicolás tomó entre sus brazos a la anciana y la recargó en una de las sillas de la sala de urgencias.

Un par de enfermeros acudieron a donde Nicolás para asistir a Karmele e ingresarla a cuidados intensivos.

Nicolás y el agente se quedaron esperando en la sala de urgencias. Nicolás iba y venía sobre el pasillo con una mano acariciando su barbilla y la otra guardada en el bolsillo de su pantalón. De pronto, recibió una llamada.

—¡Joder! Ya te he dicho que ahora no es el momento, Cory está delicado. Tendremos que buscar nuevos proyectos. —Nicolás colgó y con poco ánimo se volvió hacia el agente con el rostro endurecido al tiempo que negaba con la cabeza expresando su molestia.

—¿Y se puede saber quién preguntaba por el joven Fontaine? —curioseó el agente.

—Claro, desde luego. Mis primos, Rafael y Julián. Son dueños de la Casa Torralba, la agencia de artistas para la que trabajo en Madrid. Nos dedicamos a encaminar a escritores hacia un rumbo profesional. Ya sabe cómo es esto: de algunos es su primera publicación, otros ya van a la pantalla grande, a algunos los premiamos en festivales de cine. De todo un poco.

—¡Vaya, vaya! Qué jovencitos tan ocupados. ¿Y qué tiene que ver Cory con todo esto?

—¡Estudiante de letras en la Universidad de París! Premiado. Creo que eso lo explica todo. — Nicolás pasó una mano sobre su rizada melena castaña.

El agente abrió los ojos como platos. Sin embargo, de ninguna manera externaba su punto de vista o sus inquietudes, solo guardaba para sí la información que él consideraba relevante.

—De modo que estudia en la Sorbona. Interesante. —el agente se dispuso a continuar con el interrogatorio.

—Bueno, ya egresó. Y sí, estudió en la Sorbona. —expresó Nicolás.

El agente asintió e hizo una nueva pregunta al notar la buena disposición de Nicolás.

—¿Y Amanda...? —sacó una pequeña libreta donde tenía anotados ciertos datos referentes a su investigación.

—¿Amanda Thompson? Ella viene de Londres, estudió en Oxford.

El agente asintió de nuevo.

—Y si me pregunta por Cecile. —Nicolás se anticipó a las posibles preguntas del agente—. Ella es caso aparte. Estudia en las aulas de Kardec. Pero... —Nicolás bajó la voz y se acercó al agente— su abuela no lo sabe.

El agente se sintió todavía más intrigado al escuchar el nombre de Kardec. Vinieron a su mente las escenas del apartamento de Amanda en el barrio Latino y su encuentro con el médico. Empezaba a encontrarle un sentido a su incipiente investigación. Después de todo, algo oculto había en ese nombre. La palabra le retumbaba en los oídos. Comenzaba a serle incómoda. Trataba de asociar los hechos con las pistas que tenía.

Cuando Nicolás se mostró abierto para seguir charlando, un médico salió a buscar al agente.

—La señora Karmele quiere verlo. Le pido que sea cauteloso, la señora sufrió un *shock* emocional y no puede volver a alterarse.

El agente asintió y mientras caminaba rumbo al cubículo de Karmele iba trazando un mapa en su mente de los lugares que visitaría para seguir con su investigación. Para empezar, la Sorbona le prometía mucho.

Entró al cubículo de la anciana y se conmovió al verla postrada en una cama como si estuviese dando instrucciones porque sabía que pronto le llegaría su partida de este mundo.

Karmele abrió los ojos y se inquietó en cuanto escuchó que alguien entraba.

El agente la miraba a lo lejos.

—Pase, agente. —el tono de su voz se quebraba, era débil y hablaba con dificultad— ¡No sé si mi Dios me dé las fuerzas para sobrevivir, le suplico que haga caso de cada palabra que lea en esa carta que le entregué!

El agente llevó sus manos a los bolsillos de su saco buscando la carta, y lo hizo de tal forma que parecía lo había olvidado. En cuanto la tuvo entre sus manos la abrió sin apenas tener cuidado y empezó a leerla frente a Karmele.

La anciana interrumpió su lectura para suplicarle que fuera en búsqueda de Carsten. Que ese hombre sabía algo que nadie más.

Cerró la carta y se propuso escuchar a la anciana.

—Mi nieto oculta algo, dice que lo ha visto.

—¿Pero a quién ha visto?

—Vaya, oficial. Busque a Carsten. No sé nada más —fueron las últimas palabras que pronunció la anciana y cerró los ojos.

El oficial entendió que era el efecto de las medicinas o de aquello que le administraban.

De regreso a la sala de urgencias caminando sobre el pasillo, Dean Antoine sintió la curiosidad de pasar al cubículo cinco y echar un vistazo. Se preguntaba qué había sucedido y a quién había visto Cory. Se alegró de que el joven Fontaine siguiera con vida. Al acercarse escuchó que Nicolás hablaba como si Cory estuviese atendiendo a la conversación.

—Cory, tienes que ser fuerte. Ellos no podrán contra ti. Vamos, hombre. ¡Te dije que Amanda era peligrosa! Vas a sobrevivir. ¿¡Por qué no llegué a tiempo!?

El agente guardó silencio y mantuvo su atención en las palabras de Nicolás, quien no había notado su presencia. Cory aún dormía.

—Siento mucho haberme burlado de ti cuando íbamos en el tren rumbo a Madrid. ¡Qué tonto! Si te hubiera creído. Por Dios, me dio miedo también a mí, no puedo negarlo. Y ahora aquí estamos todos. ¡Por un absurdo miedo!

Nicolás se levantó de la silla y le hizo un ligero cariño en la pierna a su mejor amigo en señal de despedida. Vio al agente y juntos regresaron a la sala de urgencias.

—Nicolás, —habló el agente mirando el piso como si éste le dictara las preguntas y cruzó los brazos detrás de su espalda baja— perdone mi indiscreción, ¿qué pasó en ese tren?

Nicolás miró de arriba abajo al agente.

—Va a pensar que estamos locos, es una tontería. —Nicolás se negaba a contar pues no deseaba traicionar la confianza de su mejor amigo.

—Nicolás. Su amigo está al borde de la muerte. Necesitamos entender qué está pasando. Cualquier información es importante para evitar futuros atentados y conocer vías de protección para la sociedad.

—Solo si me promete que no le harán daño a él. Ya ha sufrido mucho desde esa noche en Cordes-Sur-Ciel.

—¿En Cordes-Sur-Ciel? ¿Hay algo más que yo no sepa? —Dean Antoine se mostró sorprendido y prosiguió—. Tiene mi palabra, queremos ayudarlos, protegerlos. —recalcó.

—Lo de Cordes-Sur-Ciel es otra historia que solo Cory podrá contar, claro, si sobrevive. Le contaré ahora lo que sucedió en el tren, si usted gusta. Pues tampoco ando de buen ánimo cuando me invaden esos recuerdos.

—Adelante, muchacho. Cualquier dato me sirve para continuar con la investigación.

Nicolás asintió y habló.

—Era la primera vez que nos volvíamos a ver después de años. Cory y yo nos conocíamos casi desde que éramos niños. Ese día dieron las siete de la noche cuando los vi llegar a la estación, me refiero a la familia Fontaine. Una señorita de nacionalidad portuguesa, un señor mayor trajeado, con barba de judío y yo, un joven madrileño con sombrero gris y facha de estudiante esperábamos en el andén para abordar.

El agente tomó notas.

—Los Fontaine caminaban hacia el tren cuando yo clavé mis ojos en los de Cory, quien se disponía hacia la fila de pasajeros. Le hice una señal amistosa. Él, al tanto de su abuela, respondió indiferente con el gesto de una sonrisa forzada y volvió su mirada.

No me reconoció.

Dean Antoine le miraba de forma escrupulosa y asentía.

—La fila de pasajeros aumentaba conforme el tiempo de partida se acercaba, la gente impaciente esperaba a que las puertas del tren se abriesen. Los vagones se dividían en salas con mesas cuadradas para cuatro y dos personas. Al centro de ellas, recargado sobre la mampara del vagón, había un menú. Corrí tras Cory con tal indiscreción que atraje la atención de los pasajeros, sin perderlo de vista. Karmele y Cecile voltearon al escuchar el alboroto. Grité el nombre de Cory y vi que se detuvo al escucharlo, entonces sucedió el diálogo:

—¡Enhorabuena, Cory, cuanto tiempo! Nicolás Pousta. Señora, un placer verle de nuevo. —La anciana sonrió.

—¡Nicolás, qué gusto! Apenas te he reconocido. —un estrecho abrazo y un par de palmadas en la espalda confirmaron el gustoso encuentro. Subimos al tren.

—Mira aquella mesa, parece mucho más cómoda para charlar, ¡venga!

—¿No nos llamarán la atención? —preguntó Cory, siempre le pareció que yo era un cínico.

—¡En absoluto, venga! Con su permiso, señora, señorita. —asentí con un gesto coqueto hacia Cecile para despedirme de ella.

Cory me siguió.

—¡Venga! ¿Ya cuántos años han pasado? Pareciera que no corre el tiempo. —expresé dándole una palmada en la espalda a Cory, quien se mostraba alegre.

—¡Todo lo que vivo me parece eterno! Nunca llega el fin. Siempre pienso en el tiempo. ¡El tiempo aquí, el tiempo allá, el tiempo siempre está presente!

—¡Hombre! Sigues filosofando como cuando éramos más jóvenes. Eras el único que hacía preguntas cuya respuesta nadie conocía. ¿Recuerdas?, eran capciosas, incluso en más de una ocasión los pastores de la Iglesia no sabían qué o cómo responder, solían debatir entre ellos. — Yo me mofaba.

—Recuerdo que llegabas corriendo al templo para incorporarte al coro, nunca eras puntual. — Cory se rio.

—Hablar de la iglesia no es fácil, es cierto. Y sí, tengo el maldito defecto de la impuntualidad, ando liado con eso. —me lamenté ante mi miseria.

—Y bueno. ¿Qué has hecho en estos años? —vi en sus ojos una delicadeza y nobleza de corazón, agente.

—Trabajo en la Casa Torralba apoyando a mis primos en el negocio cinematográfico. Julián y Rafael administran y yo canalizo artistas. —le respondí.

—De manera que Cory y usted se conocían desde pequeños. —interrumpió el agente.

—Sí. Hasta la fecha somos los mejores amigos. Fui un tonto, porque le platiqué la historia de mi vida, mis luchas y la labor cinematográfica en la que trabajaba con mis primos y apenas le di importancia a lo que él quería contarme, lo subestimé y para variar mi ego se dejó ir.

—No se culpe por el pasado. Ya no se puede remediar, en lo que sí podemos trabajar es en construir un mejor futuro.

—Yo sabía que Cory me escuchaba, es un gran amigo y es reflexivo. Y percibí que estaba en una crisis profunda. Algo que lo hacía dudar y no le di importancia en ese momento.

—¿Y qué cree que haya sido eso? ¿Contra qué luchaba?

—No lo sé. Él mencionó algo terrible.

El agente se enderezó en su silla y alzó el cuello como no queriendo perder detalle.

—Un tanto nervioso, Cory se rascó la cabeza hurgando en sus pensamientos. Sus ojos pestañeaban inquietantes. Él miraba por la ventana mientras yo hablaba. Noté que esquivaba mi

mirada. Se abrió la puerta que separaba los vagones y entró el garrotero para revisar que los boletos estuviesen validados. Cory buscaba en su chaqueta brincando de un bolsillo a otro con sus manos. Vi que encontró un pedazo de papel arrugado, lo desdobló, lo leyó y lo volvió a guardar. Se sorprendió al leerlo. Quise romper el silencio y distraerlo así que lo interrumpí:

—¿Y a qué te dedicas? —le pregunté. Aunque su mirada seguía reposando sobre el papel.

—Ingresaré a la Universidad de París, la Sorbona. — Cory respondió con alegría. Dobló el papel y lo guardó en su chaqueta.

—¿La Sorbona? —Yo estaba asombrado, por lo mismo repetí el nombre.

—Sí. ¿Recuerdas que tus papás y mi abuela nos hablaban de estudiar en una gran universidad? ¡Sí que nos hicieron soñar! ¿Y tú? —me preguntó con tanta ilusión.

—Es cierto, cómo olvidarlo. El estudio era obligado. —por su mirada creo que hice un gesto que expresó su desagrado—. Estudiaré en la Complutense de Madrid, luego... ya veré, —le respondí— recuerda que mis primos viven viajando y aunque hago planes la vida me los destroza. Excelente noticia es saber que estudiarás en la Sorbona ¡Enhorabuena, era tu sueño! —estiré mi mano para chocar el puño de Cory.

—Sí. Obtuve un porcentaje de la beca de Excelencia Eiffel por haber ganado un premio literario hace un año en un concurso nacional y mi abuela financiará el resto. —alzó los hombros mostrando cierta complicidad con Karmele.

—¡Eso suena genial! Mis respetos, lo mereces. —exclamé haciendo un saludo militar, honrando el liderazgo y talento de Cory. —él sonrió.

—Luego, vino lo peor. —Nicolás cambió el tono de su voz y le dirigió una mirada seria al agente.

—¿Qué hay de Cordes-Sur-Ciel? ¿Cómo están tus padres? —le pregunté.

—Vi que Cory escondió la mirada. De modo que proseguí:

—¡Ey! ¿Qué hay detrás de esos ojos? —le pregunté.

—¿Cómo dices? —expresó Cory volviendo en sí. Pensaba.

—Supe que el momento de la verdad se acercaba, agente. Así que insistí:

—Vamos, somos amigos, no sabes mentir, desde que me he acercado he sentido una doble presencia. ¡Vamos ya, suéltalo! ¿Qué ronda por esa cabeza?

—Ummm... ummm... —Cory ocultó sus labios apretándolos uno sobre el otro, su voz se entrecortaba y titubeaba como si ideas, pensamientos y sentimientos se revolviesen en su cabeza. Parecía estar amenazado. Me dio esa impresión.

—No lo sé. —Cory se expresó con un tono de voz nervioso. Se inclinó sobre la mesa, y con un movimiento de manos me hizo una señal para ordenarme silencio. Entonces dijo susurrando:

—Lo que voy a decirte es un misterio, desconozco sus orígenes, ni siquiera puedo evitar que se acerque a mí, pero... hay algo o alguien que busca mi vida. Me persigue día y noche haciéndome sentir condenado. Aflige mi alma. Se pega a mí como queriendo penetrar en lo más íntimo de mi ser. Quiere dominarme.

—Recuerdo que me paralicé. Mis ojos hablaron abriéndose con intensidad. Miré pensativo la alfombra del tren. Rasqué mi nuca, mi garganta, pasé saliva una y otra vez. Apenas le dirigí la siguiente palabra porque sentí lástima por él, aunque bastante intrigado me dejó.

Dean estaba boquiabierto sin dejar de mostrarse escéptico.

—¡¿Pero qué dices?! ¡¿Estás de broma?! —le pregunté.

—¡Lo sé! ¡Es algo muy extraño! —me respondió imperante.

—Estás fuera de ti, Cory. ¿Cómo puedes decir algo así? Seguro que alucinas. —le insistí.

Él defendió su realidad.

—¡Claro que existe algo o alguien, aún no lo descubro, sé que ahí está en alguna parte se hace presente constantemente, es peligroso! —Cory se frustró y expresó impotencia.

—Y... ¿a qué lo atribuyes? —empecé a curiosear.

—¡Seres sobrenaturales! No lo sé, jamás los he visto, solo sentido. —comentó dudoso.

El agente frunció el ceño y meneó la cabeza negando lo que escuchaba por voz de Nicolás.

—¡Seres sobrenaturales! ¡Válgame Dios! ¿Y pueden tener poder sobre nosotros? —pregunté incrédulo y al mismo tiempo asombrado, confundido—. O mejor aún, ¿podemos obtener poder de ellos? —luego se me ocurrió que era una locura preguntar semejante cosa, aunque él se interesó y respondió:

—Tal parece que sí, me persiguen día y noche y no sé lo que buscan o qué los atrae a mí. —respondió Cory despidiendo un suspiro desesperanzador. Ni siquiera he mencionado esto a mi abuela. —afirmó.

—Yo le consentí que su abuela no lo supiera y me burlé, era una estupidez, eso era claro.

—¡No es para menos! ¡Pero vamos, anda, cobra ánimo que la vida es corta y el quehacer mucho! Comamos algo, muero de hambre y supongo que tú también. Debes alimentar a ese monstruo interno. —estiré mi brazo y arrebaté la boina de Cory fingiendo asomarme en ella para encontrar a ese fenómeno que atormentaba sus días.

—¡Basta ya, Nicolás, dame eso! —arrebató la boina de mi mano.

—Tonterías, anda, echa un ojo al menú y después sigues fantaseando. —vacilaba, pero la expresión de mi rostro debió tornarse desconfiada, vulnerable, como muchas veces cuando anticipo una mentira. Lo vi dudar. Imagino que se debió a mi actitud incrédula y burlona.

El agente no dejaba de mirarlo como si estuviese en la prueba profesional más difícil de su carrera.

Se escuchó una voz que interrumpió la conversación entre Nicolás y el agente. Un médico preguntaba en la sala de urgencias por los parientes de Cecile, pues ese día la darían de alta y se necesitaba la firma de un familiar.

Nicolás acudió y firmó como responsable. Era el gran amigo de la familia Fontaine.

8 La opresión - Cordes-Sur-Ciel, Francia, 2020

Alphonse esperaba ansioso la llamada de Gerard. No lograba avanzar mucho con su investigación. Además, lo mantenía un tanto distraído esa sombra que lo amenazó hace algunos días.

Se sintió tentado de ir a París, pero abortaba la idea cuando las palabras del agente le turbaban el alma cada vez que le decía que se cuidara. Nunca se había sentido tan agobiado como ahora. Acudió al hospital donde se encontraba internada la señora Louise Fontaine que iba de mal a peor.

Se preguntaba si el agente tendría noticias. Si ya habría descubierto algo. Y se tranquilizó pensando en que no había novedades porque de lo contrario ya se hubiese enterado por voz de él.

Alphonse dispuso sus cosas para regresar al trabajo. Cargó su auto con algunos libros y su ordenador. Llegó al primer semáforo y repitió entre dientes la palabra Kardec, tanto él como el agente habían quedado intrigados con el libro. No dejaba de pensar en el caso y en el misterio que podía guardar ese libro que le entregó al agente y lo acontecido en París en el barrio Latino. Un carro que venía detrás de él le pitó y le gritó que se moviera pues el semáforo estaba en luz verde.

Encendió la radio por si acaso decían algo relacionado con el incidente. Decidió orillarse por un café cuando vio un letrero enorme que promovía un dos por uno en rosquillas. Pensó en que no le vendría mal un respiro. Aparcó el auto y bajó.

Su ritmo cardiaco se aceleró cuando vio pasar un par de coches que iban a toda velocidad y una patrulla que les perseguía con la sirena sonando a todo volumen. Enseguida relacionó este acontecimiento con su caso y con el barrio Latino, se relajó y se regañó a sí mismo por estar alucinando. No debía estar asociando cualquier atentado con la investigación.

Se sentó en una de las mesas que daban a la calle. El clima era agradable y solo serían cinco minutos. Un mesero se acercó a tomar la orden y Alphonse se sintió frustrado cuando leyó en el gafete del chico el nombre de Antoine. Como si el caso estuviese presente hasta en los pequeños detalles, recordándole que se mantuviera alerta.

Indagó en sus pensamientos cuando Antoine, el mesero, se acercó con las rosquillas. Se preguntó por qué tenía que tocarle a él este caso y aunque se lamentaba, no dejaba de estar intrigado. Y si otro médico quisiese sustituirlo, él se habría negado. Además, estaba trabajando de la mano de uno de los agentes más reconocidos de París y tenía mucho por aprender.

Dejó un par de monedas sobre la mesa y partió. Rumbo al trabajo sonó su móvil.

—Médico Alphonse a sus órdenes. —giró dos cuadras a la derecha y frenó en un semáforo.

—Te buscan del hospital. Parece que hay noticias de Louise Fontaine. —uno de sus colegas lo llamaba.

Alphonse colgó y giró el volante. Metió el acelerador y se pasó tres semáforos. Se encontró de nuevo con los carros que habían violado los límites de velocidad y a la patrulla que les perseguía. Apenas vio esta persecución, metió el freno de forma abrupta. Faltaba una cuadra para llegar.

Pensó en llamar al agente, se arrepintió hasta tener noticias. Aparcó el auto sin respetar las líneas de señalización y bajó a paso veloz. Cruzó unas puertas corredizas y se identificó en la entrada como miembro del cuerpo médico del hospital. Se aproximó al Centro de Control de Intoxicaciones y Envenenamientos. Un especialista en toxicología le recibió.

—¿Dr. Alphonse?

—¡Dígame! ¿Tienen ya los resultados de las pruebas? —ambos caminaban sobre el pasillo rumbo al cubículo de la señora Fontaine.

—Lamentablemente la señora Louise fue envenenada, —el especialista le entregaba unos papeles— la sustancia es desconocida. La tenemos con ventilación asistida, también ha presentado episodios de consciencia alterada.

Alphonse se sintió desarmado. Pues recordaba que el día que ocurrió la explosión no había rastro de sustancias, al menos fue lo dicho por los peritos. La cuestión radicaba en saber por qué y por quién había sido envenenada. No cabía en su cabeza un error por parte del peritaje.

—¿Cómo que la sustancia es desconocida?

—Solo sabemos que la toxicidad ha tenido un efecto retardado. Y es seguro que el paciente quede con algún daño, puede desembocar en una enfermedad de corta duración, una lesión cerebral, un estado de coma e incluso...

El especialista guardó silencio.

—¿Incluso qué?

—La muerte, doctor. Claro está. —el rostro del especialista se tornó serio.

—¡Esa mujer no se puede morir, necesito hablar con ella!

—¡Haremos todo lo posible, pero no hay garantía de una supervivencia, doctor! Usted lo sabe.

Llegaron al cubículo de Louise. El médico se acercó a ella. La vio intubada y con los ojos cerrados.

—Déjame solo con ella.

—Adelante. Si me necesita estaré en el laboratorio.

Alphonse asintió sin mirar al especialista. Mantenía su vista en la víctima.

—Tú debes estar metida en algo más. Primero una explosión y ¿ahora un envenenamiento? Deberías estar muerta. Seguro tienes alguna deuda con la vida. Ya veremos cuando despiertes, porque sé que lo harás. Tengo muchas preguntas que hacerte y también el agente Dean Antoine está esperando por ti.

Alphonse retrocedió y observó el lugar. Sentía algo extraño. Como si al estar ahí el tiempo se encapsulara. Como si estuviese alguien más además de ellos dos. Miraba el rostro de la mujer que guardaba secretos. Aunque aún vivía, parecía que estaba muerta. Sus manos eran delgadas y sus dedos finos. Su cabello castaño recogido por una cofia quirúrgica. La mujer descansaba en una cama.

—Tu documento de identificación marca que eres una mujer casada. ¿Dónde está tu esposo? No encontramos a nadie más ese día. ¿Fuiste la única víctima?

El especialista entró al cubículo para monitorear los signos vitales del paciente, al mismo tiempo el móvil de Alphonse sonó.

—¿Diga?

La llamada se cortó. Pero casi al minuto volvió a entrar.

—¿Diga?

No hubo respuesta.

Salió del lugar con la intención de recuperar la señal, el intento fue inútil. Regresó al cubículo.

—Me avisa en cuanto despierte o tenga alguna noticia. Debo retirarme. Cualquier asunto urgente estoy en mi móvil. —solicitó el médico al especialista que recién entró.

—Como usted ordene, doctor.

Alphonse salió del Centro de Control de Intoxicaciones y Envenenamientos. Dejó atrás el vestíbulo del hospital y caminó en dirección a su auto. Estando cerca de él vio que le habían

dado un cristalazo y sin perder tiempo se asomó por la ventana del auto pensando lo peor: que su ordenador le faltaba. Volvió a asociar los hechos del caso con este nuevo episodio. Ahora él también era víctima.

Ese día a Alphonse no le quedaron más ánimos que regresar a su casa. Estaba exhausto y desconcertado. ¿Cómo era posible esto? No lograba explicárselo. ¿Qué culpa tenía él? ¿O es que acaso estaba velando por la vida de personas que eran culpables? Pidió una revisión de las cámaras de seguridad, lamentablemente no salió nada que lo pusiera en alerta. A lo mucho un par de personas que se paseaban por ahí. ¿Quién se habría llevado su ordenador y con qué fin? Encargó al equipo de vigilancia del hospital que investigasen.

En cuanto llegó a casa se retiró los zapatos, también la indumentaria de la profesión y se echó en el sofá. Observaba de lejos la biblioteca y al mirar el lugar donde solía acomodar su ordenador pensó que mañana sacaría de su oficina el que usaba como respaldo, tenía los mismos archivos y por ello no le preocupaba haberlos perdido, lo que sí le causaba aflicción era imaginar en manos de quién estaría su información.

Revisó los mensajes de la contestadora. En primer lugar, la operadora le notificó que tenía tres mensajes. El primero de ellos era el de Gerard que la noche anterior alguien interrumpió. Luego se repitió el mismo mensaje, esta vez estaba completo:

—Alphonse, habla Gerard tengo algunos datos. Comunícate conmigo en cuanto puedas. He avanzado con lo que me solicitaste cuando ocurrió la... la explosión y necesito comentarte algunas cuestiones al respecto. Llámame en cuanto puedas. Un abrazo.

Alphonse vio la hora y por lo tarde que era decidió buscar a Gerard el día siguiente, el Centro de Investigación para las Ciencias ya no estaría en horario de atención al público. Pensó en llamar a su móvil, pero lo volvió a considerar una imprudencia.

Caminó entonces hacia su biblioteca para continuar con su investigación. Buscó de entre sus muchos libros algunos que estuviesen relacionados con envenenamientos y toxicidad. A un lado de estos libros tenía un par de biblias que un amigo paciente le había regalado hace unos años. Cuando fijó sus ojos en una de las biblias dejó que su corazón dictara una serie de blasfemias y por un momento olvidó su vida terrenal para entrar en un diálogo interno.

—Dios y Satanás. Sí, claro. Fantasías. No deja de ser un libro de ficción. —rio para sí hojeando una de las biblias. Un marcapáginas con un texto escrito cayó del libro. Después de que lo vio en el piso se agachó a recogerlo y sin leerlo, de un modo agresivo, lo regresó a la Biblia.

Se preparó un café y sacó unos folders en donde llevaba algunos expedientes de otros casos. Se volvió hacia el reloj que rescató en una feria de antigüedades y al ver que eran las tres de la mañana como un maniático afianzó los seguros de la puerta y cerró las ventanas. Apagó las luces y regresó al sillón para dormir un par de horas. Más tarde trabajaría en el caso.

Se quedó contemplando la oscuridad de la noche, volvió a pensar en el agente, en Louissette Fontaine y en su esposo ¿Dónde estaría?, se preguntó, dio un par de vueltas en el sillón y apenas se perdió en un profundo sueño lo despertó la presencia de algo. Sintió escalofríos. No se movió. Ese algo rodeaba el sillón, su presencia era imponente. Alphonse pausó su respiración. La cosa se posó sobre él; sintió el peso de ese bulto, aunque no lo veía. Alphonse pasó saliva y le invadió un terror como nunca. Empezó a sudar frío al tiempo que varias garras se fueron clavando sobre sus labios y mejillas. No logró moverse, le resultaba imposible. Ni siquiera podía acercar sus manos a esas garras, era como si al sentir ese peso sobre su cuerpo, éste reaccionara con pequeños choques eléctricos. Las garras se clavaban a él con una fuerza atroz al grado que sentía convulsiones magnánimas. El cuerpo le temblaba. No dejaba de estar consciente de lo que estaba

sucediendo, sabía que lo atacaban y por la opresión que sentía supo que buscaban su vida. Lo único que pasó por su mente fue clamar para sus adentros la oración del Padre Nuestro que de niño aprendió.

Apenas lo hizo y las garras se fueron desprendiendo poco a poco de su piel hasta dejarlo libre. Todavía sentía su corazón alterado y el pánico le impedía levantarse del sillón. Repitió la oración del Padre Nuestro, nada más se sintió libre de esa opresión, se levantó despacio, con miedo, encendió las luces y tocó su cuerpo, las manos aún le temblaban de angustia, fue al sanitario para lavarse la cara. Se quedó paralizado cuando al mirarse en el espejo vio que esas garras le dejaron marcas en el rostro.

9 Cecile - París, Francia, 2020

El agente Dean Antoine y Nicolás recibieron a Cecile de manos de los médicos. La joven francesa abrazó a Nicolás y se presentó con el agente.

—¿De modo que usted es la hermana de Cory Fontaine? —preguntó el agente con toda la intención de comenzar su interrogatorio.

—La misma. —respondió aún convaleciente— ¿Cómo está mi hermano? Ya no quiero perder a nadie de mi familia, por favor, agente —la joven se volcó en un llanto.

—Cecile, Cecile. —Nicolás la abrazó y la acompañó a sentarse al área de urgencias. —la policía encontró a tu madre. Ahora solo falta tu padre. Ten calma, mujer. —Nicolás le acarició la mejilla, esa dulce mejilla blanca donde descansaba parte de su cabello rojizo.

—¿Mi madre? ¡¿Dónde está ella?! ¡¿Dónde está?! ¡Quiero verla! —gritó y sacudió a Nicolás con un dejo de súplica.

—Señorita Fontaine. —habló el agente tratando de calmar a la joven— Me temo que de momento no podrá ver a su madre. Ella se encuentra en un estado delicado de salud. —repuso el agente aún sin tener noticias de Alphonse.

—¡Quiero ver a mi madre! ¿Quién es usted para prohibirme verla? ¿No lo entiende? ¿No tiene madre? —gritó la joven que parecía salida de un manicomio.

—Señorita Fontaine. Le aseguro que verá a su madre, pero ahora no es posible. —el agente trató de guardar la calma.

—¡Dígame, por favor, cuándo será posible! —Cecile lloraba a sollozos.

El agente suspiró serio.

— ¡Esperemos que pronto! Lo mejor es que por ahora se relaje por el bien de su salud.

El agente y Nicolás hicieron entrar en razón a Cecile.

—Le prometo que haré todo lo que esté en mis manos para que su familia vuelva a estar segura.

— ¿Dónde está mi abuela? —aunque la anciana no le agradaba del todo, pensó en ella.

—Ella está mejor. Es posible que a más tardar hoy en la noche vuelva con nosotros. Tuvo un ligero sobresalto, aunque los médicos reportan que ya casi se estabiliza.

Cecile asintió y recargó su cabeza en el hombro de Nicolás.

—Por ahora los dejaré, tengo que atender otro caso. Sirve que usted se tranquiliza, —Dean dirigió su mirada a Cecile— se desahoga con su amigo, y yo regreso en estos días para seguir con la investigación o en cuanto tenga noticias.

—No, por favor, oficial. No se vaya. Dígame si puedo ayudarlo con algo, necesito ver a mi madre.

El agente volvió a inspirar hondo y se acercó a los jóvenes.

—Señorita Fontaine. —expresó el oficial en voz baja— Está usted muy alterada. Así no es posible hablar. Necesito que primero se calme.

—Le prometo que estaré tranquila, pero no se vaya todavía. —la mujer seguía llorando a moco tendido.

Nicolás esperó la respuesta del agente para acercarle una de las sillas.

—Bien. —el agente llevó su dedo índice y pulgar a la barbilla y luego la frotó, entrecerró sus ojos, humedeció con la lengua su labio inferior y entonces habló una vez se sentó— Usted tiene información valiosa que me puede ser útil. Estoy seguro. Llegó a este lugar porque estuvo en el

apartamento de la señorita Amanda esa noche a la que sus amigos nombran: la noche del terror parisino. ¿No es así?

Nicolás y Cecile se miraron. Cecile se incomodó sobremanera y Nicolás se sintió extrañado.

—No sé. No recuerdo lo que sucedió. —respondió la joven, confundida.

—Yo la guiaré hacia la búsqueda de esas pistas. Vamos por orden. Primero, póngase cómoda.

Cecile asintió como si intentase causar compasión.

—¿Recuerda la noche en la que perdió a sus padres?

—Claro que lo recuerdo, oficial. Odié ese día. Esa noche Cory iba llegando, fue a mi habitación porque escuchó un lastimoso llanto. Me encontró con la mirada devastada. “¡No puedo asimilar la muerte de nuestros padres, Cory! ¡Se han ido para siempre! ¡Se han ido! ¿Dónde están?” —le dije y lo abracé sin importarme la suciedad que lo cubría, sacudí el cuello de su chaqueta con desesperación. Lo solté y jalé mi cabello haciendo movimientos bruscos con mi trenza despeinada. Di vueltas en mi habitación como una loca, como si los objetos pudiesen brindarme un consuelo, solo se escuchaba el piso de madera crujir. Mi camión estaba empapado en lágrimas. Vi que Cory fijó su mirada en mis pies descalzos como hipnotizado con el grueso lunar que tengo cerca del meñique derecho.

El agente la escuchaba al tiempo que imaginaba la escena. La dejó hablar, era claro que necesitaba desahogarse.

—Se acercó a mí con la intención de consolarme. Me tomó con delicadeza entre sus brazos, acarició mi rostro y secó mis lágrimas con las yemas de sus dedos. Entrelazó sus manos con las mías y ambas estaban heladas. Me dio un beso en la frente, pegó su cuerpo contra mi corazón acelerado mientras yo miraba las gotas de lluvia que se esparcían en el ventanal. Después me miró y se alejó despacio sin quitar la vista de mi rostro. Cerró el dormitorio dejándome sola en la habitación. Yo permanecí inconsolable y él parecía aturdido. Y ahora aquí estamos. No sé más de mis padres. —Cecile, cabizbaja, se quedó mirando el piso.

—Bien, ahora, ¿recuerda usted por qué llegó aquí? Me refiero a París.

—Sí, —prosiguió Cecile— la mañana siguiente el teléfono sonó con insistencia, una y otra vez. Cory atendió la llamada, yo escuchaba la conversación desde mi habitación. Entonces apareció en escena mi abuela Karmele quien llamaba para comunicarnos que vendríamos con ella a París y nos anticipó que Ritter, su chofer, pasaría a recogerlos en la estación Charles de Gaulle TGV (Tren de Gran Velocidad) el sábado por la tarde. En realidad, creo que lo hizo más bien por el amor que le tiene a Cory, él la adora, la ve como a una segunda madre, cosa que nunca he entendido. Pasó gran parte de su infancia aquí con ella, —Cecile fijó su mirada en las manos del agente— cada fin de semana que podía él la visitaba. Yo era más independiente, más bien, soy independiente. No soy una persona a la que le interesen las relaciones familiares y menos con mi abuela.

El agente se cruzó de brazos sin quitar la vista de Cecile.

—A mí no me entusiasmaba la idea de venir a París. Detestaba fingir que me agradaba.

—Disculpe la interrupción. ¿De dónde surge ese distanciamiento hacia París? ¿Por qué negarse a estar en la capital y con su abuela?

—Ay, agente, la religiosidad de mi abuela me incomoda, ¡ajepa! Y ahora imagínese estar viviendo juntas en el mismo apartamento. De modo que empaqué de no muy buena gana algunas cosas que yo consideraba tenían un valor sentimental para mí. ¿Sabe? —tocó el brazo del agente — Es como si en mi corazón se hubiese anidado un odio desbordante hacia Dios después de aquella trágica noche en Cordes-Sur-Ciel, cuando me vi abandonada en medio de la vida como

una huérfana.

¿Por qué a mí?, me preguntaba una y otra vez. No entendía nada. En verdad odié a Dios. En ese momento entendí que Él se encontraba en un lugar muy lejano, tan lejano a mí. No sabía qué había hecho para merecer esto.

Nicolás abrazó a Cecile y con uno de sus dedos secó las lágrimas que corrían sobre sus rosados pómulos.

—¡Mátame a mí también! —le grité a Dios. Desaparéceme de la faz de la tierra. Y ahora soy yo quien sobrevive y mi hermano está entre la vida y la muerte. Así de irónico. ¿Por qué?

Cecile no pudo contenerse más, empezó a sollozar.

—Está usted muy joven, tan solo tiene dieciocho años para tener esos pensamientos y ni qué decir de los sentimientos.

—¿Y quién dijo que hay una edad para desear nunca haber nacido? Agente, el dolor me consume. —se sintió traicionada por la vida.

—No debería ver así la vida. Es cierto que las tragedias ocurren y también los milagros. Su madre aún vive y usted podrá verla. —el agente afirmó sin la certeza de que la señora Fontaine sobreviviría.

Cecile apenas le sonrió al agente y prosiguió:

—Lo último que recuerdo de ese día fue cuando Cory y yo salimos a caminar por el pueblo antes de venir a París. Yo quería grabar en mi memoria los últimos instantes del lugar en el que habíamos crecido como hermanos. De ahí nos trasladamos a la estación de tren que nos traería a París.

—Supongo que también usted estudia en la Universidad de París, en la Sorbona.

—No, agente. Yo ahora estoy... —Cecile enmudeció dudosa.

—Usted está... —el agente, intrigado, la miró. Nicolás permanecía callado.

Cecile agachó la cabeza y pronunció las últimas palabras:

—Estoy estudiando en el Instituto Allan Kardec.

El agente se sobresaltó y enseguida se sintió en paz al ver que las pistas iban coincidiendo, pues recordó la conversación de Nicolás con Cory.

—Pero, por favor, no le diga a mi abuela. No tiene idea de lo religiosa que es.

—No se preocupe. Mi deber es encontrar la verdad, no poner en contra a las familias. Muchas gracias, señorita, tengo la esperanza de estar cada día más cerca de esa verdad. Solo una última cosa más para dejarla descansar. —el agente sacó una pequeña fotografía que había capturado de la portada del libro que le dio el médico. —¿Reconoce este libro? —el agente acercó la fotografía a los ojos de Cecile.

—Disculpe, agente. Eso no es mío. —Cecile se distanció de la imagen en cuanto la reconoció.

—¿Segura que esto no le dice algo? —insistió Dean.

—De ninguna manera. —Cecile se mantuvo seria y firme con su respuesta.

—Bien. —el agente miró a ambos jóvenes— Ahora sí me retiro. —guardó la fotografía en su saco en el mismo lugar donde descansaba la carta que le dio Karmele— Ya son las cuatro de la mañana y tengo mucho por hacer todavía.

—Muchas gracias, agente. —Nicolás despidió al oficial y se volvió a Cecile para cobijarla con su cariño.

Mientras tanto, las noticias informaban que el brote vírico localizado en un mercado de animales chino se volvía cada vez más peligroso. Pese a ello, las autoridades minimizaban la emergencia sanitaria para no alarmar a la población.

Una vez el agente se retiró, el médico salió a la sala de urgencias a buscar a los familiares de Amanda Thompson. Nicolás y Cecile respondieron al llamado.

—Afortunadamente la joven ha evolucionado favorablemente. —afirmó el médico. Nicolás expresó en voz alta su gratitud a Dios y abrazó a Cecile mostrando su alegría. —No obstante, —continuó el médico— Cory, aunque ha despertado, todavía tiene lesiones craneales y por ciertas palabras que mis asistentes le han oído decir pareciera que también sufrió algún trauma. ¡Repite de forma constante el nombre de un tal Carsten! Dudo que sea efecto de los medicamentos. Algo aflige al joven, sería interesante saber qué pasa por ahí —el médico torció ligeramente la boca.

—Muchas gracias, Doctor. ¿Cómo está Karmele? —preguntó Nicolás esperando noticias positivas.

—Mejor, pero aún debemos tenerla en observación. Su corazón está débil.

—¡Gran sorpresa, y gracias por los informes! Notificaremos a los familiares de Amanda.

—Descansen. Buenas noches. —el médico apenas sonrió y se retiró.

Nicolás acompañó a Cecile al apartamento de Karmele. Él se quedó en la habitación de Cory. Temía dejar sola a Cecile porque recién había salido del hospital. Se sentía con la responsabilidad de cuidarla y observarla. Sacó su móvil del pantalón y llamó a Oswin:

—¿Diga? —Oswin respondió con premura.

—¡Oswin! Habla Nicolás.

—¡Nicolás!, ¿cómo está Amanda? ¿Cómo están todos? Justo iba a regresar a París en estos días, solo que ya sabes cómo está la situación acá en Inglaterra.

—¡Ánimo con eso! El médico dijo que Amanda va mejorando, no dudo que pronto la den de alta.

—¡Fantástico! Mañana mismo salgo a París. Gracias, Nicolás.

Nicolás colgó. Se sentó en la orilla de la cama y contempló el librero de Cory mientras pensaba en todo lo que estaba aconteciendo, acto seguido se dejó caer de espaldas en la cama y cerró los ojos pensando en lo feliz que era por tener a Cecile cerca de él.

10 Primeras pruebas - París, Francia, 2020

—¿Gerard? —Alphonse marcó el número del físico, deseoso de recibir noticias.

—¡Alphonse! Esperaba tu llamada.

—He tenido días complicados, —Alphonse respondió recordando su reciente robo— como comprenderás. Aquí estoy a tus órdenes. ¿Qué nuevas hay?

—Alphonse, me temo que no hay muy buenas noticias. De hecho, no sé si esto que te voy a decir vayas a tomarlo a bien. Es lo que hay.

—¿Qué sucede?

—Lo creas o no, en cuanto a la explosión ocurrida pareciera que esto ha desafiado las leyes de la física.

Alphonse sintió las gélidas palabras cerca de su oído.

—¿De qué se trata? No te estoy entendiendo —Alphonse se sentó en una silla que estaba cerca de su escritorio.

—No tenemos ninguna prueba que nos indique que esto fue producto de un accidente humano. No hubo intervención alguna para que se diera esa explosión. Ni mucho menos el uso de sustancias, o gases, no hubo nada de eso.

Alphonse se sintió perdido y alzó el tono de voz.

—¿Y qué se supone que deba hacer entonces? ¿A qué conclusión llegaste?

—Esto está fuera de mi campo, Alphonse. Soy Ingeniero en Física. No tengo idea de qué sea lo que esté pasando. Al menos puedes sentirte tranquilo de que esto no tiene nada de ciencia. Solo comentarte algo importante: se analizaron muestras del vómito que se encontró al interior de donde sucedió la explosión, y las pruebas arrojaron que la señora Fontaine fue envenenada, hay toxicidad, me temo que se trata de una sustancia no identificada.

—¡No puedo creer que seas tan incompetente y concluyas que esto está fuera de tu campo! Así de simple —Alphonse se sintió molesto.

—Amigo, entiendo que estés desconcertado, pero mi deber profesional es hablarte con la verdad. Mi equipo investigó con todos sus recursos disponibles, las muestras que se tomaron se enviaron a los mejores laboratorios del mundo, y estamos en las mismas. Como si esto hubiera ocurrido en otra cápsula del tiempo. Para las leyes de la física esto no existe, nunca pasó. Es imposible.

—Ahora resulta que la respuesta mediocre a una falta de conocimiento es algo no identificado o perdido en la cápsula del tiempo, vaya. ¡Qué respuesta más absurda! Acudiré a otro especialista. Más inteligente y con sentido común, al menos alguien que viva en esta dimensión del tiempo —colgó y esperó un segundo para llamar al agente.

En realidad, Alphonse estaba desarmado y eso era lo que le causaba molestia, pues Gerard era de los físicos más reconocidos en el Centro de Investigación para las Ciencias. Alphonse pensaba que cualquiera que no fuese Gerard cometería un error con más facilidad. Lo tenía en gran estima.

—¿Diga? —respondió Dean Antoine sabiendo de quién se trataba.

—¡Agente! Soy Alphonse. Caso Louissette Fontaine en Cordes-Sur-Ciel.

—No es necesario que se identifique, conozco su voz, de hecho, la de casi todos los profesionales que se involucran conmigo. ¿Cómo puedo ayudarle, doctor?

Alphonse entornó los ojos ante el tono presuntuoso del agente.

—¡Se trata de Gerard, me ha dado los resultados que arrojaron sus pruebas, incluso me confirmó que su equipo acudió al lugar por más objetos para estudiarlos en laboratorios de varias partes del mundo!

—¿Y luego? ¿Qué paso? ¿Qué resultó?

Alphonse se sintió avergonzado y frustrado.

—Resulta que acerca de la explosión no hubo mano humana que interviniera. En otras palabras, siento mucho decir esto...

—¡Dígame, por favor, no estamos para caprichos! —insistió el agente.

—En palabras de Gerard: “Es un fenómeno que ha desafiado las leyes de la física”. Se estudió también un vómito que encontraron al interior y la muestra arrojó toxicidad que se traduce en envenenamiento por una sustancia no identificada.

En cuanto Dean Antoine escuchó esas palabras colgó sin despedirse del médico. Un terror le iba confirmando que aquel ligero presentimiento que tuvo el día que ingresó por primera vez en el apartamento era real.

—¿Agente?, ¿agente? —el médico pronunció las últimas palabras al no escuchar la voz del agente.

Alphonse intentó llamarlo otra vez. No hubo respuesta. Pensó que el agente había tenido la misma reacción que él con respecto a Gerard. Seguro lo tomó por un loco y lo más fácil fue colgar.

El agente fue a buscar el libro y recordó lo dicho por Cecile y Nicolás.

—¡El Instituto Kardec! Eso es.

Salió de la oficina a toda prisa, subió a su camioneta y recorrió las calles del barrio Latino hasta llegar a *La Société Parisienne des Études Spiritistes* (La Sociedad de Estudios Espiritistas de París) fundada por el francés Allan Kardec, lugar donde se llevaban a cabo prácticas esotéricas. Dean Antoine leyó su lema inscrito en la parte superior del siniestro edificio: *Nacer, morir, renacer y progresar sin cesar, tal es la ley*. Se quedó mirando el abrumador e imponente lugar.

Pensó que cada calle parisina que rodeaba la Rue des Écoles tenía algo de magia y suspenso que como un hechizo atraía a los franceses y turistas a seguir las recorriendo, empapándose de la historia y las aventuras que solo podían vivirse en París. Estaba seguro de que el barrio Latino guardaba secretos y leyendas que aún permanecían ocultas.

Una vez llegó a la recepción le recibió una mujer joven, de una larga cabellera rubia. Justo cuando preguntó por un directivo o docente, Oswin iba subiendo las escaleras de la entrada para llegar a la recepción. Una vez dentro reconoció al agente.

—¡Qué tal, agente!

—¿Qué hace usted por estos rumbos, jovencito?

—Nada especial, vine a recoger las cosas de Amanda. Nicolás me notificó que en estos días saldría del hospital, y a eso he venido. ¿Qué no sabe que Amanda estudia en este instituto?

El agente se quedó helado pensando en que ya eran dos de los cinco jóvenes a quienes investigaba que estudiaban en el Instituto Kardec. Amanda y Cecile.

—¿De casualidad usted sabe a quién pertenece este libro? —el agente lo mostró como si fuese un catálogo publicitario.

—No me parece conocido. ¿Dónde lo encontró? —Oswin mintió.

—Un objeto entregado a la policía de París. —el agente mantuvo su secreto con el médico.

—Bien, agente. Suerte con su investigación. Yo debo seguir para llegar a tiempo. Ni idea con

ese libro. Una pena no serle útil.

El agente le miró sabiendo que ocultaba algo. Asintió y se volvió hacia la recepción, preguntó de nuevo por algún directivo o docente que pudiese orientarle para dar con el propietario de ese libro.

—No, oficial. Le aseguro que ese libro no ha entrado a esta institución. No es parte de la biblioteca siquiera. Eso sí, quizá pertenezca a un alumno, es posible, lo cual dudo porque no se trata de textos recientes. Hasta parece una antigüedad. —la mujer lo miró con extrañeza.

—¿Por qué no busca en los registros, en los archiveros, algo debe de haber?—insistió Dean.

La mujer se mostró irritada ante las instrucciones del agente y enseguida fijó sus ojos en el ordenador, maximizó sus programas escolares, las bases de datos, pero no encontró resultados de búsqueda. El agente alzó una ceja y guardó silencio un momento.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle? —la recepcionista le sonrió y con esa última pregunta invitó al agente a retirarse.

Dieron las seis de la tarde cuando Dean Antoine miró en un esquinero la enorme vitrina de cristal donde se exhibían los objetos esotéricos que el Instituto comercializaba. Abrió más los ojos cuando observó una tabla ouija y los himnarios para las ceremonias. Conforme bajaba la vista hacia el último piso de ese elegante mueble se percató de que había otra clase de libros, nada parecido a lo que él tenía entre manos. Encontró material para todos aquellos que aspirasen a ser grandes conocedores y maestros del espiritismo en los cuales se daba una explicación de las máximas morales de Cristo, su concordancia con el espiritismo y su aplicación a las diversas posiciones sociales, bajó la vista y vio un curso de milagros y otros textos que hacían referencia a sectas, divisó un manual de Kardec y un subtítulo que incluía la palabra Blavatsky. Colocó su mano sobre la vitrina con el objetivo de tapar la luz del día para que el reflejo le permitiese ver al fondo, solo alcanzó a vislumbrar llaveros con símbolos paganos y figuras para decorar algún altar. Sintió que el corazón le latía con fuerza al recordar la carta que recogió del escritorio de Amanda. Uno de aquellos símbolos venía impreso como un sello en esa hoja.

Una corriente de aire se paseó por el lugar y le hizo recordar que era momento de partir. Agradeció de nuevo a la recepcionista y bajó despacio las escaleras del Instituto. Pensó en subir a su camioneta, pero al salir vio que Oswin fumaba cerca de ahí y hablaba por teléfono al mismo tiempo. Se decidió a alcanzarlo.

Oswin advirtió al agente y casi de inmediato colgó.

—¿Tiene planes? Me gustaría charlar con usted. Prometo no quitarle mucho tiempo. —el agente le miró con una expresión firme y severa.

—Desde luego, agente. —Oswin llevó a su boca por última vez lo poco del cigarro que aún le quedaba entre los dedos y tiró la colilla al piso, la aplastó con el zapato y con un ligero golpe la hizo caer al interior de una coladera.

—Aquí no. —el agente echó un vistazo a su alrededor.— Vamos a cenar, yo invito.

—Como quiera. —Oswin asintió y caminaron rumbo a la camioneta del oficial. —¿Sí dio con el propietario del libro? ¿Le dijeron algo?

—Lamentablemente no. Pero ya averiguaré. ¿Le preocupa algo? —el agente mordió su labio inferior y entrecerró sus ojos al ver una sirena que se cruzaba frente a ellos y estorbaba su vista.

—No. Todo en orden. —Oswin mantenía la vista en la avenida y respondía a las preguntas del agente con un tono desenfadado.

Llegaron a un restaurante pequeño y acogedor que se situaba en las arterias del barrio Latino donde los recibió un joven alto y delgado con una sonrisa impecable que ya desde la calle les

ofrecía el menú. El agente trató de no parecer invasivo con Oswin e irlo ganando poco a poco, así que antes de abordar el tema de su interés le preguntó acerca de su viaje y su llegada a París. Esperó a que les asignaran una mesa para entrar en los asuntos de su interés. Oswin escapó al sanitario y el agente permaneció en la entrada del restaurante esperando ser atendido. El joven alto que caminaba con paso ligero le sonrió y le pidió que le siguiera hasta su mesa. Le extendió la servilleta y lo invitó a probar el vino de la casa. Una vez sentados, el agente observó a Oswin y como a una presa esperó el momento justo para comenzar su interrogatorio.

—Entonces usted y Cory son buenos amigos de Amanda. —Oswin asintió con la misma incomodidad cuando se enteró en el hospital que Cory también lo era.

—Dígame...—el agente recargó sus brazos sobre la mesa mostrando un desmedido interés en la conversación que apenas se abría— ¿por qué dicen que Amanda es peligrosa?

El joven se quedó mudo después de escuchar la pregunta. Echó un vistazo a su alrededor, así como lo hizo el agente momentos antes en la calle y luego habló:

—Mire, le voy a contar la historia de Amanda. Lo haré con el único objetivo de ayudarla, ¿está claro?

—Por supuesto, así debe ser siempre.

—No todos los agentes son honestos, aceptémoslo.

Dean Antoine le dio la razón a Oswin. Le pidió que continuara.

—Amanda estudiaba en la Universidad de Oxford cuando la conocí. Se alojaba dentro del Pembroke College. Ella vive inmersa en un mundo oscuro y fantasioso, creado por ella misma. No sé cómo, pero...—el joven miraba a las personas que iban llegando al establecimiento— Amanda desarrolló un discernimiento que le confiere una habilidad intuitiva. —Oswin se acomodó en la silla— Algo así como un don de adivinación.

El agente frunció el ceño y de nuevo mordió su labio inferior.

—Más bien no solo se trata de un don de adivinación, su poder va más allá. La intuición no lo es todo. A menudo viaja a Londres para visitar a sus tías. Por cierto, un par de lunáticas. —Oswin rio y ocultó el rostro entre sus manos— Su tía Hazel, a quien apodan Aisha tiene una enfermedad rarísima. Solo logra caminar apoyada de un bastón.

—¿Y qué le sucedió?

—Le dio un síndrome que le paralizó la mitad del cuerpo. —Oswin alzó los hombros mostrando indiferencia— Ella eligió su apodo porque hace referencia a una mujer que ronda la luna con los ojos vendados, pero no cualquier fase lunar. Tiene que ser luna llena. Según esto, exalta una cualidad sensorial, así me lo contó Amanda, y su hermana la tía Charlotte, esa mujer de piel caída y pronunciada papada. —se aclaró la garganta— Funge más como su madre, pues además de ser mayor que ella, desde que era pequeña la procuraba en ausencia de sus padres. Le contaré algo que en verdad da miedo. —Oswin se inclinó sobre la mesa y bajó todavía más la voz.

El agente inspiró hondo y mostró una ligera molestia cuando el mesero se acercó a tomar la orden.

—Prosigas. Yo le escucho. —el agente ordenó en voz baja para no distraer a Oswin.

—Mire. Era una húmeda noche de octubre cuando llegué a cenar a casa de los Thompson Duge en el barrio de Mayfair. Celebrábamos el cierre del primer año de la carrera de Amanda. Llegó el señor Spencer, también las primas de Amanda con sus hijos pequeños. Empezaron a hablar de un egipcio o árabe que les había leído el futuro. Me grabé muy bien su nombre, era Hamed, lo recuerdo porque me impresionó sobremanera, tan lo recuerdo que lo describían como un hombre

joven con barba y unos ojos bastante expresivos, ah, y tenía una hija que era extrañamente de tez muy blanca. Podría pensarse que padecía alguna enfermedad.

El agente le pidió permiso para encender una grabadora que llevaba en su saco. Oswin asintió y continuó hablando.

—Amanda decía que ese hombre tenía una forma mágica de leer el café porque era como si le estuviesen dictando algo. Destacaba de él que no se parecía en nada a los demás charlatanes que había conocido y luego sucedió lo peor de esa noche.

El agente acercó más la grabadora hacia el lugar de Oswin.

—De forma inesperada uno de los candiles que colgaban del techo se apagó y una corriente de aire se abrió paso entre los miembros de la familia que tan gustosa disfrutaba del banquete nocturno. Todos veían hacia el candil, luego se miraron unos a otros en silencio, después supe que ellos ya sabían lo que sucedía, nadie se atrevía a hablar, procuraban hacer movimientos cautelosos. Las tres velas alargadas que descansaban sobre la mesa seguían encendidas. La proximidad entre los comensales permitió que se tomaran de las manos, aferrándose a ellas sin dejar de mirarse, siendo la vista su único lenguaje. Vi que Charlotte susurró algo al oído de Hazel, no alcancé a entender. Como si tuviesen un secreto. Apenas terminó de decirle cuando un extraño sonido, como de una carcajada, se escuchó en toda la casa, provenía de una de las habitaciones de arriba, acto seguido, el grito de una mujer secundó el primer sonido. Se escucharon pasos veloces bajando la escalera. Yo me sentí aterrado. Amanda y Hazel respiraban con dificultad. Eso sí, nadie se movía. Gotas de sudor escurrían de la frente de Lucrecia, la prima de Amanda, que apenas aguantaba la respiración.

Oswin calló cuando el mesero se acercó con los platillos y sirvió más vino en la copa de ambos. Esperó a que el mesero se retirara para retomar su conversación.

—El fuego de las velas —continuó— se fue esfumando uno a uno como si alguna entidad las estuviese apagando. Y después pasó lo inesperado: un silencio sepulcral reinó en la casa de los Thompson Duge. El candil volvió a encenderse. Amanda clavó sus verdosos ojos en las velas como esperando ver el fuego nacer y un grito terrorífico que parecía provenir del más allá sacudió la casa.

El agente pasó saliva mostrándose un tanto nervioso y al mismo tiempo consternado.

—Como yo estaba sentado frente a Charlotte...

—Perdón, ¿Charlotte es tía de Amanda, verdad?

—Sí. Alcancé a ver que acercó su mano a los cubiertos rozando apenas el cuchillo que tenía cerca y sin bajar la mirada lo apretó con discreción y lo giró en su mano mirando a Hazel.

El agente empezó a generar hipótesis tras hipótesis en su mente. Pero aún no se atrevía a dar su opinión. Su mente iba a toda velocidad imaginando posibles escenarios de lo ocurrido esa noche en el apartamento de Amanda.

—Los sonidos cesaron. —prosiguió Oswin— Nadie se atrevió a hacer comentario alguno, pues, a pesar de que esas visitas les eran familiares, preferían no mencionarlo.

—¿Les eran familiares? —preguntó el agente queriendo confirmar lo que había escuchado.

—Sí. Por la expresión de su rostro me dio la impresión de que, en el fondo, ellos también sentían un temor lleno de incógnitas. Solo lo pensé. Jamás me atreví a decir algo.

Apenas habían probado sus platillos. Callaron un momento y el agente bebió un sorbo de su copa. Oswin solicitó el menú y se aclaró la garganta.

—¿Qué sucedió después? —Dean no podía ocultar lo intrigado que ya de por sí se sentía y con esta conversación sus incógnitas le dejaron asombrado.

Oswin se enderezó en su asiento y recorrió con una mirada el establecimiento.

—El Sr. Spencer rompió el silencio e hizo preguntas acerca de Oxford, a escasos segundos, Amanda alzó la voz y señaló con un dejo de asombro una figura etérea que parecía estar haciendo una visita desde el más allá. Amanda me dijo que ese ser que se asomaba por el pórtico del comedor era su tío. Charlotte la reprendió y le recordó que su tío estaba muerto desde hacía un par de años.

El agente se quedó pensativo imaginando ese reino de lo invisible si es que existía. Nunca le había llamado la atención ni siquiera en las películas.

—Finalmente esa noche discutí con Amanda por otro asunto y me fui. Eso es lo que viene a mi mente, agente.

—¿Seguro que ya no tiene nada más que decir? —fijó su mirada en los ojos marrón de Oswin.

—Nada. Es lo que sucedió —respondió Oswin con frialdad y se encogió de hombros.

El oficial lo miraba con seriedad. Sabía que Oswin callaba algo y tras cruzar una mirada incómoda con él, volvió a hablar.

—En realidad, sí. —el joven inglés se tensó— Pasó algo más. No sé qué tan prudente sea decirlo.

—¡Adelante! Siga con ello.

Oswin inspiró hondo y todavía dudando miró al agente.

—Esa noche le pedí a Amanda que sanara a mi abuelo y ella lo hizo. Ella era mi única esperanza, así que fuimos al hospital al día siguiente.

—¿Amanda puede sanar a las personas?

—Sí. Amanda es especial. Tiene un don de sanidad, no se lo dice a cualquiera. Ya charlará con ella. Creo que es hora de irnos.

—Claro. Vamos. Aún hay mucho trabajo. —Dean Antoine llevó su mano al saco para buscar unos euros.

—Déjelo. Yo invito. —Oswin dejó caer algunos billetes sobre la mesa y salieron del restaurante. El agente se mantuvo en silencio y Oswin contemplaba la calle que se perdía en la oscuridad, apenas alumbrada por los faros. Dean Antoine no sabía ahora qué pensar. Llegó a su mente el recuerdo de Alphonse y Gerard, el extraño ordenador en el escritorio de Amanda, los nuevos poderes de la joven inglesa, y cuando recordó el libro se despidió de Oswin para seguir con su investigación.

Decidió ir a su oficina y relajarse un poco mientras pensaba. Los recuerdos se acumulaban, los resultados de las pruebas llegaban y los jóvenes empezaban a dar señales de vida. Eso le trajo esperanza y también responsabilidad. Sabía que ahora debía cuidarlos como una madre a sus cachorros. Se sentó en su escritorio y después de contemplar algunos segundos los objetos que tenía cerca, extrajo el libro de su saco y lo hojeó con toda la intención de que el libro le hablase, le diera algún indicio. Lo abrió y lo cerraba una y otra vez esperando encontrar algo que iluminara su entendimiento.

—¿Por qué llegaste a mis manos? ¿Por qué? —le hablaba al libro con la intención de aclarar sus ideas. Optó por elegir una página al azar para leer algo, pero solo lograba sentirse cada vez peor. Echó un último vistazo a la página treinta y uno, pasó a la treinta y dos y se detuvo en la treinta y tres. Se sintió maravillado cuando en medio de su frustración encontró escrito un número. Al ver la tipografía recordó la carta que recuperó del escritorio de Amanda, la buscó y notó que ambas tipografías habían sido trazadas por la misma persona, eran idénticas. Se incorporó en su silla y tomó el móvil, marcó cada dígito y espero con impaciencia.

Nadie respondió. La intriga lo consumía. Mecía su pie mostrándose impaciente. Volvió a marcar sin obtener respuesta. Siguió hojeando el libro con la ilusión de descubrir un nuevo dato, después de todo su búsqueda resultó en nada. Volvió a abrir la carta que recuperó del escritorio de Amanda, pasó las yemas de sus dedos por el símbolo que tenía impreso. Parecía una clase de insignia, “¿pero de dónde?, ¿relacionada con qué?”. Se frotó la frente y enseguida deslizó la palma de su mano sobre su cabello lacio. Lo único que pasó por su mente en esos momentos era que Amanda podía pertenecer a una Sociedad Secreta. “Imposible. ¿Acaso el Instituto Kardec mantenía oculta a una Sociedad Secreta? ¿Quiénes serían sus miembros, los alumnos, los docentes?”. Recargó la cabeza en el respaldo de la silla y después de algunos minutos tomó del escritorio las llaves de su camioneta y dio una vuelta por el barrio Latino.

Bajó del vehículo y se dispuso a caminar en las callejuelas, a pesar de su ambiente desenfadado y frenético él sabía y aseguraba que algo no andaba bien en ese barrio estudiantil. Observaba con detenimiento el rostro de las personas, se asomaba por los establecimientos, sentía el peso de la investigación sobre sus hombros. Regresó a su vehículo y la tentación de volver a marcar al mismo número llamó a su puerta. Buscó en su registro de llamadas y volvió a marcar el número que venía escrito en el libro.

El móvil marcaba línea:

—¡Dra. Charlotte, a sus órdenes!

El agente colgó en cuanto escuchó la voz.

—Es la tía de Amanda. —pensó. Entonces este libro es de Amanda. Es de su tía, claro. Pero cómo es que se conocen Charlotte y Louissette. ¿Por qué estaba ese maldito libro en el lugar donde ocurrió la explosión? Dean Antoine se quedó mudo. Tengo que visitar a esta mujer. Antoine imaginó lo peor.

11 Fuerzas superiores - París, Francia, 2020

Era un día luminoso cuando confirmaron el alta de Karmele. La mujer, como era de esperarse, acudió al médico para conocer la situación de salud de su amado Cory. El médico que atendía al joven se mostró tranquilo al expresar que, aunque el proceso de recuperación del joven francés sería lento, estaba librando poco a poco el problema.

La anciana se encontró de nuevo en el hospital con el agente Dean Antoine. Una fuerza que emanaba de su interior la impulsó a preguntarle acerca de Carsten.

—Sí, señora Karmele. Sigo avanzando con la investigación, tengo algunos datos importantes. Me parece que ese tal Carsten que usted menciona trabaja en Suiza, no estoy seguro.

La anciana dudó.

—De momento necesito charlar con usted. Hacerle algunas preguntas si me lo permite.

—Por favor, si puedo ser útil no dude en preguntarme lo que necesite, oficial. Necesito al igual que usted saber con urgencia lo que está sucediendo y por qué. De dónde viene todo este mal y por qué a nosotros. —la anciana comenzó a llorar.

El oficial sintió compasión por la pobre mujer.

—Me gustaría conocer cada detalle, desde que usted se enteró de la desaparición de su hijo y su nuera, hasta el mismo instante en el que trajo a sus nietos a vivir a París. Sobre los datos que me proporcione iremos avanzando en la conversación.

—La policía de París me notificó acerca de la desaparición de mi hijo y mi nuera, a la mañana siguiente de lo sucedido le llamé por teléfono a mis nietos, confirmé que ellos ya sabían acerca de la desaparición de sus padres. Les comuniqué que vendrían a París conmigo y que Ritter mi chofer pasaría a recogerles a la estación Charles de Gaulle TGV el sábado por la tarde. Lo único que yo quería era que siguieran su vida como unos jóvenes felices. Acercarlos al evangelio del Señor Jesucristo.

La anciana enmudeció y apretó sus labios en un intento por aguantar el llanto. Desvió la mirada de los ojos del agente y trató de calmarse. Luego prosiguió:

—París era el sueño de Cory, una ciudad capaz de hechizarlo y donde él aprendería muchas cosas y tendría la posibilidad de estudiar en una universidad de prestigio.

El agente se acomodó en su silla.

—Disculpe, —el agente interrumpió— ¿Tiene más datos de ese tal Ritter?

—Claro, oficial. Ritter es mi chofer.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Ritter Edevane Rymer, de origen alemán.

El agente anotó y le pidió que prosiguiera.

—Ritter es un hombre de cincuenta y seis años, muy serio, alto, de complexión robusta y fornida. —continuó la anciana— Fui afortunada de tenerlo a mi servicio cuando trabajaba como diseñadora en la exclusivísima joyería de la casa Van Cleef & Arpels. Mi vida era muy agitada en aquel entonces, elaboraba diseños para personas con un nivel adquisitivo importante, agente. Él me trasladaba a cualquier parte de la ciudad o a sus alrededores para revisar asuntos de la compañía.

—¿Entonces usted trabajó para grandes personalidades?

—Sí. Elaboraba diseños exclusivos para la nobleza y distinguidas celebridades. Mi arte era personalizado.

—¿Y siempre ha vivido en el mismo lugar o tiene residencias en otras partes de la ciudad?

—Yo resido en la Avenida Montaigne. Es el único apartamento de lujo que conservo en París.

—¿Usted forma parte de la familia de empresarios parisinos, es correcto?

—Es correcto, oficial. Mi esposo y yo hicimos crecer diversas empresas en París. Es fácil reconocerlas al caminar por la calle o al recorrer las avenidas en auto y leer la palabra Fontaine en los toldos de los comercios.

El agente asintió y siguió con el tema de su interés.

—Entonces ese día llegaron Cory y Cecile.

—Sí. Ese día recibí a mis nietos con toda la alegría del mundo. Recuerdo que compré unas hermosas lavandas para impregnar el lugar con su aroma y éste les diera la bienvenida. En cuanto abrí la puerta principal Cory me abrazó, Cecile se apartó. Les mostré el sitio y recuerdo la sonrisa de Cory al saber que el estudio del apartamento pasaría a ser su dormitorio. Ahí solía escribir mi difunto esposo.

El móvil del agente sonó. Estaba absorto con la conversación de Karmele. Sin dejar de mirar a la anciana sacó su móvil para ver de quién se trataba. El hombre palideció al ver de dónde provenía aquel número.

—¿Agente? ¿Se encuentra bien? —Karmele notó que el oficial ya estaba fuera de sí.

—Sí, señora, por favor, tenga la nobleza de disculparme. Es un asunto urgente, si me permite, la busco más tarde. Me tengo que retirar.

—No tenga cuidado. Yo aquí estaré. No tarda Nicolás en venir por mí.

El médico iba saliendo de la sala de urgencias cuando se cruzó con el agente.

—¿Familiares de Amanda Thompson? —preguntó el médico.

—Sí, doctor, mi nieto es el mejor amigo de esa muchacha. ¿Cómo está? —Karmele preguntó, exaltada.

—Amanda Thompson sale esta tarde. Está lastimada todavía, nada de qué preocuparse, ya puede salir del hospital.

—¿Y mi Cory, doctor? ¿Cómo está? Por favor, dígame que va mejor.

—Hemos retirado el vendaje de su cabeza, todavía tiene algunas dificultades de adaptación. Vamos a ver en las próximas horas cómo evoluciona.

Nicolás y Oswin iban llegando. Cecile decidió quedarse en el apartamento.

—Nicolás, querido, Amanda saldrá hoy. —Karmele tomó el brazo de Nicolás.

Oswin vio a lo lejos que el agente caminaba en el estacionamiento, decidió alcanzarlo.

—Agente, agente, espere, agente... —Oswin corría hacia él mientras gritaba su nombre.

Dean Antoine al verlo se detuvo y le pidió que subiera con él a su camioneta.

—Agente, casi no lo alcanzo. Hoy saldrá Amanda del hospital. ¿Usted a dónde va? —la respiración del muchacho era agitada.

—A la oficina. ¿Vienes? —el agente estaba por detener a su presa y sabía que Oswin podía ayudarle en su misión.

Ambos subieron a la camioneta y el agente metió reversa de forma abrupta, acto seguido aceleró a fondo como si estuviera a segundos de atrapar al intruso. Oswin se aferraba con fuerza al asiento pensando en que podía salir del parabrisas como un resorte en caso de tener un accidente.

Tras recorrer algunas calles Dean Antoine bajó a toda velocidad de la camioneta y cerró dando un portazo. Buscó la llave de su oficina y se dirigió a su cajón, tomó algunas notas que había dejado guardadas. Las acomodó sobre su escritorio, levantó la vista y miró a Oswin, quien solo

iba siguiendo sus pasos.

—¿Qué sabe de Charlotte?

—¿La tía de Amanda? —preguntó Oswin desconcertado.

—Sí, de esa mujer, a la que tanto critica de loca.

—No sé mucho salvo lo que Amanda me contó. Vive en Londres, tiene un aparato muy extraño que supuestamente le sirve para sanar a las personas, Amanda siempre se refiere a ella como una médium. ¿Por qué, agente?

—¿Qué número de teléfono tiene la señora?

Oswin sacó su móvil y buscó el contacto de Charlotte. En cuanto Oswin fue pronunciando en voz alta cada dígito el agente se sentía cada vez más furioso, enseguida azotó sobre el escritorio el libro que llevó al Instituto Kardec, quedando a la vista de Oswin.

—¿Por qué usted no me había dicho que este libro pertenecía a Charlotte? —el agente sacudió el libro con brusquedad.

Oswin suspiró y cerró la puerta de la oficina.

—Agente. Soy amigo de la familia de Amanda y no es mi deber contarle acerca de la vida privada de otras personas. Soy el primero que está consciente de que el trabajo de las tías de Amanda cae en lo ilegal.

—Siéntese, por favor. Quiero que comprenda el daño que esto ha estado causando a los ciudadanos, a la familia Fontaine, a su mejor amiga, esto es más complicado de lo que parece. Le agradeceré que me sirva de testigo y me proporcione la información que conozca. Esto es anónimo y se hace así por la seguridad de los involucrados.

Oswin sabía que el agente estaba en lo cierto y hasta ahora había hecho un buen trabajo. Abrió la silla que estaba frente al escritorio del agente y una vez se sentó con las piernas abiertas cruzó los brazos y clavó sus pupilas en las de Dean Antoine desafiándolo a un diálogo.

—¿Hasta qué punto está usted involucrado con esa familia? —el agente le sostenía la mirada con un gesto retador.

—Usted dirá. Soy el mejor amigo de Amanda.

—¿Qué sabe de esa familia? —repitió el agente.

Oswin se quedó callado, y a los pocos segundos decidió hablar.

—Lo que ya le he dicho, Amanda tiene dones, pertenece al Colegio de Estudios Psíquicos de Londres, ella y sus tías son médiums. ¿No es suficiente?

—¿Le consta? —el agente frunció el ceño y se inclinó hacia un lado.

—Yo llegué a involucrarme en las sesiones espiritistas.

—¿Me podrá contar más al respecto?

Oswin asintió sin ánimo.

—Amanda y yo siempre nos quedábamos de ver afuera del Colegio. En ese lugar se congregan mujeres médiums con dones sobrenaturales.

El agente encendió la grabadora.

—¿Y usted?

—Yo no entré, le digo que solo es para mujeres. Dentro de ese grupo se canalizan doctrinas espirituales y ayudan a resolver casos policiales. Las apodan “Las intercesoras del más allá”, por ser amigas de los espíritus. Ellas se mueven entre muertos y vivos. Cuando se reúnen lo hacen estudiando a mujeres precursoras del ocultismo que comprenden materias como la astrología, la magia energética, la curación y los chakras hinduistas, esto en pos de dar a conocer, según ellas, las posibles fuentes de evolución del ser humano.

La sorpresa dominaba el rostro del agente.

—Amanda actúa como una detective psíquica, su lado fuerte está en la oscura lectura del aura y los viajes astrales. Esa noche Amanda estaba desesperada, pobre, no quería fracasar, el país se desmoronaba por el Brexit.

El agente estuvo de acuerdo por todo el escándalo que ese evento histórico estaba suscitando.

—Le insistí a Amanda en que se fuera de Inglaterra, que era su oportunidad de brillar en otro país donde sí había oportunidades para nosotros. Eso hacen los buenos amigos, ¿no?

—¿Y usted? ¿Por qué se quedó en Londres?

—Mi abuelo estaba grave y no podía dejar a mi familia.

—Lo siento, continúe.

—De pronto escuchamos un ruido extraño cerca del Colegio, recuerdo que Amanda y yo nos miramos con asombro. Supimos que era el momento de despedirnos esa noche, pues ya se empezaba a reunir la hermandad de las mujeres del más allá. Amanda observó el reloj en su brazo izquierdo que reflejaba destellos tornasolados con la luz del faro que posaba sobre la banqueta cerca del Colegio. “Entraré, quizá se me aclaren las ideas. Me absorbe una sensación de impotencia como nunca”. —me dijo— “Como prefieras, iré a casa a darme un baño y te marco mañana por la tarde. Seguro terminarás agotada después de reunirse con tus esotéricas hermanas”. —le respondí con un tono de voz irónico, y hablé de mi abuelo y su ilusoria sanidad. —“¡Payaso! Ya te dije que confíes en mí”, fueron sus últimas palabras, me dio una palmada en la espalda y se marchó. La vi caminar en silencio por ese sendero oscuro solo alumbrado por los faros de la calle. El Brexit implicó un duro golpe para Reino Unido, usted lo sabe, agente. Para Amanda esto significó el fin de un ciclo y el comienzo de una nueva etapa, permanecer en la Unión Europea nos facilitaba vivir en cualquier otro país sin condiciones; claro, por tiempo limitado, pero era mucho más fácil hacerlo. Gran Bretaña quedó desolada desde aquel día, el reloj no paraba, así como las ansias de conocer el futuro, que era tan incierto para todos. Amanda tan solo se preguntaba qué seguía después. Quedaba la incertidumbre, un camino sin explorar y una posible amenaza por llegar.

—¿Y qué hay de Charlotte, su tía?

—Ésa fue otra noche. Amanda y yo estábamos nerviosos y expectantes, su tía Charlotte nos convocó a una sesión espiritista. Nos hincamos cerca de una mesa rectangular achaparrada, hecha de madera clara que descansaba sus cuatro patas sobre la alfombra color vino del dormitorio de Charlotte. Era un lugar fantasmal. Repleto de misterio. Oscuro como la noche... solo de platicarle se me eriza la piel.

El agente recordó la sombra que vio cuando cerró el apartamento de Amanda.

—Libre de toda contaminación lumínica, solo se distinguía el alumbrado de las velas que reposaban sobre la mesa y deformaban la sombra de los objetos en las paredes claras de la habitación. Un círculo trazado en la alfombra con tiza blanca enmarcaba la mesa ayudando a crear un campo interminable de energía. Dos velas encendidas de sebo negro parpadeaban iluminando el rostro de Amanda sobre la mesa y una vela blanca frente a mí alumbraba mi nariz y ojos.

El agente le miraba atento, se notaba su desmedido interés en el tema. De vez en cuando se quedaba boquiabierto.

—Eran las tres de la mañana, lo recuerdo muy bien. La habitación estaba atiborrada de una gran cantidad de amuletos y objetos de colección esotérica, una calavera frente al espejo simbolizaba la brevedad de la vida humana. Cerca de la cama había un péndulo grande de plata

bien cuidado, a un costado de éste, llamaba la atención una escultura de un dragón chino en metal dorado sobre una base de madera barnizada, —Dean Antoine se exaltó— sus ojos rojos como de rubí brillaban por encima de su cuerpo dorado, un animal mitológico que disponía de partes de nueve animales: ojos de langosta, cuernos de ciervo, morro de camello, nariz de perro, bigotes de bagre, melena de león, cola de serpiente, escamas de pez y garras de águila. Este dragón se localizaba en la parte más alta de una repisa a la vista de todos. Y había algo más, agente:

Dos cruces invertidas, colocadas una de cada lado, protegían a la extraña figura de procedencia china. Objetos de porcelana y cerámica estaban distribuidos con estrategia alrededor del imponente cuarto.

Oswin continuó:

—El olor a incienso se paseaba por el dormitorio. Charlotte, con su largo vestido negro, entró en la tenebrosa habitación, cerró la puerta y caminó hacia la figura dorada de penetrantes ojos rojos y garras afiladas, estiró sus manos para bajarla de aquella repisa y la colocó cerca del péndulo de plata, se hincó con reverencia, primero frente al dragón, para en voz baja decir unas palabras...

—¿Recuerda las palabras?

—No. Las dijo en voz baja, casi susurrando. Luego, poniéndose de pie, se abrió espacio entre Amanda y yo para hincarse sobre la alfombra color vino con trazos blancos que dibujaban un pentagrama, —Oswin bajó más la voz— estrella de los druidas, un signo mágico que simboliza la salud y el conocimiento; este pentagrama, parte integrante de sus cultos, sirve como objeto sagrado para dirigir sesiones espiritistas, conjurar poderes diabólicos y a los fantasmas nocturnos.

Antoine parecía desconcertado. Recordó el símbolo impreso en la carta de Amanda.

—¡Guau! Qué enterado está usted. Me sorprende. —expresó el agente con ironía.

—Conviví mucho tiempo con ellos. Aún no termino, agente, verá, —expresó Oswin ansioso. — al centro de la mesa posaba una tabla ouija de madera o tablero parlante que representaba imágenes, letras pirograbadas en madera y palabras en distintos tonos de negro. Números grandes y pequeños ordenados en secuencia al borde de la mesa rodeaban el tablero parlante. La tabla vieja, desgastada y maltratada, venía acompañada por un tablero pequeño que tomaba la forma de un puntero sobre tres patas y una lupa sobre un soporte rodante. Una vez Charlotte se acomodó entre nosotros dos, nos dio la instrucción de tomarnos con firmeza de las manos para dar comienzo a su concentración. ¿Puede creerlo, agente, hicimos invocaciones?

El agente lo escuchó sin una expresión en su rostro.

—Cerramos los ojos para iniciar la oración de protección que Charlotte pronunciaría, esto, según la creencia, evitaría atraer a espíritus malévolos por falta de respeto, por una comunicación indebida o por perturbar el descanso de los seres fallecidos o almas en pena.

—¡Vaya!

—Sí, está loca. Lo sé. Esa mujer tentó a los espíritus con sus palabras a través de una ceremoniosa convocatoria, decía: “¿Hay alguien aquí que quiere hablar con nosotros? Ruego al Dios todopoderoso que permita a los espíritus reunirse”. —preguntó Charlotte en tono grave a los espíritus con los que intentaba comunicarse.—Todos estábamos quietos, un silencio absoluto reinaba en el dormitorio. No existía una fórmula sacramental o mística para evocar a los espíritus, era suficiente hacerlo en el nombre de Dios por requerir un permiso de una potencia superior según el manual de Kardec.

—¿El manual de Kardec? —Dean pensó que, en efecto, podía tratarse de una Sociedad Secreta al interior del Instituto.

—Sí. Entonces ocurrió la magia: “¿Hay alguien aquí que quiera hablar con nosotros?” —replicó Charlotte con aire de solemnidad. —Transcurrieron unos minutos durante los cuales todos permanecimos en silencio y sin levantar el rostro. Coloqué los dedos índice, medio y anular sobre el pequeño tablero situado al centro, lo desplazé con lentitud sobre la ouija, señalaba las letras y formaba las palabras que el espíritu comenzaba a transmitir: “¿Qué queréis? Interroga y te contestaré”. —apuntó la embrujada tabla— Fueron las primeras palabras dadas por el espíritu que se formaron en el tablero. Misteriosos sonidos eran producidos por un golpeteo en la mesa y la puerta de la habitación. El ruido hizo que Amanda abriera de un sobresalto los ojos. Yo me tensé. Mi corazón palpitaba con fuerza. Me maravilló que Charlotte seguía en un estado de hipnosis preguntando a los espíritus, tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco.

El agente se mostraba impresionado con la historia de Oswin y decidió no interrumpirlo. Se escuchó el ulular del viento y una ráfaga de aire azotó una de las ventanas de la oficina. Oswin y Dean callaron ante el susto.

—Yo pensé que el espíritu sometía a prueba a Charlotte. Amanda procuraba tomar nota de los mensajes recibidos, la veía concentrada, ya que Charlotte al entrar en estado de trance no recordaría lo dicho por las entidades. Lo conveniente de acuerdo con el libro de los espíritus, tal como me explicó Amanda y según Kardec —enfaticó Oswin— sería empezar haciendo preguntas que tuviesen por respuesta un sí o un no. Continué moviendo el tablero de forma sigilosa, puesto que era delicado interrumpir a los espíritus. La ciencia espiritista, como algunos le llaman, tiene sus principios, y quien quiera volverse un profesional debe acatarse a las pautas establecidas. También le llaman la ciencia secreta. Además, ¿sabía usted que Amanda fue elegida por los espíritus?

—De ninguna manera.

—Sí, agente. Ella seguía con sus anotaciones cuando el espíritu con toda intención le dirigió un mensaje. Ella ignoraba que era la elegida para ser la sucesora de Charlotte. El espíritu que había entrado en su tía la miraba a través del rostro de ésta, escudriñaba y analizaba con morbo su cuerpo.

El agente sintió asco y lo mostró con una mueca.

—Un alhajero que Charlotte tenía sobre una mesita cayó en la alfombra dejando ver lo que guardaba en su interior, algunos espíritus se identifican ejerciendo hábitos característicos cada vez que llegan a una cita. Éste tiraba las cosas.

—Sí que se toman su tiempo para manifestarse. —el agente pensó en las barrabasadas que escuchaba y creía. Se sorprendió al sentirse parte de ello gracias a Oswin.

—Sí. Y después de un rato de un intercambio de preguntas y respuestas entre mortales e inmortales, el espíritu se manifestó de manera espectacular arrojando una secreción extraña a través de los orificios de la nariz de Charlotte, puesto que era la médium.

El agente lo miró con desconcierto y recordó lo dicho por Gerard y Alphonse.

—¿Cómo era esa secreción?

—Era un fluido de aspecto luminoso y gelatinoso, ¿asqueroso, verdad? Y tras ello un fétido olor amenazó con terminar la sesión. Era una pestilencia brutal.

El agente se encogió de hombros y volvió a hacer una mueca que expresaba repugnancia y confusión al mismo tiempo.

—Y ese fluido que usted describe de dónde salía o cómo es que se producía.

—No lo sé, es una sustancia extraña, se podría decir que moldeable, viscosa. Pero no en un principio, en cuanto es expulsado del cuerpo sale en forma de vapor y conforme se piensa que va a caer es que se vuelve gelatinoso. Una sustancia bastante engañosa.

—¿Tiene fotografías? —preguntó el agente intrigado.

—Yo no tengo, pero seguro Amanda sí, lleva años en esto.

Dean Antoine le pidió que no se detuviera.

—Amanda fue destinada para ser emisaria de los espíritus, a ella le inquietaba la idea porque sabía lo que eso implicaba, una serie de pactos.

—¿Qué clase de pactos?

—Pactos peligrosos, de donde no puedes salir nunca a menos que salgas muerto. Dijo que aceptaría con la guía de su tía Charlotte. Amanda estudia leyes, no le teme a nada, tiene poderes. Ella no vacila, es una profesional de las artes ocultas y también conoce de prácticas fraudulentas en las artes espiritistas. Vive en un laberinto metafísico.

—¿Y alguien más, aparte de usted, lo sabía en Oxford?

—Se alejaban de ella, aunque no faltaba el grupo de curiosos que la buscaban para que les contara historias misteriosas y trabajara con sus poderes. Algunos quedaban fascinados; otros, aterrados. Amanda se cansaba de ser solo un objeto de juego, pero sobrellevaba la crítica.

—Vaya, vaya. Historias más raras.

—Sí, Amanda se quedó intrigada, pensó que no le quedaba otra alternativa que someterse a la voluntad y a lo establecido por los espíritus, puesto que habían guiado a sus generaciones desde años atrás. El espíritu se volvió a identificar mencionando su nombre, y anunció su despedida. Al fin ese mundo nebuloso se desdibujaba.

—¿Y son espíritus especiales? Es decir, ¿están familiarizados con ella? —el agente no se podía creer lo que preguntaba.

—Eso no lo sé. Amanda me explicó que ellos anuncian su llegada y su despedida, así es como logra identificarlos. Acuden a sus citas sin importar que sea a la luz del sol o con la claridad de la luna. Éste se retiró cuando hubo amanecido. Charlotte agradeció de forma respetuosa al espíritu su manifestación y regresó de su estado de trance. Fue sorprendente la manera en la que su cuerpo se incorporaba y sus ojos dejaban de estar en blanco.

—Me ha dejado sin palabras, jovencito.

—Y no se sorprenda porque verá muchas cosas más. Ese mundo es un misterio y quien llega a él no sale tan fácil.

—Será mejor volver al hospital. ¿Sabe algo más o ha recibido alguna noticia?

—Nada, oficial. —Oswin metió la mano en su bolsillo del pantalón para sacar su móvil y miró una notificación en su celular: *“Ya salió Amanda, estamos en el apartamento. AT. Nicolás”*.

—Primero debemos ir al apartamento. —afirmó Oswin, y el agente asintió después de que Oswin leyó el mensaje en voz alta.

El agente y Oswin llegaron al apartamento de Karmele en la Avenida Montaigne. Un departamento luminoso que guardaba un estilo clásico y elegante, de acabados finos. De entre sus paredes y puertas color perla sobresalía un tapiz floreado en tono salmón que daba un toque cálido al lugar. Desde la calle se apreciaban los balcones que salían de cada habitación y sus cortinas de tela que asomaban con el sutil movimiento del aire.

Amanda y Oswin se quedaron charlando en la sala del apartamento, mientras Cecile y Nicolás se preparaban para volver al hospital y visitar a Cory.

Karmele le suplicó al agente que fuera con ellos al hospital. El tema de Carsten la tenía intranquila. Ritter la esperaba para llevarla, el agente los alcanzaría. Contempló ociosa, a través de la ventana del auto, los apartamentos con sus pórticos y balcones y la arquitectura clásica que vestía los alrededores. Previo a su llegada se mostró impaciente por volver a ver a su único nieto varón. Ritter detuvo el auto despacio mientras intercambiaba miradas con Karmele a través del espejo retrovisor. La ayudó a bajar del auto y la encaminó tomada del brazo hacia la entrada de la sala de urgencias del hospital. Cuando la anciana llegó se percató de que el agente y otro médico charlaban en la sala de cuidados intensivos. Se acercó disculpándose por la interrupción, y entonces el agente presentó a Karmele con Alphonse, el médico con quien charlaba.

—El médico Alphonse está involucrado en la investigación. —comentó Dean Antoine— Él conoce bien el caso de su nieto y otros que se han venido suscitando en París.

—Encantada. Le agradezco su tiempo para estar aquí con nosotros. Mi nieto se está recuperando. —la voz de Karmele se entrecortaba al tiempo que sonaba dulce y suave.

—Haremos todo cuanto esté en nuestras manos, señora, tenga la certeza que descubriremos a ese intruso.

Mientras Alphonse y Karmele charlaban en la sala de cuidados intensivos, el agente recorría el pasillo que lo llevaría al cubículo cinco.

Observó que Cory estaba acostado con los ojos abiertos contemplando el techo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Cory con un tono de voz alterado.

—Soy el agente Dean Antoine, tranquilo jovencito, ¿cómo se siente?

—¿El agente?

El agente sacó una credencial que le identificaba y se la mostró a Cory, quien con dificultad la miró.

—Usted no se preocupe, está convaleciente, solo pasaba por aquí para verlo. Ya pronto estará con su abuela.

—Mi abuela, Karmele. ¿Cómo está?

—Muy bien, ansiosa, esperando por usted.

Cory sonrió.

—La llamaré para que pase a verlo. Yo vendré más tarde.

—Espere, agente. ¿Por qué vino a verme? ¿Qué sucede?

El agente se volvió a donde Cory e inspiró hondo.

—¿Recuerda por qué está usted aquí? —el agente miró a Cory y esperó expectante su respuesta.

—No. Tengo algunos recuerdos, pero no sé qué fue lo que pasó.

—¿Le es familiar el nombre de Carsten? ¿De Amanda?

Cory abrió los ojos y se quedó mirando el techo sin parpadear.

—Me lo imaginé. —afirmó el agente al leer la mirada del joven.

—¿Usted también los ha sentido?

—Perdón, jovencito ¿de qué me está hablando?

Cory pasó saliva y mantuvo la mirada fija en el techo.

—Ahí están, agente. Son peligrosos.

El agente miró hacia el techo.

—¿Carsten y Amanda?

—No. —respondió Cory autoritario.— No sé qué son o de dónde vienen. No he podido verlos ni tocarlos, solo sentirlos. Se hacen presentes en todas partes. —Cory se empezaba a inquietar.

—¿De quiénes me está hablando? —Nicolás venía a la mente de Dean.

—Mire, agente, —Cory dejó de mirar el techo para fijar sus ojos en los del agente— va a pensar que estoy loco, no sé cómo explicarlo.

Dean Antoine lo miró con atención y pensó al mismo tiempo en las palabras dichas por los médicos cuando se referían al estado mental y emocional del joven.

—Verá, antes de llegar a París —la voz de Cory se entrecortaba— yo creía que era un joven feliz, tenía todo para serlo. Hasta que una noche, esa noche...

—Prosiga, por favor. —suplicó el agente al ver que a Cory le costaba trabajo expresarse.

—Esa noche. —Cory inspiró profundo y por la expresión de su rostro parecía estar recordando su peor pesadilla— Esa noche en Cordes-Sur-Ciel fui atacado por ellos, o por él, o por algo, no lo sé, pero sé que hay alguien. Yo iba caminando en medio de la campiña, usted sabe cómo es ese pueblo, siempre había sido un lugar inofensivo aún con sus terribles leyendas.

Dean Antoine asintió.

—Aceleré el paso al escuchar un repentino estruendo que sacudía el cielo. De un momento a otro —Cory empezó a titubear y una lágrima brotó de sus ojos. Volvió su mirada hacia el techo —unas garras afiladas se aferraron a mis piernas tumbándome en medio de la campiña. Me privaron de mis movimientos, ejerciendo tal fuerza sobre mí que me lastimaron.

El agente le escuchaba boquiabierto y con discreción metió la mano en su saco para activar la grabadora.

—Miré mis extremidades inferiores para apartar de mí eso que se había trepado desde el suelo causándome un punzante dolor. Pero... —Cory enmudeció.

—¿Pero? ¿Qué pasó? Continúe. —insistió el agente.

—No vi nada ni a nadie. No pude gritar ni defenderme, el esfuerzo fue en vano. Esa fuerza oprimió mi boca a tal grado de inhabilitarla. El dolor era cada vez más intenso. Era tal el peso físico que reposaba sobre mí que me sentí entumecido. Traté de arrastrarme como pude para liberarme de ese peso, era imposible. Me sentía una presa. Solo pensé en buscar un lugar donde refugiarme, aunque no podía zafarme. Esas garras ahora se aferraban a mi cuello. Apenas estaba yo en la lucha cuando otra fuerza igual de poderosa se pegó a mi cuerpo y sentí una quemazón recorriéndome por dentro. Tan pronto noté que huían, la temperatura de mi cuerpo bajó y las manos se me congelaron. Sudaba y experimentaba un frío anormal.

El oficial se quedó estupefacto. Recordó su charla con Oswin y con Cecile. Las últimas palabras de Alphonse. Todo parecía tan confuso.

—Los relámpagos eran la única luz que por instantes iluminaba ese aterrador lugar. Me llegó el malestar de un vértigo, destellos brillantes obstaculizaban mi vista bajo ese nublado y oscuro cielo. Se iban desvaneciendo hasta perderse en la nada. Sentí un hormigueo en todo mi cuerpo y

llegó a mis oídos un sonido ininteligible, como si muchas voces quisieran hablar al mismo tiempo y una serie de campanadas resonaba en mi cabeza. Perdí el contacto con el mundo exterior porque era más fuerte el sonido que había dentro de mi cabeza.

El agente apenas respiraba.

—Alguien o algo forcejeaba conmigo en esa densa oscuridad, inhabilitaba mi cuerpo, retorció mi boca y mis extremidades con brusquedad haciéndome perder la fuerza y el control sobre mi voluntad. ¿Y sabe algo curioso? —Cory clavó su mirada en los ojos del agente.

—¿Qué? —el oficial respondió de inmediato.

—Siempre estuve consciente de lo que me sucedía. A pesar de que mi cuerpo estaba siendo violentado, mis pensamientos permanecían en perfecto estado de consciencia. Sabía que algo o alguien me atacaba, aunque era invisible a mis ojos. Era como si hubiesen querido atravesar mi alma y poseer mi espíritu.

El agente pensó que el accidente había afectado a Cory, sin embargo, permaneció callado, tan solo atento escuchando al joven.

—Algo me traspasaba, iba más allá del cuerpo físico. De modo que luché en mi mente con esos extraños poderes. Pues no podía abrir la boca, como le he dicho, me lo impedía esa imponente fuerza que me oprimía y me obligaba a someterme en medio de esa opresiva oscuridad.

Dean Antoine sintió lástima por Cory al ver la ansiedad con la que hablaba y las locuras que expresaba.

—Derrotarlo parece una misión imposible, agente. Esa noche sentía que se me iba la vida. Su fuerza sobrepasa por mucho la humana. Ni intentarlo siquiera. —las máquinas del hospital delataban el agitado pulso de Cory.

—¿Y en qué momento huyó? ¿Cómo es que se fue y lo dejó en paz? —el agente le siguió el juego.

—De repente dejó de clavar sus afiladas garras sobre mi piel. Se fue alejando hasta desaparecer, desconozco el motivo. No sé siquiera qué lo haya atraído a mí. En cuanto me sentí libre, giré mi cabeza hacia todos lados para ver si lograba ver algo, pero nada. Me vinieron a la mente mis padres desaparecidos. Una tragedia tras otra.

Para no alterarlo, el agente no quiso darle la noticia de que habían encontrado a su madre.

—Cuando logré levantarme de la hierba sentí un malestar estomacal, el sabor de mi boca era amargo. El cuerpo me seguía ardiendo y al mismo tiempo sudaba frío. Era tan extraño. Ese malestar no se fue rápido, sino que iba menguando poco a poco. Aún sentía la cabeza caliente y pesada.

Cory hizo una pausa y tomó aire. El agente colocó sus manos detrás de la espalda y se dispuso a recorrer el cubículo con pequeños pasos. Miraba el piso y luego el techo. En cuanto Cory retomó la conversación el agente fijó sus ojos en los de él.

—Emprendí el regreso a casa y me encontré con Cecile. No le mencioné nada de esto. Cuando llegué a la casona ella estaba empapada en lágrimas porque recién nos habíamos enterado de la desaparición de nuestros padres. A partir de ese día ninguno de los dos volvió a desear la oscuridad de la noche.

—¿Y le dejó alguna herida o cicatriz? —el agente quería asegurarse de que aquello había sido real y no una fantasía, resultado de los medicamentos.

—No, agente. Eso es lo más asombroso. Miré mi cuerpo y quedó intacto, sin ninguna manifestación de sangre o heridas físicas. Solo me dejó el terrible dolor del sufrimiento y su recuerdo. Aunque si tuve un presentimiento.

Ambos callaron cuando se abrió la puerta del cubículo e ingresó una enfermera para tomar los signos vitales del paciente y solicitó al agente en un tono amable que se retirase. El agente hizo un último comentario asegurándole a Cory que regresaría para verlo. Caminó sobre el pasillo y apagó su grabadora. Vio que Nicolás iba rumbo al cubículo de Cory y le pidió que saliera un momento a la sala de urgencias para hablar con él.

—¿Recuerda lo que me platicó el otro día acerca del tren? —le preguntó el agente en voz baja, tomándole del brazo.

—Claro que lo recuerdo.

—¿Está seguro de que ese muchacho no necesita atención psicológica?

Nicolás endureció el rostro.

—Agente, Cory no está loco. En verdad le están pasando cosas extrañas. Yo pensé lo mismo hace mucho tiempo y le aseguro que esto es real. ¿Ya habló con Amanda? ¿Qué le dice Oswin?

El agente se quedó sin palabras. Solo lanzó una última pregunta antes de dejar libre a Nicolás.

—Usted mencionó una iglesia o algo así cuando me contó de su reencuentro con Cory.

—Así es. ¿Qué tiene de especial eso?

—Nada. ¿Todos son creyentes en su familia?

Nicolás se encogió de hombros.

—Hasta donde yo sé me parece que sí. Bueno, Cecile no y Amanda creo que tampoco. Cory y Karmele asisten al templo y de vez en cuando yo los acompaño.

El agente asintió. Soltó a Nicolás y cada uno tomó su camino.

Alphonse se encontró con Antoine en la sala de urgencias. Alphonse se sentía desconcertado por la última reacción que el agente tuvo por teléfono.

—Agente, disculpe. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

Por el rostro del agente, Alphonse supo que nada iba bien.

El agente le miró la barbilla y vio que tenía una pequeña lesión, pero no hizo mención de ello.

—¿Qué más te dijo Gerard esa noche que me hablaste?

Alphonse negó con la cabeza cuando recordó la idiotez del físico.

—Está loco. Ni caso tiene decirlo.

—¿Qué más te dijo? —replicó el agente con un tono autoritario.

—Aquí está el reporte. —sacó un fólder de su maletín y se lo entregó al agente.

Dean Antoine lo leyó, y por la expresión de su rostro se notaba que sentía molestia. Dio la vuelta al papel para leer el reverso de la hoja y su rostro expresó confusión. Mordió su labio inferior y pasó su puño por la barbilla. Alphonse permaneció cruzado de brazos frente a él.

Cecile y Karmele se sentaron a unos cuantos metros de ellos.

—Ven. —el agente echó un último vistazo a la sala de urgencias. Se alejaron hacia un lugar donde había máquinas dispensadoras de comida chatarra, y no advirtieron que Amanda estaba cerca de ahí.

—Nada me está cuadrando. No sé qué sucede, este caso es de lo más extraño que he visto. Pruebas que no arrojan luz, personas violentadas de la nada, ataques que no manifiestan heridas físicas. El mismo apellido en ambos casos, sospechas similares y muchas contradicciones contra toda lógica. —expresó Dean en voz baja.

—Sé cómo se siente, soy médico, es evidente que creo en la ciencia, yo también busco pruebas, hechos, y lo que menos espero es que una persona como Gerard salga con esas tonterías de que

esto ha desafiado las leyes de la física, siendo que es un renombrado científico.

—Necesito hablar con otras personas, ¿ha escuchado de Charlotte?, me parece que es tía de Amanda. Y un tal Carsten. —Dean evadió la opinión de Alphonse. Su rostro anidaba dudas.

Alphonse no sabía nada ni conocía de esas personas. Sin embargo, estaba en toda la disposición de apoyar al agente en lo que fuera.

Dean Antoine no dijo nada más y se retiró. Llegó a la oficina a planear su itinerario de viaje para salir a Londres y buscar a Charlotte. Abrió algunos expedientes, guardó el libro que ahora sabía era propiedad de Charlotte y sacó su grabadora, regresó la cinta para escuchar de nuevo lo contado por voz de Cory cuando alguien llamó a su puerta, pausó la grabadora y la guardó en el cajón, minimizó la ventana del ordenador y cerró los folders donde tenía los expedientes.

—¡Voy, un momento! —gritó. Acomodó el arma donde siempre la llevaba, a la altura de la cintura y la cubrió con su saco.

Nicolás llamaba al otro lado.

—Adelante, Nicolás. ¿Se le ofrece algo? —preguntó el agente abriendo la puerta y se quedó mirando las manos de Nicolás que cargaba un paquete ligero.

—Sí, agente. Siento mucho la interrupción, creo que usted tiene que saber algo.

—Adelante, por favor. —el agente mordió su labio inferior y le ofreció una silla cerca de su escritorio y un café.

Nicolás se negó porque no tenía apetito.

—Me gustaría decirle algo que no debería contarle. Creo que le será útil esta información después de lo dudoso que lo vi en el hospital cuando me dijo que Cory tenía un problema psicológico.

—Por favor. Adelante. —el agente se irguió en su silla.

—Oficial. Cory y yo desde que somos pequeños crecimos en iglesias evangélicas. Cory por influencia de su abuela y yo por mis padres y unos tíos. Pero bueno, el punto es que hay algo que usted no sabe aún. Cory tiene o tenía más bien, la costumbre de escribir un diario. De hecho, lo titulé *Diario de un extraño*. Aquí está, mírelo por usted mismo.

Nicolás le entregó el paquete al agente y prosiguió.

—Yo lo tengo porque estábamos a punto de filmar en La Casa Torralba una película basada en algunos hechos que él contaba, pero después de lo acontecido no sabemos qué va a suceder. En ese libro Cory se confiesa a sí mismo. Incluso habla de la Iglesia como nunca nadie lo había hecho. Me parece que puede serle útil, como le he dicho.

—¡Vaya! Qué interesante. Lo felicito por su decisión y querer ayudar a su mejor amigo. Tenga la certeza de que lo leeré con detenimiento.

—Muy bien. Es todo por mi parte, agente. Me retiro. Le agradezco su tiempo. —Nicolás apenas sonrió y se levantó de la silla.

—Gracias a usted. Y por cierto... —el agente recargó uno de sus codos sobre el escritorio y llevó los dedos a su barbilla para acariciar el hoyuelo que la partía.

Nicolás se volvió al agente y sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Usted sabe quién es ese señor Carsten? —el agente hizo un ligero movimiento con sus manos.

—¿Carsten Berthold? Por supuesto. Es un profesor de la Sorbona. ¿Por qué lo pregunta?

—Curiosidad. Nada más.

—Bien. Me retiro, agente. Suerte con lo que sigue.

—Gracias, muchacho.

Una vez salió Nicolás de su oficina el agente tecleó el nombre completo de Carsten y leyó en la Internet los primeros resultados de búsqueda:

Carsten Berthold

Teólogo, historiador y escritor. Profesor titular de la Facultad de Filología y Letras de la Universidad de París, *La Sorbonne* y el CETS. Destacado autor que ha publicado obras notables como *Lagunas de un pueblo francés*, *Las lenguas y su historia*, *De ateos y demonios*. Columnista en el diario francés *Le Monde*, uno de los periódicos más populares en Francia y conductor del programa de radio *Sans Raisons*. Asesor de tesis de importantes personalidades de Francia. Su obra ha sido traducida a más de veinticinco idiomas.

Carsten-Berthold@sorbonne-universite.fr<http://www.pantheonsorbonne.fr/recherche/letres-et-histoire>

Publicaciones en colaboración:

Wide Fuster

Peter Walter

Pierre Thierry

Artículos: *El discurso en la historia*, *La historia y la política*, *Nuevo programa de lectura*, *Lenguas y Lenguaje...*

El agente imprimió la hoja de vida del profesor Carsten y la guardó entre los documentos de su investigación. Eran cuarto para las seis de la tarde. Dejó todo en su lugar, guardó el diario de Cory en un cajón y decidió dar un paseo rumbo a la Sorbona. Notó que en apariencia no tenía mucho de qué preocuparse, el profesor Carsten parecía ser una persona seria, sin ningún antecedente penal. Aún así pensó que lo mejor sería mantenerlo a la vista, al igual que a cada uno de los involucrados en el caso. Estaba claro que no se fiaba de nadie.

13 Dean Antoine - París, Francia, 2020

Dean observó las calles agitadas en las que caminaban los estudiantes que con paso veloz entraban y salían de clase; algunos con libros bajo el brazo, otros con aparatos electrónicos donde, con toda seguridad, guardaban sus archivos digitales, y unos pocos paseaban con mochilas que colgaban de sus hombros.

Miraba las calles parisinas que se abrían paso entre los parques y monumentos de la ciudad, la gente apresurada recorría los bulevares y los mercados absorbiendo a simple vista la esencia de París; ese día, como pocos, había salido el sol como una señal de un mejor futuro. Veía a los jóvenes afanados por labores y actividades cotidianas. Se descubrió pensando en cuánto comenzaba a estimar a esos pobres jóvenes inocentes y era tan poco el tiempo que había convivido con ellos, sobre todo se sentía intrigado por Amanda y Cory. Un lunático y una bruja. Vaya amistad tan rara. ¿Pero acaso no compartían el mismo mundo? Se consolaban uno al otro con sus extrañas experiencias. Con qué facilidad se aceptaban uno al otro, mantenían la complicidad entre ellos. ¿Y Oswin? ¿Qué lo hacía permanecer al lado de una joven como Amanda? Está claro que era una joven hermosa y no se culpaba por sus divinos ojos verdes. Pero es que había algo más. ¿Un pacto entre ellos? ¿De qué tipo? Al menos todos venían de cunas con cierto prestigio. Qué más daba, si vivían el mismo infierno que ahora él compartía con ellos. Dean agradeció haberlos encontrado en su camino, ahora miraba el mundo de una manera distinta, la sensibilidad había tocado la puerta de su espíritu para tratar de comprender un desierto que desde siempre había estado ahí y ahora se levantaba frente a él. Lleno de interrogantes. No cabía la menor duda de que, aunque tenían en común su humanidad, cada uno habitaba un mundo distinto. ¿Hasta qué punto podemos engañarnos a nosotros mismos con la intención de evadir lo que en realidad nos acontece? Es que no nos gusta enfrentarnos al dolor, al sufrimiento, a lo irracional, a la angustia, a la pérdida que es parte de la vida. ¿Qué hay de la fe, de la auténtica fe? Otro mito. Dean pensó que su inteligencia y valentía no iban a ser suficientes para esta desafiante misión, se sentía pequeño, distanciado de la realidad. Su adversario era sin duda alguien demasiado peligroso, astuto, calculador. Nada semejante a lo que él hubiese visto antes.

Trató de guardar la calma. Dejó que el viento se llevara sus pensamientos y sintió un entusiasmo nervioso, iba llegando a la Sorbona y contempló la construcción que tenía guardados tantos secretos históricos y con firme decisión caminó sobre la Rue des Écoles hacia el interior de este palacio académico.

Llegó al Gran Hall que atravesaba un pasillo de granito claro. Sus paredes y pilares decoraban el interior con esculturas hechas de mármol blanco. Éstas tenían placas en caoba con una inscripción grabada que hacía honores a la arquitectura de ese monumento universal tan complejo y a los benefactores de la Universidad de París.

Caminó con paso misterioso. El techo apenas reflejaba la luz del día a través del enorme tragaluz que cubría una buena parte del interior, observó a las personas que entraban y salían ajetreadas por el tiempo y por la vida. A medida que se adentraba en la universidad se sentía cada vez más cerca de la verdad. Ningún lugar de París le causaba esa sensación. Todos los monumentos, sin duda, tenían su historia y reflejaban una estética admirable, pero la Sorbona tenía algo especial, que estaba oculto. Guardaba tesoros históricos, tal vez secretos que nadie había descubierto aún. Observó al personal de seguridad que caminaba cerca salvaguardando la

universidad y a sus estudiantes.

Se sintió incómodo al pasar cerca del Gran Amphithéâtre. Se le erizó la piel e imaginó que se debía al cúmulo de extrañezas que en tan poco tiempo ya se acumulaban en su escritorio. Pensó en que era posible que estuviera naciendo en él un delirio de persecución. Inspiró hondo y se regañó a sí mismo por estar permitiéndose esos pensamientos. Volvió a recordar esa noche en la que llegó al apartamento de Amanda y vio ese misterioso ordenador que ahora los oficiales conservaban como una posible prueba de lo acontecido. Asoció la carta de Amanda y el libro de Charlotte. Ahora lo que más bien le preocupaba tenía que ver con Carsten, Gerard y la Sorbona.

Recorriendo los amplios pasillos de la Sorbona llamó su atención un letrado que señalaba hacia la Biblioteca de la Universidad. Ingresó en el aula para pensar un poco, despejarse y dejar a un lado su investigación.

En cuanto Amanda, quien se encontraba al interior de la Biblioteca, vio que quien había entrado no era nada más y nada menos que el agente Dean Antoine, lo siguió a discreción con la mirada y sin quitarle la vista cerró su ordenador. Con cautela se escondió entre los librereros. Seguía el sonido de su voz y lo observaba a través de los libros.

En cuanto vio que el agente se disponía a tomar un libro, Amanda lo interceptó.

—Agente, buen día.

—Amanda, qué sorpresa. —Dean retrocedió y recordó lo que Nicolás había dicho de ella: Amanda es peligrosa.

—Disculpe que lo haya asustado, agente. —Amanda mostró su sonrisa angelical, que podía comprobar la inocencia de cualquier criatura.

—No, no, está bien. ¿Usted también estudia aquí en la Sorbona?

—No, yo estudio leyes en la Universidad de Salamanca, pero la asociación de abogados a la que pertenezco me envió a un seminario aquí en la Sorbona.

—Vaya, pues la felicito. —el agente sonrió.

—Gracias, agente. Me gustaría decirle algo si es que no está muy ocupado.

El agente miró el librero y luego echó un vistazo al lugar.

—Adelante, señorita Amanda.

—Me gustaría un lugar menos concurrido, si no le importa. ¿Le parece bien si damos una vuelta por el patio trasero de la Universidad?

—Claro, como usted se sienta cómoda. —el agente llevó sus manos a la espalda como ocultándolas y caminó sin dejar de sentirse extrañado ante la solicitud de Amanda. ¿Por qué tendrían que ir a un lugar menos concurrido?

—Agente. —Amanda se paró frente a él con la intención de estorbarle el paso y habló con voz firme— El otro día en el hospital escuché su conversación con el médico Alphonse, no suelo entrometerme en lo ajeno, pero escuché que usted mencionó a mi tía y el médico le expresó que eran tonterías y créame: no son tonterías. —Amanda señaló con rudeza— Permítame mostrarle algo con una condición.

—La escucho.

—Será nuestro secreto ¿De acuerdo? Nadie más debe enterarse de esto, es muy delicado, agente.

Dean entró en un terreno frágil ante la suficiencia de Amanda. Nadie le había dado a entender que él no sería capaz de resolver un caso y mucho menos una persona de la cual ya le habían advertido que era peligrosa.

—Esto que estamos viviendo tiene una historia oscura detrás, creo que lo ha notado o al menos

lo percibe.

El agente sintió por primera vez un temor fuera de lo normal, sabía por advertencias que Amanda era perceptiva y pensó que por mucho que se esforzara por mostrar lo contrario la joven inglesa lo desarmaría.

—Un viernes del año 2019 acudí por primera vez a lo que sería un templo protestante. Nicolás me invitó, Cory terminaba su tesis en Suiza. Era un lugar de cristianos pentecostales llamado “El Reino de Dios”, liderado por una mujer que se presumía profetisa. Afirmaba haber sido arrebatada a la isla de Patmos y haber tenido visiones que Dios le había revelado. El templo estaba plagado de obras de arte que ella promocionaba porque llevaban su bendición, y el tener una obra de aquellas en casa atraería las bendiciones del Creador.

El agente no tenía idea de lo que Amanda decía. Y mucho menos encontraba relación con las pruebas que actualmente tenía, aun así, dejó que la joven hablara.

Amanda continuó:

—Esa noche un hombre que se hacía llamar apóstol, un tal Hamed, le dio la bienvenida a esta mujer profetisa. Decía de ella que era una mujer de la cual habíamos oído pero que ahora nuestros ojos podían ver. Me quedé sin habla cuando la vi, apareció al frente del escenario. No podía creerlo. Ahí estaba ella, alta y delgada, con collares largos y lentes que abarcaban la mitad de su rostro. Nicolás me preguntó si me encontraba bien porque me vio nerviosa. Me expresó que le preocupó ver mi expresión facial. Le respondí que estaba todo bien, pero no era verdad. Le inventé que me sentía asombrada porque nunca había asistido a un lugar así. En realidad es que mi memoria me llevó a recordar a aquel hombre que me leyó el futuro hace muchos años. Nicolás insistió, pues me veía tan nerviosa que se ofreció de la manera más amable a llevarme a casa. Me negué y le pregunté si había hablado con Cory últimamente. A lo cual me respondió que no, que solo supo que había llegado a Suiza y que seguro no tardaba en llamar. Luego se mofó de las crisis personales de Cory y mencionó al profesor Carsten.

El agente comenzó a interesarse en la charla cuando volvió a escuchar el nombre de Carsten.

—Me acomodé en mi silla al ver que la profetisa pronunciaría una palabra sobre el micrófono. La intriga me llevó a poner especial atención en lo que esa mujer iba a decir. ¿Qué hacía en aquel lugar? Me pregunté. Y luego elevó una oración: “Amados todos”, dijo la mujer, sus ojos bailaron de un lado a otro. “Padre, que esta oración afecte la atmósfera espiritual de la tierra, que sensibilices nuestros corazones en esta reunión y nos permitas verte. Amén. Bien hermanos”, prosiguió la mujer hojeando su Biblia. “Les he de compartir que vi un fuego extraño mucho más grande que la tierra, que descendía del cielo, y este fuego era el poder del Espíritu Santo que venía para levantar a los hijos de Dios, y este fuego, me decía el Señor, antes de traer poder sobre las personas, va a venir a revisar los fundamentos en los que cada uno está establecido y sobre eso edificando. Ya sea oro, plata, piedras preciosas... y todos serán probados ¿Amén?”. La mujer tenía la manía de pronunciar amenes de forma continua tomando el significado de esa palabra con ligereza y hasta en tono de burla.

El agente recordó la Biblia que encontró aventada en el apartamento de Amanda. De tal modo que su interés creció conforme escuchaba a la joven.

—La profetisa cansaba con su típica tonadita al pronunciar un amén al final de sus revelaciones. “¡Estamos viviendo un nuevo pentecostés!”, exclamó la profetisa. “Dios quiere que nos replanteemos muchas cosas”, luego nos solicitó leer un versículo del evangelio de Lucas. Dijo que el libro de Lucas hace referencia a la Jerusalén del tiempo de Jesucristo que no conoció que Jesús era el Mesías y que ahora estábamos en un tiempo de la gran visitación sobre la tierra,

y si no hacíamos caso, las piedras se levantarían y hablarían lo que nosotros callemos. Afirmó haber visto en las noticias esa mañana que quince volcanes alrededor del mundo hicieron erupción y que ella como profetisa aseguraba que las piedras clamaban.

El agente se cruzó de brazos y dudó de lo que Amanda decía. ¡Otra lunática!, pensó.

—Resaltó que el número quince era significativo porque el diez es el número de la ley y el cinco un número de la elección y la gracia, lo cual viene a establecer un nuevo pacto. Cerró su afirmación con un ¡Aleluya! Le pregunté a Nicolás si entendió algo y me dijo que tampoco comprendió, que quizá más adelante la profetisa se explicaría con más claridad. Que tuviéramos paciencia. La verdad es que ambos nos sentíamos desconcertados. Le quise advertir a Nicolás que esa mujer no era ninguna profetisa. Es más, que esa mujer ni siquiera era creyente. Se molestó y me pidió que callara. Que ella era una mujer que lideraba un ministerio internacional de la Iglesia cristiana, muy respetada y además pastores reconocidos la seguían. Después me señaló al interior de ese templo a unos ancianos que vivían entregados a la fe cristiana desde hace muchos años y me recalcó que si esto fuera una mentira ellos no estarían en ese lugar donde se proclamaba la Palabra de Dios. Me aseguró que ellos tenían el poder de Dios. Una vez terminó el culto, las personas se despidieron haciendo grupos y retomando conversaciones que habían dejado pendientes. Se saludaban en nombre de Dios: “Hermana, Dios le bendiga”, “Dios le guarde”, “Dios cuida de usted”, “En vida, hermano”. Ese lugar no era nada evangélico, agente.

El oficial no sabía qué decir. Tenía la impresión de que Amanda estaba fuera de sí al igual que Cory tras lo sucedido en el apartamento.

—Se acercó a nosotros la esposa del anciano. La señora con toda discreción depositó un papel pequeño en mis manos donde venía anotado su teléfono y dirección. Yo quería salir huyendo de ese lugar. La mujer era piadosa, tal vez lo único bueno que quedó de ese culto que me heló la sangre.

—¿Y a dónde quiere llegar con esta información, señorita Amanda?

—Oficial, apenas le he puesto sobre la mesa un grano de arena de todo este desierto en el que estamos inmersos. Le aseguro que no se arrepentirá de haber tenido esta charla conmigo.

El agente se mostró incrédulo una vez más. Amanda lo notó en su endurecido rostro y le pidió que la acompañara a sentarse a un café de la plaza de la Sorbona.

—Mire. —Amanda encendió el ordenador que había llevado bajo el brazo. —Véalo por usted mismo.

El agente acercó su silla a la de Amanda para tener una mejor visión de la pantalla del ordenador que la joven había puesto frente a él.

“Mujer profetisa arrebatada a la isla de Patmos”. Amanda buscó en la Internet. Su rostro dejaba ver el asombro ante la información que la red lanzaba.

—Agente, antes de enseñarle este material quiero aclararle una cosa. No me dejaré mentir si le digo que estoy segura de que usted ya sabe cosas que jamás le va a decir siquiera a su equipo de trabajo, tiene pistas que solo usted conoce y duda de lo que ha visto. Sé que no me dará una respuesta porque es parte de la ética de su profesión, lo sé. Me pasa lo mismo, soy abogada y cuido con lupa cada detalle de lo que digo. Conozco que cualquier situación o palabra mal dicha pone en riesgo a otros. Es evidente lo que está sucediendo tras el púlpito de esa supuesta iglesia, y ello es una realidad preocupante.

Amanda volvió sus ojos a la pantalla del ordenador, navegaba en la red y cliqueaba una liga tras otra. Abrió un archivo donde resaltaban algunos textos subrayados y otro donde había recopilado algunas frases de los autores que la llevaban a una fuente que complementaba los

datos recopilados. Aparecieron frente a ella numerosos apartados que lanzaban toda clase de comentarios relacionados a su búsqueda, cliqueó una de las fuentes que antes había consultado para mostrársela al agente, donde se mencionaba que la iglesia “El Reino de Dios”, era una agrupación pseudo-cristiana que se hacía pasar por evangélica y tenía sucursales en distintos países con base en Europa y América Latina junto con “L’ eglise du monde”, “L’ abre de vie” y “La Nueva Era”, entre otras, que formaban una gama de sectas clasificadas como Nuevos Movimientos Religiosos por su reciente surgimiento.

Muchas de estas iglesias que se hacían llamar cristianas habían tenido su origen en el Movimiento Carismático Católico Romano de donde se separaron para formar una nueva y extraña variante de éste. Amanda, interesada en la lectura y al ver que el agente no despegaba los ojos de la pantalla continuó leyendo el artículo:

“Desde el punto de vista bíblico, estas iglesias deben ser consideradas sectas por sus doctrinas heréticas porque ni sus creencias ni sus prácticas tienen un fundamento bíblico. Su lenguaje maquilado con terminología cristiana y sus enseñanzas son un sincretismo entre la doctrina católica romana, en su variante carismática, psicológica, de humanismo secular y principios metafísicos...”.

Amanda leía escandalizada cada párrafo, pensaba en Cory y en Nicolás, por quienes sentía un fraternal aprecio, pues le resultaba escalofriante ver cómo el ocultismo se había infiltrado en la Iglesia Protestante y los cristianos eran engañados, pero desde luego no lo sabían porque en apariencia se encontraban apartados del ocultismo y por desgracia no estudiaban la Biblia para discernir entre espíritus y así separar el bien del mal.

El nombre de Gerard pasó por la mente del agente. Dean Antoine siguió leyendo lo que Amanda le mostraba:

“Según expertos, estas desviaciones se han venido desarrollando relativamente rápido a pesar de que en sus inicios el movimiento parecía ser legítimo”.

—Esta mujer que se hace llamar profetisa asiste a las aulas de Kardec. No me pregunte qué hace y por qué lo hace.

—¿Y usted cómo sabe eso? —el agente preguntó intrigado.

—Yo estudiaba en ese Instituto.

Aunque se mostraba incrédulo con la investigación de Amanda, le hacía sentido saber que ella era alumna del Instituto Kardec.

—Así que como verá, yo puedo ayudarlo. Mi historia no es nada fácil.

Algo dentro de Dean Antoine le indicaba que las palabras de Amanda eran sinceras, no obstante, se reservaba sus comentarios.

—Señorita Amanda, ya que hablamos de su tía, —el agente cambió el tema para centrarse en lo que para él era importante— ¿conoce usted este libro?, ¿lo ha visto antes? —extrajo de su saco el libro que llevó al Instituto.

—¡Mi libro! ¿Dónde lo encontró? Olvídelo, eso es lo de menos. —Amanda lo hojeó con la intención de deshacerse de él lo antes posible.

—No, señorita Amanda, no es lo de menos. El lugar donde este libro se encontró despierta sospechas que no pueden pasar inadvertidas.

El rostro de la joven inglesa se quebró.

—¿Quién es la señora Charlotte y por qué tiene usted este libro?

—Escuche, agente, me temo que hay cosas que usted no puede siquiera imaginar que existen.

Antoine alzó la mirada dando señal a Amanda de que prosiguiera.

—Charlotte es mi tía y una médium poderosa. Desde muy joven ha dedicado su vida a los espíritus, al conocimiento y a la práctica de poderes esotéricos. Ella fue mi maestra por muchos años, yo era una médium en desarrollo.

Dean Antoine se relajó en su silla sabiendo que las palabras de Amanda coincidían con lo que él ya sabía, aunque nadie le había dicho que Amanda se había alejado de eso.

—¿Entonces usted se formó con su tía y ahora ha decidido dejar ese mundo atrás?

Amanda agachó la mirada, sintió un nudo en la garganta y luego miró al cielo como si buscara la respuesta.

—Pasaron otras cosas. Y no ha sido fácil. Tal como le he dicho: es una historia oscura. Solo le puedo decir que ahora estoy pagando las consecuencias de algo que creí no era dañino. No pensé que me afectaría de esta manera. Mis tías están en Londres, no vaya para allá. No por ahora. Permítame ayudarle.

—¿Sus tías?, ¿plural? —el agente recordó las palabras de Oswin.

—Sí, Charlotte y Hazel. Son muy poderosas, agente, no vaya.

—¿Usted aún ejerce esos poderes?

—Ya no. —Amanda sintió la pesadez de la conversación— Pero sé cómo funcionan y el mal que pueden llegar a ocasionar.

—¿Cómo es que usted adquirió sus poderes?

Amanda exhaló hondo y limpió su nariz con la muñeca del brazo.

—Mis poderes llegaron de una forma inesperada y extraña. Si usted así lo entiende le diré que fue de una manera sobrenatural. —dijo Amanda entre susurros— Yo no solía ser muy amigable y acostumbraba a quedarme sola en casa mientras mis padres asistían a eventos sociales. Tenía un pasatiempo que para mí, y me supongo que para cualquier joven, puede resultar inofensivo, sin embargo, un día de aquellos, durante mi adolescencia, me pareció de lo más normal volver a jugar con mi baraja.

—¿Su baraja?

—Sí, mi baraja. —Amanda se lamentó— Una tarde me quedé contemplando la baraja, moviendo las cartas de una mano a otra, escuchando el golpe de éstas cayendo unas sobre otras mientras las acomodaba y las revolvía para echarlas a la mesa, y poco antes de echarlas sobre la mesa, durante esos segundos mi mente se puso en blanco y sentí cómo mi alma salía de mi cuerpo, como si la estuviesen arrebatando y viajaba hacia otros lugares, traspasaba puertas, ventanas, paredes. Era como si mi alma estuviese flotando en el aire, veía mi cuerpo dormido sin estar en él.

El agente, azorado, entrecerró los ojos.

—Me cuesta creerlo. —dijo el agente con firmeza— ¿Cómo es que usted con esos poderes que dice tener o que presume haber tenido es que puede conducirse en un mundo humano? No es algo común o un tema de sobremesa, por así decirlo. Esto solo se ve en novelas de fantasía. Creo que usted lo sabe.

—Lo sé, parece una locura, tampoco fui un ser extraño, y el que usted no crea en ello o cualquier otra persona no significa que no sea una absoluta realidad. No lo sé, agente, es como si uno estuviese dotado de una fortaleza especial para vivir con ello o es parte quizá de un llamado, no lo sé. Solo sé que no es algo bueno, eso seguro. Con el tiempo confirmé que no era algo digno de admirar.

—¿Con el tiempo? —Dean Antoine se quedó con la pregunta en la punta de la lengua al ver que Amanda recogía sus cosas para retirarse.

Amanda miró el reloj y se disculpó con el agente, pues se le hacía tarde.

Dean Antoine asintió, en esos momentos quedó impresionado y no hizo más que despedirse de Amanda sin decir ni una palabra más.

Antoine caminó de regreso sobre el barrio Latino y miró las estatuas. Deseaba ser una de ellas para evitar que el tiempo siguiera pasando; cruzaba las calles deteniendo su vista en los edificios que se mostraban hacia el exterior imponiendo con su arquitectura clásica la personalidad que los distinguía. En cada uno de ellos se notaba la distintiva mano del prefecto Haussmann. Levantó sus ojos hacia el nublado cielo que se acompañaba de árboles sin follaje dibujando un paisaje mudo, quieto, solitario, donde las personas caminaban al paso del clima mostrando una serenidad propia del tiempo.

Las luces de las calles encendidas a temprana hora anunciaban con sus destellos la llegada de la noche, jóvenes charlaban frente a los puestos de revistas y periódicos, fumándose algún cigarrillo. Cruzó algunas calles hasta llegar a Notre Dame. Miraba el agua cristalina de las fuentes que reflejaba una quietud y paz asombrosas, ahí podía perderse y dejar que la vida continuara sin verla pasar, solo consciente de que ésta seguía y él, aunque estaba inmerso en ella, ansiaba pasar desapercibido. Lo que Amanda le había contado esa tarde lo dejó despavorido, y algo en su interior le decía que esa joven ocultaba grandes verdades. No estaba tan seguro de que fuera tan peligrosa, tenía toda la intención de conocerla mejor. Después de todo él había elegido su profesión y ahora estaba probándose a sí mismo en un desafío profesional.

De regreso a la oficina le pareció ver a Cecile que iba saliendo del Instituto Kardec junto a un grupo de muchachas de la misma edad. El agente divisó que todas llevaban sobre su cuello el mismo collar de estilo gótico y un dije semejante a una cepa de viñedo. Llevó su mano a la barbilla y la sobó con el dedo índice y pulgar sin dejar de observar a las jóvenes. Sacó su móvil que le permitía capturar fotografías y con cautela recuperó al menos tres imágenes; una de Cecile, otra enfocando su cuello y en la tercera salían cuatro chicas más, sin excepción alguna todas ellas reían de la misma manera, compartían gestos y palabras como si se tratase de una hermandad. Mientras el agente miraba las fotografías en su teléfono móvil, vio la hora en la pantalla y recordó su regreso a la oficina. Vio por última vez el lugar donde se habían reunido las chicas y se sorprendió al no verlas. Giró la cabeza de un lado a otro, no había rastro alguno. Se encogió de hombros y siguió sobre su camino.

Iba con la cabeza saturada de información, era la primera vez en su vida que tenía contacto con una persona que había sido médium, que además era abogada, e imaginó que se las ingeniaba para resolver muchos de sus casos profesionales a través de la invocación de poderes.

Llegando a su oficina aventó el libro al escritorio y acercó el teclado de la computadora a sus manos. Ingresó a una base de datos y escribió en el buscador palabras relacionadas a sectas, iglesias evangélicas en París, entre otras palabras que venían a su mente. Analizaba las frases escritas en titulares de periódicos digitales donde se demostraba que esas iglesias crearon un evangelio antropocéntrico que había estado suplantando el concepto teocéntrico que sostiene el cristianismo. Dirigió el *mouse* hacia otro apartado y cliquéó sobre él, le apareció una leyenda: “El nuevo evangelio que promueven los líderes de estas sectas o agrupaciones es aberrante, inculcando en sus oyentes antivalores tales como el materialismo y el hedonismo, y aunque Cristo es mencionado frecuentemente y de forma superficial en sus reuniones, se hace solo como un pretexto o escalón para inducir a sus adeptos a buscar satisfactores terrenales, especialmente el dinero, el éxito, la prosperidad en bienes materiales, el estatus y el bienestar personal”.

Una vez terminó de leer llegaron a su mente las palabras de Amanda cuando hacía referencia a

las obras de arte que se comercializaban en el templo porque llevaban la bendición de la profetisa y solo así el comprador recibiría bendiciones del Creador. Dean Antoine pensó que literalmente se promovía un cristianismo condicionado bajo sus propios estándares, no obstante, nada que a él le inquietara el espíritu.

Siguió bajando el cursor y leyó: “Doctrinal y espiritualmente estas iglesias son la versión europea de un movimiento sectario internacional de mayores dimensiones que tiene sus orígenes en los Estados Unidos con El Movimiento de la Fe y Prosperidad, también conocido como *Palabra de Fe* o *Confiésalo y Recíbelo*. Esta agrupación dirigida por charlatanes y tele evangelistas ha sido objeto de vergonzosos escándalos públicos en años recientes. El movimiento pentecostal comenzó en el año 1900, los conservadores teológicos lo consideraron ampliamente como una secta. En su mayor parte fue aislado y mantenido dentro de sus propias denominaciones. Sin embargo, en la década de 1960, el movimiento comenzó a extenderse dentro de las denominaciones principales, ganando terreno en las iglesias protestantes que habían abrazado el liberalismo teológico y ya estaban muertas espiritualmente”.

Antoine seguía leyendo, no terminaba de entender por qué Amanda hizo énfasis en un tema como éste. ¿Qué relación guardaba lo acontecido con un movimiento sectario?

El móvil del agente vibró. Sin apartar su vista del ordenador colocó su mano sobre él para omitir el movimiento y en automático silenciarlo. Continuó con su lectura: “Este movimiento ha sido denunciado por académicos, teólogos y renombradas agrupaciones especialistas en apologética”.

Clicó una liga que ofrecía más informes al respecto: *Cristianismo en crisis*, autor Hank Hanegraaff. Las palabras “véase más” estaban subrayadas y en color azul cielo.

La imagen de un libro lo llevó a otra página titulada: *Christian Research Institute* (CRI) (Instituto Cristiano de Investigaciones) Fundador Walter Martin. En la página principal se mostraban leyendas como “*Help us defend the Bible*” (Ayúdanos a defender la Biblia). La verdad importa “Ministerio Evangélico de Apologética Cristiana”.

Una palabra lo fue llevando a otra y como agua fluyó por una variedad de textos que proveían información referente a falsas enseñanzas que representaban de una u otra forma el movimiento de la fe. Desenmascaraban las aberrantes y erróneas prácticas que ponían en peligro la salud espiritual y física de sus adeptos promoviendo el reino de las sectas e impidiendo así que hombres y mujeres llegaran al verdadero evangelio de Jesucristo en todo el mundo.

Dean Antoine estuvo leyendo casi toda la noche sin sentir el agotamiento del sueño, miraba fotografías de mansiones, carros de lujo, y demás propiedades y objetos pertenecientes a personas que lideraban el Movimiento Carismático de la Iglesia. De vez en cuando se levantaba por una taza de café y regresaba a su investigación teniendo en mente a Amanda, a Cory, a Cecile y a Nicolás. Aunque por mucho que lo pensaba no encontraba una relación con lo sucedido.

Su teléfono móvil volvió a vibrar. Eran casi las seis de la mañana. Vio en sus notificaciones que se trataba de Alphonse: “*Agente, por favor, venga a mi casa en cuanto lea este mensaje. Es urgente. Alphonse*”. Antoine apagó el ordenador, lavó su cara en el baño de la oficina, acomodó su saco, ajustó su revólver en la cintura y salió rumbo a casa de Alphonse. Recorrió en su camioneta las calles del barrio Latino y pasó lentamente por las aulas del Instituto Kardec que emanaban una amenaza, observó la siniestra fachada del edificio ya desgastada por el paso de los años y la placa de afuera, ambas lucían repugnantes. Unas gárgolas de cantera y cierta clase de símbolos esotéricos en metal dorado decoraban el edificio. Trató de mirar desde su camioneta a

través de las ventanas, no había una sola luz, solo la presencia de lo infernal. Notó que todo estaba mudo, como si a la misma institución se le hubiese ordenado silencio. Un Instituto capaz de infundir miedo al espíritu del hombre. El día era gris al igual que sus pensamientos. Condujo sobre la Avenida de los Campos Elíseos y sus elegantes escaparates que deslumbraban a cualquiera. Frenó al ver la luz roja del semáforo. “Una médium en desarrollo, vaya”, pensó Dean y aceleró en cuanto la luz verde se puso.

¿Por qué ocultistas eran parte de una doctrina evangélica? No entendía la relación y no le parecía importante pues nada tenía que ver con lo que él buscaba. Pensó que nada debía distraerlo del caso. Le pareció ver desde el vidrio de la camioneta a una joven idéntica a Amanda que caminaba sobre el barrio Latino recorriendo los comercios entre las coloridas calles que apenas separaban un restaurante de otro y colaban hoteles al paso. El agente la siguió con los ojos hasta que la perdió. Dobló en la siguiente esquina y frenó en el semáforo. Alcanzó a ver que se asomaba una construcción neoclásica que en la parte superior dejaba ver entre sus acabados una placa metálica con el lema de Kardec. Desde el primer día en que observó este Instituto se percató de su grandeza; una construcción enorme que podía mirarse desde varios ángulos de las calles del barrio Latino, inclusive también se lograba contemplar sobre algunos otros puntos de la ciudad.

El agente aparcó su camioneta cerca de la construcción y bajó. Acercándose al Instituto sintió cómo la adrenalina recorría su torrente sanguíneo y contempló la fachada desde la banqueta. Se detuvo en las escaleras de la entrada cuando vislumbró a Amanda en el interior. El oficial vio cuando la recibió una mujer de una larga cabellera rubia a quien reconoció de inmediato porque fue la misma que lo atendió a él. Era quien organizaba los grupos y el material para llevar a cabo las diferentes sesiones spiritistas de los alumnos. Su móvil volvió a vibrar. Lo apretó con la mano sintiendo molestia por la interrupción y retrocedió para ir a donde Alphonse, quien rentaba un pequeño apartamento en las afueras de París. Antoine iba llegando cuando el médico abrió la puerta.

—¡Buenas tardes, agente! Gracias por venir. —Luego de que Antoine entró en el apartamento, Alphonse aseguró los pestillos de la puerta con agilidad y rapidez.

Antoine asintió y sonrió sin perder la formalidad que lo distinguía. Le asombraba ver el enorme rasguño en el rostro de Alphonse.

—¿Qué se le ofrece? —el agente vio algunos papeles sobre una mesa de vidrio.

Alphonse señaló el informe que Gerard le entregó. Sobre la mesa había varios documentos, uno del Centro de Control de Intoxicaciones y Envenenamientos, un plan de estudios del Instituto Kardec que descargó del sitio *web* de la institución y una Biblia abierta.

—¡Mire esto! —el médico, molesto, señaló el rasguño en su cara.

El agente lo miró sin exaltarse.

—¡Agente! ¿Qué está pasando? Este caso me está sobrepasando. Resulta que las pruebas existen y al mismo tiempo no arrojan una evidencia.

Antoine se mantuvo serio, lo dejó que hablara.

—Escuche, agente. Desde que estoy involucrado en este caso me han estado pasando cosas extrañas. Anormales. ¿Ve este rasguño en mi cara? —el médico señaló su barbilla con su dedo índice— Esa maldita sombra, esa cosa a la que no puedo darle un nombre me atacó la primera noche que empezamos nuestra investigación.

El agente sabía bien a qué se refería Alphonse, puesto que esa sombra envolvente y aborrecible lo intimidó a él desde la primera noche del atentado. Luego tomó uno de los documentos que el

médico tenía sobre la mesa.

—¿Por qué tanta urgencia? —preguntó el agente ya sabiendo que estaban involucrados en un caso complicado.

Alphonse acercó la Biblia al rostro de Dean Antoine y le mostró un pasaje en el libro de Efesios.

El agente leyó en silencio:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Efesios 6:12.

El agente cerró la Biblia y se quedó meditando. Con la mirada solicitó a Alphonse permiso para sentarse en uno de los sillones de la sala.

—¿Qué me quiere decir con todo esto? ¿A qué viene la Biblia?

—Agente, cuando recién comenzó nuestra investigación busqué en mi biblioteca una cantidad de libros que me pudiesen arrojar información importante. Hasta ahora no tengo algo que valga la pena porque el resultado de las pruebas no se explica en ningún libro. ¿Comprende? ¡En ningún libro! Resulta que en una de esas búsquedas una de mis biblias cayó al piso por accidente. Cuando la abrí pronuncié una serie de palabras en contra de todo lo relacionado al bien y al mal, y esa noche me sucedió lo peor. No sé si haya estado relacionado con lo que dije o pensé, no sé si fue superstición, no creo nada de eso, pero aquella noche, agente, mire... —Alphonse señaló la herida en su rostro— algo o alguien, una figura que parecía cualquier cosa excepto un ser humano se impuso ante mí, se fue acercando despacio hasta dejar caer su peso sobre mí.

Antoine recordó su reciente conversación con Amanda y la voz de Cory hizo eco en su cabeza.

—A cinco días de lo acontecido —apuntó Alphonse— regreso a mi biblioteca a buscar otro libro y la Biblia cae otra vez al piso con las tapas boca arriba. La levanto para acomodar el marcapáginas y enseguida mis ojos chocan con ese texto. Me retumbó el corazón. No pude negar por primera vez en mi existencia que esas palabras cobraron significado. Hay algo oculto detrás de lo que estamos haciendo, agente. Esto no fue casualidad. Mire mi cara. Nadie entró en mi casa, no que yo me haya percatado. Algo ronda en la oscuridad de Francia. Ese maldito barrio es un hogar de legiones.

El agente inspiró hondo sin quitar su vista de la herida de Alphonse.

—¿Sabe algo nuevo? —el médico preguntó buscando una esperanza en la voz del agente.

—A veces las pistas están en el único lugar donde no buscamos —afirmó el agente en voz alta.

—¡Explíquese!

—Creo que empiezo a entender algo.

—¿Y qué es, de qué se trata? —el médico se sintió intrigado y exasperado.

—Voy a visitar algunos lugares que pueden estar relacionados con la investigación. Usted resista, trate de hablar con Gerard, siga leyendo, si tiene noticias de algo, infórmeme oportunamente y... Alphonse, ¡ante todo tenga la mente avispada!

—De acuerdo, agente.

—Me retiro y, por favor, —el agente se quedó quieto al tiempo que miraba con seriedad a Alphonse— no baje la guardia.

Dean Antoine salió de casa del médico sintiéndose menos abrumado que otras veces. Parecía ser que el presentimiento que tuvo cuando ingresó por primera vez al apartamento de Amanda no estaba lejos de ser verdad. Lo volvía a confirmar. Llegó a su casa y sacó la carta que Karmele le entregó, la leyó varias veces durante la noche y no dudó en visitar a la anciana al día siguiente y

pasar al hospital para ver a Cory. Sacó su grabadora para volver a escuchar la charla que tuvo con Amanda y anotó en una libreta el nombre de cada una de las iglesias que la joven mencionó. Luego escribió un título; y debajo de éste, una serie de puntos destacando algunos detalles que hasta ahora lo mantenían intrigado. Escribió el nombre de la Sorbona; debajo, el nombre de Gerard; a un costado, el nombre de Alphonse; seguido de un guion, la palabra Kardec y el nombre de Amanda. Finalmente sintiéndose confundido tachó el nombre de Amanda. Sacó una de sus biblias y buscó Efesios 6:12, volvió a leer, ahora con más detenimiento:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”.

“¿Qué lógica hay en esto?”. Pensó en Alphonse y le retumbaban en la mente las palabras de Amanda. Sus pensamientos le estorbaban como si estuviera consciente de estar pensando en cosas inútiles que solo lo distraían de lo importante. Lo tranquilizó el hecho de afirmar que él era el responsable de la investigación, el resto no dejaban de ser opiniones basadas en experiencias personales, sin prueba alguna, por lo tanto, subjetivas. Llegó a su mente el informe de Gerard, se repitió a sí mismo: “Algo que ha desafiado las leyes de la física”. Se levantó por una taza de café y la curiosidad de seguir hojeando la Biblia lo llevó a encontrarse con otros pasajes que llamaron su atención. Se entretuvo así hasta que dieron las dos de la madrugada.

Apenas levantó los ojos del papel cuando sintió que algo se acercaba a él. Un aire helado le acarició el rostro, la pequeña luz que tenía encendida sobre su escritorio se apagó, Antoine bajó su mano derecha con exagerada cautela hacia el revólver que siempre cargaba sobre la cintura de su lado izquierdo. Una corriente de aire azotó las ventanas. Notó que en la negrura de la noche crecía el grosor oscuro de una sombra, tal como Alphonse lo afirmó, ésta no dejaba ver una figura humana o algo que se le pareciera, eso sí, era imponente. A Dean le sudaban las manos, ansiaba alcanzar el revólver, aunque la amenazante sombra no se movía, tenía la sensación de que ésta estaba cada vez más cerca de él. No se explicaba cómo avanzaba. Imaginó que podría tratarse de una especie nocturna, una clase de monstruo, una bestia salvaje. El terror le sacudió y en cuestión de segundos disparó. La sombra desapareció. Antoine comprendió que empezaba a alucinar las sensaciones de lo que estaba sucediendo, lo envolvía el terror de esas figuras oscuras, su respiración se aquietaba a medida que se hablaba a sí mismo postrado en el piso.

Eran las nueve de la mañana cuando Dean Antoine llegó al hospital y vio a Cory que salía del brazo de Nicolás y Karmele le acompañaba. Ritter estacionó el auto cerca por instrucción de Karmele.

Cory se alegró al ver llegar a Dean Antoine y le pidió que los acompañara a su apartamento. El joven francés sentía la esperanza de un nuevo amanecer. Se movía con dificultad y aún podía verse que caminaba con el alma apesadumbrada.

Ritter giró en el primer semáforo a la izquierda y entonces Cory le rogó a su abuela que lo llevara a la Sorbona porque quería enseñarle algo importante al agente y hablar con él. La anciana con el afán de darle gusto a su nieto le solicitó a Ritter que lo dejara en la Universidad de París. El agente venía en su camioneta detrás de ellos. Cory bajó del auto y se quedó mirando el reloj ubicado en la parte superior del antiguo edificio que marcaba las 9:10 de la mañana. La bandera francesa con orgullo se erguía en un mástil sobre la fachada principal de la Universidad. El agente lo alcanzó y subieron a la oficina de admisión para estudiantes en el tercer piso. Un señor con acento marroquí les dio la bienvenida y les informó acerca de las visitas guiadas. Cory sonrió y agradeció el gesto del administrativo. Un grupo de estudiantes iniciaría un recorrido en el interior de la institución. Dichas visitas iniciaban al pie de la escalera de honor hacia el gran vestíbulo.

Justo en el momento en el que el grupo comenzó su recorrido, Cory se sintió observado. Su espíritu se sobresaltó al percibir un par de figuras etéreas levitando cerca de los enormes ventanales del pasillo. Un terror espontáneo le asaltó cuando se vio de nuevo inmerso en ese nebuloso mundo inmaterial. Retrocedió y sintió cómo sus manos sudaban y su corazón se alteraba, no concebía que de nuevo estaba siendo acechado. Evitó prolongar su atención sobre ellas pensando en que no quería demostrarles el terror que sentía ni que ellas asumieran que ahora eran parte de su tormento. Una de ellas era una mujer de aspecto fúnebre, mal peinada, sentada sobre una silla de brazos, vestía de negro, y observaba con una mirada triste y sombría a los estudiantes, inclinaba la cabeza sobre su mano derecha recargada en uno de los brazos como analizando alrededor con atención. Al lado de ella, un hombre joven, de pálido e inexpresivo rostro, orejas puntiagudas y barba, posaba la cabeza sobre su mano izquierda. Con la otra mano se afianzaba a la mano de la mujer. Expresaban complicidad. El hombre movió su mano y la colocó en la agarradera que sostenía una cortina de terciopelo rojo, fijó su vista en los enormes ojos de Cory mientras los demás jóvenes del grupo caminaban y abandonaban el pasillo sin percibir nada de lo que acontecía. Cory apenas logró pestañear cuando le sobrevino un espanto al ver que la mano de aquel hombre que parecía inmortal zafó el ganchillo que detenía la cortina de terciopelo que cubría el ventanal en medio del pasillo, oscureciéndolo. Cory escuchó una voz que gritaba al otro lado del pasillo:

—Señor Fontaine, ¿se encuentra bien? —el agente le dirigió una mirada seria.

Cory secó las gotas de sudor que escurrían de su frente y corrió tras el agente sin mirar atrás, cuando pensó en voltear de nuevo, las figuras habían desaparecido. Una voz aguda gritó en medio del pasillo: “Jóvenes, favor de no tocar los objetos de la institución”.

El joven pensó que la historia se repetía. Los fantasmas de Pierre y Marie Curie apareciendo en un entorno estudiantil, como si su *alma máter* hubiese guardado sus espíritus, sin embargo, lo que más incertidumbre le causó fue el hecho de que se hicieran presentes a él o ¿es que alguien

más los había visto?

Ambos caminaron sobre el pasillo hasta la biblioteca de enormes ventanales, al llegar percibieron ese característico olor que despiden los libros viejos donde se acumulan letras de siglos, entonces Cory vio que un librero se venía sobre él, levantó los brazos, giró la cabeza para protegerse y cerró los ojos esperando el impacto del mueble en su cuerpo, escuchó el ruido de vidrios estrellándose con gran estruendo, abrió sus ojos, se asombró al ver que el librero seguía intacto en su sitio. Tocó su cuerpo para creer lo que había visto, pero nada sucedió. El agente lo miró con una profunda extrañeza. Cory examinaba el entorno buscando en el rostro de las personas y en sus conversaciones si alguien hablaba de lo acontecido. Desconcertado volvió a intuir que esto seguramente se relacionaba con aquella noche en Cordes-Sur-Ciel, solo que ahora esas voluntades ocultas le seguían hasta la Sorbona, ese lugar lleno de misterio y entresijo. Su alma lo presionaba para terminar de comprender lo que esos seres buscaban a través de él. Pensó que había dejado atrás esa historia en Cordes-Sur-Ciel, y al pasar este día jamás imaginó revivirla en las aulas de la Sorbona. Ya no se trataba de un lugar y de un recuerdo, sino de una vida que estaba en peligro en un barrio impregnado de una atmósfera de seres invisibles.

El agente advirtió la congoja de Cory, le pidió unos minutos para charlar.

—Agente, algo extraño está pasando en este lugar. —Cory se acercó al agente y bajó la voz— Me atrevería a decir que están en toda Francia.

—¿A qué se refiere? ¿Quiénes están en toda Francia? —el agente se sobresaltó, pero intuyó de qué hablaba Cory, pues recordó su charla en el hospital, aunque también pensó que había quedado algo afectado después del accidente.

—Venga, le mostraré un lugar escalofriante.

El agente alzó las cejas y lo siguió.

Cory caminó hacia el Gran Amphithéâtre de la Universidad. El lugar donde se llevaban a cabo eventos y discursos oficiales. Volviendo su mirada, se acercó inseguro a la puerta que, abierta, le daba la bienvenida a la multitud del exterior. Miró hacia arriba y vio por última vez la suave luz amarilla que apenas alumbraba ese trozo del silencioso pasillo. Ambos entraron. Con la punta de sus dedos tocaba las paredes policromadas. Seis esculturas talladas en mármol representaban a distinguidos estudiantes de la Sorbona y daban vida y elegancia a esa sala llena de gloria. Una pared llevaba escrito el lema oficial de la República Francesa: *Liberté, Égalité, Fraternité*.

Bajaron los escalones que dividían por niveles cada hilera de sillas.

La imaginación de Cory viajaba a través del imponente escenario que cargaba sobre sí una pintura de un refinado y ornamentado arte neoclásico, recorriéndola con los ojos, pensaba en alguna historia que pudiera escribir acerca de ese templo del conocimiento. Analizaba con sutileza los detalles que, con facilidad, lo acercaban a conocer los hechos históricos vividos en ese Palacio Universitario. Se sentó en las heladas escaleras y le pidió al agente que se sentaría cerca de él. Sacó un diario donde escribía hasta fatigar la mente y las ideas, dentro de esa nube imaginaria emergía constantemente el recuerdo fresco, reciente, virgen, de la desaparición de sus padres y de esos seres de bajo astral que aparecieron en el vestíbulo de la Sorbona.

Dean contempló el diario y recordó el que Nicolás le había entregado.

—Agente, sé que usted se involucró en este caso por lo que según me han explicado sucedió en el apartamento de Amanda, no recuerdo algo en especial, pero le agradezco encontrarse conmigo, con mi abuela, estuve mucho tiempo internando en el hospital, eso lo sé. No sé qué va a suceder conmigo el día de mañana, escucho a los médicos que hablan y algo ocultan. La razón del porqué le pedí que viniera es porque quiero solicitar su ayuda. ¿Recuerda nuestra charla en el

hospital?

El agente asintió y al mismo tiempo miraba el imponente escenario.

—También están aquí en la Sorbona. Se están expandiendo. Están haciendo daño.

—Bueno, pero me gustaría saber de quiénes me está hablando, solo así puedo ayudarlo. —el agente volvió su mirada hacia Cory.

—No los logro identificar, pero sí sé que son muchos. Agente, son seres sobrenaturales, algunos tienen garras, otros toman formas fantasmagóricas, hacen ruidos extraños, algunos imponen y aterran, infunden miedo, lastiman, oprimen —el agente recordó a Alphonse y pensó en esa sombra envolvente que emergió de la oscuridad cuando cerró el apartamento de Amanda y en esa figura monstruosa cuya sombra lo aterró. Se le erizó la piel.

—No sé qué es lo que quieren. Alguna vez Amanda me invitó a una sesión espiritista, me aseguró que con ello identificaríamos a esos seres.

El agente se quedó sin palabras. El frío llegó al aula como el invierno una vez pasado el otoño. Todo se revolvía en su estómago. La voz de Cory era el único sonido que rompía con el silencio del Gran Amphithéâtre. Antoine encendió su grabadora.

—Primero me gustaría saber cómo conoció a la Srita. Amanda. —el agente quería saber hasta qué punto una persona como Amanda se involucraba con alguien como Cory.

Cory asintió y habló:

—Ese día Nicolás y yo nos íbamos a encontrar en el parque Square Paul Painlevé, salí a toda prisa porque me quedé platicando con un profesor. Andando a paso veloz por los pasillos de la Sorbona, distraído miraba las manecillas doradas de mi reloj cuando me estrellé con alguien en el pasillo. Los papeles del intruso salieron volando y la víctima gritó. Ahí estaba ella:

—¡Fíjate! —exclamó una alterada voz femenina. Sin verme a los ojos seguía molesta a regañadientes recogiendo sus papeles del piso.

Tuve la intención de ayudarla, pero en el mismo instante en el que tomé acción para juntar los papeles, la mujer se alejó de un brinco. Abrió sus enormes ojos verdes y me miró extrañada. Algo vio en mí, no quiso decirlo.

—¡No, no toques mis cosas! Yo... puedo sola, gracias de cualquier forma. —tartamudeaba.

—¡Espera, déjame ayudarte! ¿Cómo te llamas? —le pregunté todavía espantado, buscando su mirada.

—A-a-a-a... Amanda, Amanda Thompson —tartamudeaba temerosa.

—¡Encantado de conocerte, Amanda! —coloqué bajo el brazo la Biblia que recién me habían obsequiado. Le extendí un amigable y cordial saludo, ella ruborizada sonrió con timidez.

—¿Y estudias aquí? ¿De dónde vienes? —fueron algunas preguntas que con atrevimiento le hice para romper el hielo después de mi distraído tropiezo.

—Sí, estudio leyes, pero no aquí... disculpa, me tengo que ir. —expresó estresada y un tanto nerviosa mirando los libros y hojas que casi se tragaba el piso. Después volvió sus ojos hacia mí sin poder sostener la mirada. Nunca he olvidado esa escena. Insistí en acompañarla, me sentía apenado y embelesado con su presencia.

—Puedo llegar sola, gracias, conozco el camino, lo cual dudo de ti ¿Te estrellas con frecuencia con las personas? —preguntó con ironía.

—Insisto, permítame compensar el daño. —le rogué.

—Descuida, me tengo que ir. —recalcó imperante.

Se que llamé su atención, no en un plano amoroso, algo más allá, y aunque ella se hacía del rogar, no se alejaba.

—No volveré a lastimarte, por lo contrario, deseo ser tu amigo. ¿Puedo acompañarte? —insistí con ingenuidad, además, me sentía solo.

—Ummm... de acuerdo. —Amanda lo pensó, finalmente aceptó como si le hubiese convenido mi compañía. Echó sus rizos dorados de lado y abrazó sus libros mientras caminábamos a paso lento por el pasillo.

—¿De dónde eres? —le pregunté poco antes de abandonar los pasillos de la Sorbona.

—Inglaterra. —expresó cortante, había algo en su tono de voz.

Le pedí que me acompañara para presentarle a mi amigo Nicolás. Asintió y caminó cerca de mí. Nicolás apareció al otro lado de la calle haciendo señal de un feliz reencuentro, cruzó la avenida y nos dimos un cálido abrazo. Enseguida invitó a Amanda a venir con nosotros, ella se negó porque iba a un seminario jurídico, no obstante, agradeció el acomedido gesto de Nicolás. Desde ese día sentí que Amanda tenía algo especial, tenía la certeza de que ambos compartíamos un misterio que nos distinguía del resto de la comunidad estudiantil.

—¿Y cuál es ese misterio? —el agente preguntó intrigado.

—Lo que le estoy contando. Agente, Amanda y yo tenemos una historia detrás de lo que se puede ver a simple vista. No somos un par de jóvenes ordinarios. Pocos somos capaces de percibir lo invisible de este mundo.

El agente asintió y permaneció callado.

—Por su edad, los jóvenes ni siquiera se dan el tiempo de pensar en lo que viene tras la muerte, y muy pocos son quienes meditan en lo que rodea al ser humano. No por quienes no creen esa realidad deja de existir. —Dean pensó en las palabras que Amanda le había dicho— Estas experiencias tienen el poder de cambiar la realidad de una vida, moldeando el pensamiento humano que terminará influyendo en sus decisiones de forma permanente. Uno cambia y este tipo de cosas marcan la vida. —Cory volvió sus pensamientos hacia Kardec y concluyó— Una vez el mundo espiritual se hace visible, no hay forma de negarlo.

Siguió pensando en los jóvenes que solo estaban ávidos de conocimiento y vida social, muchos de ellos lejos del hogar, así como él, con el firme deseo de concluir con éxito sus estudios y emprender un camino profesional.

—Eso es el mundo en la mente de un joven. —afirmó— No hay tiempo para pensar en más. Como si tuviésemos la vida garantizada.

Ambos enmudecieron y contemplaban desde las escaleras el imponente escenario.

—Yo asistía al templo cristiano, —continuó Cory— y al no encontrar una respuesta a lo que me sucedía cedí a la invitación de Amanda por descubrir el mundo del ocultismo.

—¿Entonces, usted iba a una iglesia, tratando de ser responsable con la fe que se le había inculcado y al mismo tiempo asistía a sesiones espiritistas? —el agente se sintió dominado por la confusión.

—No. Yo buscaba algo y pensaba que Amanda, al tener dotes psíquicos, podía ayudarme.

—¿Qué buscaba?

—Encontrarme con ellos, con esos seres. Amanda me dijo que lo intentáramos e insistió de continuo en que tuviéramos una sesión espiritista solo nosotros dos. Ella tenía experiencia y conocimientos a un nivel parapsicológico.

—Y usted cedió, y ahora dígame qué sucedió en esa sesión. ¿Qué buscaba Amanda?

—No sé qué buscaba, aunque si le puedo decir que no funcionó.

El agente hizo un ademán en señal de que continuara.

—Esa noche llegué a su casa, seguí las instrucciones que Amanda me dio al pie de la letra y di

un par de toquecitos en la puerta. Me abrió.

—Pasa, todo derecho al fondo —Amanda señaló con su mano izquierda el pasillo, estaba descalza.

—Una vez entré, cerró con doble candado la puerta de la entrada como si temiera a algo.

—¿Qué te pasa? Luces extraño —me cuestionó desconcertada.

—Me duele la cabeza —llevé mi mano derecha hacia la frente y la tallé.

—Se ofreció a sanarme. Se acercó a mí, recogió su cabello con una pinza y estiró sus manos. Me sentía sorprendido y aterrado, me alejé de un golpe.

—Solo intento sanarte, —me dijo imperante—te impondré las manos ¡Déjame hacerlo! —ella insistía demasiado.

—Me molesté y le grité “loca” le pedí que se alejara de mí. Luego le dije “¡Bruja!”.

—Ahí supe la verdad. Me dijo que sanaba a las personas. Algo curioso es que ella no dejaba de mirarme con asombro. Como si algo de mí la mantuviera cautiva. Es mejor que me vaya, fue un error haber venido, lo siento —le expresé y me volví hacia la puerta principal. De inmediato se puso de guardia en la puerta para evitar que me retirase, me dio la impresión de que planeaba algo. Observé un extraño dibujo en su nuca, un tatuaje en tinta azul de unas alas de mariposa separadas. Era la primera vez que lo veía porque Amanda no acostumbra a llevar el cabello recogido.

—Continuemos, ¿quieres? —me preguntó suplicante—Ya pinté un círculo en el piso y ahora retira tus zapatos, así como yo para entrar en él—me tomó la mano para dirigirme a la sala. —Híncate aquí y yo estaré frente a ti.

—Alcancé a ver otro tatuaje en la planta de su pie derecho, éste tenía la forma de la pluma de un pájaro que se iba abriendo hasta descubrir un ave completamente formada. Había dos velas de sebo negro colocadas una frente a la otra. Amanda abrió un pequeño libro con los bordes desgastados y cerró los ojos, respiró hondo, inhaló y exhaló repetidas veces.

—Harás lo mismo que yo, ¿de acuerdo? —me dijo y juntó sus manos con las mías creando una atmósfera propicia para los espíritus.

—Se me erizó la piel, mi corazón palpité con fuerza y el aroma de un perfume llegó a mi nariz.

—Espíritus del más allá... espíritus del más allá... ¿pueden oírme? —Amanda repetía con solemnidad.

—Yo observaba la sala sin hacer movimientos bruscos, pues no deseaba desconcentrar a Amanda. Vi al fondo una máquina con una serie de cables de diversos colores.

El agente recordó la máquina que vio en el escritorio de Amanda.

—Invoco ahora mismo a los espíritus superiores que sé, pueden oírme. —pronunció Amanda, su respiración era agitada, le excitaba la idea de descubrir el enigma. Esperaba con paciencia, pero no recibía respuesta, los minutos pasaban y Amanda exhalaba con frustración al no ver la manifestación de esas fuerzas superiores.

—Invoco ahora mismo a los espíritus superiores que sé, pueden oírme. —repitió con premura.

Cory recordó la misma oración que se repetía invocando a los espíritus superiores en el Instituto Kardec, aunque no se lo mencionó al agente.

—La llama de las velas se esfumó y sentí sobre mi rostro la caricia del aire que entraba por la sala y un frío invernal abrazó el lugar. Dijo que los espíritus podían oírla, mas no manifestarse. También expresó que no lograba identificar si se trataba de la voz de un hombre o una mujer. Cambió de posición y volvió a concentrarse para evocar de nuevo a los espíritus. Se incomodó,

me miraba con furia y hacía gestos como si algo molestase su vista. Yo la observaba y al mismo tiempo nacía en mí un sentimiento que afirmaba que aquello no era sino un juego de Amanda por demostrarme la existencia de poderes provenientes del más allá. Comencé a considerar la asamblea como una reunión frívola. Se quebró un jarrón de cerámica que descansaba sobre una mesa de la sala. Los nervios me asaltaron, Amanda se adentraba cada vez más en su proceso de trance. El reloj marcaba las tres de la mañana cuando dimos por terminada la ilusoria sesión espiritista. Me pidió que la esperara porque iba a cambiarse de ropa, estaba tan perturbada que quiso que la acompañara a dar una vuelta al parque. La esperé. Mientras tanto, contemplé el círculo pintado en el piso, toqué la tiza y me volví hacia la puerta entreabierta que separaba la sala de un pequeño cuarto donde estaba Amanda, su espalda desnuda quedó a simple vista, yo la miraba con toda discreción y entonces vi un tercer tatuaje con la forma de una mariposa que abarcaba casi toda su espalda.

El agente alzó las cejas mostrándose curioso.

—Salimos del apartamento y nos dirigimos a un parque cerca de la universidad, una luna llena se adueñó de la noche y los faros alumbraban el pavimento que dibujaba un camino torcido entre los árboles y las flores. Nos sentamos en una banca de cemento y separados por una rama de la que nacían diminutas flores de colores pastel, abrimos una amigable pero densa conversación. Me expresó que no entendía lo que pasaba, me aseguraba lo poderosa que era, pero ese día en el que estuve con ella hubo algo diferente. Se negó a decirme. Yo ya sabía que Amanda vivía bajo la sombra de un misterioso mundo sobrenatural, ambos compartíamos eso, lo hablamos una ocasión en la que coincidimos en la Biblioteca de la Sorbona cuando me dijo que tenía la habilidad de leer el aura, entre otras cosas, ella seguía extrañada conmigo.

El agente se enderezó. Miró su grabadora asegurándose de que ésta seguía funcionando y grabando.

—Me sentí decepcionado, froté mis manos y observé la hierba del pasto que apenas daba un tono verde por la oscuridad de la noche. Le externé que me sentía atormentado, mi espíritu estaba muy consternado, agente.

—Tienes algo especial, Cory, no logro ver qué es, no te pareces a nada que yo haya visto antes. Eres alguien distinto en mi mundo. —Amanda expresó conmovida, se acercó a mí sin tocarme.

—No, Amanda, soy tan especial como tú. —le respondí, porque era cierto. Le conté que había perdido a mis padres, que vivía con mi abuela que ha sido un ángel, que mi hermana estaba igual, o peor que yo, de loca... lo de esa noche había sido mi única esperanza para acercarme a ese mundo invisible que Amanda aseguraba conocer, luego pensé en esos horribles seres que violentaron mi alma, aunque no dije nada de ello—. Le expresé que mi abuela compartía conmigo su fe en Jesús pero que no me sentía convencido de pertenecer a esa congregación de creyentes, en realidad, asistía al templo por el cariño que le tenía a mi abuela, no por una convicción propia. Ya sabe, más por educación que por convicción.

Deanladeó la cabeza y se mantuvo en la posición de una escucha atenta.

—Amanda se exaltó al saber que yo era creyente, su rostro me dejó ver lo sorprendida que se sentía. Fui sincero al expresarle que dudaba de mi fe, que había tenido una experiencia que no dejaba descansar mi alma y me hacía huir de cualquier fuente espiritual y a la vez buscarla para desenmascarar aquello que se mantenía oculto. Luego, me arrepentí de decirle la verdad, pues era evidente que nunca me entendería, pertenecíamos a grupos distintos con experiencias parecidas. Ella era una bruja.

Dean Antoine se quedó helado. Las palabras de Cory lo enmudecieron.

—¿Y ese aparato que usted vio durante la sesión espiritista para qué sirve? —el agente seguía atando cabos.

—Eso no lo sé, agente. Amanda nunca lo menciona, ella afirmaba que sus poderes eran suficientes para lograr sus objetivos. Solo un par de veces mencionó el nombre del aparato, recuerdo que lo nombraba IMAGNETONIC, o eso creo. No me pregunte más de ello. Después de nuestra larga plática en el parque, regresé a casa sintiéndome frustrado, no sabe cuánto ansiaba presenciar una auténtica asamblea espiritista, y nunca fue posible. Quizá Amanda estaba nerviosa y yo demasiado inconforme. Sabía que la vida continuaba y la muerte seguía llegando, me perseguía con sus constantes desaires y su falta de gentileza acercándome a lugares de tormento. La fuerza que me impulsaba a vivir al mismo tiempo se convertía en una carga sobre mi espalda, trayendo tal pesadez que la imagen de un suicidio no era nada absurda.

—Vaya, jovencito, me ha dado mucho en qué pensar, no me sorprende que haya querido suicidarse.

—Agente, usted no deje de buscar e investigar, yo no soy quién para decirle que lo haga, usted es un profesional. Eso sí, le advierto que debe tener mucho cuidado, son seres malvados, diabólicos, estamos tratando con el mismo infierno.

Las palabras de Cory se clavaron como un cuchillo en el corazón de Antoine. La información que Cory le proporcionó al agente confirmó una vez más que él era el único que se mantenía incrédulo ante la realidad que se vivía en el barrio Latino.

—Bien, hora de irnos —el agente apagó su grabadora y ambos caminaron hacia la salida de la Universidad. Dejaron atrás la Sorbona y se dirigieron al apartamento de Kar mele. Cory bajó de la camioneta y el agente siguió hacia su oficina, ladeó la cabeza cuando vislumbró a través del vidrio el Instituto Kardec. Con ese gesto solo intentó sacudirse tantas ideas que ahora bombardeaban su espíritu, pensaba que negándolas, éstas se minimizaban disminuyendo la presión que ejercían sobre su investigación.

Una vez llegó Dean Antoine a su oficina sacó del cajón la libreta donde tenía anotados los nombres de los templos protestantes que Amanda mencionó y se dispuso a organizar su agenda para visitar cada uno de ellos, pues, aunque para él no tenía sentido darle importancia, era evidente que los jóvenes estaban involucrados con personalidades religiosas, y eso para Dean era un dato importante que le facilitaría continuar con su investigación.

Esa tarde de jueves, Dean se incorporó a un grupo de oración pentecostal en L'eglise du monde cerca del río Sena. Un cielo grisáceo le acompañaba recordándole la incertidumbre del caso y se negaba al aniquilante pensamiento cuando se adentraba en la belleza de París. Cuando entró en el templo se sintió extraño, desde la entrada veía a los jóvenes emocionados que cantaban al ritmo que marcaba la batería que hacía vibrar el templo. Música estridente y palmadas que acompañaban cada nota salía hacia las calles llamando la atención de los comerciantes y vecinos que vivían cerca del lugar. Las ancianas de la Iglesia agitaban sus panderos alzándolos sobre la cabeza y danzaban frente al escenario dando vueltas.

Dean caminaba despacio entre la gente, era cauteloso con sus movimientos pues deseaba pasar desapercibido. Examinaba el lugar con detenimiento. Los varones mayores se reunían en círculos, balbuceaban palabras y emitían sonidos ininteligibles mientras se tomaban unos a otros de las manos para unirse y concentrarse, según, en un mismo espíritu. Las alzaban al cielo ondeándolas al son de la música que resonaba en la sala evangélica. La adoración comenzaba. Cuanto más se adentraba en el templo, las voces y la música se escuchaban más fuerte como si estuviese al interior de una discoteca. Con su mano derecha cubrió uno de sus oídos para aminorar el sonido que sentía le reventaba el tímpano. Advirtió a una señora que daba la impresión de ser piadosa y que saludaba con una sonrisa amable a todo aquel que se cruzaba por su camino. Un ujier lo acompañó y le ofreció un asiento. Dean notaba que algunas personas no aplaudían ni cantaban, solo inclinaban su rostro como si estuviesen orando.

Una vez la música cesó, un hombre mayor subió al púlpito para dar la bienvenida a los creyentes y orar para bendecir los diezmos y las ofrendas. Pequeños platones que reflejaban la luz del techo eran pasados de mano en mano entre el público para recoger el dinero; luego, el hombre mayor cedió la palabra a una mujer delgada, de cejas tatuadas, con cabello corto. El público, puesto de pie, la recibió con un grato aplauso de bienvenida como si fuese una celebridad. Uno que otro listillo mal educado se lucía chiflando como si celebrara el encuentro.

Dean se sentó a pocos metros del escenario.

La pastora Deborah Cuprain caminó hacia la plataforma y con una sonrisa compasiva se acercó a una mujer mayor para darle palabra profética, pues había tenido una revelación: Dios prosperaría económicamente a la mujer y a sus futuras generaciones si continuaban diezmando. La pastora subió al púlpito con una Biblia gruesa que dibujaba en su portada la imagen de una espada de cobre, empuñadura de piel y un diamante rojo en el pomo, letras en cursivas y mayúsculas con bordes realzados trazaban el título "Biblia de la Guerra Espiritual". Dean Antoine esforzaba sus ojos para leer el título. Ella era la lideresa principal de L'eglise du monde. A su cargo tenía jóvenes y ancianos que promovían una doctrina centrada en la exaltación de experiencias espirituales extáticas y fenómenos físicos tales como hablar en otras lenguas.

El culto comenzó.

La pastora abrió la Biblia en el libro de Hechos capítulo uno, versículo ocho. Leyó en voz alta

el pasaje: “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Recargó sus brazos en el púlpito y animó a los hermanos en la fe a cumplir con las indicaciones dadas por el Espíritu Santo para que los dones dados por el mismo Espíritu descendieran sobre cada uno, luego, exclamó con voz hostil:

—¡Debemos tener poder sobrenatural para poder ejercer dones en la tierra! Estamos entre dos luces, en un lugar donde las cosas no están claramente definidas, en un lugar de transición, los ángeles son nuestros aliados, debemos ser guerreros diestros, ser liberados con autoridad, el momento es ahora. ¿Amén?

—¡Amén! —el público respondió en coro.

El agente se sintió asombrado. Le eran tan familiares esas palabras que con discreción encendió su grabadora al interior de su saco.

El título “Evangelismo con poder” apareció escrito en la pantalla donde se proyectaba la letra de la alabanza que todos debían de seguir. Las palabras de la pastora Deborah reflejaban una doctrina humanista que buscaba el bienestar del hombre por él mismo y una fuerza interna que lo impulsara. El poder provenía de creer en milagros y obras generadas por el hombre. Los ángeles de Dios eran meras comparsas a esta necesidad, Dios no era en sí mismo un ser fundamental, pues era el hombre quien lo había descubierto o encontrado, según ellos.

Dean Antoine se mantuvo expectante a todo detalle, aunque no tenía idea de qué hacía en ese lugar. Por un lado, se sentía intrigado con lo que sucedía en y alrededor del barrio Latino, y por el otro, aún no tenía pruebas que pudiesen embonar en un razonamiento lógico para él. El tiempo avanzaba y la única certeza que tenía a su alcance era una aparente realidad que todos percibían menos él. Ver biblias comenzaba a resultarle confuso; primero en el apartamento de Amanda, luego aquella que Alphonse le mostró, Amanda siendo bruja hablando de la Iglesia y Cory siendo creyente hablando con brujos. Nada era congruente.

Sacudió la cabeza como queriendo deshacer en su mente sus intrigantes pensamientos.

Una vez terminó el culto se escabulló entre la multitud, de lejos veía a la pastora que bajo la expresión de una sonrisa sardónica invitaba a los nuevos creyentes a integrarse a la familia de Dios, les hablaba de pequeñas reuniones que se organizaban en casas para estudiar la Biblia y compartir experiencias espirituales personales. Las señoras se amontonaban cual abejas en su panal para hablar con la pastora y recibir consejo, pero ella, les daba la instrucción de concertar una cita con su asistente dado que otras ocupaciones le demandaban tiempo.

Dean Antoine caminó hacia la salida dirigiendo su mirada a los pequeños cuartos que se ubicaban sobre el pasillo cuando escuchó el grotesco ladrido de un perro que furioso ladraba al otro lado de la puerta. Evitó el acercamiento y se retiró.

No encontró algo que llamara su atención, sabía que esos escenarios eran típicos en las iglesias y que la gente solía exagerar sus conductas piadosas para obtener más fieles. Pensó que no había nada nuevo bajo el sol. No obstante, seguía desconcertado, salió del templo y recordó que debía visitar a Karmele. Recorrió en su camioneta las silenciosas calles parisinas que le hacían pensar en lo misterioso que se había vuelto París. Atravesó una calle repleta de elegantes bistrós y restaurantes, vislumbró a una pareja mayor que bebía café y reía tranquilamente, como si no se percatase de lo que sucedía cerca de ellos. Atravesó una calle comercial que dejaba a la vista la magia de la moda parisina a través de sus escaparates. Dejó atrás las boutiques de las grandes casas perfumeras, se sentía inquieto por visitar a Karmele, pues la anciana y él tenían una charla pendiente, pareciera que sus pensamientos llamaron a la mujer cuando su móvil sonó, aparcó la

camioneta cerca de una panadería y respondió.

—Sra. Karmele, estaba por llamarla. ¿Le molesta si paso a verla?, o prefiere por la mañana, es algo tarde.

—De ninguna manera, agente. Lo esperamos a cenar. —respondió la mujer con la amabilidad que la distinguía.

El agente colgó y dobló en la siguiente esquina. Se quedó desconcertado al ver a algunos oficiales salir de otro apartamento cerca del barrio Latino, en ese instante la imagen de su primera visita al apartamento de Amanda se cruzó como un rayo por su mente y tan pronto apareció se desvaneció al ver un cruce de luces que hacían los oficiales con sus linternas, un clásico para entenderse entre ellos.

Eran pasadas las nueve de la noche. Cecile aún no llegaba; Karmele, inquieta, oraba y se paseaba por el apartamento, Cory la veía que acariciaba su collar de perlas con los dedos índice y pulgar.

Sentándose en la sala, Karmele y Cory alzaban la voz turnándose la lectura de los párrafos del libro que cautivó los primeros años de adolescencia de Cory, *Niebla*, de Miguel Unamuno.

Y bajo esos dos mundos, sosteniéndolos, está otro mundo, un mundo sustancial y eterno, en que me sueño a mí mismo y a los que han sido — muchos lo son todavía — carne de mi espíritu y espíritu de mi carne, mundo de la conciencia sin espacio ni tiempo en la que vive, como ola en la mar, la conciencia de mi cuerpo. Cuando me negué a indultar de la muerte a mi Augusto Pérez me dijo éste: “No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme ¿Conque no lo quiere? ¿Conque he de morir ente de ficción? ¡Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió!... ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos, sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo, lo mismo que yo! ¡Se morirán todos, todos, todos!

A Cory le retumbaban las palabras de Unamuno en su cabeza, como haciendo eco de condena sobre su conciencia ya alterada por ese ente extraño. Algún día él también moriría —pensó—; hasta ese momento, era lo único cierto, lo único probable. ¿Cuándo llegaría ese momento?, solo Dios lo sabía, solo Dios sueña la vida y le da fin. El poder de la vida y la muerte está en sus manos —concluyó, tal cual afirmaba Karmele cada vez que leía la Biblia. Recordó su conversación con el agente y eso lo tranquilizó, se sintió acompañado. Unamuno lo hacía pensar en la eternidad, en la existencia del hombre, en todo aquello de lo que habla el autor acerca de salir de la niebla. Era como adentrarse en un misterio que había sido descubierto por muy pocos. Leer *Niebla* implicaba algo más que la simple apreciación de un trabajo artístico en términos literarios, significaba entender el sentido de todo y más allá. Cory talló sus ojos y se sumergió una vez más en la lectura de su entrañable Unamuno.

A los pocos minutos brincó de la silla al escuchar que azotaban la puerta principal del apartamento. Karmele se levantó para mirar sobre el pasillo. Cecile había llegado para encerrarse en su dormitorio.

Una vez más, Karmele, con pesadez de conciencia, dirigió una oración a su Creador por la vida de Cecile, aunque a ésta parecía no importarle todo esfuerzo de la abuela por su paz. Cory se levantó de la mesa para abrazar a Karmele mientras ella permanecía orando con sus manos cerca de la boca, una lágrima escurrió de sus cristalinos ojos encontrando refugio en una pequeña arruga cerca del pómulo, Karmele acercó con su mano la Biblia que tenía sobre la mesa y la abrazó contra su pecho.

Cory se preguntó si Cecile venía de las aulas de Kardec. La joven cerró de un portazo su dormitorio y se dispuso a leer.

Inmersa en las letras que la llevarían a explorar otros mundos, que por un momento pensó eran fantásticos, Cecile se dejó hipnotizar por esos párrafos que embellecían la literatura de la que ella

gustaba, estando en su habitación meditó en las palabras que leía, repetía en voz baja y convicción lo que sus ojos le dictaban y sin imaginarlo, de un momento a otro, sintió que algo se acercaba a su cuerpo, un fenómeno extraño se manifestaba, le fue imposible moverse, hablar siquiera, esa fuerza le imponía y con agilidad arrebató el libro de sus manos haciéndola caer al piso. Perdió el control de su voluntad, su cuerpo se retorció y gritos hacían eco en esa oscura habitación.

Karmele y Cory al escuchar el escándalo se levantaron de la sala donde momentos antes leían a Unamuno, un sudor frío recorrió sus cuerpos, los envolvió en el terror y los paralizó. Un invierno invadió el apartamento. Con esfuerzo cruzaron la espesa atmósfera del mal que se movía en ese helado pasillo que atravesaba la habitación de Cecile. Al abrir la puerta, unas cuantas hojas del libro yacían tiradas y trazaban el camino hasta donde se encontraba la joven levitando en un estado hipnótico. Cerca de ella, abierto boca abajo, estaba el libro que leía.

Su abuela se acercó a ella cuando ésta temblaba todavía en el piso, con sus manos se golpeaba a sí misma el pecho, Karmele la abrazó y clamó a Jesús su Salvador, pronunció el Salmo 91 y en cuestión de segundos Cecile fue regresando en sí de ese pavoroso estado de hipnosis, no hablaba, solo observaba a su alrededor como si estuviese aturdida y hubiese visto algo espantoso al otro lado de la eternidad.

El agente Dean llamó a la puerta del apartamento de Karmele. La anciana descansó en su alma al saber que era el oficial.

Cory, todavía temeroso, abrió la puerta y lo dejó entrar.

—Señora Kar...Karmele, buenas noches. Me disculpo por la hora. —expresó el agente al ver el desastre frente a él.

—No tenga cuidado, agente, por favor, pase. Discúlpenos. —dijo la anciana todavía con su nieta entre los brazos.

El agente esquivó algunas hojas del libro sobre el pasillo y se dispuso a recogerlas.

Karmele ayudó a Cecile a levantarse del piso al ver que le costaba trabajo. El agente también les brindó su ayuda. Karmele la cobijó, acarició su cabello y le transmitió que Dios jamás la abandonaría. Cecile temblaba y sentía sobre sí que una presencia la asediaba, tan pronto cerraba sus ojos, una corriente electrizante la despertaba dando la impresión de que ésta se convulsionaba.

Cory, sin hacer ruido y con la intención de averiguar más acerca del mundo en el que se adentraba Cecile, tomó el libro entre sus manos y lo sacó de la habitación, sintió el corazón en el estómago al leer el título, lo hojeó tan rápido como pudo al ver la reacción que Cecile había tenido ante ese macabro poder.

El agente observó a lo lejos a Cory sin perder de vista el libro que traía entre manos.

Una nueva dimensión de fe... decláralo, medítalo y lo obtendrás... —leía Cory a toda velocidad antes de que Karmele le quitase el libro. Un separador con una frase conmovedora se ocultaba entre las páginas. No comprendía la frialdad con la que su hermana asimilaba las cosas, la única ocasión en la que la vio llorar fue el día que se enteró de la desaparición de sus padres. De ahí en adelante se volvió de un carácter áspero, su poca tolerancia y paciencia la mantenían aislada y distante de ser una persona cortés y servicial, solo sentía empatía por aquellas personas con quienes tenía ideas afines.

Karmele salió de la habitación y arrebató el libro de las manos de Cory, le echó un vistazo al objeto como si fuese un animal desfigurado y lo deshojó en su presencia. El agente no concebía lo que miraba, el libro tenía exactamente los mismos acabados que el libro que guardaba en su

oficina, como si fuese de la misma serie o colección editorial. Sus ojos bailaron sobre la escena que tenía de frente, pero no hizo sino seguir observando y ahora con mucha más atención.

—¡No, abuela, espera! —clamó Cory con voz de súplica.

—¡Espera, nada! Estas cosas jamás deben entrar en mi casa. No las toleraré. Se les ha dado una educación, se les ha inculcado la Palabra de Dios, en esta casa servimos al Señor Jesús. ¡Ya basta! Que el Señor tenga misericordia de esta niña que no entiende. —Karmele deshojó el libro desahogando su molestia y tristeza—Dios sabrá tocar su corazón y ponerla de rodillas. —llevó su mano temblorosa hacia sus labios rosados tapando su dentadura postiza y lloró—Si quiere poder que lea la Palabra de Dios, ahí está todo el poder, no en estas diabólicas líneas que no harán otra cosa que conducirla al infierno, a ese camino de muerte y perdición eterna. —juntó las hojas, caminó hacia la cocina y se dispuso a quemarlas con un encendedor que sacó del cajón de los cubiertos.

—Señora Karmele, yo me llevaré el libro si me lo permite. —el agente expresó con premura para evitar perder una pista.

Los ojos de Karmele se encontraron con los ojos del oficial, un silencio incómodo se apoderó del momento y Cory inspiró profundo, miró por última vez al agente que parecía una estatua, no se movía, apenas pestañeaba dirigiéndole una mirada desafiante. Sus ojos lo miraban como un ojo de águila.

Tras la tensión del momento, la anciana se volvió a Cory.

—Hijo, necesito hablar con el agente, por favor, déjanos solos. —solicitó Karmele sin vacilar.

Cory le agradeció al agente su visita y fue a su dormitorio, se cambió de ropa sin prestar atención a sus movimientos, deslizó las cobijas de la cama en automático y se recostó en posición fetal llevando sus manos al pecho, sus ojos se mantuvieron abiertos con la mirada fija, perdida en la oscuridad. Pestañeó un par de veces y descansó sus ojos de ese horrible acontecimiento.

Un tono suave sonó de su teléfono móvil, pensó dos veces sobre la almohada si alcanzarlo con el brazo o dejarlo para el amanecer. Era tal su inquietud para conciliar el sueño que después de dar un par de vueltas en la cama, cogió el celular y miró en sus notificaciones un mensaje de Nicolás: “*¿Será el momento de decirle al agente? Atte. El libro.*” Aunque la notificación venía del móvil de Nicolás la firma era diferente.

En esos momentos solo deseaba olvidar las imágenes de Cecile levitando y gritando fuera de sí. Desde aquella noche en Cordes-Sur-Ciel tuvo presente ese reino de la oscuridad habitado por seres sobrenaturales que dominaban el mundo terrenal del ser humano. Cualquier anhelo mundano la menor importancia tenía.

El agente y Karmele se sentaron con toda tranquilidad a platicar en la sala. Dean le pidió permiso a la anciana para grabar su charla y ella asintió.

—Sra. Karmele usted me dio una carta con algunos datos importantes y necesito que me proporcione más detalles. Usted es creyente y puede orientarme en esta búsqueda. Antes de desviarme rumbo a su apartamento asistí a L'église du monde. Vengo de ese lugar que sinceramente no me pareció nada fuera de lo común.

—Ay, agente, sí, Cory y yo asistimos a ese templo.

—¿Y bien? La escucho. —el agente abrió más el ojo derecho e inclinó su rostro hacia Karmele en señal de una escucha atenta.

—La pastora Deborah ha levantado una obra importante entre los cristianos pentecostales.

—El oficial recordó los balbuceos que había escuchado al interior del templo y que emanaban

de bocas humanas.

—La pastora —continuó la anciana— confesó haber sido llamada por Dios para establecer un ministerio de liberación a nivel mundial y la mayor parte de su tiempo lo emplea para practicar exorcismos y hacer entrega de dones sobrenaturales a través de la imposición de manos y el bautismo en el Espíritu Santo.

El oficial pensó en Amanda y en cómo es que ella había obtenido los poderes que se jactaba de tener si ella jamás había asistido a un templo pentecostal.

—Esa pastora también es una reconocida conferencista y teleevangelista o telepredicadora en temas de demonología, su programa en la cadena internacional de comunicación satélite evangélica es muy popular, a menudo invita a personalidades de otras iglesias como apóstoles y profetas para hacer más dinámico el programa y así, según ella, edificar a los creyentes en Cristo. Que si lo creo. —la anciana se encogió de hombros.

—Ya veo —Dean Antoine se quedó mirando a la anciana como si ésta hubiese soltado una serie de sandeces, no obstante, se mantuvo con una actitud respetuosa en todo momento.

“Cómo hay gente que se cree esa clase de tonterías”, murmuró para sí el agente.

—¿Y qué hay de ese hombre, el tal Carsten? —preguntó con un tono de voz varonil.

Karmele sonrió.

—Ese hombre. Vaya a verlo, es profesor en la Sorbona. Es un hombre de fe, ayudó a mi nieto cuando él más lo necesitaba. Desafortunadamente perdimos el contacto poco tiempo antes de que ocurriera el terrible accidente en el apartamento de Amanda.

—¿Cory le dijo algo acerca de ese hombre?, ¿cómo lo conoció? —el agente se mostraba incrédulo.

—Sí. —la anciana respondió con un tono de voz cortante y dejó que sus ojos se perdieran en la vista nocturna que París pintaba frente a ella— La facultad de letras de la Sorbona solicitó a los alumnos de sexto semestre que eligieran el área de estudio que complementase el desarrollo de su Trabajo de Fin de Grado, lo solicitan como requisito para la titulación. —aclaró la mujer— Se les hizo llegar a los estudiantes una lista de los países a los cuales podían trasladarse para cumplir con el intercambio académico señalado en el plan de estudios. Curiosamente, Cory eligió Ginebra, no me lo esperaba. No me pregunte la razón, solo le puedo decir que se comportaba de una forma inusual, era misterioso, y como es reservado no me gusta incomodarlo, se fue y oré al Señor para que lo protegiera. ¿Qué más podía hacer, agente? Solo dejar que él decidiera por sí mismo.

El agente asintió y se mantuvo sentado con las manos entrelazadas que reposaban sobre sus robustas piernas.

—Eso sí. —prosiguió Karmele— Cuando regresó de su viaje lo vi con otro semblante. Completamente transformado. Lo invité esa noche a cenar a nuestro restaurante favorito La tour d'argent para celebrar nuestro reencuentro, sin embargo, a pesar de verlo distinto, lo que me contó me dejó sin aliento, sus palabras eran cortantes cual filo de cuchillo. Hasta el momento no lo concibo.

La anciana agachó la mirada.

—¿Y de qué se trata, puedo saberlo? —el agente buscó su mirada.

—Por eso mismo lo he llamado, agente. Necesito su ayuda. Algo extraño está pasando a nuestro alrededor. Son depredadores. Dragones buscando a quién devorar. —afirmó la anciana con seriedad.

El agente se sintió vulnerable y un tanto aterrado con el comentario. No pensó que Karmele

también entraría en ese absurdo juego, lo cual dificultaba las cosas para su investigación.

—Cuando habla de depredadores, de dragones, ¿a quién hace referencia, discúlpeme? —el agente pasó saliva y se sentó en la orilla del sillón dando la impresión de querer estar más cerca de la anciana.

—¿Tiene tiempo? —Karmele se acomodó en el sillón donde estaba sentada y le ofreció algo de beber al agente, quien se negó y le pidió que no se detuviera y le contara todo lo que hasta ahora sabía.

—Cory me dijo que había vivido cosas grandiosas en Suiza, que llegó a un lugar imponente, impresionante en todas sus formas. Yo nunca he ido, le cuento lo que sé. Dijo que enloquecería el día que lo conociera. Me expresó que el museo de la Biblia en Washington se quedaba corto. Se dice que al interior de este lugar al que asistió en Suiza hay todo un mundo dentro. No recuerdo muy bien el nombre de ese lugar, lo tengo anotado. Empezaba con... ay, Dios mío, disculpe a esta anciana. Ya, El CETS, ¿lo conoce?

—He oído acerca de él pero nunca he ido. —el agente recordó su incipiente investigación con respecto a Carsten.

—Pues verás, nuestra plática se fue dando de una manera que yo no esperaba. Primero me habló de la gracia de Dios, mencionó algo que se llama gracia común.

El agente y ella se miraron y arquearon la ceja al mismo tiempo.

—Decía que ese tipo de gracia es la que nos permitía disfrutar de la vida, del sol, respirar, sentir el aire acariciar nuestra piel. Hasta ese momento me pareció racional su comentario hasta que salió el tema de la pastora Deborah, le dije que la pastora iba a sentirse muy orgullosa de él y estaría gustosa de volverlo a ver. Entonces sucedió lo impensable. Me dijo que todo aquello en lo que habíamos creído era una mentira. ¿Puede usted creerlo? ¡Nuestra fe es una mentira! Tengo muchos años creyendo en esto y que mi nieto me diga lo contrario fue como sentir una flecha atravesando el corazón.

Para el agente no era nada nuevo, él no profesaba creencia alguna. Le daba lo mismo cualquier cosa.

—Guardé silencio, me quedé pensativa escuchando a Cory, luego bebí un sorbo de agua y recuerdo que miré un pequeño barco que navegaba sobre el río Sena, era hermoso, daba la impresión de estarse deslizando sobre arenas movedizas. Eso me hizo sentir mejor. Mencionó que la figura de las pastoras dentro de la Iglesia protestante era una farsa, traté de asimilarlo cuando dijo que lo mismo sucedía con los profetas y los apóstoles. Claro que existieron apóstoles y profetas, ni siquiera la historia niega eso, pero fueron hombres llamados por Dios en su época, ya no existen, todo eso cesó.

—¿Está diciendo que en la actualidad los hombres que se hacen llamar apóstoles y profetas están mintiendo?

—Sí, están levantando falso testimonio, según él. —Karmele volvió sus azulados ojos hacia la vista parisina que tenía frente a ella— A mí hasta la fecha me resulta difícil creerlo, los creyentes estamos a veces tan arraigados a ideas humanas que nos olvidamos de la fuente del verdadero poder que es Dios mismo. Negué todo lo que Cory me decía. Le dije que las personas que no creían en esas figuras de la Iglesia tenían el espíritu tieso y se congregaban en iglesias muertas. Le aconsejé que tuviera mucho cuidado, que no se dejara engañar, decir eso era una blasfemia. ¿Cómo íbamos a estar hablando en contra de Dios? Él se mantenía en lo dicho, afirmando que esos falsos líderes buscaban reconocimiento y fama mundial, prosperidad económica, engañando a los santos de Cristo.

El agente pensó en la pastora Deborah y recordó la escena donde el público le aplaudía.

—Dice de ellos que se promueven a sí mismos junto a doctrinas humanistas y pretenden hacerlo de una manera muy sutil a nombre de Dios.

—¿Y usted le cree todo eso a su nieto? ¿No le parece que Cory es muy joven para afirmar semejantes cosas? Es algo serio dar por sentado una opinión así.

—Al principio me negué a creer en sus palabras, además subestimé su juventud porque los jóvenes son vulnerables de cierto modo. Él les llamó falsos maestros, y, en efecto, así lo menciona la Biblia, que vendrán muchos en el nombre del Señor y engañarán aún si fuere posible a los escogidos.

El agente agitó la cabeza en un acto de confusión.

—¿Escogidos?

—Sí. Los hijos de Dios son los escogidos. Bueno, —continuó Karmele sin detenerse en la explicación— estos falsos maestros de la Palabra del Señor han sido como ovejas con cuernos y voz de dragón.

El oficial apretó sus labios y entrecerró los ojos mientras seguía escuchando a Karmele. Pensó en que la anciana hacía mucho énfasis en el dragón. También recordó el dragón chino del que hablaba Oswin una vez que lo visitó en su oficina. Recordó el rasguño que Alphonse llevaba sobre la parte baja de su rostro y lo asoció con la palabra depredador que Karmele mencionó casi al inicio de la charla. Se le erizó la piel cuando llegaron a su mente las palabras de Alphonse que hacía referencia a aquella sombra que parecía no tener una figura humana y lo que él mismo presenció hace apenas unas cuantas noches.

—Es de suponer que hay tantas mentiras que la Iglesia cristiana ha creído a lo largo de la historia. Reprendí a Cory por lo que decía. ¿Cómo se le ocurre? Me temía que estuviese hablando a la ligera, no obstante, él aseguraba estar en lo cierto. Luego habló de otros temas de la Iglesia como los dones espirituales, aunque de eso ya platicaremos después.

—Si usted tiene tiempo yo tengo el suficiente, me gustaría saber más. —el agente pensó en Amanda. La anciana enmudeció al ver la reacción del agente.

—Mire, agente. Todos quieren tener experiencias sobrenaturales, y lo único que están consiguiendo es...

—La escucho, por favor, continúe.

La grabadora del agente se apagó y el botón de encendido se botó.

—Atraer el mal. Se están metiendo en terrenos peligrosos ¡Quieren probar, retar, sentir a Dios fuera de su Palabra! Acuden a prácticas opuestas a la verdad. —imperó Karmele— los dones del Espíritu Santo que hoy se manifiestan en la Iglesia son opuestos a las Sagradas Escrituras.

—No la entiendo Sra. Karmele, por favor, disculpe mi ignorancia, está tocando temas con los que jamás he tenido un mínimo acercamiento.

—No tenga cuidado, agente. Ni siquiera los mismos creyentes lo comprenden. Agente, usted disculpará, me siento un poco cansada. Ésta es su casa cuando guste venir. Por ahora deseo irme a dormir si no le importa.

—De ninguna manera, ya bastantes molestias le he dado. Me retiro, buenas noches. —el agente se levantó como un resorte y se dirigió a la puerta principal del apartamento.

De regreso sobre la avenida, Dean Antoine volvió a vislumbrar los escaparates iluminados de las marcas de la *Haute Couture* que resaltaban sobre las calles como estrellas en medio del universo. A su derecha quedó a la vista la enorme tienda de Van Cleef & Arpels en la que Karmele trabajó por años como diseñadora de joyería.

Eran las doce de la noche cuando le pareció ver a Nicolás y a Amanda entrando en un pequeño local cercano al barrio Latino, lo hacían como si fuesen un par de delincuentes, lo cual llamó aún más su atención.

“¿Será que traman algo?”, se preguntó tratando de no perderlos de vista. “¡Qué extraño!”, se repitió entre dientes.

Amanda le hacía una señal a Nicolás como si hubiese estado vigilante y evitar así ser descubiertos. No había letrero que pudiese identificar ese lugar. En un instante dejaron de ser visibles a la vista del agente.

Habiendo ubicado el sitio, Dean Antoine se acercó en su camioneta para ver si había movimiento o si llegaban más personas, se quedó como perro guardián casi a la entrada del sitio, no pasó nada y no llegó nadie más. Esperó cerca, vio que alguno de los jóvenes cerraba una pequeña puerta y entonces bajó de su camioneta para acercarse a ella haciendo el menor ruido posible. Se colocó a un lado de la puerta para evitar que su sombra se notara por la abertura inferior. Se sostuvo de la pared y acercó su oído a la puerta. Apenas alcanzaba a escuchar unos murmullos.

De un momento a otro la puerta se abrió gracias al seguro que no había quedado del todo trabado, lo cual facilitó que ésta se abriera dando la impresión de estar ligeramente emparejada. Sin tocar la puerta dejó que uno de sus ojos mirara hacia el fondo, recorriendo con la mirada un largo pasillo de cemento. Amanda y Nicolás rodeaban una mesa redonda de gran tamaño, sobre ella había una inmensa cantidad de libros y ordenadores. El agente forzó aún más su vista.

—Dejé mensaje a Cory, todavía no tengo respuesta de su parte. —apuntó Nicolás.

—¿El Dr. Bugner podrá conectarse? —preguntó Amanda enseguida con una voz firme.

—Sí, aunque me temo que será hasta mañana, dejé un mensaje de voz.

—Bien. ¿Viste el alebrije del guardián de la paz que expuso la ONU en su patio? —Amanda comentó al tiempo que hojeaba uno de los periódicos.

—Está de miedo. Creo que esto está avanzando más rápido de lo que pensamos.

Amanda asintió.

Una corriente de aire movió la puerta provocando que ésta se azotara. El agente corrió a su vehículo y tan pronto llegó lo encendió y salió de ese lugar, no deseaba ser descubierto por los chicos, pensó en que regresaría mañana a la misma hora para averiguar lo que tramaban Amanda y Nicolás.

De camino a casa se volvió a preguntar qué relación guardaba lo acontecido en el apartamento de Amanda con la Iglesia protestante, qué tenían que ver los profetas, los apóstoles y la pastora Deborah en todo esto. El dragón y las pruebas de Gerard, y ahora un alebrije, se quedó pensando en los dones. “No puedo dejarme contagiarse con la locura de esta gente, mundo de locos”.

Llegó y enseguida se preparó un expreso doble y encendió una pequeña luz que servía para enfocar detalles de objetos pequeños. Se colocó unos guantes quirúrgicos y sacó el libro que Cecile tenía entre manos, observó las similitudes con el libro que Alphonse le entregó, en el

título estaban las mismas letras en relieve, los mismos acabados en el paratexto, las hojas se veían igual de desgastadas que el libro que guardaba en su oficina. Las imágenes habían perdido su tonalidad, trató de acomodar las hojas sueltas al interior del libro y se quedó intrigado al ver la imagen de un collar negro con un dije en forma de cepa de viñedo, recordó aquel día en el que vio a Cecile y a las jóvenes que la acompañaban con el mismo colgijie. Con delicadeza dejó el libro a un lado y buscó su diccionario de símbolos que guardaba desde la facultad, era posible sugerir que fuese una insignia de algún poder satánico. Al no encontrar el diccionario decidió buscarlo en su oficina al día siguiente. Mientras tanto, buscó en cada página para ver si había algún número, una letra escrita con puño y letra, un nombre que le arrojara pistas como en el libro anterior, pero no lo encontró, lo cerró y lo guardó en una caja negra que servía para trasladar objetos valiosos y frágiles.

Se sintió cansado. Volvió sus pensamientos hacia Nicolás y Amanda, pensó que en estos días regresaría a ese lugar para averiguar qué tramaban.

A la mañana siguiente, Dean Antoine respiraba el aire fresco que soplaba esperanza sobre su rostro. Pensó con ilusión en que pronto esto comenzaría a resolverse casi por orden del cosmos, aunque para él nada hasta ahora guardaba una lógica. Caminó por la Place Vendôme, volvió a pasearse entre el lujo y la vanidad que impregnaban los imponentes y sobrios edificios de algunas calles de París, cobijaba sus manos del aire resguardándolas en su abrigo, uno largo que llegaba a las rodillas, y en ocasiones las frotaba al interior de los bolsos para entrar en calor.

Miró su reloj de mano y se dispuso tal como lo había agendado a visitar L'église Arbre de Vie – la iglesia Árbol de Vida. Apresuró el paso dado que era el último viernes de mes y los creyentes se congregaban frente a un escenario colorido que iluminaba el lugar para rendir adoración a Dios.

Tan pronto llegó se percató de que los pastores de la congregación solicitaban a sus miembros contribuir con un alimento por familia para compartir después del culto. Los alimentos se exhibían sobre una mesa atrás del auditorio. Al agente le llamó la atención ver un pequeño letrero en letras de molde que decía: “La mesa del gran banquete”.

Una vez dentro del templo, Dean Antoine vio cómo los fieles recibían un libro a cambio de algunos euros, luego, pasaban a sentarse. Se sentó al fondo de las cinco hileras que estaban colocadas con vista al escenario. Ahí permaneció hasta que subió al púlpito un hombre de unos cuarenta años que se presentó como pastor y profeta, un tal Ditrik Bajnok, de nacionalidad húngara, anunciando un mensaje que Dios le había revelado. Dio entrada al ministerio de alabanza al tiempo que hablaba con el objetivo de conmover al público al mezclar sus palabras con la música, puesto que su única intención era la de manipular las emociones de la gente. Luego de eso, el lugar quedó mudo, alzó de nuevo su voz, levantó sus manos colgando de ellas una capa de un color dorado satín que llevaba puesta y expresó lo que Dios revelaba: *Todos aquellos que en estos momentos estén padeciendo un fuerte dolor en la parte baja del estómago están siendo llamados a un ministerio profético, Dios les dará palabra de sabiduría.*

Dean Antoine calificó al profeta de loco mental y siguió atento al culto.

Algunos diáconos repartían unos folletos para llenar con tinta negra donde los llamados al ministerio profético se comprometían a ingresar a la “Escuela de Profetas” fundada por un grupo perteneciente al movimiento carismático que tenía una tremenda influencia en América.

El oficial miraba el rostro de las personas, algunas permanecían inclinadas durante el culto

dando la impresión de estar en una continua oración.

A lo lejos alcanzó a ver a un muchacho joven que hacía movimientos bruscos con sus manos y gritaba palabras soeces, miembros de seguridad lo ataban de manos para llevarlo a un cuarto especial, uno de los hombres le agarraba la cabeza empujándosela hacia abajo.

La música que sonaba al interior del templo era estridente, algunas personas caían de espaldas en el piso y luego se retorcían, otras aullaban, mujeres jóvenes se movían sobre el piso dando la impresión de estar pariendo. El público aplaudía hasta que la música cesó.

Las personas fueron dejando la sala para pasar a la mesa del gran banquete. Esquivaban a los creyentes que se habían desvanecido en el suelo durante el culto y una manta clara era usada por los diáconos para arroparlos.

El agente los miraba sin entender lo que sucedía en ese lugar cuando sintió un bulto pesado que caía sobre su hombro. Volteó de inmediato para darse cuenta a quién pertenecía esa mano con un anillo en forma de serpiente, su cuerpo de reptil abrazaba el dedo anular y sus colmillos mordían una piedra esmeralda.

—El Espíritu Santo vino sobre de ellas, vaya y coma un poco de la mesa con nuestros invitados. —dijo el profeta con familiaridad señalando la mesa del gran banquete y se volvió hacia otro grupo de creyentes.

—¿Y usted es...? —el agente preguntó sin un gesto de amabilidad y aun desconcertado ante lo que presenciaba.

—Pero claro, ja... qué tonto soy, no me he presentado, soy el profeta, Ditrik Bajnok. — rio dejando ver sus dientes chuecos y amarillentos, sus pupilas se dilataban y brillaban como dos soles que salían de sus ojos.

El agente vio que el profeta era igual al hombre de la portada del libro que los fieles adquirirían por unos cuantos euros.

—Disculpe, me tengo que retirar. —Dean intentó esquivar al profeta.

—Adelante, hijo. —se despidió haciendo una señal con su mano derecha.

Dean Antoine sintió la incomodidad de su presencia. Conforme se fue alejando miraba al profeta que charlaba con las personas y hacía señales con sus manos imaginando que era su bendición y despedida.

“Qué hombre tan más raro”, pensó Antoine y salió del templo. Caminó sobre la avenida en dirección a su camioneta cuando vio a Amanda que venía en dirección contraria a él. Se escondió entre la gente y decidió seguirla. Cruzaron un par de calles cuando empezaron a caer pequeñas gotas de lluvia. Amanda aceleró el paso y el agente no le quitaba los ojos de encima.

Llegaron a un edificio viejo y descuidado. El frío, el cielo grisáceo y las calles desnudas producían un ambiente nostálgico y depresivo.

Registro de Asociación Religiosa, leyó el agente entre dientes al ver un edificio enorme que se alzaba frente a ellos. Avanzó y leyó otro letrero: “Departamento de Investigaciones Sobre Abusos Religiosos”, retrocedió un poco, y al ver que Amanda avanzaba siguió sobre sus pasos. Se percató que era un departamento conformado por una amplia gama de profesionales, cerca de éste, se situaba la oficina de especialistas e investigadores en el campo de las sectas.

Una señora alta, de tez blanca y cabello castaño, recibió a Amanda en una de las oficinas privadas, parecía conocerle muy bien. La mujer tenía la manía de morderse las uñas postizas cada vez que escuchaba hablar a alguien de un caso. Apenas habló para darle la palabra a Amanda, cuando ésta se le adelantó con una especificación. La mujer cerró la puerta y el silencio reinó en ese lugar. Dean Antoine salió del edificio y esperó a Amanda.

Miraba una y otra vez su reloj, caminaba sobre la calle y cuando la lluvia se intensificaba se refugiaba entre los edificios. Caminó hacia un puesto de revistas para comprar un periódico y así entretenerse, además sería más fácil fingir una casualidad, pues al salir Amanda de ese edificio él bien podría estar pasando por ahí con un periódico para coincidir con la joven inglesa y así fue.

—¿Agente? La pregunta se escuchó como una dulce melodía en los oídos de Antoine.

—Señorita Amanda, qué sorpresa. ¿Qué hace usted por acá?

Amanda sacudió la cabeza sin el mayor interés de contarle al agente su vida privada.

Dean Antoine sacó a colación el último tema de conversación que mantuvo con la joven.

Amanda echó un vistazo a su alrededor y tomó al agente del brazo y le pidió que caminara con él y hablaran en voz baja.

La lluvia había cesado y ellos caminaban rumbo a Place Vendôme.

—Vine a echar un vistazo al listado de Iglesias y Sectas de París. —expresó Amanda.

El agente la miró sintiéndose intrigado.

La incipiente investigación de Amanda le advertía que esto ocurría en Inglaterra, en España, y en otros países de Europa, aunque lo más temible para ella es que estuviese ocurriendo en todo el mundo.

—Cada vez que encuentro algún dato específico vengo a este lugar para recibir orientación. La primera vez di el nombre de la profetisa y el de algunos templos protestantes de París a donde acudían Nicolás y Cory. —le explicó Amanda al agente.

Ese primer día que asistí al departamento en busca de ayuda, la abogada en turno me sacó una serie de archiveros que acumulaban documentos que denunciaban abusos de poder y persecución, al final de uno de los archiveros resaltaba una carpeta roja por su título que abarcaba la portada completa con el tema “SECTAS y HEREJÍAS”. La mujer de cabello castaño deslizó hacia el exterior la carpeta con sus enormes uñas y la trajo consigo al escritorio. Arrimé mi silla para leer entre letras lo que mis ojos me permitieron alcanzar a vislumbrar:

“Apostasía de la fe, blasfemias, adivinanzas y hechicerías, invocación de demonios, astrología, quiromancia, fautores, defensores y recibidores de herejes...” —leía, concentrada, la misión que en pocas palabras definía a cada grupo.

Pasó por la mente del agente la imagen impecable del profeta Ditrik Bajnok.

—La abogada fue separando tomos de papel que recopilaban información referente a cada secta, daba la impresión que amanecería y anoecería al mismo tiempo en esa oficina, la búsqueda era interminable, de esperarse a que se contratara a alguien solo para ocupar ese puesto de héroe. Al cabo de un rato, una pila de hojas quedó al frente de ambas porque eran todos los documentos que contenían al menos una palabra o nombre relacionada a mi búsqueda.

La mujer de tacones altísimos me mostró los datos con el año y nombre completo de cada Secta y por quién era dirigida. Una vez confirmé mi sospecha, le agradecí a la licenciada con un admirable respeto.

El agente la miraba de reojo mientras seguían caminando por las calles y rascaba con sus dedos índice y pulgar su pequeña barbilla.

—La Iglesia protestante y sus adeptos están en peligro, agente.

—¿Y usted por qué muestra tanto interés en los asuntos de la Iglesia y en cuestiones espirituales y religiosas?

Amanda escondió la mirada e inspiró profundo antes de hablar.

—Yo era una médium en desarrollo, de hecho, yo debería de estar en Inglaterra. Por azares del destino el Brexit me trajo a París, mi destino era la Sorbona.

El agente metió su mano al bolsillo de su abrigo y presionó el botón de su grabadora.

Estaba oscureciendo cuando caminaban por Rue de la Paix, las luces de los autos y de los comercios alumbraban las calles de París, llegaron a la Rue Danielle Casanova para sentarse a charlar en el interior de algún establecimiento.

Amanda señaló sobre la misma calle una boutique de té llamada NINA´S, famosa por guardar el estilo de Versalles y donde supuestamente se vendían los pasteles y los tés favoritos de María Antonieta. Al entrar al establecimiento los recibió una pieza musical al estilo bossa nova, un candil de diez luces alumbraba ese pequeño y elegante salón de té y una escultura de María Antonieta miraba desde el interior a las personas que ingresaban.

Cajas floreadas de té en un tono rosa pastel y cafeteras eran exhibidas para su venta en la recepción. Este lugar era uno de los favoritos de Amanda desde su llegada a París.

Ambos se retiraron su abrigo y lo colocaron sobre un perchero blanco. Apenas se acomodaron en una de las primeras mesas de la entrada y Amanda habló:

—No he ido muchas veces a que me lean el futuro, la última vez quedé aturdida.

El personal de la tienda les acercó una charola de pasteles individuales y Amanda seleccionó el de pasta de mazapán con almendra. El agente solo pidió un té negro.

—Así como aquí huele a té, recuerdo con agrado ese olor a café que despertó mi curiosidad llevándome por ese cuarto de paredes y muebles de madera viejos. Una repisa de la misma madera poseía una colección de tazas orientales numeradas y acomodadas por tamaño. Sobre de ella, el ojo de una liebre flotaba sobre el agua de la base de un florero.

El agente subió los codos a la mesa y entrelazó sus manos, dejó descansar su barbilla sobre ellas y enfocó su atención en los verdosos ojos de la joven inglesa que ya desde hace tiempo le parecía atractiva.

—Una mujer alhajada en oro, —continuó Amanda— muy alta y de exageradas protuberancias se acercó a uno de los rincones donde hervía agua en una olla de cobre, agregó café con una cuchara sopera y bajó la flama. La espuma subió (*Nashta*) y entonces tomó la cuchara y llenó una pequeña taza cafetera. Yo la observaba con cuidado para no ser sorprendida cuando ésta se dirigió a mí.

—Pasa querida, siéntate. Te sentí desde que llegaste, ya está listo el café. —me expresó— Siempre detesté que entre nosotros nos descubriéramos. Lamentaba moverme entre los míos porque nuestros espíritus estaban muy desarrollados y por lo tanto nuestro nivel de percepción era mayor cuanto más nos involucrásemos en las artes ocultas. Entre brujas es muy fácil reconocerse.

Dean Antoine tenía el rostro endurecido tal como se mostraba cuando se mantenía atento a una conversación.

—La mujer de impresionantes ojos se sentó frente a mí. Una pequeña taza de porcelana de azules tornasolados y dibujos en hoja de oro, contenía un preparado de café turco y marcaba una distancia cercana entre ambas en esa mesa cuadrada; miré a la mujer que casi de un sorbo se bebió el café dejando el sedimento en el fondo, luego, giró la taza dos veces hacia la izquierda con un suave movimiento. Enseguida, colocó el plato de la taza sobre la boca de ésta y la volteó sobre la mesa con la intención de dejarlo reposar durante algunos minutos.

Me quedé boquiabierta, apenas parpadeé para no perder detalle como si fuese un espectáculo. La poca luz que alumbraba ese cuarto reflejaba los objetos en los ojos de la mujer.

La médium levantó la taza y la colocó sobre el plato para así dar comienzo a su sesión de cafeomancia. Estiré el cuello para echar un vistazo veloz al *nashta* que había quedado al interior

hacia lo más profundo.

Una señorita llegó con un par de té y el pastel de Amanda. La joven inglesa le ofreció una probada al agente, quien se negó y suplicó a Amanda que continuara.

—Concentrada, la mujer inclinó la taza hacia ella sujetándola del asa para iniciar la lectura. Deslizaba las yemas de sus huesudos y deformes dedos sobre el borde de la taza estudiando las incipientes imágenes que comenzaban a dibujarse en el contorno de izquierda a derecha. Traía un anillo muy peculiar —Amanda probó su pastel— Yo apenas iba a hablar cuando la médium inició la lectura del café. Me dijo:

—Puedo ver una brecha que nace del fondo de la taza hacia su borde superior, ésta direcciona hacia dos caminos, uno es muy estrecho. —dijo ella.

Me incomodé sobremanera porque algo en mi interior me abrumaba, temía no estar preparada para escuchar la verdad acerca de mi futuro.

Cuando la médium mencionó los dos caminos, yo sabía que eso significaba una decisión importante, agente. Me frustraba recordar las palabras de Charlotte cuando me explicaba que un médium nunca puede leerse a sí mismo su futuro porque se genera un choque de fuerzas internas.

La brecha apenas se había difuminado en la nada cuando la figura de un edificio con ventanas apareció en la bebida junto a una mano extendida que daba el mensaje de estar brindando ayuda.

El agente cambió de posición y cruzó la pierna. Intercambiaba su vista entre los verdosos ojos de Amanda y la recepción. Amanda tenía vista hacia la calle y veía con facilidad a las personas que ingresaban al establecimiento.

—La voluptuosa mujer se terminó de acomodar en la silla cuando una secuencia de imágenes continuaba dictando aparentes detalles de una historia. —prosiguió Amanda— Yo escuchaba atenta para simultáneamente asociar los hechos recientes de mi vida con un posible futuro. Pensé con ingenuidad que quizá mi fuerza interior aunada a la concentración de la médium, me ayudarían a percibir mi futuro. Suspiré y sentí que me ahogaba en la angustia. ¿Qué sucedería? ¿A dónde iría? —me pregunté una y otra vez.

Pero luego, la mujer de penetrantes ojos grises permaneció en silencio cuando la figura de un dragón se dibujó en el café, tan rápido se pintó que en un segundo se difuminó para darle paso a un tigre.

El agente se inquietó, la palabra dragón hizo eco en su cabeza y de pronto dejó de escuchar a Amanda como si entrara a otra dimensión.

—Esto significa un desafío, agente, la mujer de manos deformes susurró para sí para no perder detalle.

—¿Un desafío? —el agente se exaltó.

—Sí, también las veladoras del altar se perturbaron y lo expresaron con un movimiento zigzagueante en la flama. El perfil de la sombra de la mujer jugueteaba con el tintineo de la flama.

La figura de un mazo apareció enseguida en el café, dijo que al parecer serían problemas legales y luego preguntó si era abogada.

El agente levantó el ceño y mordió sus labios.

—No contesté la pregunta de la mujer.

La cabellera dorada de Amanda, caía sobre sus hombros y brillaba con la luz del candil.

—La médium colocó en la boca de la taza el plato y la giró dos veces hacia la izquierda. La destapó permitiendo ver otra figura que se formaba en el plato con los residuos del café. Miró el laminado de oro en lo profundo de la taza donde se formaba una burbuja hecha del fino polvo

húmedo del café que abarcaba el tamaño del fondo.

—Va a dar inicio un nuevo proyecto en tu vida... —dijo— lo curioso es que... —la médium observaba la taza con gran atención— la burbuja que leo tiene una división por la mitad, una parte está ensombrecida y la otra iluminada.

—Agente, eso jamás sucede en una lectura de cafeomancia. ¡Jamás!

—¿Y qué quiso decir ella? —el agente preguntó extrañado. Él mismo se desconoció por estar preguntando estupideces.

En su momento no supe interpretarlo, era algo nuevo para ambas, cuando uno se deja envolver por el mundo de lo oculto las cosas suelen ser predecibles. Aprendes a conocer el comportamiento de los espectros y te familiarizas con ellos.

El agente quedó asombrado por la forma en la que Amanda se expresaba, hablaba de espectros y de un mundo oculto como si fuese lo más cotidiano de la vida. No era una charla común entre dos seres humanos normales u ordinarios. Se podía hablar de ello solo si entre dos o más intercambiaban puntos de vista sobre alguna novela de fantasía o suspense sobrenatural, nunca como un acontecimiento de la vida real. Pensó en lo complicado que podría resultar cuando se cruza la delgada línea que divide el mundo de los vivos y el abismo en el que han caído los seres con dones sobrenaturales y es cuando viene la dificultad para adaptarse a un mundo ordinario o repleto de mortales. Es justo esa sensibilidad que transmite el reino de lo oculto lo que complica la existencia. Hasta pareciera que el mundo físico se vuelve aburrido y fácil de llevar, pensó.

—Esa noche para ser sincera dudé de la veracidad de la información. Como de costumbre, mis malos pensamientos me llevaron a imaginar que la mujer me engañaba porque también de algo estoy consciente, abundan los charlatanes y las prácticas fraudulentas de las artes espiritistas. Las personas ingenuas son las que creen todo, cualquier práctica oculta la toman en serio.

El agente sonrió ante la acertada opinión de Amanda.

—Ella dijo que no tenía nada más que decir. Me animó a buscar ese algo y me hizo ver que tenía una aventura por delante. Yo estaba perpleja, llena de dudas, afanada, pensando en lo que el futuro me deparaba. Finalmente la mujer se levantó esperando que yo la secundara y me retirara.

Con una sola idea en mente salí en busca de Oswin. Lamenté no poder ser yo quien conectara mi ser interior con las fuerzas espirituales que me permitiesen leer mi propio destino. Amanda enmudeció y dejó caer la espalda sobre el respaldo de su silla.

Dean Antoine bebió su último sorbo de té, se levantó de la mesa y fue a la recepción para entregar algunos billetes. Amanda lo miró de arriba abajo y se levantó, tomaron sus abrigos y pagaron.

Las nubes caían sobre las calles parisinas cuando salieron del establecimiento caminando rumbo a Place Vendôme. Los faros de la calle vigilaban los comercios a todas horas del día y alumbraban el pavimento durante la noche, los autos circulaban uno tras otro, las personas se fotografiaban afuera de los comercios y de vez en cuando alguna camioneta de turistas se estacionaba en doble fila para que los pasajeros bajaran.

—Bueno y ¿a dónde vamos con todo esto? —preguntó el agente aún desconcertado con la plática.

—Agente, yo practiqué la magia, me involucré con los médiums más poderosos de Inglaterra y me doy cuenta de que el ocultismo ha conseguido infiltrarse subliminalmente en la Iglesia protestante. ¿Es lo que quiere saber? Ahí lo tiene.

—¿Y qué me dice de lo que pasó en el apartamento? ¿Qué conclusión saca al estar aquí en París? Una bruja le leyó el futuro y usted se confía de ello. Justifica su llegada a la Sorbona por

la palabra de un charlatán. Si dice que no cree en todo lo que le dicen, entonces a qué atribuye lo acontecido en su apartamento.

—No, agente. Esto se trata de algo más. Es un grupo pagano. La secta más grande del mundo, la diferencia es que ellos usan artimañas como el materialismo y lo esconden tras poderes espirituales. Son ambiciosos, su objetivo es llevar a la humanidad a la condena eterna. Esas personas que he visto en los púlpitos de los templos cristianos no son verdaderos creyentes, algunos de ellos son docentes en el Instituto Kardec, ellos se reúnen aparte, visitan chamanes, invocan toda clase de espíritus, preparan sesiones espiritistas que más tarde atribuyen al Espíritu Santo. Uno de ellos me leyó el futuro hace muchos años. Lo reconocí.

El agente se quedó impresionado y mudo.

—Ahora entiendo lo que significa esa burbuja al fondo de la taza. Yo estaba en la oscuridad y he pasado a la luz. Ese edificio de cristales era la Universidad de Salamanca y ese mazo no eran problemas legales, es que yo soy abogada y llegaría a la Sorbona y un dragón estaría acechándome.

—¡Ya basta con ese dragón!

Amanda miró al agente y le causó gracia ver su actitud infantil.

Dean Antoine y Amanda siguieron caminando sobre Place Vendôme cuando vieron salir de la puerta giratoria del hotel Ritz a Nicolás con sus primos Rafael y Julián. La figura de un oso enorme con traje azul y sombrero de marinero decoraba la elegante entrada del hotel.

—Sorpresa, ¿a quién tenemos aquí? A la mismísima Amanda y al agente Dean —Nicolás extendió su mano para saludar al agente y enseguida besó a Amanda en ambas mejillas. Mis primos, Julián y Rafael, ambos extendieron la mano al agente y fueron atentos con Amanda.

—Es tarde, agente, me voy. Nos vemos luego. —Amanda le hizo un gesto a Nicolás— Regresaré a casa con Nicolás.

El agente asintió. Julián y Rafael invitaron al oficial al Festival Internacional de Cine que se celebraría en Cannes.

—Usted, agente, tiene oro molido en las manos. ¿No sabe aún la historia de Cory Fontaine? Haremos una buena película, ese muchacho nos dará millones y por si fuera poco filmaremos en París, y puede ser que en otras partes de Francia también, está por verse. ¿No es París la ciudad que el público ama? —apuntó Julián con cinismo mientras encendía un cigarrillo. Luego le extendió la cajetilla al agente.

Dean Antoine se negó, aún seguía con la vista los pasos de Amanda que caminaba con determinación sobre la calle al lado de Nicolás. No entendió de qué hablaba Julián.

En el momento en el que buscó hacer un pequeño interrogatorio, el chofer de los jóvenes españoles iba llegando al Ritz en un Citroën DS para recogerlos.

—Ha llegado —susurró Rafael y dejó que el chofer abriera la puerta trasera del auto. Enseguida subió Rafael. Julián apagó el cigarrillo y aventó la colilla al piso. El chofer se agachó a recogerla y la depositó en un cesto de basura que el Ritz tenía a la entrada del hotel.

Una vez Julián entró en el auto, Dean detuvo la puerta y le hizo una pregunta.

—¿Hay alguna verdad acerca de la familia Fontaine? —aventuró con el rostro endurecido.

Julián y Rafael intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Averígüelo usted mismo. —expresó Julián con un tono despectivo.— Pero lo felicito, agente. Con esa pregunta ya está más cerca de la verdad. —cerró la puerta por la fuerza y chasqueó los dedos para que el chofer avanzara.

Dean Antoine apenas escuchó el claxon de un auto y casi sale como bala hacia el escondite de

Nicolás y Amanda. Esta vez no se le escaparían. —pensó.

Pasó por última vez frente a la boutique de Van Cleef & Arpels y sintió el deseo de volver al apartamento de Karnele.

Apenas dieron las doce en punto de la noche y el agente estacionó su camioneta a unas cuerdas del lugar donde se reunían Nicolás y Amanda. Caminó sintiendo el golpe de aire en su rostro y cuando hubo llegado al sitio le sorprendió no ver a los jóvenes. Intentó abrir la puerta una y otra vez, mas fue imposible. Después de varios intentos regresó a su vehículo.

“¿Por Dios, dónde están? ¿Habrán cambiado la fecha de su reunión?”, se preguntó. Cuando estaba por arrancar su camioneta vio que un auto negro se estacionaba cerca. Antoine se encogió para evitar ser visto y no hizo movimiento alguno. Amanda bajó del auto y caminó hacia el misterioso sitio. Antoine esperó a que Amanda se alejara y bajó de su camioneta con la intención de seguirla.

Una vez la joven llegó al lugar, retiró la seguridad y abrió la puerta. Cerró de inmediato. Antoine se mantuvo oculto en un lugar cercano pensando en que no tardaría en llegar Nicolás. No pasaron ni cinco minutos y Amanda salió del lugar, volvió a forzar la cerradura y dejó una pequeña nota en la puerta. Caminó sobre la calle hasta perderse.

Dean Antoine al observar que nadie más llegaba y que Amanda se alejaba a paso veloz, se acercó a la puerta sin dejar de cuidar sus espaldas y leyó la nota: “*Cory, nos vemos en la Sorbona. Atte. El Libro*”.

Antoine frunció el entrecejo y regresó la nota a su sitio. Frotó sus manos antes de entrar en su camioneta y pensó: “Éstos se creen muy listos”.

Se dispuso a ir a la Sorbona, aún había autos circulando en la calle, y mientras llegaba pensó en la locura que estaba cometiendo, ¿y si los jóvenes solo jugaban y planeaban cualquier evento inofensivo? pero como él era agente en todo veía un peligro, con frecuencia se culpaba por tener un espíritu con delirio de persecución.

Tuvo la suerte de que al llegar a la Sorbona Nicolás caminaba cerca a paso veloz. Lo siguió sin hacer el menor ruido. Cuando el joven español entró a una de las aulas vio que Amanda y Cory ya lo esperaban dentro con un ordenador.

—Eso lo dice la Biblia —afirmaba la voz de un hombre mayor que era emitida desde el ordenador.

—Profesor, estas pruebas confirman lo que hemos platicado. —Amanda sacó un fólter y mencionó algunos nombres.

—¡Recuerden que su objetivo es hurtar, matar y destruir! Acabará con el mundo, es cuestión de tiempo —añadió la voz del hombre mayor.

—¿Y qué hay del brote, el mundo se está paralizando?

—Parece que es parte del mismo plan. No teman. —la voz del hombre mayor era pacífica y se mantenía sobria a cada pregunta.

El agente se quedó afuera del aula escuchando la conversación.

—El cuerpo de vigilancia de París está investigando, parece que será en vano su búsqueda —Nicolás confirmó con certeza. —no hay pruebas ante esto, es una guerra sobrenatural. Solo nosotros vemos esta penumbra opresiva. Esto es una acción en cadena, verán que ocurrirá lo mismo de forma simultánea en diferentes partes del mundo.

El agente pasó saliva y mordió su labio inferior sintiéndose derrotado y burlado.

—Ustedes sean muy cuidadosos, nada es lo que dice ser y no les creerán, estén preparados porque los tiempos son malos y se pondrán peor, es el inicio de una guerra. —expresó el hombre

mayor desde el ordenador. —Las noticias no les dirán la verdad, los medios de comunicación son manipulados por grandes mafias. Desde hace mucho tiempo se ha venido atacando a la población con experimentos génicos o más bien terapias génicas, todo es parte del mismo plan, una agenda global.

—¿Experimentos génicos? —interrumpió Nicolás.

—Sí, y ahora usan como pretexto la invención de un falso brote vírico. Uno de los múltiples objetivos de esta aterradora mentira es introducir en el cuerpo humano materiales tóxicos como el grafeno para lograr un control mental, enfermar y asesinar a las personas en un corto plazo.

—Claro, entiendo. —apuntó Nicolás dejando ver en su rostro el pánico que sentía.

—¿Será un ataque directo contra la Iglesia de Cristo?—aventuró Amanda.

—No. Es una guerra contra Dios y por ende contra sus hijos, pero no exclusivamente. Se trata de destruir todo lo creado por el Altísimo. El ser humano es creación de Dios. Es una lucha espiritual. Quienes lo han tramado pretenden tener un control absoluto sobre cada ser humano. La destrucción de la familia es el siguiente paso, se cambiará el orden natural de las cosas, y tal como está escrito en la Biblia el amor de muchos se enfriará. Apenas es el comienzo, muchachos.

Nicolás se talló la frente como si los nervios lo estuvieran aprisionando.

—El terreno para lo desastroso está siendo preparado por la misma élite que lo controla todo. Es una élite que nadie ha elegido para decidir qué va a pasar con el humano. —Bugner prosiguió, abrumado.

—¿Qué hay de la píldora de la eternidad? ¿No es acaso parte de lo mismo? ¿La modificación climática? el gran reseteo con el que se nos ha amenazado. —expresó Cory con molestia.

—Es parte de la misma mentira. Es una gobernanza global. El uso de clima como arma, guerras secretas y ocultas. Se trata de infringir daños de forma encubierta. El final de una sociedad. Terminar con los principios éticos bíblicos. —afirmó Bugner.

Hubo un instante de silencio.

—Se espera un juicio cósmico. —apuntó Amanda sin vacilar.

Dean carraspeó. No resistió y golpeó la puerta del aula.

Los jóvenes despertaron de su ensimismamiento y bajaron la pantalla del ordenador.

El agente volvió a golpear la puerta del aula con desesperación.

Enmudecieron al tiempo que intercambiaban miradas.

—¿Sí? —preguntó Cory.

—¡Agente Dean Antoine, abra la puerta!

Los jóvenes se miraron con asombro.

Cory abrió la puerta y lo dejó pasar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el agente con molestia.

—Reunión estudiantil. —afirmó Amanda— ¿Podemos ayudarlo en algo, agente?

—Revisaré el lugar, ¿horas de reunión estudiantil?

—¿Hay horarios para estudiar? —replicó, Amanda.

El agente alzó la pantalla del ordenador y vio que la imagen se fundía a negro. Los jóvenes intercambiaron miradas e inspiraron transmitiendo un profundo alivio.

—El dragón no es sino Satanás mismo —dijo la voz desde el ordenador.

Dean Antoine se volvió hacia el ordenador y vio la imagen de un hombre mayor bien parecido. “Ese maldito dragón”, pensó.

—¿Usted es?

—El Dr. Bugner, usted debe ser el agente Dean Antoine. He oído hablar de usted.

El agente miró a los jóvenes y se sintió tonto al percatarse de que él era el único que no sabía lo que en realidad sucedía.

—Tome asiento agente —Nicolás le acercó una silla. —¿Un vaso de agua? —Nicolás tomó una jarra con agua y un vaso.

—Estoy bien, gracias. ¿Alguien me puede decir qué sucede aquí?

Amanda se sentó a un lado del agente y habló.

—Agente, lo que aquí está sucediendo es algo que cualquier fuerza humana no podrá comprender jamás. No estamos luchando contra hombres, contra un asesino en serie, contra la humanidad, estamos luchando con fuerzas superiores al ser humano.

El agente se aclaró la garganta y arrugó el rostro, recordó las palabras de Alphonse y de Gerard, se contuvo y prefirió no hablar.

—Le presento al Dr. Bugner, él nos ha ayudado desde que empezó esta historia, gran amigo del profesor Carsten. —un aire de alivio se respiró en aquella reunión.

El agente bajó la guardia y pensó en Carsten con admiración.

—¿De qué estamos hablando aquí? —preguntó Dean Antoine sintiendo las miradas sobre él.

Cory abrió la Biblia en el libro de Efesios y la acercó al oficial. El agente leyó para sí: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”.

Dean Antoine volvió a pensar en las palabras de Alphonse, en los libros que tenía guardados, en el Instituto Kardec, todo le parecía absurdo. Pensó en aquella noche del terror parisino, esos golpes que los jóvenes recibieron en el apartamento de Amanda no eran resultado de algo fantasmal, luego vino a su mente la señora Louissete Fontaine y esa explosión en Cordes-Sur-Ciel, pensó en lo duro que resultaba luchar a favor de lo real mientras que otros se aferraban a la fantasía de su propia imaginación. El agente miró al Dr. Bugner con una expresión firme y severa.

Se escuchó que un objeto caía al piso. Amanda se agachó a recogerlo y Dean Antoine pudo ver el tatuaje que tenía dibujado en su nuca.

—Se trata de un adversario imponente. La Iglesia cristiana ha caído en garras de Satanás y sus demonios. —Nicolás desenrolló un pergamino y lo extendió sobre la mesa. Todos miraban incluido el agente.— Éstos son los nombres que mencionó el profesor Carsten.

Dean Antoine alcanzó a leer: El príncipe de este mundo será derrotado por El Jinete del Caballo Blanco. El sol de la aurora vencerá a la estrella caída. Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre vendrá de nuevo. Él es la razón, la sabiduría, la verdad. La fiera sin control será encadenada. Será la destrucción para los que habitan en tinieblas y sombra de muerte.

—Éstos son algunos acontecimientos apocalípticos, —dijo Nicolás señalando una imagen en el pergamino— acontecimientos previos a los últimos tiempos. —deslizó su dedo hacia otra parte del pergamino— Vendrá la gran apostasía que no es otra cosa que la rebelión contra Dios. —señaló una imagen que tenía la forma de una llama de fuego y un rostro en profunda aflicción.

El agente se petrificó al leer aquellas palabras e imágenes. Parecía un mensaje en otro código. Solo eso faltaba, que ahora se involucrase en un estúpido juego de símbolos escondidos. Dio un paso atrás y se excusó. Pensó en que tenía cosas más importantes que hacer para seguir con su investigación, era el momento ideal para ser rescatado por Alphonse. Ofreció una disculpa por la

interrupción y salió.

Los jóvenes lo despidieron y el Dr. Bugner asintió con la cabeza en señal de despedida.

Dean se sentía superado por todo aquello. Y es que nada le resultaba familiar. Ahora lo que menos le venía en gana era una reunión secreta en la Sorbona. Al salir escrutó el piso de la Universidad en busca de señales. Algún secreto debía permanecer oculto en ese palacio académico. Algo debía encontrar o ese algo lo encontraría a él tarde o temprano.

Tan pronto salió de la Sorbona llamó a Alphonse para quedar. El médico se encontraba en el Centro de Control de Intoxicaciones y Envenenamientos.

En cuanto Alphonse vio que Dean Antoine llegaba lo tomó del brazo y le habló en voz baja al oído.

—Urge que hablemos, agente. Lo veo en la sala de juntas que está cerca del elevador, es la única en el piso, en cinco minutos estoy con usted.

Antoine asintió sin reprochar. En cuanto abrió la puerta notó que Gerard ya esperaba sentado en la cabecera de la mesa.

—Agente. —Gerard y Antoine se saludaron con un tono de voz serio y asintieron con la cabeza como si fuesen miembros del mismo colectivo profesional.

En cuanto Antoine se sentó, Alphonse iba entrando a la sala de juntas, vestía su típica bata blanca de médico y su rostro lucía igual de pálido que su uniforme.

Antoine se sintió desconcertado cuando vio que el médico colocaba doble seguro en la puerta.

Gerard encendió el proyector y al instante unas imágenes se vislumbraron sobre una pared blanca.

Los he convocado por una razón importante. —apuntó Gerard como todo un científico serio.

—Esta imagen, señores, —continuó— nos deja ver una construcción cuyos materiales están hechos de...

La voz de Gerard se minimizó en la mente de Antoine. Apenas ponía atención, su mente se había quedado en la Sorbona con los jóvenes y el Dr. Bugner. ¿De qué clase de guerra hablaban? ¿Acontecimientos apocalípticos? —se preguntó distraído de la exposición de Gerard.

—Cuf... cuf... —tosió Gerard con la única intención de captar la atención del agente. Antoine reaccionó y se notó en un ligero parpadeo que hizo y luego miró a Gerard.

—De tal modo que la explosión nunca sucedió, —prosiguió el físico— más bien estamos hablando de un fenómeno que ha desafiado las leyes de la física como lo he escrito en el informe. De acuerdo con la investigación y con las pruebas que se hicieron, todo nos conduce hacia... —Gerard mostró algunas imágenes del desastre y otras que los peritos rescataron durante la investigación.

—Antoine, Antoine —el médico subió el tono de voz al ver al agente distraído.

—Entiendo que no hubo una explosión. ¿Entonces qué ha ocurrido? —preguntó el agente aún fuera de sí.

—La señora Fontaine vomitó antes de llegar a la casa, no se encontraron muestras de ello al interior de los escombros ni sustancia alguna como lo asumimos desde el principio. De acuerdo con la investigación la señora era curandera, practicaba la magia y hacía mezclas extrañas con algunas hierbas, por lo mismo de su oficio o profesión, no sé cómo puede llamarse a esta práctica una profesión. —Gerard se encogió de hombros— Los científicos estamos peleados con este tipo de cosas inexplicables. A todo quieren llamar ciencia, y de ciencia no tiene nada. Lo cual nos conduce a que la Señora Fontaine bebió o ingirió algo fuera de ese lugar, pero no lejano a él, su depredador la mantuvo cerca y tenía conocimiento de cada movimiento de la Señora Fontaine,

puesto que, tras esta ingesta, se dirigió al sitio donde llevaba a cabo sus prácticas espiritistas.

—¿Y quién pudo ser? ¿Y qué hay de los libros? —preguntó el agente.

—Con los libros tengo mis reservas. —refirió Alphonse y siguió hablando— Cuando yo entré a este caso, sinceramente el primero así en toda mi vida como médico, me empezaron a suceder cosas anormales, podría decir que... —Alphonse se quedó mirando a la pared como si se estuviera yendo a otra dimensión.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente, alterado y dando un golpe sobre la mesa con la palma de la mano.

Alphonse inspiró hondo y luego habló.

—Podría decir que... sobrenaturales.

El agente se levantó de prisa y con el puño golpeó de nuevo la mesa de la sala.

Gerard y Alphonse lo miraron como si hubiesen visto un fantasma y por un instante se paralizaron ante el enojo del agente, luego intercambiaron miradas.

Dean alzó la voz.

—¿Qué pasa con todo el mundo? ¿Están locos? ¿Qué explicación le dan a un atentado en un apartamento del barrio Latino, a unos jóvenes universitarios heridos, a una explosión...? ¿Dónde está lo sobrenatural? ¿Dónde, por Dios? ¡Ignorancia pura, maldita sea! —exclamó el agente exaltado.

—Por favor siéntate, Antoine, —el médico lo tuteó tratando así de calmarlo— ¿Recuerdas lo que siempre hemos dicho?

Los tres se miraron a la cara y al unísono pronunciaron: “A veces las pistas están en el único lugar donde no buscamos”.

Alphonse sacó una Biblia y la abrió en el evangelio de Juan, la acercó al agente para que éste leyera con sus propios ojos.

—“El ladrón no viene sino para hurtar, y matar y destruir”. —el agente leyó en voz alta y le pidió al médico que abriera la Biblia en el libro de Efesios. Recordó las palabras del Dr. Bugner.

—Porque no tenemos lucha contra sangre y carne... —de inmediato cerró la Biblia. Se inclinó sobre su silla y suspiró profundo. Llevó su puño a la barbilla y miró a Alphonse y a Gerard que lo observaban con menuda atención. El sonido de un móvil interrumpió el incómodo intercambio de miradas.

—Me retiro. —el agente dejó la Biblia sobre la mesa de la sala. Se sintió aliviado cuando su móvil lo rescató.

Alphonse y Gerard asintieron con la cabeza y permanecieron en silencio.

El médico se volvió hacia la Biblia y un cierto temor se apoderó de él. Pensó en lo absurdo que le resultaba estar leyendo una Biblia después de años. Nunca, hasta la fecha, había creído en ella, pero lo que le aconteció la noche del ataque en su apartamento sembró en él las primeras dudas relacionadas al bien y al mal.

Dean Antoine estacionó la camioneta y se encerró en su oficina, todo le causaba furia excepto pensar en Karmele, quien le salvó de permanecer en la estúpida reunión de Alphonse y de Gerard al llamarle al móvil. Volvió a sacar la hoja de vida de Carsten y la leyó con detenimiento. Ingresó al sitio web de la Sorbona para ver los horarios de clase, así como las aulas donde se impartirían. Determinó que sería él mismo quién resolvería este caso lo más rápido posible y sin la intervención de fábulas. Miró una fotografía del viejo Carsten, la amplió al darle clic en el centro y pensó en lo brillante que podría resultar una plática con él. Seguro alguien de mente sobria que lo orientaría en su cometido.

Anotó los datos que necesitaba. Minimizó la pantalla de su ordenador y se quedó observando su escritorio, pensativo tamborileaba sus dedos sobre el vidrio de éste. Mordió su labio inferior y una vez más llevó su puño a la barbilla. Se sintió desquiciado, se volvió hacia su cajón y sacó el diario de Cory y la Biblia que los oficiales recogieron en el apartamento de Amanda. La hojeó con cautela como si al interior hubiese un peligro. La cerró tan pronto la abrió y volvió a pensar en Carsten. Se levantó en dirección a la puerta y reforzó los pestillos, cerró las ventanas y encendió todas las luces. Temía volverse a encontrar con esa sombra. Cargó su revólver y olvidó el asunto asegurándose su propia tranquilidad.

Pensó que el enemigo al que se enfrentaba era muy astuto puesto que había logrado distraer a su víctima a través del terror, Dean no podía caer en el mismo juego, la locura perseguía a las víctimas mientras que él se mantenía sobrio, atento a cada pequeño movimiento. Era claro que intentaba atacar con numerosas distracciones, sonidos nocturnos, amenazar con macabros poderes y pesadillas, sembrando en los corazones presentimientos de muerte y angustia. Dean no se rendiría. Más bien le daba curiosidad saber por qué seguía inmerso en el caso, pareciendo tan absurdo.

Leyó el diario de Cory, notó que tal como lo había dicho Karmele solo hablaba de cuestiones existenciales y de la misma Iglesia cristiana, contaba experiencias, vagas sugerencias y nada que Dean considerara extraordinario. Leía verdades perturbadoras. Se preguntó cómo es que un muchacho de la edad de Cory indagaba en pensamientos tan profundos acerca de la vida y la muerte, del bien y del mal. Hablaba de doctrinas espirituales, de recientes ataques. Una breve discusión con él mismo entre la ciencia y el espíritu.

Siguió leyendo hasta poco antes del amanecer. Apenas tomó conciencia del día siguiente y se encaminó hacia la Sorbona llevando en mano el diario de Cory.

Una vez llegó a la Sorbona, atravesó un largo pasillo que servía para guiarlo hacia las aulas escolares, se descubrió frente a la escalera de honor y subió, despacio, vio una serie de puertas cerradas, siguió caminando hasta escuchar un murmullo a lo lejos, eran las voces de los estudiantes que esperaban al docente. Dean ralentizó el paso y de pronto vio que un hombre de mayor edad, un septuagenario, caminaba con determinación hacia el interior de esa aula. Fue tras él sin levantar mayores sospechas.

Una vez el hombre ingresó al aula hubo un silencio absoluto, ciertamente se notaba el respeto que el alumnado sentía ante esa presencia de carne y hueso, atraía la atención de los estudiantes como un dios.

Dean se escondió detrás de una de las puertas y escuchó las primeras palabras del hombre que fascinaba a los estudiantes con temas históricos y luego haciéndoles preguntas al aire para que

meditaran en ellas a lo largo de sus años universitarios.

Su edad dejaba ver la experiencia y el conocimiento acumulado que lo convertía en un as de las letras y la teología.

Carsten era un hombre de gran corpulencia y bigote espeso, se dispuso a abrir un libro de texto que llevaba consigo, miró el índice y planteó un esquema que fuera entendible para el alumnado.

El agente lo observaba desde la puerta principal del aula.

—¿Qué es la ciencia y qué es la teología? —metiendo una mano en el bolsillo de su pantalón y con la otra señalando hacia el alumnado, dirigió la pregunta al aire como si rifara el conocimiento.

—La teología es una ciencia, vale, es el estudio de Dios. —una voz con acento español se alcanzó a escuchar desde el fondo del aula.

El profesor, sin preguntar quién había respondido a su pregunta, continuó su clase yendo y viniendo sobre el pasillo despejado que tenía de frente y que le permitía tener a la vista a todos los estudiantes.

—Para ello necesitamos entender qué es la ciencia y según la Academia Francesa... —el profesor comenzó a trazar un esquema en un pizarrón a la vista de todos— se define como ciencia al conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales.

—O puede ser la habilidad, maestría, conjunto de conocimientos en cualquier cosa... —alzó la voz otro estudiante al escuchar la afirmación de Carsten.

Antoine escuchaba el diálogo que se suscitaba entre el profesor y algunos compañeros.

—Entonces podemos decir que la teología... —el profesor trazaba palabras en otro idioma— por sus orígenes viene del griego, theos, que significa “Dios” y desde luego logos que significa “estudio, razonamiento”, luego entonces, podemos concluir que es el estudio de Dios y por ende el estudio de las cosas o hechos relacionados con Dios. —terminó de garabatear en el pizarrón y con sublime orgullo volvió la vista hacia el alumnado que lo miraba afirmando su razonamiento.

—Ahora, podemos afirmar que, la teología, es la ciencia de la salvación que tiene el fin de ayudar al hombre a conseguir su destino eterno. —un compañero que tenía fama de darse aires de científico contribuyó a completar el concepto del profesor.

—¡Excelente! Estamos entrando en materia, ahora, decir que la teología es una ciencia, se refiere a que es un estudio meticuloso y sistemático de las verdades que Dios ha revelado sobre sí mismo de manera natural y sobrenatural, solo por ello podemos atrevernos a usar la palabra ciencia. ¿Queda claro?

Cuando el agente escuchó la palabra “sobrenatural” sintió un repiqueteo en su corazón.

—Ya estamos hablando de salvación y para ello hay que hablar de fe, hemos hablado de la razón, porque no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios, por eso los cristianos entran en diálogo con la razón. Parten de un hecho y un hecho es algo que sucede y algo que sucede es algo razonable. —continuó hablando el profesor.

—La razón del ser humano es multiforme, sigue muchos caminos, utiliza diferentes métodos para diferentes objetos. ¿Se han preguntado por qué universidades como la Sorbona nacen en el seno de la Iglesia? —Carsten sobó el borde de su bigote esperando con impaciencia una respuesta.

—Porque se demuestra el interés y la posibilidad de conocerlo todo. —Un estudiante que estaba en vísperas de obtener su título profesional habló. —La Sorbona empezó siendo una

Universidad donde se impartía teología, gracias a ello nacieron otras facultades que han tenido su base en el conocimiento, en la razón, en el saber...

—¿Y por qué un cristiano afirma que puede conocerlo todo? —el profesor volvió a lanzar la pregunta al aire. —Esto explica también porqué la ciencia tiene su origen en el ámbito docente y no, en otras culturas. Culturas que han tenido descubrimientos enormes, pero no han originado de una forma sistemática la ciencia porque ha habido todo un trabajo previo que es consecuencia del hecho cristiano y de la fe.

Carsten volvió a garabatear el pizarrón dándole un orden cronológico al intercambio de diálogos que construía con sus alumnos.

—Quien ha hecho la realidad es logos, es razón. La realidad lleva consigo razones. Razones que la razón del ser humano creado a semejanza de Dios podrá comprender. Entonces esto hace posible un desarrollo científico. Primero hay que partir de la razón para que pueda surgir la ciencia. Recordemos el periodo de la Ilustración —Carsten trazaba otro esquema cerca del actual — que trae un nuevo concepto de la razón, que dio a luz grandes frutos como el desarrollo tecnológico y médico, pero que nos presenta una dificultad porque se intenta llegar a un punto en común.

Dean Antoine se percató de que Carsten explicaba de una forma entendible y amigable, hablaba de la fe y de la razón, ahora solo se cuestionaba el origen de esas fuerzas sobrenaturales que por contradictorio que pudiese sonar, estaban tan cerca, pero eran inalcanzables para el humano.

El anciano de nariz redonda y frente amplia prosiguió:

—Kant explica que hay valores que tendrán que ser comunes a todos, una razón digamos práctica. Debemos entender que la materia tiene una racionalidad, es decir, unas leyes intrínsecas que hacen posible comprender cómo funciona y cómo puede ser utilizada.

El profesor Carsten era un apasionado de la docencia, la historia y la teología, envolvía en una conversación amena a sus aprendices y él afirmaba que también aprendía cuando enseñaba.

—Por otro lado, está el empirismo, que nos ayuda a verificar la veracidad o falsedad mediante la experimentación, si ahora resulta que la sinergia entre las matemáticas y el método empírico se considera científico, todo lo que está afuera de allí ya no es científico y por añadidura ya no será racional. —Carsten se apasionaba y llegaba el momento en el que hablaba para sí mismo y se explicaba una y otra vez los conceptos que más tarde serían reafirmados por sus alumnos.

—Profesor, entonces de ser así, la razón que tiene un arco enorme en el ser humano, queda auto limitada a lo que científicamente desde el punto de vista matemático como medida y desde el punto de vista de la verificación, de poder repetir o reproducir ese experimento solo eso, es el conocimiento del cual el ser humano puede estar seguro. ¿Dónde queda lo que no se ve? En este caso, la fe.

—¡Excelente pregunta, Sr...!

—Sr. Leduc. —el joven pronunció su apellido observándolo con sus enormes gafas.

—Gracias, Sr. Leduc, ¿dónde ha quedado la fe? —replicó la pregunta observando a los compañeros de clase.

—Desde esa perspectiva, la fe se puede convertir en un sentimiento de la persona, pero nada que aporte conocimiento al ser humano, es algo tan subjetivo que queda limitado a ese campo, es aquí cuando se le niega a la teología o a la fe la posibilidad de una presencia física porque no tiene nada que aportar y en realidad todo ha salido de ella. —el estudiante respondió haciendo un constante movimiento de ojos que por momentos exponían la confusión que sentía.

—Entonces ¿qué es la realidad? ¿solo las ciencias? —otro estudiante preguntó interrumpiendo el diálogo.

—¡No, lo que tienes delante es mucho más! Ahora, hablamos de principio, de creación, de azar, o hablamos de un Creador, cómo se ha hecho este mundo, quién lo ha hecho, el *Big bang*... los primeros instantes del universo. —el profesor encaminaba con sutileza a sus alumnos a comprender su objeto de estudio.

Dean se preguntó si esas voluntades ocultas de las que todos hablaban venían del azar, si siempre habían existido, o tuvieron un principio al igual que el universo, o cómo es que habían llegado a la tierra y se habían aproximado tanto al ser humano o habitaban la tierra y tuvo la desgracia de coincidir con ellos. Finalmente pensó en lo absurdo que le resultaba todo. Aunque intrigado se quedó cuando notó que algo dentro de sí lo obligaba a detenerse en ese conocimiento. Trató de callar esa voz interna, pero algo le despertaba el interés, quizá Carsten lo hacía manejable y posiblemente sus credenciales le ayudaban para que cualquiera pudiera abrirse a otro tipo de razón.

—Sabemos que el universo, del cual tenemos alcance experimental y siguiendo el método científico, tiene un tiempo de vida, es decir, no ha existido eternamente, éste tuvo un comienzo, un origen. El universo lo podemos alcanzar con telescopio y métodos de observación. Ahora, la pregunta es, cómo tuvo lugar ese comienzo. La ciencia lo desconoce, puede haber modelos que intenten explicar quizá los primeros instantes, pero ni siquiera el primer instante, la ciencia solo trata de entender los principios físicos que determinaron lo que sucedió.

—Hubo un creador... —se escuchó una voz varonil al fondo del aula.

—¡Ah! Aquí viene la pregunta que acompaña al ser humano desde sus orígenes, no es simple curiosidad cultural de una persona, sino que va dirigida hacia la capacidad existencial, intrínseca al ser humano porque a ella va unida todo lo que vive y es de valor para él. Lo humano es más grande que lo científico, sin embargo, no agota totalmente ni lo humano la razón del hombre.

El agente abrió los ojos y se inclinó hacia el profesor que se paseaba por el pasillo del aula como si estuviese teniendo un diálogo consigo mismo para demostrar frente a sus alumnos una verdad universal. Carsten guardó silencio cayendo sobre de él miradas ansiosas, cargadas de curiosidad; miró el piso y caminó como si estuviese formulando a detalle el orden de las palabras que tendría su siguiente pregunta, pues estaba seguro que no rompería el silencio, sino por lo contrario, lo prolongaría.

—¿Por qué hay algo en vez de nada?

Una vez lanzó la pregunta, la hipótesis se comprobó. Los alumnos lo miraron primero expresando un desconcierto existencial y luego cruzaron miradas entre ellos afirmando su duda, como si se les hubiese acabado el raciocinio o hubiese cesado su criterio. Sabían que no había por respuesta algo contrario a un “no sé”.

—Con esto no estoy preguntando de una causa anterior como cualquier otra causa, por ejemplo, un *Big bang* anterior a ese *Big bang*. ¡No! Estamos preguntando sobre la raíz de todas las causas posibles. La ciencia no es sino un esfuerzo colectivo de la mente humana por leer la mente de Dios. —Carsten miró su reloj y concluyó el tema. —Se los dejo de tarea, hasta la próxima. —el silencio se mantuvo en el aula. Tomó su libro de texto del escritorio y subió las escaleras que lo conducían al vestíbulo de la Sorbona. El agente Dean apresurado fue tras él.

—¡Profesor Carsten, profesor Carsten! Espere, por favor, me gustaría hablar con usted un momento. —gritó el agente desde el pasillo.

Carsten asintió y siguió sobre sus pasos mientras escuchaba al oficial que caminaba a su lado.

Ni siquiera se había percatado de quién era Antoine.

—Eso ha sido brillante ¿Cómo es que usted tiene la facilidad de responder a tantas interrogantes como si fueran conceptos cotidianos?

—Usted lo ha respondido, son cotidianos, solo que es conveniente estudiarlos para familiarizarse y comprenderlos de la manera correcta, y luego poder instruir a los demás en ese conocimiento, como es mi caso.

—Tiene una respuesta para todo. ¿Sabe?, si me permite decirle, soy el agente Dean Antoine, líder del cuerpo de vigilancia en París. —el agente sacó su credencial.

Carsten apenas la miró y siguió caminando sobre el pasillo a pocos metros de su siguiente clase.

—¿Qué necesita? ¿Cómo puedo ayudarle? —el profesor miró a través de sus lentes los penetrantes y trasnochados ojos del oficial.

—No le quitaré el tiempo. Sé que es un hombre ocupado al igual que yo. Usted habla de conceptos poco perceptibles para el hombre, yo investigo sobre hechos, realidades cotidianas. ¿Cómo lo hace?

—Muchos años de estudio, sobre todo buscar la presencia de Dios y mantener la lectura de Su Palabra. —Afirmó Carsten y se volvió sobre su marcha para llegar a su siguiente clase.

—Necesito ver si usted puede ayudarme. —el agente calló por un momento antes de pronunciar las siguientes palabras. Luego habló.— Busco información relacionada con el joven Cory Fontaine. Sé que él se acercó a usted durante sus años universitarios.

Carsten detuvo el paso en seco sintiéndose hechizado por el nombre de Cory.

—¿Qué ha pasado con ese muchacho? —Carsten se inquietó— lo recuerdo muy bien. Muchacho introvertido y sencillo.

—Todo está en orden. Solo necesito revisar un asunto con usted —el agente como de costumbre se ahorraba las explicaciones, siempre enfocado en el objeto de su deseo.

Carsten se interesó por el simple hecho de tratarse de Cory.

—Venga a mi oficina hoy por la tarde, a las seis es mi última clase, un par de horas más. Lo espero en el tercer piso. —Lo esquivó y caminó rumbo a su clase.

Dean Antoine lo siguió con la mirada. Observó a los jóvenes que gustosos llegaban al aula donde Carsten impartiría su siguiente clase, caminó y desvió sus ojos hacia el Gran Amphithéâtre de la Sorbona. Enseguida salió de la Universidad.

Se fue pensando en Nicolás y Amanda, decidió volver por la noche para ver si descubriría algo más, después de todo las gélidas palabras del Dr. Bugner desafiaron su carácter e intelecto. Hasta ahora no figuraba la idea de que jóvenes con cierta posición social que presumía ser de importancia se desestabilizaran creyendo en un mundo oculto o simplemente irreal, casi que fantasioso por el solo hecho de suponer que eran partícipes de los poderes del más allá. Qué necesidad había de someterse a semejantes prácticas paganas con el riesgo de involucrarse en un fraude. No era fácil creer que alguien tuviese algún tipo de poder paranormal. Nicolás trabajaba en una industria multimillonaria, la del séptimo arte, tenía un futuro garantizado, Amanda era una abogada brillante, con un principio destacado en Oxford y ahora en Salamanca y en la Sorbona, Cory, talentoso escritor premiado por una institución de gran prestigio en Francia. El Instituto de Excelencia Eiffel. Cecile, tenía sus ideas, claro, pero nada diferentes a las de cualquier joven, quizá solo alinear un poco su camino y dejarse de conductas poco provechosas, a todos les había tocado la parte atractiva de la vida, la de poco esfuerzo para lograr el cometido tan difícil que demanda la existencia, al menos con una esperanza por delante. Tal vez era el

momento de examinar un poco más la condición humana. A saber, quizá ellos tenían todo y no les parecía suficiente. Buscaban algo más, pero qué podía faltar. Después de todo era de esperar, nadie está conforme con lo que tiene.

Ver el reloj lo encaminó hacia la oficina del profesor Carsten para presentarse formalmente y espiar un poco su vida como catedrático.

Llamó a la puerta, el profesor Carsten, girándose sobre la silla de su escritorio viejo, bajó los ojos y lo miró de arriba abajo tratando de identificarlo, le ofreció sentarse en una silla capitoneada igual de vieja y decolorada, pero muy cómoda que se encontraba frente a él. Tal parecía que las bibliotecas y los libros le seguían, en su cubículo lo recibieron dos estantes muy altos con un contenido literario denso.

El profesor se sirvió una taza de café del cual le ofreció un poco al agente. Levantó su poblada ceja izquierda y miró los ojos del oficial que no pestañeaban, pronunció unas palabras de bienvenida moviendo su ya humedecido bigote con restos de café.

—Muy bien ¿qué tenemos aquí, Sr...? —pronunció Carsten mientras le extendía un libro sobre su rostro a la altura de los ojos.

—Agente Dean Antoine —afirmó el oficial— ¿Un libro? —preguntó el agente con ironía.

—Como sea, Sr. Antoine, exactamente, ¡pero no es cualquier libro! —expresó alzando la voz como un héroe. —Es la obra de hombres que perseveraron hasta el fin, hasta que su mundo quedó nublado por la ausencia de palabras. Ya todo lo que debe saberse está expresado aquí. Nada vale más la pena. ¿Alguna vez lo ha leído? —concluyó mientras daba tres palmadas a la Biblia.

El agente miró de reojo los objetos de la oficina y escuchó con atención las palabras del profesor Carsten.

—Disculpe, respeto toda creencia religiosa, pero mi vida y mi profesión no me dan el suficiente tiempo para leer este tipo de textos, además, —dijo echando un vistazo despectivo a la Biblia que cerrada posaba sobre el escritorio —ni creo que pueda entenderlos, son para personas como usted, estudiosas e intelectuales.

Carsten alzó su poblada ceja e hizo un gesto que dejó ver lo mucho que le apenaba la situación de Antoine.

—¿Qué me puede decir de Cory Fontaine? —preguntó el agente, haciendo la Biblia a un lado. —A eso he venido.

Carsten inspiró hondo y se recargó en el respaldo de su silla, llevó su mano al bigote y lo tocó como si lo estuviese peinando.

—Cory Fontaine fue un alumno destacado, sí, era introspectivo y tenía un gran sentido humano, veía cosas que los demás no lograban percibir con facilidad. Después de su viaje a Suiza, su vida cambió drásticamente, lo noté el día que presentó su Trabajo de Fin de Grado.

—¿Podría contarme más?

—¡Desde luego! —el profesor miró un librero que había detrás del agente y dejó que sus recuerdos lo llevarán a ese día.

—Estaba por caer la noche en París, cuando vi a Cory atravesar una imponente cortina de terciopelo rojo que abría paso a un salón gigante donde voces podían hacer eco a través de sus paredes, las banderas de Francia, Suiza y España permanecían de pie sobre un mástil tapando con su majestuosidad patriótica unos reconocimientos enmarcados que la universidad conservaba como distintivo del prestigio de sus instituciones.

El agente sacó su grabadora y la colocó sobre el escritorio, presionó un botón y ésta inició la

grabación.

—Una mesa de madera de caoba con tres lugares se situaba a un costado de las banderas y cerca de ellas un cuadro que enmarcaba el escudo de la Universidad de París.

Una enorme audiencia abrazaba el escenario que, con solo verlo, infundía nerviosismo a cualquier ente que se parase ahí. Del techo salían unas luces que alumbraban con elegancia el aula y un óleo que miraba hacia el piso del salón. Había esculturas talladas en mármol en cada esquina de la sala que se sumaban a la audiencia mirando con una quietud que solo ellas, hacia el pódium.

Entonces empezaron a llegar. Primero un hombre septuagenario vestido de traje sastre y corbata roja, portando unos zapatos negros de un brillo impecable con una Biblia grande y gruesa bajo el brazo. Uno más joven venía tras él con un cuaderno y una Biblia.

Aún no llegaba el tercer sinodal cuando el público expectante se acomodaba en la sala. Yo no dejaba de ver a Cory, cerró sus ojos antes de ingresar, me dio la impresión de que estaba orando en sus pensamientos, solo movía los labios sin emitir sonido, era evidente notar que los nervios no le abandonaban, caminó sobre el pasillo supongo que, para aligerar el estrés del momento, una sonrisa se dibujó en su pálido rostro cuando se percató de mi presencia. Estrechamos la mano, surgió un abrazo fugaz e hice una breve oración por él. Entramos al aula al ver a una distinguida mujer de la Sorbona que tomaba el micrófono entre sus manos para dar inicio al evento académico. Me senté a un lado de su mejor amigo, si mi memoria no me engaña creo que se llamaba Nicolás, yo buscaba que nada estorbara mi vista, quería estar cerca de mi alumno.

Los sinodales se presentaron con sus biblias cuyas hojas laminadas en oro aportaban cierta elegancia a la sala, el hombre septuagenario tomó la palabra agradeciendo a la formal dama que los había presentado y dio la bienvenida al público mostrándose impresionado ante la audiencia que apenas cabía en ese gigantesco salón. Agradeció a las personas por su asistencia y se complació de ver el interés que el público aparentaba mostrar y sobre todo gente joven. Expresó el honor que sentía al haber sido seleccionado para coordinar el nuevo proyecto de titulación y para ello presentó a los dos sinodales que lo acompañaban.

—¿Puede hablarme de detalles? ¿Quiénes eran los otros sinodales? —preguntó el agente cautivado por la forma en que Carsten contaba su pequeña historia.

—Cada uno de ellos tiene en su haber una cantidad de méritos profesionales y personales, además de sus conocimientos. El teólogo Juan Fernando Alarcón es investigador de origen español y desde hace algunos años miembro de la Academia Apologética de Madrid. Peter Walter, es maestro en teología que trabaja para el CETS ubicado en Suiza, graduado de la Universidad de Ginebra y Pierre Thierry, está al frente de la facultad de Teología de la Sorbona.

—Interesante, menudo mundo de intelectuales. —el agente se cruzó de brazos.

Carsten ignoró el comentario de Antoine y prosiguió:

—Pierre explicó al público en qué consistía el examen profesional del Sr. Fontaine.

—Adelante. Todo detalle me es útil y estaré agradecido de que me lo comparta. —expresó el agente.

—El examen se dividió en dos grandes bloques. Durante el primero, —continuó Carsten— el alumno expondría lo aprendido en la carrera de letras y daría un sustento que avalara su exposición y el porqué decidió hacer todo un tema de esa asignatura como campo de estudio y, en el segundo bloque, aportaría su punto de vista desde la razón de su elección para el título de una tesis profesional complementaria a la carrera que pueda ser tema de estudio a partir de su experiencia y sus conocimientos, así como de su manera de ver y de pensar. Pierre presentó a

Cory y se sentó. Este último tomó la palabra acercándose al micrófono.

—¿Recuerda a las personas que estaban entre el público? ¿Alguien conocido? Simple curiosidad. —el agente volvió a interrumpir a Carsten.

—Entre el público estaban Julián y Rafael, son celebridades, primos de ese tal Nicolás, una señorita, cómo se llama, ah, de nombre Amanda, me parece que era la novia del muchacho y Nicolás. Ah, y su abuela... no recuerdo bien el nombre, pero se trata de una mujer bien parecida, educada, mujer de alta sociedad francesa, sí, sí. Muy elegante la señora. —confirmó para sí el profesor Carsten. —no me pregunte mucho de nombres, soy olvidadizo, disculpará usted.

El agente asintió.

—Cory inició su discurso. Lo hizo citando a un reconocido escritor que lo dejó impresionado. Sacó un papel y lo colocó sobre su tesis. Entonces pronunció esas terribles y dolorosas palabras llenas de verdad:

“El mundo es un cementerio de vivos”

El agente dejó caer su espalda sobre el respaldo del sillón.

—El público se mantuvo en silencio, los sinodales miraban de reojo al público que esperaba expectante la explicación del joven a esa afirmación, pero Cory no dijo más. Lo que hizo fue plantear una pregunta, una sola. Una pregunta que nació en su corazón tras un sentimiento de abandono, de sufrimiento, de plena soledad que lo llevó a hundirse en el terror de saberse vivo y no encontrar para qué.

—¿A dónde iré cuando parta de este mundo? —preguntó el joven francés mirando al público.

El público murmuró, algunos querían aparentar que entendían el sentido de la pregunta, no obstante, por sus reacciones solo mostraban estar de acuerdo con semejante razonamiento sin comprenderlo de verdad.

—Tiene lógica —el agente alzó las cejas e hizo un gesto que confirmaba su consentimiento al comentario de Carsten.

—Exacto, es una pregunta personal que debe caber en la lógica de cada ser viviente que presume haber concebido un sentido de la razón al saberse consciente de su humanidad. No obstante, lanzó una segunda pregunta.

¿Cómo puedo estar tan seguro de ello, es decir, de que iré al cielo o al infierno, o a tal o cual lugar? —Me impactó ver la valentía que Cory mostraba ante el público. No es tema fácil. — Carsten afirmó con seriedad y admiración.

El agente pasó saliva mostrando cierto nerviosismo ante la charla de Carsten, pues le resultaba extraña e incómoda al espíritu.

Cory prosiguió:

—Seguro muchos de ustedes, sino es que todos, en el transcurso de su vida se han cruzado con tres tipos de personas indudablemente: las que creen que nacieron con un propósito y que su vida tiene un sentido mayor que el solo hecho de existir, los que solo viven para hacer el mal y nunca se arrepienten, y los que viven en la indiferencia, para sí mismos, deleitando su propio corazón.

El agente se cruzó de piernas y colocó sobre ellas sus manos entrelazadas.

—Vi cómo se miraban las personas unas a otras, algunas sonreían mostrando una cálida amabilidad. Pero verá, Cory guardaba un secreto, algo que no mencionaba y yo sabía que ese secreto lo tenía preso en un camino de muerte.

—¿Un camino de muerte?

—Sí, agente, —Carsten miró su reloj de mano y con premura se levantó de la silla— discúlpeme, tengo que irme, mañana empezamos eventos académicos y debo ir a casa para

descansar y ordenar algunas cosas. Le agradeceré su comprensión, puede regresar cuando guste.
—Carsten ordenó algunos libros que tenía sobre el escritorio con la intención de llevarlos a casa.

Dean Antoine se mostró más que agradecido con Carsten, se levantó del sillón y tomó para sí de no muy buena gana la Biblia que el admirado académico le obsequió.

—No olvide, Sr...

—Agente Dean Antoine.

Carsten sonrió.

—Los libros guardan tesoros, si persevera en la lectura, ellos le llevarán a conocer mundos que jamás se hubiera imaginado que existiesen. Además, acérquese, —susurró con tono misterioso— pueden revelarle secretos que salven su vida. Llévela con usted, —Carsten señaló la Biblia— yo tengo bastantes, la trae de regreso cuando la haya terminado de leer. —se burló pensando en otra Biblia que dejaba ir.

—Seguro. —el agente asintió y salió de la oficina. Aprovechando su visita a la Sorbona se sintió tentado a ir al lugar donde supuestamente se reunían Amanda, Cory y Nicolás con ese tal Dr. Bugner. Vio que aún era temprano, de modo que regresó a su oficina para preparar algunos documentos antes de volver.

Pasó de nuevo por las calles cercanas del Instituto Kardec, lo miró con detenimiento.

Una vez llegó a su oficina Dean se escandalizó al ver varias patrullas estacionadas sin un orden, en posición como si se fuesen a estrellar unas contra otras. Algunas con la luz de la sirena titilando todavía. Seguían llegando autos. Bajó de su camioneta con premura y llevó su mano derecha a la cintura con la intención de asegurar la compañía de su revólver. Tan pronto entró a la oficina vio que los oficiales hablaban al unísono como si fuese un gallinero. Voces varoniles se escuchaban por todo el lugar sin un orden aparente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Dean Antoine mirando hacia todos lados.

—Estos crímenes se vienen repitiendo en Londres. Mírelo. —un colega le lanzó la primera plana del periódico a su escritorio.

Dean Antoine leyó el titular: “Fenómenos paranormales invaden Inglaterra como nunca en la historia. Ciudadanos ingleses son entrevistados ante el terror que han sentido en las calles y escuelas de Londres, todos con experiencias similares, muchos de ellos afirman tener inquietantes pesadillas. Brujas habitan entre nosotros dicen”.

Antoine sintió el corazón en el estómago.

—Ya no solo están en Francia, jefe, parece que esto va más rápido que nosotros. —expresó uno de los colegas lamentando su incompetencia.

—¿Qué está sucediendo en Europa? Nos estamos volviendo locos. —apuntó otro oficial tallando su cuello con exasperación.

—Nada de eso. —habló Dean con firmeza— Tú, ven acá —dijo autoritario a la par que señalaba a un colega con el dedo índice.

Así estuvo dando algunas instrucciones antes de partir hacia la Sorbona. Apenas alzó la mirada cuando vio a través de la ventana de la oficina que uno de los oficiales venía llegando con Amanda.

Dean Antoine salió a su encuentro.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó al oficial y tras ello miró a Amanda con compasión.

—Esta joven tiene información de lo acontecido. Dice que sabe explicar esto —el oficial extendió un periódico ante los ojos de Dean Antoine.

Antoine leyó: “Espíritus maléficos son atraídos a Londres a consecuencia del IMAGNETONIC, máquina de extraña procedencia, médiums poderosos hacen uso de ella”.

—¿Y qué me dice de esto? —el oficial volteó el periódico para que Dean Antoine leyera el reverso.

“Pacientes han sido gravemente afectados por actividad demoniaca” —leyó Antoine.

Nada le aseguraba a Dean Antoine que Amanda había dejado de ser clarividente. Por lo contrario, notó que sus comentarios eran acertados ante una posible desgracia. Pensó en la posibilidad de que Amanda tuviese algo de razón sino es que toda, no obstante, aún había que someter cada presunto comentario a un minucioso juicio. ¿En realidad Amanda era inteligente o es que mantenía sus poderes? Se preguntó.

—Hay que llevarla allá. —sugirió el oficial a Dean Antoine.

—Venga conmigo, Srta. Amanda —solicitó el agente Dean al tiempo que asentía confirmando la sugerencia del oficial.

Amanda hizo caso a la petición de Dean Antoine. Subió a la camioneta de lado del copiloto y no hablaron en todo el camino. El móvil del agente vibró, hizo caso omiso. Bajó su mano a la

cintura para presionar un botón y hacer cesar así la vibración y el sonido. Amanda alcanzó a ver el revólver del agente y volvió su vista al frente.

Doblaron en la siguiente esquina. La siniestra fachada del Instituto Kardec daba un aire más tenebroso al turbulento y nebuloso día.

Tres patrullas venían tras ellos como si fuesen los guardaespaldas del agente. ¿Qué tan ofensiva podía resultar una joven como Amanda? Pensó Dean mientras llegaban. La miró de reojo, ella veía los autos a través de los espejos laterales de la camioneta.

Bajaron del vehículo y esquivaron a una señora que venía saliendo con una cara contorsionada por el enojo. El lugar era repulsivo, los botes de basura desbordaban y un olor a sudor se percibía desde la entrada. Un hombre robusto y de escaso cabello saludó al agente.

—Señorita Amanda, cuando estuve en su apartamento, el día que ocurrió el atentado, encontré esta máquina sobre su escritorio. —expresó Dean caminando hacia el aparato.

El agente retiró de un jalón la sábana blanca que cubría el aparato que reposaba sobre una mesa vieja al borde de caerse.

—¿Qué puede declarar sobre ello? La escucho.

Amanda sintió tristeza y una serie de recuerdos llegaron a su corazón.

—Esa máquina es un misterio, agente. Tiene una forma de operar dirigida por entidades diabólicas.

—¿Puede probarlo?

—¡Podría probarlo, pero no con mi propia vida! Cuando yo empecé a desarrollarme como médium, sentía que esta máquina era una competencia para mí, puesto que tiene la función de sanar.

—¿Puede probarlo? —preguntó de nuevo el agente.

—Podría, como se lo he dicho, pero ya no. Porque se trata de una máquina que funciona de manera espiritual, solo bajo poderes satánicos. No tengo ya esas facultades. —bajó la voz expresando pena y vio, incómoda, a los oficiales que la rodeaban— No puedo probarlo con mi propia vida, pero sé quién podría ayudarlo y ser un testimonio real para usted.

El agente pensó que esto ya había rebasado los límites y terminado con la poca paciencia que aún le quedaba.

—Esa persona es la señora Walter. Vive en Londres.

Los oficiales murmuraron entre sí.

—¡Silencio! —gritó el agente sintiendo molestia. —¿Entonces usted no puede probarlo!?

—Puedo probarlo a través del testimonio de otra persona, estuve presente en esas sesiones de sanación.

—La escucho. Tenemos toda la noche.

Los oficiales volvieron a murmurar y luego se acomodaron entre los muebles sin bajar la guardia. Amanda los miró sintiéndose insegura. Finalmente clavó sus brillantes ojos en los del agente dando la impresión de suplicar su ayuda. Luego habló:

—Era una húmeda tarde de invierno, cuando una señora que oscilaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, se paró frente al apartamento de Charlotte, mi tía, llamó al timbre, era la señora Walter, ella y mi tía empezaron a hablar:

—¿Diga? —preguntó Charlotte.

—Buenas tardes, soy la Sra. Walter, busco a la Sra. Charlotte.

Ni un minuto había pasado cuando la puerta de la entrada se abrió, Charlotte sostenía la manija del otro lado.

—Sra. Charlotte, disculpe la inoportunidad, me han recomendado sus servicios, dicen que es usted doctora. Padezco enfermedades terribles, me atrevo a decir que incurables. ¿Podría usted ayudarme? En realidad, mi esperanza muere día con día. —dijo la vecina a mi tía.

—¡Desde luego! Adelante Sra. Walter. ¿Puedo ofrecerle una bebida? —Charlotte estiró su mano y le hizo una señal en dirección a la sala.

—Estoy bien. Agradezco su gentileza. —la señora sonrió. La mujer cercana a los cincuenta años se sentó en un sofá de la sala y observó la casa.

—Amanda, cariño, ¿me puedes traer por favor los folletos del IMAGNETONIC que tengo sobre mi escritorio? —asentí.

Charlotte le obsequió uno a la señora. Éste incluía una breve y concisa explicación del aparato, la biografía de su creador y el costo de la sesión.

—Si gusta haremos una prueba y que el aparato la conozca a usted. —comentó Charlotte como si fuese algo de lo más normal y cotidiano.

—¿Conocerme? —la mujer de cabello castaño y rayos canos la miró con desconcierto sintiendo incomodidad, pareciera como si se hubiese escandalizado.

—Sí... —continuó Charlotte— usted debe saber que se trata de una sanidad fuera de la medicina tradicional que conocemos, es un aparato que sana sobrenaturalmente, sin ayuda médica. La máquina se podría decir... —Charlotte miraba hacia el pasillo mientras llegaban las ideas a su cabeza— es autosuficiente en cuanto a sus características para ayudar a equilibrar las deficiencias humanas.

La mujer alzó la ceja con actitud incrédula.

—Mire, venga por acá. —Charlotte la dirigió hasta su despacho y la sentó frente a la silla del escritorio donde tenía la máquina semejante a un ordenador portátil.

Procedí a conectarle los electrodos a la señora Walter. Éstos se conectaban en cada extremidad.

Charlotte encendió el ordenador. Una imagen plagada de signos zodiacales apareció como pantalla principal para dar la bienvenida a una nueva sesión. La señora Walter obedecía las instrucciones, aunque su corazón se mantenía incrédulo a la promesa del IMAGNETONIC.

Los oficiales la miraban sintiéndose cautivados por el tema, uno que otro posaba sobre los muebles boquiabierto.

—Bien, vamos a ver... —dijo Charlotte y acomodó sus lentes sobre su rostro como toda una intelectual y leyó las descripciones que aparecían frente a la pantalla. Justo en ese momento la máquina presentó fallas, y ella comenzó a golpear con ligereza las teclas para despertarla de algún *shock* electrónico.

—“No puedo decirle sus males, y mucho menos sanarla porque no cree en mí”. —una leyenda se escribió sobre el monitor.

De nuevo los oficiales expresaban con gestos su falta de entendimiento a la historia que la joven platicaba.

—Charlotte leyó para sí las palabras escritas en la pantalla. De inicio pensó en un posible error de la máquina. El monitor se apagó como si se fundiese. Charlotte acomodó los cables que conectaban a la mujer con el ordenador y yo aproveché para sentarme en la silla del escritorio e intentar averiguar el origen de la nula respuesta de la máquina, jugué con las letras del teclado igual que Charlotte para ver si aparecía algo en la pantalla y entonces el monitor volvió a encenderse.

—“No puedo decirle sus males, y mucho menos sanarla porque no cree en mí”. —leí en voz alta las palabras que el ordenador había puesto frente a mí.

Mi tía Charlotte y yo estábamos aturdidas. Nos alejamos del ordenador y Charlotte abordó con extrañeza a la Sra. Walter, quien seguía conectada al aparato.

—Disculpe Sra. Walter, no puedo llevar a cabo la sesión, me parece que la máquina necesita mantenimiento. Le ofrezco una sincera disculpa.

—No se disculpe. Regresaré en otra ocasión.

La Señora Walter se mostró comprensiva y un poco aliviada. Le retiré los electrodos y la acompañé hasta la puerta.

—Una disculpa, esto nunca había sucedido, no se repetirá, se lo aseguro —repliqué y cerré la puerta, regresé con Charlotte para ayudarle a revisar el costoso aparato.

—A ver, cariño, haré una prueba contigo. —Charlotte conectó los electrodos en mí y enseguida reinició el ordenador.

El funcionamiento de la máquina era perfecto. En primera instancia la pantalla lanzó mi signo zodiacal y un relojito de arena que apareció en la parte inferior de la pantalla indicaba un procesamiento por parte del equipo.

—¡Qué raro! Bueno... al menos quiero pensar que fue un código mal interpretado o algún error del sistema. —expresó mi tía.

—Enseguida guardé la máquina por instrucciones de Charlotte y salí a dar un paseo por el barrio, aunque no lo externaba, sentía la necesidad de tomar aire fresco para despedirme de mi querido Londres. Fue muy duro tener que tomar esa decisión, agente. Mi tía Charlotte trató de localizarme transcurridas las últimas semanas del mes, pues la Sra. Walter regresó a su casa y el IMAGNETONIC volvió a presentar la misma inesperada falla.

—Hasta ahora no puedo decirle que me haya dicho algo relevante, señorita Amanda. —Dean Antoine, cruzado de brazos, la miraba con seriedad.

—La señora Walter era con la única persona que sucedía así, agente. Charlotte escribió a diversos sitios en Internet, llamó al número de atención al cliente y a lo mucho se ofrecieron a revisar su aparato.

Me comprometí a investigar el caso, cuestión que se me daba bastante bien como parte de mi profesión. Afortunadamente, logré determinar qué era aquello que impedía que se realizaran las terapias con éxito.

Dean Antoine alzó la ceja y llevó su puño a la barbilla. Algunos de los oficiales cambiaban de postura o se acomodaban en otro mueble, sin perder el hilo de la conversación que les resultaba excitante.

—Al parecer, el uso de esta máquina —continuó Amanda intercambiando miradas con los oficiales y en especial con Dean— aparentemente sanadora estuvo prohibido durante algún tiempo en América Latina y en Europa —Amanda tocó la máquina con la palma de su mano— porque la inteligencia de su sistema descartaba todo elemento científico, —bajó la voz— según algunas teorías, se trata de un sistema que funciona bajo el diseño de ciertas corrientes filosóficas y espirituales al entrar en terrenos como la energía, los chakras y el zodiaco.

El agente se mantuvo con el rostro rígido, pensando en que otra vez escuchaba las mismas estupideces.

—Después de repasar en mi mente una y otra vez la leyenda que el ordenador escribía en la pantalla, recordé que la Sra. Walter era una persona escéptica, nunca había creído en algo, era extraña la ocasión en la que ella pudiese confiar, y claro, concluí que el IMAGNETONIC tuvo la habilidad gracias a su astuta programación, de detectar esa posibilidad, dado que leía con habilidad técnica las preocupaciones que afligían a las personas porque, según su creador, el

origen de muchas enfermedades que recaían sobre el ser humano se debían al estrés y a un desequilibrio emocional. Otras referencias que ocupé para mi investigación explicaban que el IMAGNETONIC era un aparato fácilmente manipulado por poderes psíquicos.

—A ver, señorita Amanda, ¿Cómo piensa usted que voy a creerme todo este cuento de una máquina manipulada por poderes psíquicos? —Dean Antoine se desquició.

—Debe creerme, agente. Desde un principio le mencioné algunas cuestiones que no encajarían en la realidad, y no por ello dejaban de ser ciertas. —replicó la joven—El enigma se centraba en el espíritu de la Sra. Walter. Para la mujer era impensable que una máquina que acumulaba cabellos sin estar la persona presente, pudiese emitir ondas sanadoras hacia la dueña (o) a través de esos cabellos. Era lo más ridículo que había escuchado en su vida, y más aún, poner su fe en ello le parecía algo inconcebible.

—Y cómo no, pobre mujer, semejantes ridiculeces —el agente alzó los hombros y con su mirada le dio a entender a Amanda que tenía trabajo. —He escuchado suficiente, señorita Amanda. —Dean Antoine llevó su mano a la frente y con sus dedos talló sus ojos.

—Mis tías, que se hacen llamar “médicos” —Amanda se sintió apenada.

—¿No son médicos de profesión?

—No, agente, mi tía, Hazel, la coja, estudió hotelería, y a raíz de una enfermedad descubrió la máquina que según esto le ha ayudado a sobrellevar sus males y con ella saca mucho dinero, puesto que cada sesión de terapia la cobra en una jugosa cantidad de euros o dólares. Charlotte es maestra, pensó que obtendría mayores ingresos de sus terapias esotéricas y así ha sido. Ambas les hacen creer a las personas que con una cierta cantidad de sesiones se sanarán. Lo que buscan en realidad es dinero.

—Señorita Amanda, esto que está usted diciendo es muy grave. Sus tías han caído en una situación fraudulenta. ¿Las personas que acuden a ellas qué han expresado, qué dicen de esto?

—Dicen que sanan, pero al poco tiempo la enfermedad vuelve y empeora, otras terminan muriendo y es evidente que no pueden hacer nada más. Mi tía alguna vez me dijo que la máquina era poderosa, aunque no tanto para curar todas las enfermedades, y le hacía creer a la gente que así era, que todo lo sanaba, dado que no desea perder su ganancia económica.

—Tomaré el asunto en mis manos, señorita Amanda.

Amanda asintió.

—Ah, por cierto, la máquina hace ruidos extraños y de la nada se encienden sus dispositivos, aunque uno intente controlar la máquina pareciera que tiene vida propia. Tenga cuidado y no vaya a lastimarse, agente o alguien de su equipo. Las luces de colores que tiene a un costado a veces molestan a los ojos. —Amanda se quedó pensativa con la mirada fija en el aparato.

—¿Qué pasa, señorita Amanda?

—Nada especial, agente. Es solo que recordé a Cory.

—¿Qué sucede con Cory?

Amanda no habló. Solo miró a los oficiales y el agente entendió que debía pedirles que les dieran espacio. Enseguida salieron tras una breve instrucción de Dean.

—Una de las peores cosas que he hecho en mi vida ha sido la de influenciarlo y manipularlo para lograr mi objetivo, él se sentía atormentado con algo que sucedía en su vida, es un muchacho con constantes crisis internas.

—¿Y cómo es que usted lo ha manipulado?

Amanda miró al agente y una lágrima brotó de su ojo derecho.

—Siendo yo todavía una médium me di cuenta de algo poderoso. El día que conocí a Cory no

pude sostener la mirada cuando lo vi de frente. Irradiaba una luz blanca luminosa, ésta era intensa, hermosa, como un círculo blanco que bordeaba su delgado cuerpo. Como ver a un ángel en carne y hueso. Lo primero que pensé fue que él era uno de los míos, él era un brujo poderoso, de la más alta jerarquía.

Dean Antoine pensó de nuevo en las tonterías que Amanda le decía, entonces recordó que Cory le había dicho que Amanda lo veía de una forma extraña.

—No me contuve, mi mente viajó a la velocidad de la luz pensando en todo lo que podía obtener de Cory, era una persona que me convenía tener cerca. Quería saber qué clase de brujo se había cruzado en mi camino. Lo invité a hacer sesiones espiritistas porque la crisis que él ya de por sí traía lo hacía intuir que existían fuerzas sobrehumanas que lo perseguían. Entonces ahí perdí la lógica de todo porque tenía que averiguar qué se traía entre manos.

Al oficial le cuadraron las versiones de ambos jóvenes.

—¿Y le ha dicho algo de esto a Cory?

—No hemos hablado de esto. Cuando él regresó de Suiza, a los pocos días se presentó en la Sorbona, luego nos reunió a Cecile, a Nicolás y a mí en mi apartamento y esa noche ocurrió el desastre en el que todos estamos inmersos. No hemos tocado el tema, no ha habido ocasión, la vida ha transcurrido de tal manera; pareciera que todo es más importante que lo que él y yo debemos decirnos. Quizá nos ha dado miedo hablar, no lo sé, agente.

—¿Alguien más sabe de esto?

—No lo sé. A veces estos secretos se los lleva uno a la tumba, es difícil contarlos. No quería perder a Cory, por eso me mantuve prudente tanto como me fue posible.

Se escuchó el ruido de sirenas y bocinas de auto. Voces varoniles gritaban desde la calle, se pitaban de un auto a otro.

Dean Antoine se asomó por la ventana y tan pronto vio que varias patrullas se estacionaban una tras otra sin guardar el orden, salió disparado a preguntar qué sucedía. Amanda venía detrás de él.

—Tenga cuidado, no se aparte de mí. —le ordenó el agente a Amanda y ésta asintió.

Una ambulancia que parecía estar borracha iba esquivando las calles y se estacionó frente al Ministerio Público.

—¡Rápido, rápido, muévanse! —gritaba molesto uno de los oficiales mientras esposaba a un par de delincuentes.

—¡Adentro! ¡vamos, vamos! —uno de los oficiales golpeó con brusquedad la cabeza de uno de ellos para obligarlo a entrar— ¡Anda, anda! ¡Muévete!

Uno de los delincuentes miró a Amanda de reojo, hizo una expresión como si le conociese, apenas le sonrió y la perdió de vista cuando uno de los oficiales pasó su brazo por el cuello y casi lo ahorca.

—¡Te estoy diciendo que te muevas! —imperó el oficial maltratando al delincuente.

Amanda volvió sus ojos al agente. Dean Antoine seguía observando la escena de las demás patrullas, contó al menos seis patrullas que venían haciendo escándalo por las calles de París.

—¡Vámonos! —dijo Dean Antoine y ambos subieron al vehículo.

Amanda volvió su mirada hacia la puerta del Ministerio Público. La luz amarilla de las sirenas titilaba en sus rostros.

—¿Le conoce? ¿Lo ha visto antes?

—No. —Amanda negó a secas.

El agente encendió el motor de la camioneta y salieron rumbo al apartamento de Amanda.

Una vez dejaron el escándalo atrás, vieron que las calles de París dormían, ambos venían callados, el agente recargó su brazo sobre la puerta y con sus dedos índice y pulgar sobaba su barbilla, se mantenía atento al espejo retrovisor como si esperase una persecución en cualquier momento.

Amanda se sintió tentada a preguntarle al agente qué sabía hasta ahora de las pruebas que habían sacado, pero se arrepintió porque nunca se lo diría, así era como se conducían los agentes y los abogados. La información se manejaba de forma confidencial.

El sonido de un móvil se escuchó en el auto, Amanda sacó el suyo y miró que se trataba de Nicolás y Cory que la esperaban en la Sorbona.

—¿Todo en orden? —preguntó el agente al ver que Amanda se incomodaba en su asiento.

—No lo sé, supongo que sí. ¿Me puede dejar en la Sorbona, por favor?

—¿Van a su reunión secreta? —expresó Dean con ironía— Asistiré yo también si no le importa. —el agente dobló a la derecha y metió el acelerador como si estuviese molesto.

Amanda no dijo más. Solo avisó a través de un mensaje que venía acompañada del agente Dean, pues éste ya sabía de sus reuniones y, a pesar de ello, se mantenía en una actitud incrédula.

Una vez llegaron Dean Antoine dudó en entrar a la Sorbona. Amanda al verlo pasivo en su asiento lo animó a que la acompañara. Y aunque es verdad que Dean era bastante mayor que ella él no se negaba a sus joviales encantos. Amanda no dejaba de resultarle atractiva y sobre todo inteligente. Cruzó una mirada con ella, y sintió algo especial por primera vez, se regañaba a sí mismo pensando en que no debía distraerse ahora y mucho menos con una mujer. Amanda miró al piso y se sonrojó.

—Vamos, se hace tarde —apuntó Amanda sonriendo con un tono de voz dulce y seductor.

Dean asintió como si esa sonrisa lo hubiese hipnotizado y caminaron rumbo al aula donde acostumbraban reunirse desde hace algún tiempo.

—Chicos, chicos, la red notifica que se está conectando el Dr. Bugner, —interrumpió Nicolás. —sentémonos.

—Dr. Bugner, aquí presentes Amanda, Cory, el agente Dean Antoine y Nicolás, su servidor — Nicolás sonrió y se alejó un poco de la pantalla con la intención de asegurar que los asistentes la pudiesen visualizar.

—*Cuf... cuf...* agente, un placer tenerle entre nosotros de nueva cuenta —expresó el Dr. Bugner hablando desde el ordenador y sosteniendo una Biblia entre sus manos.

Antoine asintió con la cabeza.

—Puede continuar donde nos quedamos la vez pasada, se lo agradeceré Señor Fontaine. —el rostro del Dr. Bugner lucía radiante, con un resplandor que transmitía una paz absoluta.

—Porque, por medio de Él, —leyó Cory— Dios creó todo lo que existe en los lugares celestiales y en la tierra. Hizo las cosas que podemos ver y las que no podemos ver, tales como tronos, reinos, gobernantes y autoridades del mundo invisible...

—Perdone, en qué parte de la Biblia dice eso —interrumpió Dean.

—Colosenses 1:16, ¿quiere que lo lea de nuevo?

—No es necesario. Gracias. —Dean comprendió que la opinión de los demás se cimentaba en el error, no obstante, tras su charla con Carsten pensó que el hombre no vacilaría con algo así y que posiblemente él le explicaría qué querría decir la Biblia con un versículo de tal naturaleza.

—¿Está todo bien, agente? —preguntó Nicolás al ver a Dean pensativo y fuera de sí.

—Adelante —contestó Dean sacudiendo la cabeza como si intentara despejar sus dudas de golpe.

Amanda se encogió de hombros al tiempo que clavaba sus verdosos ojos en la mirada de Nicolás.

—Sabemos que ésta es la secta más grande del mundo. —continuó el Dr. Bugner— La diferencia es que ellos usan artimañas como el materialismo y lo esconden con poderes espirituales. Son ambiciosos, su objetivo es llevar a la humanidad a la condena eterna. —comentó el Dr. Bugner.

—Eso quiere decir que su máximo líder es Satán. —afirmó Nicolás al tiempo que extendía un plano sobre la mesa.

—De modo que a este mal se suman experimentos génicos de los que nos ha hablado el Dr. Bugner, la eutanasia, la destrucción de la familia... —dijo Cory.

—No olvidemos que Satanás es el príncipe de este mundo y hará todo lo posible por engañar a los santos. —expresó el Dr. Bugner.

—¿Los santos? —interrumpió Dean.

—Sí, los escogidos, los hijos de Dios. —apuntó Cory.

—Vaya —nuevamente caemos en lo mismo se dijo para sí Dean.

—Con relación a los fenómenos sobrenaturales y a las manifestaciones que imitan según ellos el poder del Espíritu Santo, ¿qué puede decir, Doctor? —cuestionó Dean pensando en que el Dr. Bugner lo iba a tomar por un tonto, con ello, él dejaría tales estupideces a un lado y seguiría luchando con la realidad que era su investigación. —¿Es cierto que no significan algo o sí? —pensó en Karmele.

—Agente... *cuf, cuf...* me temo que usted ignora el principio de esta triste realidad, es la raíz de lo que ahora acontece y acontecerá en todo el mundo. El tiempo está contado. Se espera algo aún peor que el 90% de la humanidad ignora. Considérese afortunado de estar vivo y enterarse de lo que sucede frente a sus ojos y que solo pocos pueden percibir con su espíritu.

Antoine pasó saliva al ver la seriedad con la que hablaba el Dr. Bugner.

—La Iglesia cristiana ha caído en garras de Satanás y sus demonios. —anunció el Dr. Bugner.

—Entiendo lo que dice, y aún sigo sin comprender qué tiene que ver la Iglesia con todo este asunto en el barrio Latino, respeto sus creencias, no las comparto, sin embargo, el tema es constante entre los jóvenes que fueron violentados, entre gente seria y conocedora de la Iglesia, la teología, ahora sacan escenarios de una élite... —Antoine se quedó mirando a Amanda porque tenía en la punta de la lengua las palabras bruja y poderes esotéricos, no obstante prefirió callar ante la irritada y suplicante mirada de la joven.

—No se inquiete aún, agente, es evidente que debemos estar alertas, el Señor Jesucristo no se olvida de los suyos y los cuida. Lo maravilloso es que no tarda en venir por su bendita Iglesia.

—Yo no tengo una fe, no creo en nada, no me interesa creer en algo salvo en la realidad que me acontece cada día. Todo esto resulta fantasioso, bastante fuera de lógica. Solo hago mi trabajo.

El móvil de Dean sonó y éste lo miró de reojo.

—Me retiro. Con su permiso, Dr. Bugner, chicos. —el agente volvió a mirar su móvil sin decir nada más.

Antoine se levantó y salió del aula sin sentir la certeza de que pensaba lo correcto. Más bien se sintió abrumado, no imaginaba hasta qué punto esto era una tomada de pelo o es que él no

compartía la misma sensibilidad emocional, era claro que al menos la espiritual no. Como fuera, notó que ese no era su lugar. Seguro él se movía entre los culpables, pero aún no lo detectaba y lo disfrazaban bajo un juego espiritual. Mentir y confundir es casi lo mismo, pensó. ¿Sería que Amanda tenía mucho que ver en esto y lo escondía detrás de la máscara de Kardec?, o ¿sería posible que Cecile haya provocado el desastre a partir de sus lecturas esotéricas?, o que Cory haya enloquecido en una de sus crisis existenciales. Nada tenía sentido. Pero... ¿y la presencia del Dr. Bugner en todo esto? Un hombre serio como él no vacilaría con algo así. En fin.

Ya estando en el pasillo principal de la Sorbona Dean echó un vistazo a su reloj de mano mientras miraba sus notificaciones y regresaba la llamada que había perdido. Al tiempo pensaba en la vitrina de cristal del Instituto Kardec que dejaba a la vista la colección de libros y objetos esotéricos que se disponían para su venta al público. Subió a su vehículo y se dispuso hacia las aulas de Kardec.

Tan pronto habló con una voz al otro lado del móvil, recordó el manual de Kardec que alumbraba una luz ámbar al interior de esa enorme y elegante vitrina.

De inmediato bajó el móvil cuando sus ojos se clavaron en un símbolo pequeño que estaba impreso en la esquina inferior derecha del manual de Kardec. Pensó en Cecile y en la carta que encontró en el escritorio de Amanda. El color de la tinta de la letra y del símbolo coincidían.

—Ahora mismo te regreso la llamada. —dijo Dean subiendo el móvil a la altura de su boca y colgó. Configuró su aparato en modo cámara y retrató tan peculiar objeto. Miró la fotografía y le extrañó una luz blanca que como un *flash* se reflejaba en el objeto no dejando ver con claridad la imagen capturada. La ignoró e hizo un par de tomas extras. No había logrado su cometido.

Salió del Instituto a toda prisa, subió a su camioneta como una bala y manejó hacia su oficina librando cada semáforo que encontraba al paso. De pronto sintió como si alguien lo estuviese persiguiendo. Seguido miraba hacia la parte trasera a través de su espejo retrovisor, pero no veía nada. Ni siquiera un auto detrás del suyo.

Dobló en la siguiente esquina e inspiró profundo al ver la Torre Eiffel iluminada. Se relajó al pensar en lo cerca que estaba de atrapar a su enemigo. Aunque ya desde hace tiempo había notado que esta lucha se tornaba cada vez más difícil. Bajó la velocidad y volvió sus pensamientos hacia Amanda. La mujer que lo cautivaba era su principal sospechosa. Llegó a su casa y pensó que al fin dormiría como un bebé recién nacido cuando vio una luz encendida. Llevó su mano a la cintura en busca de su revólver y notó cómo la adrenalina empezaba a despertar sus cinco sentidos en medio de la penumbra parisina.

Estacionó la camioneta a una cuadra con la intención de sorprender al intruso con su llegada. Bajó despacio y apenas cerró la puerta del vehículo se aproximó a su casa dando pasos firmes en una posición de alerta. Se encorbaba al caminar y de nuevo recuperaba la postura conforme se acercaba, todo con la única intención de protegerse. Al llegar a la puerta principal se quedó en silencio. Pegó su oído a ésta esperando escuchar algún extraño sonido que pudiera despertar el momento de la acción ante un posible peligro. Notó que la cerradura tenía llave. ¿Cómo habían entrado?, pensó. Despacio sacó la llave de su pantalón y la introdujo en la cerradura, giró a la derecha, presionó el cerrojo y enseguida su determinación lo empujó a abrir de un golpe la puerta.

—¡Te tengo, maldito! —apuntó en todas las direcciones sin disparar.

Ya le escurrían algunas gotas de sudor cuando avanzó hacia su biblioteca sin dejar de cuidarse las espaldas. Recorrió su pequeño apartamento con pistola en mano y no encontró más que una pila de papeles con los últimos detalles de su investigación.

—Falsa alarma, —se dijo— todo está tal cual lo he dejado. Quizá en una vil distracción dejé la luz encendida. Cosa que le parecía extraña, puesto que él siempre había sido un hombre organizado y atento con los detalles. Nunca se le pasaba algo así. Pensó en el cansancio que sentía y tan pronto se tranquilizó decidió rendirse y acostarse en el sillón de su sala.

Al nacer huérfano de padre sintió la necesidad de proteger a su hermana y a su madre ante los peligros. Y parte de ese “actuar en consecuencia” era dedicar su vida a ello. No creer en nada, absolutamente en nada. Había que ser desconfiado y hábil para detectar engaños. Las apariencias engañan, le decía su madre. Nunca creas nada de lo que te dicen. Tu muerte será en soledad. Encontrarás lo inevitable. Nunca acudas a los demás, tú tienes la capacidad de resolverte y cuidar de tu entorno. Que nadie te diga nunca qué es lo que debes hacer. Cuando Dean creció supo que en realidad su padre nunca murió. Más bien su madre mantuvo el secreto oculto hasta que ella murió y gracias a otro caso que él manejó fue que encontró a su padre, un exagente. Cuando Dean descubrió que su padre aún vivía, desde ese momento odió a su madre por habérselo ocultado. Y entonces supo que ella tenía razón: nunca creas nada de lo que te dicen. Empezando por ella. Nunca debió creerle. Cargó con esa culpa muchos años. Su hermana se fue de casa al enterarse de la triste realidad y tras varias visitas al psicólogo ella al fin superó el dolor y dedicó su existencia a ayudar a los huérfanos. Porque, aunque nunca fue huérfana vivió bajo esa mentira. Dean prometió jamás abandonarla. Tres años después ella también murió y su papá enfermó de gravedad. Dean se quedó solo tal cual su madre se lo advirtió y por lo mismo la odió más.

Los recuerdos lo oprimían y para aminorar esa culpa es que decidió dedicar su vida a buscar el bienestar de las personas. Defender la justicia siempre que fuera posible. No se perdonaba que un criminal escapara. A sus casi cincuenta años de edad había logrado una carrera exitosa: persecuciones, hallazgos, capturas de importantes rufianes, hipótesis confirmadas, miembro de seguridad de personalidades influyentes, líder del cuerpo de vigilancia en Francia. Era increíble pero cierto, una palabra mal encajada o simplemente suprimida daba suficiente para que alguien eligiese el rumbo de su vida profesional. Su madre le mintió, lo engañó, le robó el amor de su padre y asesinó a base de tristezas a su única hermana. Nunca le perdonó el mal que hizo.

Su infancia fue la peor parte de su vida. Mientras los niños jugaban y hacían cartas en Navidad, él debía pensar en cómo ayudar a su madre a ganarse el pan, la protegía y buscaba formas de hacerla sentir amada. El tiempo le enseñó a ser hombre. A madurar y a formarse convicciones. Desde muy joven fue un muchacho independiente e incrédulo. Las chicas lo buscaban por lo atractivo de su hombría, pero él se negaba a amar para evitar que lo volvieran a lastimar. El dolor más grande de su vida lo había causado una mujer: su propia madre.

Aun caían pequeñas gotas de agua que durante la noche bañaron las calles de París cuando Dean despertó y se percató que seguía tumbado en el sillón. Cerró las ventanas del apartamento y se preparó una taza de café. Pensó en el viejo Carsten y en Cory. Miraba el ordenador sin mucho ánimo. “¿De qué clase de secta estamos hablando?”. Resolvió acudir a la Sorbona y volver a visitar a Carsten cuantas veces fuese necesario. La idea de que la Sorbona escondía algo no lo dejaba en paz. El barrio Latino tenía un aspecto opresivo.

Sacó su móvil para mirar las fotografías que capturó del manual de Kardec, sintió entonces que había fotografiado a la misma muerte. Al ver la foto quedó despavorido, pues las imágenes eran de un aspecto fantasmagórico. “Si yo nunca hice esta toma”. Cogió una lupa que tenía en su escritorio e inspeccionó de nuevo la foto, esta vez más de cerca. No solo notó un punto blanco en medio de la imagen, sino que además se alcanzaba a ver a través de una marca de agua a una persona que posaba detrás del manual de Kardec. Dean aseguraba haber estado completamente solo aquel día en el que salió a altas horas de la Universidad.

Volvió a echar un vistazo y vio que sobre esa marca de agua había una sombra a la altura de los hombros de aquella figura humana. Dean entrecerró los ojos con el propósito de reconocer el rostro. “Esto debe ser un error del ángulo, seguro lo hice mal”.

Deslizó su dedo a la siguiente imagen y vio lo mismo desde otro ángulo. Dean pasó saliva, un intenso escalofrío recorrió su espalda. Bebió otro sorbo de su taza de café. Siguió pasando las fotografías con su dedo índice y se sobresaltó al llegar a las fotografías que sacó de Cecile. Le sorprendió no haberlas mirado antes con el mismo detenimiento. No vio el punto blanco, pero sí la misma sombra y una figura femenina a un lado de la joven que aproximaba su mano hacia el collar de Cecile. En ambas fotografías las imágenes eran semitransparentes con el contorno sombrío. A Dean le pareció absurdo lo que pensó, pero si esto no era un efecto de la fotografía, entonces palideció al afirmar en su mente que se había adentrado en el reino de lo sobrenatural. Volvió sus ojos sobre aquellas imágenes tenues, pensó en los jóvenes y en esas sesiones espiritistas que cada uno a su manera, salvo Nicolás, habían presenciado. ¿Por qué querían contactar con un muerto? ¿qué buscaban? Negó con la cabeza y pensó que solo se trataba de negativos. Las imágenes espectrales le parecían sumamente perturbadoras. “Solo son manchas de luz”, pensó para, de alguna manera, aquietar su espíritu. Tranquilo Dean los fantasmas no existen ni nada de estas fantasías sobrenaturales. No te confundas. Dejó el móvil a un lado y encendió el ordenador. Escribió en el teclado palabras relacionadas con fantasmas y espiritismo.

De nuevo salió a su vista la ventana emergente atascada de publicidad. En cuanto avanzó con el *mouse* para minimizar la ventana, le brotó otra ventana con imágenes esotéricas. ¿Pero qué demonios? ¿Por qué me sale esto a mí? El nombre de Blavatsky le asaltó a través de una liga en color azul que apareció de repente. Leyó: “Amanda Thompson lideresa del movimiento espiritista en Londres”. “Esta mujer es una profesional de las artes ocultas”, pensó, ¿pero, y qué tenía que ver Amanda con Blavatsky? Dean cliqueó en el nombre de Amanda, la página *web* parecía estar bloqueada, pero encontró un video de una despedida que le hizo la sociedad estudiantil de Londres cuando partió de Inglaterra.

Se tranquilizó luego de ver la fecha de publicación del video y efectivamente era de años atrás. Amanda se había vuelto popular en la sociedad estudiantil. Oswin firmaba la autoría del video. La curiosidad de Dean lo llevó a mirar la producción audiovisual, adelantó el video y lo pausó

una vez pasaron los comerciales.

—Amanda me obsequió estos libros —era Oswin quien hablaba mostrando las portadas. — *Objeto de los misterios y Práctica de la filosofía oculta...* leyó Oswin en voz alta.

—¡Sí, *La doctrina secreta!* —dijo una chica llamada Sophie exaltándose y sintiendo la adrenalina del momento.

—Este libro me lo obsequió Amanda al poco tiempo de conocernos. Desde entonces ya era una criatura peligrosa y astuta —Oswin hablaba con un tono de voz misterioso y luego se echó a reír al ver que Amanda era cómplice de su broma.

—Háblanos más de ti, Amanda... háblanos más de esos seres. —una joven de nombre Leonie insistió mientras se dejaba caer sobre un sillón.

—¡Que hable de la hipnosis! —Dana gritó y luego tapó su rostro con un cojín protegiéndose de otro que Oswin le aventó.

—Sí, o de Kardec... cualquier tema es perfecto para ti, creciste y te formaste en una familia de poderes ocultos y sabemos que te fascina leer textos de seres particularmente iluminados que aportan algo a ese escalofriante mundo en el que te desenvuelves y nos mueves. —Emma y Leonie sugirieron entusiastas.

—Miren, chicos, esto no es un juego. El reino de los espíritus es tan real y poderoso que gracias a ese poder es que se ha hecho visible a ustedes y han creído. ¡Ustedes son privilegiados!

—Amanda sanó a mi abuelo. —Oswin se acercó a Amanda y, sonriendo, le acarició el hombro. Todos en la sala lo miraban boquiabiertos.

—Bien... regresando a Madame Blavatsky, o qué tal si mejor seguimos con Joseph Bacconieri... —Amanda buscó evadir la conversación para adentrarse en la búsqueda del deseo por unirse a lo cósmico e incitar a sus amigos a trabajar por la realización interna del ser humano a través de estas filosofías ocultistas.

—¡No! Probemos con Mesmer, nos has contado que es el pionero de la hipnosis y quien descubrió el magnetismo animal... y hablando de ello, ¿tus tías aún conservan el IMAGNETONIC? —Dana insistía.

—Lástima que no todos vivimos aquí en Londres, estaría genial conectarnos a ese aparato mágico. —Dana adelantó su comentario antes de que Amanda respondiera.

—No es tan difícil como parece... —Amanda alzó la ceja y una vez más volvió a sentirse la reina de la noche— aun en la distancia puede sanar, basta tener un par de cabellos disponibles del enfermo y por medio de ondas electromagnéticas el cuerpo humano comenzará a reaccionar para su sanidad.

De nuevo todos quedaron boquiabiertos.

—Amanda, no te vayas de Inglaterra. ¿A dónde irás? —suplicó Sophie cambiando de tema.

—Aún no lo sé, pero todo en la vida pasa para mejorar. Los mismos autores que leemos nos enseñan eso. ¿Qué tal Emmanuel Swedenborg? ¿o sus libros sobre “El otro mundo” o “El más allá”? ¿No abandonó sus investigaciones científicas para dedicarse a la investigación teológica, psicológica y filosófica y hacer descubrir a los hombres una espiritualidad racional? —Amanda colocó sus dedos sobre su barbilla partida y miró con intensidad a Dana. —Swedenborg es el autor que menos leo, pero algo me ha enseñado. —se encogió de hombros pensando en lo mucho que éste llamaba su atención e inquietaba sus intereses.

—Bueno, y como hoy eres la festejada, vamos a tener una velada que nunca olvides. Sabemos que Allan Kardec es tu iluminado favorito. —Oswin propuso una nueva idea que hizo brillar los verdosos ojos de Amanda.

—Allan Kardec estudió el tenebroso mundo que atrapa con sus macabros trucos a seres inocentes... —Amanda se levantó del sillón y con una voz suave y misteriosa caminó rodeando la mesa de la sala— De hecho, fundó escuelas con el objetivo de estudiar misterios que enseñan el significado profundo de la vida —los jóvenes escuchaban sin pestañear, deseando en sus corazones acudir a un aula de aquellas. —¡Kardec es fascinante! —bajó la voz y continuó hablando casi a susurros. —Gracias a su material, me encontré aportaciones de las escuelas del Antiguo Egipto.

—¿Del Antiguo Egipto? —Dana y Sophie parecían haber sincronizado sus pensamientos cuando preguntaron de forma simultánea.

—Sshhh... —Leonie les ordenó silencio.

—Sí, porque transmiten conocimiento relacionado a las ciencias de los símbolos, —Amanda turnaba su vista para mirarlos a todos— a la alta magia, —extendía sus brazos hacia el vacío como si señalara el universo— a las leyes creativas del universo, a la alquimia operativa y a todo lo que tiene relación con el saber oculto.

Dean pausó el video y lo retrocedió para hacer anotaciones. La alarma de su cafetera lo distrajo. Se sirvió su taza de café y regresó al ordenador. Vio la hora y partió rumbo a la Sorbona con la firme convicción de hablar con Carsten. Más tarde seguiría en esto. Se sintió tentado a mirar de nuevo la vitrina del Instituto Kardec para asegurarse que las fotografías salieran de manera correcta, no obstante, su inquietud por visitar a Carsten era mayor que sus telarañas mentales, así que manejó rumbo a la Universidad.

Al caminar sobre uno de los pasillos escuchó una voz que le pareció familiar, retrocedió confirmando que no era una alucinación y se maravilló al ver al viejo Carsten que impartía su clase. Se acercó con la misma cautela con la que siempre lo hacía.

—¿Qué es lo que hace la ciencia? La razón científica parte de un presupuesto verificado, hay una correspondencia entre el espíritu humano y su razón, y las estructuras racionales que están intrínsecas en la naturaleza. —el profesor Carsten abrió su clase retomando el tema de estudio de la sesión pasada para construir el camino hacia la pregunta que nadie supo contestar.

—La ciencia responde a una lógica de algo existente. —un estudiante alemán respondió con toda seguridad.

—¡Exacto! —Carsten dibujó trazos en un pizarrón— Pero... lo que no puede responder es al hecho de por qué existe eso. Entonces hay que admitir que son otro tipo de “ciencias” las que tienen que venir a auxiliarnos, como la filosofía o la teología.

La curiosidad de Dean se despertó de inmediato.

—La ciencia se mueve dentro del dato, de una forma que aporta a la humanidad algo valiosísimo porque nos permite ciertas mejoras en nuestra calidad de vida, tan solo el hecho de recibir atención humana la hace valiosa, pero no puede salir del dato. —continuó Carsten.

—¿De dónde viene el dato? —una voz inocente y dudosa arrebató la palabra de forma espontánea apenas terminó Carsten.

—El cosmos no puede ser explicado por la capacidad del hombre de medir. ¿Hay algo a lo que la ciencia necesariamente no pueda llegar? Queda algún espacio, algún misterio... ¿Cómo ha llegado este dato aquí? Albert Einstein lo decía: *No se puede ser científico sin aceptar el misterio.* —Carsten siguió trazando sus clásicos esquemas en el pizarrón como una manía. Circulaba conceptos, rayaba datos y los sustituía por nuevos, y marcaba con flechas y garabatos los conceptos que se relacionaban entre sí.

—La ciencia busca dar una respuesta que sea incuestionable. Al día de hoy hay infinidad de preguntas fundamentales que están fuera de lo que la ciencia puede contestar, la esperanza del científico es alcanzar, con el tiempo, respuestas sólidas a esas preguntas. Sin embargo, —Carsten expresó con un dejo apasionante por la ciencia— la cuestión es ésta: no se trata de preguntas que hay y habrá, que hacen posible esa atención del ser humano y en concreto del científico por alcanzar respuestas ciertas. La gran pregunta de la clase pasada se repite... ¿por qué existe la realidad y no nada? Esta pregunta va unida a cualquier ser humano, al que no sabe leer y escribir, al de hace quinientos años, como al hombre de hoy.

—Entonces, fuera de eso, ¿a lo que no puede ser verificado no se le debe otorgar el don de la razón? —se escuchó la misma voz varonil al fondo del aula.

—Solo lo que es ciencia puede repetir el experimento. No todo puede ser verificado en el campo matemático, hay algún tipo de verificación humana que nos permite estar ciertos ante la realidad. Tan fácil como esto, —Carsten señaló a un compañero al azar. —Responda, ¿a usted lo quiere su padre o su madre?

—Supongo que sí, ¡Qué pregunta!

—Usted en realidad no lo sabe, no tiene una prueba científica de que sus padres le quieren.

—Eso es cierto, pero... nos estamos viendo limitados para responder.

Dean miraba boquiabierto a los jóvenes y a Carsten.

—A eso llamo la autolimitación de la razón del hombre moderno, entonces, el problema ya no es frente al cosmos, es frente a algo tan concreto como una novia o un novio con el que me voy a casar, es frente a una amistad, lo que está en juego y lo que estamos llamados a salvar hoy es lo humano, lo que verdaderamente está en peligro. —Carsten dividió el pizarrón dibujando una raya en medio. —Ahora, la reflexión que nos llevamos. La ciencia y la religión comparten muchas preocupaciones sobre problemas actuales como la ecología, tratamiento de enfermedades, alargamiento de la vida, reproducción humana, la búsqueda de otros planetas para vivir, el uso de la energía, etc. ¿Cómo enfrentar estos avances desde la perspectiva teológica y científica? ¿Quién dice yo? —Carsten ofreció su espacio para que, con toda libertad, sus alumnos tuviesen la oportunidad de expresar su pensamiento.

—Estamos en un mundo donde hoy todo está en discusión, cualquier tema. El haber arrojado fuera de lo científico lo que no se sometía a ese método como es la teología, la filosofía y la ética, ha conducido al subjetivismo. Hoy se trata de “Lo que sienta cada uno”. —afirmó el estudiante alemán contagiado por la pasión de Carsten.

—Por eso es tan importante establecer diálogos donde la teología tenga un papel fundamental por lo mucho que le tiene que decir al hombre de hoy. —aseveró el estudiante con acento español.

—Lo que está en discusión es lo humano porque es el único punto donde podremos llegar a estar de acuerdo, distintas ideologías, opiniones, un mundo que es multicultural, distintas religiones, es necesario que haya un punto que ponga de manifiesto el corazón del hombre con todas sus exigencias más profundas y todas ellas racionales, no puede ser algo impuesto, y aquí es donde yo reclamo a la Iglesia, la Iglesia de hoy tiene que estar viva para poder aportar al hombre de hoy lo suyo, lo que es propio. —Carsten hablaba exaltado—¿Y qué es lo propio? No algo que ella ha conquistado por la razón, los méritos no cuentan, yo no alcancé la salvación por mi inteligencia. Porque lo que sucede en la Iglesia es dado por Dios bajo el esquema de la gracia. Las consecuencias y la visión que Cristo trae, en el caso de la fe cristiana.

—Pues claro, así de fácil: quien separe a la ciencia de la teología está perdiendo. La ciencia se

impone por la evidencia de las razones que se han alcanzado. —un estudiante francés concluyó con certeza.

—¡Esto es una taza! Es evidente. —el profesor tomó su taza de café y la señaló. —Los datos que publican las ciencias son evidentes, se imponen. Si yo discutiera que esto es una taza estaría loco. Si alguien pone en discusión una meta alcanzada por la ciencia como lo es la verificación, se pensaría que está loco. —Carsten se detuvo unos segundos en medio del aula y observó al alumnado buscando respuestas.

—Sin embargo, —continuó— para la fe y para la teología ya no es así porque esa verificación requiere la libertad del ser humano. ¿Qué hace la diferencia entre un científico creyente y otro que no lo sea, si ambos son del mismo valor? ¿Qué les distingue?

Los compañeros intercambiaron miradas tras la pregunta del profesor. Dean también seguía atento, a veces se sentía tentado a responder y se retractaba al recordar su posición como oficial y no como estudiante. Además, escuchaba la clase desde un pasillo.

—El haberse encontrado a sí mismo y... la libertad de cada persona. —un español opinó titubeante.

—En la ciencia no existe esa posibilidad, ella dice que dos más dos es igual a cuatro y si crees otra cosa tienes que ir al psiquiatra. Sin embargo, lo divino nos indica que hay un Dios que busca que el hombre le reconozca libremente, por eso nunca habrá una evidencia científica que te diga: Yo soy Dios.

Una vez más, Carsten miró el reloj y salió apresurado a su siguiente clase. A la salida se encontró caminando sobre el pasillo al agente Dean. Tan pronto lo vio, lo saludo en un suspiro y siguió sobre sus pasos. Dean lo observó, aunque la clase anterior había terminado, sus alumnos le seguían para mantener el diálogo vivo. Dean Antoine se maravillaba ante ese hombre.

—Profesor Carsten, me gustaría retomar nuestra última charla sobre Cory y algo más. —apuntó Dean con seriedad.

—Será un placer atender a su solicitud, agente. Pase a visitarme luego, mis horarios están pegados en la ventana de mi oficina. Ahora tengo estos últimos días bastante ocupados, pero sorpréndame cuando lo considere oportuno. Con su permiso —Carsten esquivó a Dean y entró en el aula que estaba próxima.

Dean salió de la Sorbona rumbo a su camioneta. Manejó de regreso a la oficina y ahora una serie de nubes mentales lo oprimían dejándolo intranquilo, confundido ante lo sucedido. Se sentó en su silla y recibió de un golpe sobre su escritorio el periódico. Enmudeció al leer el titular de la primera plana. “Líder de iglesia... El reino de Dios” ha sido arrestado por fraudes, además de haber atacado sexualmente a mujeres que se congregaban en su templo.

Le sorprendió ver la foto que mostraba el periódico, alguno de aquellos rostros le resultó familiar. Amanda vino a su mente y recordó que tenía anotados algunos nombres de los templos protestantes de París. A un lado de esta lista había apuntado la página *web* de la Sociedad Espiritista de Francia. La tecleó y enseguida la red arrojó diversas imágenes que ilustraban las prácticas que se llevaban a cabo entre los espiritistas tales como ritos, misas y ceremonias de carácter satánico.

Una llamada entró a su móvil. Dean llevó su mano a la cintura para tomarlo y sin dejar de mirar las imágenes respondió.

—Tenemos los resultados de la investigación relacionada al Caso Louissette Fontaine. Cuando pueda lo espero en el hospital.

—Estupendo, Alphonse. Nos vemos tan pronto salga de aquí. —respondió sin guardar

expectativa, pensó en que seguro le saldrían con otra estupidez.

Siguió bajando el cursor y observó que las prácticas que se llevaban a cabo entre los espiritistas eran una copia de las actividades que se celebraban en los templos protestantes de París. Dio doble clic en la palabra Kardec y se percató que el Instituto encabezaba el movimiento. Entrecerró sus ojos para leer la letra pequeña que se reflejaba en la pantalla, bajaba el cursor y leía de continuo.

Caminó por las calles del barrio Latino, llevaba las manos al interior de los bolsillos de su pantalón y la vista fija en el piso. La nocturnidad de París lo abrazaba. Cerca, escuchó una voz que le sonó familiar, siguió caminando hasta convencerse que no era una alucinación. Avanzó esquivando pequeños grupos de turistas y a meseros que salían hacia el exterior para invitarlo a degustar las delicias del pequeño establecimiento que quedaba al paso. De pronto lo vio, ahí estaba, Cory Fontaine, hablando con unos amigos que hasta el momento eran desconocidos para Dean. Se acercó para saludar y coincidió en que Cory se despedía de sus amistades.

—Señor Fontaine, grata sorpresa encontrarlo por estos rumbos.

—Lo mismo digo, agente. Lamento que se niegue a hacerse presente en nuestras reuniones de la Sorbona.

Dean permaneció en silencio como si pensara en las palabras exactas que debía decir. Fueron hacia un lugar más tranquilo.

—Mire este libro —Cory sacó de su chaqueta el libro del profeta Ditrik Bajnok, lo hojeó con velocidad de atrás hacia adelante y se detuvo en la dedicatoria. Dean tomó el libro entre sus manos y leyó.

—De modo que usted tiene potencial de profeta, según leo.

—El profeta lo dijo porque soy de los franceses de élite según él y puedo aportar jugosos recursos económicos a la Iglesia.

Dean llevó su puño a la barbilla y asintió en silencio.

—En cuanto terminó de firmar el libro me dio un formato para ingresarlo a la Escuela de Profetas en Estados Unidos. Cerró el libro y me lo entregó. Luego le hice una pregunta cuya respuesta me heló la sangre.

Antoine hizo un gesto dando a entender que deseaba enterarse de dicha conversación.

Cory prosiguió:

—¿Es usted cristiano u ocultista? —le pregunté.

El rostro del profeta se transformó como si yo hubiese descubierto algo que no debía. Se desconcertó. De modo que le dije que me había encontrado con algunas partes en su libro donde dejaba ver que era un hombre muy bien documentado, que conocía su materia y me preguntaba cuál era su creencia, porque escribía tan bien de Satanás como lo hacía de la Iglesia Cristiana. Así que volví a preguntar ante el ruido de su silencio.

—¿Es usted creyente de la fe cristiana o es ocultista?

Llegó el silencio otra vez. Pensé que me ignoraba hasta que por fin habló.

—Soy ambos. Un cristiano ocultista. —afirmó tajante.

—Creo que hice el mismo gesto que usted, agente. Así de sorprendido me quedé.

—¿Se puede ser cristiano y rendirle adoración a Satanás? —pregunté todavía más desconcertado.

Dijo que él era una personalidad influyente. Que las personas lo seguían y recibían el poder del Espíritu Santo cuando él llegaba a algún lugar. Levantó su mano señalando el sitio y miró alrededor.

—La creencia del cristiano ocultista —explicó él— es más completa, porque nosotros veneramos a Satanás como a Cristo mismo. Sin Satanás no hubiese habido redención. Sin Satanás, Cristo no hubiese venido al mundo para salvar a la humanidad. Ambos seres deben ser

adorados y debemos mostrar nuestra gratitud y reverencia. Ni uno ni el otro es mayor. Ambos merecen nuestro respeto.

—A mi entender sonaba lógico, pero ciertamente me quedaba una inquietud. ¿No se supone que Cristo derrotó a Satanás? —le pregunté.

—Y sin Satanás no hubiese existido Cristo. —rebatí él.

Una vez dijo esto se despidió de mí.

—Le expresé que me gustaría verlo de nuevo. Él sonrió y señaló al reveso del libro los datos de la editorial. Comentó que viajaba seguido, pues los profetas eran una figura elemental en el pueblo de Dios. Se despidió haciendo una señal con su mano derecha.

Quedé asombrado, así como usted parece estarlo ahora, agente. Estamos entre serpientes y dragones. Al menos ahora, después de mi experiencia en Suiza afirmo que conozco la verdad.

Dean hizo una mueca y se volvió hacia el primer establecimiento francés que quedaba al paso. Divisó el cielo que amenazaba con su penetrante olor a humedad.

—¿La verdad? ¿Qué sucedió en Suiza? ¿De qué experiencia habla?

Aunque no tenía gran apetito, Cory señaló un pequeño restaurante sobre el barrio Latino donde pudiesen charlar sin riesgo a ser sorprendidos por la lluvia. Antoine le siguió y saludó de forma cordial al mesero que con gratitud les daba la bienvenida.

—Hubo una noche, —continuó Cory— la más aterradora que he vivido. Vivía yo aún en Cordes-Sur-Ciel con Cecile y mis padres cuando ese ser, ese algo, irrumpió en mi vida. Se lo conté en el hospital, lo recuerdo. Esa voluntad oculta retorció mis extremidades, clavó sus afiladas garras sobre mi piel. —a Dean le vino la imagen de Alphonse— No lo podía ver, pero luchaba contra él. Mi cuerpo me dolía, este ser tiene la facultad de quemar, de destruir, de atormentar. Se puede esperar lo peor. Era como estar en una guerra entre lo visible y lo invisible.

Tan pronto supimos de la desaparición de nuestros padres Cecile y yo nos mudamos a París con mi abuela. Ingresé a la Sorbona, pero yo no era ya el mismo. Esas inquietudes y sueños mundanos con los cuales crecí dejaron de tener sentido, de hacerme ilusión, se rompieron. Ahora solo quería saber qué había pasado conmigo, por qué había sido yo afligido de esa manera tan grotesca. Y encima qué había pasado con mis padres. Todo fue tan extraño y además sucedió como una reacción en cadena.

Pensé que iba a perder la vida, aunque sí perdí la idea de un propósito. Desde aquella noche tuve presente ese universo oculto habitado por seres sobrenaturales que dominaban el mundo terrenal de los mortales. Ahora cualquier anhelo humano, cualquier deseo salido de este corazón, la menor importancia tenía.

—Dean trató de guardar la calma. Gustándole o no, Cory narraba hechos que él ya había comprobado, salvo la aparición de ese intruso.

—Lo humano perdió su valor, —prosiguió Cory con la mirada fija en la mesa— se desvaneció y más bien sentí como si algo que está más allá de este mundo cobrara fuerza en lo más profundo de mi ser. Algo eterno. Desde luego un nuevo sentido de vida llegó a partir del dolor, de lo contrario quizá nunca lo hubiera percibido.

Dean Antoine lo escuchaba con atención. Los ojos de Cory lucían transparentes como su alma. El agente inspiró hondo y algo le hacía sentir un cierto alivio. Como si Cory le transmitiese paz y seguridad ante el turbulento caso. Se relajó en su silla y dejó que Cory hablara sin interrumpir esas palabras que más que perturbarlo lo tranquilizaban.

—En el tercer año de carrera profesional —continuó Cory— la Sorbona solicita a sus estudiantes realizar un intercambio académico como requisito para su titulación. Así fue, gracias

al profesor Carsten, bendito hombre de Dios, que partí a Ginebra. También el profesor Wide Fuster es igual de grandioso.

—¿Y él es...?

—¡Ah! Él ha sido docente de la Universidad durante treinta y dos años, es profesor de Literatura Universal y Etimologías Grecolatinas en la Facultad de Letras de la Sorbona. Ese profesor sabía muy bien lo que me sucedía sin siquiera habérselo contado. Incluso me recomendó leer mi novela favorita, *Niebla*, de Unamuno, pero cuando lo hizo ya la había leído. Le dije que ya lo había hecho y luego me dio una gran lección cuando expresó que leer nuestras obras favoritas en las distintas etapas de la vida nos deja nuevas enseñanzas. No lo pude negar. El profesor tenía razón. Ir a Ginebra fue la mejor decisión de mi vida. No sabía cómo enfrentarme a este conflicto y estar ahí aquietó mi espíritu, mis pensamientos, finalmente encontré una esperanza. Debía moverme. Aquí en París no iba a obtener absolutamente nada. Quizá más tormento. Siempre he pensado que este lugar tiene algo. ¿No lo cree? —Cory se inclinó hacia el centro de la mesa y bajó la voz— ¿Cuántos secretos más estarían guardados en este misterioso y gótico barrio de París? No me diga que no lo ha pensado también. Mírenos. Aquí estamos inmersos en una lucha que no parece del todo absurda.

Dean frunció el entrecejo y al mismo tiempo recargó sus codos sobre la mesa.

—Ver el CETS es una experiencia maravillosa. Llegué a La Universidad de Ginebra. Éste era el último escalón para llegar a la cumbre.

Dean alzó la vista cuando apareció frente a él un mesero. Todavía no había logrado hablar cuando Cory siguió.

—El CETS es el Centro de Estudio Teológico de Suiza. Y sabe, antes de llegar al CETS tuve una convicción. Como si las circunstancias se hubiesen conjugado para hacerme entender algo que sobrepasaba mi entendimiento, pues crucé algunas calles que parecían marcar el destino del hombre, —Dean lo miró con extrañeza —oh, sí, como si éstas plasmaran el destino de la humanidad en sus posibles vertientes:

—No entiendo con exactitud de qué habla, discúlpeme por favor. Me temo que pueda ser el cansancio acumulado. —Dean talló sus ojos y volvió a inspirar hondo. Cualquier tema existencial bien podía causarle conflicto, él no estaba hecho para ello. Hizo su mayor esfuerzo por mostrarse empático con el joven francés.

—Lo siento, agente, no es mi intención aburrirle. Cuando me apasiono acerca de algo no me contengo.

—No, no, adelante. No se detenga. Lo escucho. Me decía algo importante acerca de esas calles.

—Sí, bueno. Parece una tontería.

—Me interesa. Lo escucho.

Cory recordó que llevaba un pequeño mapa en su chaqueta junto con fragmentos de su diario íntimo. Lo sacó con rapidez haciendo un movimiento brusco y lo extendió sobre la mesa, algunos papeles cayeron al mismo tiempo, con agilidad los volvió a guardar. Le pidió un bolígrafo al mesero que rondaba cerca.

—Mire, agente, acérquese, se lo dibujaré de esta manera. Es un tic que me pegó el profesor Carsten, siempre le da por circular palabras y trazar rayas y flechas a diestra y siniestra cuando explica algo, pero su método me funciona. Se le entiende bastante bien.

Dean miró la telaraña de tachones que Cory había dibujado tiempo atrás. El papel lucía descuidado y manchado de múltiples colores de tinta.

Ambos se levantaron y vieron el mapa sobre la mesa.

—He partido de La Rue du Purgatoire (calle del purgatorio), aunque sé por la historia de la Iglesia Protestante que la palabra purgatorio no está escrita en la Biblia. Fue la primera calle en la que caminé.

Para Dean fue novedad, nunca se había interesado por la historia de las religiones y menos por el destino de su alma. Jamás había leído una Biblia.

Tan pronto Cory deslizó el bolígrafo sobre el papel. Los ojos de Dean leyeron el siguiente título: La Rue d'Enfer (calle del infierno), se le erizó la piel pensando en las almas en desgracia, y que sí no daba paso veloz a resolver el caso, su alma sería la próxima víctima si es que existía un infierno.

—Está claro que no existe un purgatorio, —continuó Cory— por lo tanto, el camino directo de las almas en pena es el infierno. —Cory avanzó con el bolígrafo y tan pronto llegó al siguiente conjunto de palabras Dean recordó a Karmele cuando Cory se detuvo al pasar por La Rue de la Croix d'Or (calle de la cruz de oro).

—Si un alma en pena no va al infierno, ¿entonces cuál es el destino? Cristo. —afirmó Cory— La cruz de oro, mire. —Cory encerró las palabras: La Rue de la Croix d'Or. Mire con qué calle cerramos el mapa y estamos a unos pasos del CETS.

Dean se acercó con escrúpulo al lugar que señalaba Cory.

—La Rue de Toutes Ames (calle de todas las almas) —leyó Dean.

—Exacto. Todas las almas deberán tener un destino eterno y no para todas es el cielo. El infierno y el cielo son lugares opuestos y todas las almas pasaran por ese juicio divino.

Dean minimizó las conjeturas que su alma aferrada al cuerpo le hacía sentir. Se negaba a aceptar tan escalofriante realidad.

Ahora vea esto. Cory sacó su móvil y le mostró algunas fotografías del edificio.

Dean distinguió un edificio antiguo con la forma de un libro cerrado que reposaba acostado sobre una superficie colmada de historia. Leyó que el edificio pesaba seis mil doscientas toneladas, y era el proyecto más ambicioso en toda Europa.

—¿Es hermoso, cierto? Acaba de ser restaurado y ahora ha pasado a ser patrimonio de la humanidad. Es una obra arquitectónica que recopila los textos más antiguos de la teología cristiana.

—Asombroso. —expresó Dean regresando el móvil a la mano de Cory.

—No, no y mire por dentro. Se alcanza a ver el edificio en tercera dimensión, es realidad virtual.

Y Dios puso eternidad en el corazón del hombre, Eclesiastés 3:11. Dean leyó entre dientes la cita que resaltaba sobre una placa de piedra en las afueras del gigantesco edificio. Enseguida sus ojos le llevaron por unos vidrios del edificio donde se apreciaba una cantidad impresionante de libros, así como pasillos que se entrecruzaban de forma laberíntica. Una recepción enorme de mármol donde se daban informes de los diversos departamentos que conformaban ese majestuoso edificio quedaba frente a la entrada.

Vio un pasillo de aspecto similar al del barrio de las Letras en Madrid, el piso contenía citas y frases de la Biblia. En tanto que iba deslizado sus dedos índice y pulgar sobre la pantalla del móvil el edificio se iba mostrando. Vio las paredes y columnas grabadas con letras plateadas que al darles la luz del sol reflejaban el dorado metálico donde también se leían fragmentos de la Biblia, uno o dos versículos por columna y hasta tres por cada pared.

Dean siguió leyendo mientras Cory pedía un par de aperitivos.

...éste es el espacio de los eruditos, de los grandes maestros de la Palabra, un lugar que es

una extensión de varias instituciones altamente reconocidas de Europa, entre ellas, El Palacio Científico y Artístico de la Sorbona en París, la Academia Apologética de Madrid, la Universidad de Ginebra fundada por Juan Calvino, la cual está ligada a la Antigua Biblioteca Pública de Ginebra, y el Instituto Universitario de Estudios Superiores Internacionales de Suiza...

En ese momento Dean supo que Cory no mentía. Pensó en las palabras de Karmele cuando ella se negó a creerle.

—¿Le ha dicho algo de esto a su abuela?

—Lo intento, pero ella se niega a creerme. Su doctrina es errónea, tan pronto le compartí se alteró y luego se atravesó el incidente en el apartamento de Amanda y lo que usted ya sabe. Mire. —Cory se volvió a su móvil— La historia de este lugar se remonta a los tiempos del reformador Martín Lutero, nació de la iniciativa de la Facultad de Teología de la Universidad de Ginebra para fomentar el estudio y la investigación doctrinal del protestantismo.

Dean deslizó su dedo índice sobre la pantalla y por error cambió la imagen. Apareció en pantalla el Monumento Internacional de la Reforma que vigilaba el Parc des Bastions a pocos pasos de la majestuosa Place de Neuve, era un espacio verde que separaba el muro de los reformadores con el CETS.

—Oh, descuide. Son los personajes de la Reforma, los presentan en este muro como estatuas gigantes y figuras bajo relieve. Y ahora vea, —Cory deslizó su dedo hacia la siguiente imagen— al centro de este histórico edificio se esculpieron figuras de teólogos como la de Juan Calvino, Guillaume Farel, Théodore de Bèze y Juan Knox, y a un costado de éste, las figuras de otros personajes que ayudaron a difundir la Reforma en Europa.

—Desde luego que suena muy interesante todo esto, pero sigo sin entender ¿a qué viene cada cosa? ¿Qué intenta decirme?

Cory dejó su aperitivo y siguió deslizando su dedo índice sobre la pantalla del móvil. Vea esto.

Dean vio un muro con un lema: *Post Tenebras Lux* (Después de la sombra, la luz).

—Es el lema de Ginebra, es una frase destacada de la filosofía calvinista, ¿lo ve?

Dean volvió a deslizar su dedo sobre la pantalla y el dispositivo le mostró un sótano cuya biblioteca guardaba libros comparativos donde leyó unas palabras que le hicieron recordar su incrédulo corazón: “El cristianismo versus el ateísmo y el agnosticismo”.

—¿Dónde está? —Cory vio la imagen en pantalla. —Oh, esa biblioteca es magnífica. Clasifica las diversas teorías que no están basadas en las Escrituras como Libros de Error y los que sí, como Libros de Estudio Bíblico, pues la mayor parte de los estudiosos descarta el hecho de que no se tiene que partir de las Escrituras para estudiar a Dios. Cory rio cuando leyó “Estudiar a Dios”.

—¿De qué se ríe? Dean enfocó su atención en la mirada de Cory.

—Como si la mentalidad humana alcanzara a vislumbrar la esencia de su Creador.

Poco antes de que Dean regresara el móvil a las manos de Cory se detuvo al ver una pequeña puerta al fondo del sótano. Maximizó la imagen y vio que se trataba de un cuarto oscuro.

—¿Y esto qué es? —Dean acercó el móvil a los ojos de Cory.

—Es el lugar más aterrador del campus. Luce tenebroso, ¿verdad? No logré entrar cuando fui, siempre está bajo llave. Es el cuarto donde se estudia todo lo referente a demonología.

—¿Por qué no logró entrar?

—Reglas del campus. —Cory se encogió de hombros y llevó su aperitivo a la boca.

—¿Y este cuarto iluminado que se alcanza a ver al fondo? —preguntó el agente entretenido.

—Oh, todo un hallazgo, es el salón de la traducción e interpretación bíblica, es grandioso, guarda las biblias en todos los idiomas del mundo.

Antes de que Dean pudiera hacer la siguiente pregunta, una figura humana se asomó por uno de los ventanales del restaurante.

Nicolás entró al establecimiento.

Cory al ver que se acercaba se anticipó a saludarlo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Cory sorprendido.

—La camioneta del agente y porque no te encontré en el apartamento. Sueles venir cuando necesitas estar solo.

—Algo así.

—Agente, qué tal. —Nicolás estrechó la mano de Dean y éste lo invitó a sentarse.— Ahora filmaremos en París. —comentó el español sin más.

Dean y Cory miraron a Nicolás esperando a que les contara.

—Es una novela romántica. Nada novedoso. Ya saben, el clásico beso frente a la Torre Eiffel. Pero venga, de qué hablan, ¿o me retiro? No quiero interrumpir.

—No, no, adelante. Nicolás. Hablábamos del CETS, en Ginebra... —Dean aclaró al ver el gesto de extrañeza de Nicolás.

—Venga, fantástico lugar ¿cierto?

—¿Usted lo conoce?

—Para nada, Cory me ha mostrado fotografías y algo he leído en prensa internacional. Nada mal. —Nicolás alzó su mano esperando para ser atendido.

—Muchachos, me voy. Debo atender otro asunto. Los busco después. —Dean se levantó de su silla con premura, dejó un par de billetes sobre la mesa y le dio una palmada amigable a Cory en la espalda.

—No se moleste —Cory le devolvió el dinero.

Al ver que todavía era temprano y aún no llovía, tan pronto se fue el agente, Nicolás y Cory caminaron hacia su café favorito. Llegaron a un lugar de puertas cristalinas y toldos blancos con bordes ondulados que convertían ese sitio en una casita de ensueño. El aroma a café y las mesas en el exterior alumbradas por unas bombillas redondas invitaban a pasar una noche acogedora.

El aire soplaba sin hacer mayores estragos.

—Creo que esta mesa es perfecta —Cory se retiró su boina y Nicolás se sentó frente a él sin dejar de mirar el móvil.

—Fantástico. El martes llegan Rafael y Julián, me he adelantado. —Nicolás dejó ver sus dientes blancos afirmando que le parecía adecuada la mesa.

Un mesero alto y delgado se acercó a ellos. Cory desvió su mirada de Nicolás y clavó sus ojos en el café que pidió una señora próxima a él.

—Uno de éstos, por favor. —apuntó Cory. El mesero apenas anotó y ya miraba a Nicolás.

—Que sean dos, por favor. Gracias—la sonrisa de Nicolás parecía intacta.

—¿Cómo va todo para la semana de la moda en París?

Nicolás se aligeró en la silla, soltó el móvil y estiró las piernas por debajo de la mesa en el espacio que ocupaban ellos.

—Resulta que hace algunos años ganamos un premio por la mejor pasarela grabada, y como ya sabes, los profesionales de La Casa Torralba, contrataron a los mejores que dominaban la industria y junto con el equipo de producción cinematográfica se logró una excelente filmación, se presentó un trabajo de calidad al sector que llegó a manos de modistas franceses, al gobierno y a empresarios que invirtieron cantidades importantes en ambas industrias.

—¡Genial!

—Sí. En verdad que sí, ganamos clientes y ahora cada año formamos parte del entretenimiento francés. Y qué decir, claro, es un espectáculo que se vive en Nueva York, en Londres, en Milán... ya sabes cómo es esto. De un evento te sale otro y otro y otro, y es el cuento de nunca acabar. Negocios, el billete reina. —Nicolás dejó escapar un suspiro.

El mesero venía acompañado de dos cafés y un par de servilletas con el logotipo impreso del Café de Flore.

—Todo esto es bueno, y sabes cómo pienso yo. Hemos tenido buenos alcances, a pesar de que no se ha logrado algo extraordinario. Al menos no desde mi punto de vista. Mis primos son ambiciosos y a mi parecer pueden generar más recursos desde otras posibilidades. —Nicolás recargó los codos en la mesa y trazó un ocho con su cuchara al interior de la taza de café. —Falta algo, Cory. Es como si estuviésemos en el mismo círculo de lo clásico, de lo que la gente está acostumbrada a ver, a esperar... el mundo tiene tanto y hay que sacudirlo, exprimir la imaginación, sacar esa chispa creativa, vale. ¿Comprendes? Eres escritor y sabes que las ideas nunca cesan. —Nicolás sacó la cuchara, la sacudió sobre el borde de la taza y bebió un sorbo de ese cálido café parisino.

—Sí, creo entenderte, esto tiene potencial para dar más de sí. Es arte. Todo arte es perfectible.

—Mira, —Nicolás acercó su silla al borde de la mesa. —hace poco leí una obra magnífica, hay cientos, miles de ellas, pero era más de lo mismo, obras agotadas. Yo busco ese diferenciador, es el trabajo de la industria creativa ¡El escritor, el pintor, el músico, el cineasta! —golpeó la mesa con la palma de su mano— debemos hacer que se sienta la diferencia, despertar a la humanidad,

mostrar que aún tenemos recursos para crear, para entretener, para sorprender. El artista se alimenta del ingenio y su labor es llevar esa creación al público que espera expectante.

—El artista debe ser introspectivo también. El arte se trata de eso, de exteriorizar lo que llevamos dentro.

—¡Exacto! ¡Vamos, ya me entiendes!

Cory bajó la mirada.

Tras una amena charla dejaron algunos billetes sobre la mesa y salieron del café, el olor a humedad se mantenía intacto en el aire. Nicolás encendió un cigarrillo y estiró la cajetilla para compartirle a Cory. Luego encendió ambos. Cory no tenía por costumbre fumar, pero esos momentos eran una excepción, hacía tanto tiempo que no pasaba un buen rato con su mejor amigo.

Nicolás creció en Francia y en su temprana juventud se mudó a España, su país de origen. Tuvo la oportunidad como muy pocos de formarse en la industria cinematográfica. Desde su tierna infancia se volvió fanático del cine gracias a La Casa Torralba, empresa de sus primos Rafael y Julián, herederos del Sr. Fernando Otero, quien a temprana edad falleció sin conocerse las causas de su padecimiento. Recién se habían mudado de Barcelona a Madrid con motivo del referéndum presentado por el Parlamento de Cataluña para convertirla en República en 2017. Para ellos nada era más importante que los asuntos económicos y sociales que implicaban un riesgo para su capital.

Vivían en un pequeño apartamento que más bien lucía como una oficina minimalista en la calle Serrano ubicada en Madrid. Se identificaba con facilidad debido a la pila de paquetes que llegaban sobre las escaleras en la parte alta del pórtico. Escritores y artistas amateurs que aspiraban a verse en pantalla o en algún escenario teatral, o publicados por alguna editorial, enviaban sus obras y obtenían una respuesta o algún destello de esperanza para iniciar una carrera. Era un negocio bien pensado que funcionaba como incubadora de artistas.

No fue sino al morir el Sr. Fernando Otero, que la empresa pasó a manos de Julián y Rafael, quienes tenían una estrecha relación con el Sr. Rojas, y quien no tuvo hijos que continuaran con la trayectoria de la empresa, por lo tanto, no desaprobaba la idea de que los hermanos Otero se hicieran cargo de la compañía.

La misión de La Casa Torralba iba mucho más allá que convertir a los artistas en simples celebridades, buscaban palpar otra dimensión del arte y con ello hacer crecer su fortuna. Los Otero Torralba dedicaban su vida a cerrar negocios y a viajar, se relacionaban con empresarios, artistas y políticos.

.

Dean cerró la puerta de su camioneta en cuanto bajó y en el mismo instante en el que se volvió para asegurar que hubiese cerrado bien miró su asiento a través del vidrio. Un pequeño papel blanco brillaba de entre la oscuridad. Abrió la puerta y lo tomó, notó que había letras escritas con lápiz, apenas las alcanzaba a ver. Después de pensarlo un poco cerró la camioneta. Abrió la puerta de su apartamento con la misma cautela con la que enfrentaba las cosas.

Caminó directo a su escritorio, encendió la luz que ocupaba para analizar objetos pequeños y sacó la lupa más grande que tenía.

Sobre el post-it se alcanzaba a ver un dibujo de la Sorbona en marca de agua y sobre éste el nombre de una agrupación: La Sociedad Secreta del Libro.

—¿Pero en qué momento llegó esto aquí? —Dean miraba una y otra vez el papel, hizo memoria de su día y de las personas que habían subido a su auto. Amanda fue la primera que pasó por su mente. —¿La Sociedad Secreta del Libro? ¿Qué libro? —Antoine abrió los ojos cuando pensó en el libro de Charlotte. —No puede ser, no lo creo. —Pensó en el manual de Kardec cuando estuvo en la Sorbona —Puede ser, quizá, tal vez, es posible. No, no lo creo. —Lo que sí, es que esa letra le parecía familiar. Recordó la carta del escritorio de Amanda, se la sabía casi de memoria. Nada.

La fatiga comenzaba a cobrar factura cuando sintió la pesadez del sueño. Se quedó quieto, observando el papel en absoluto silencio. Jugaba con él como un niño. Se lo pasaba entre los dedos, tallaba las letras con su dedo pulgar, se lo pasaba de una mano a otra hasta que lo dejó cerca de su ordenador. Se cruzó de brazos sobre su escritorio y apoyó su cabeza en ellos. De un sobresalto levantó la cabeza y con rapidez caminó rumbo a la puerta. Subió a su camioneta y fue hacia la oficina. Eran las tres de la mañana. La voz de Julián venía de continuo a su perturbada mente. Apenas llegó, estacionó su camioneta fuera de lugar y dejó las luces encendidas. Metió la llave y en cuanto abrió la puerta se sorprendió al ver que la oficina era un desastre. Los cajones de los escritorios estaban abiertos, hojas tiradas en el piso, los archiveros desordenados y fuera de lugar. Dean caminó despacio entre los objetos del piso. —¿Pero, quién pudo ser?

Se sintió un verdadero tonto, todo este tiempo había estado distraído con las fantochadas de los jóvenes y confirmó que esto solo había servido de distracción para que el criminal ganara ventaja. Ahora sabía que también su vida corría peligro.

Buscó en su cajón el paquete que Nicolás le entregó. Afortunadamente lo encontró entre sus cosas. Lo volvió a abrir y se quedó anonadado cuando comparó la caligrafía. El mismo tipo de letra del diario. “Con razón La Casa Torralba tiene a este joven en la mira. Algo trama, algo saben que yo no”. Recordó cuando estuvo en el barrio Latino con Cory, éste abrió el mapa lleno de tachones, varios papeles venían pegados. ¡Eso es! El diario de Cory. ¡Sí!, la caligrafía, además notó que algunos textos del diario estaban escritos con lápiz.

Se ocultaba el medio día cuando Dean pasó a visitar a Carsten. Sabía dónde vivía puesto que el viejo colocó una nota de compra con su dirección dentro de la Biblia que dejó ir el día que lo visitó en la Sorbona.

Atravesó una pastelería que llamó su atención por sus coloridas vitrinas. Se le ocurrió comprar unos bocadillos cuando percibió un exquisito y delicado aroma a pan recién horneado porque pensó que a Carsten podría gustarle un detalle así, quizá un presente que aminorara la incomodidad de una visita inesperada. Recorrió con sus ojos la vitrina que por sus aromas y formas abría el buen apetito. Eligió unas mini tartaletas de manzana y continuó su caminata.

El viejo profesor Carsten vivía en los alrededores del barrio Latino, como ya era un hombre mayor y su pasión la de impartir clases, buscaba de igual forma la comodidad de la cercanía.

La expectativa que abrazaba al agente se entremezclaba con el exquisito olor que despedían las tartaletas de manzana.

Place Saint-Germain des Prés. 6e Arrt. Aquí debe ser. —Dean miró de arriba abajo la fachada del edificio donde se ubicaba el pequeño pero acogedor apartamento. Vio a un hombre que se asomaba por la ventana regando con una jarrita de latón unas macetas que le quedaban próximas a su balcón.

El apartamento de Carsten estaba situado muy cerca de la abadía de Saint-Germain des Prés, el templo más antiguo de París, una pintoresca zona rodeada de estrechas calles y callejones que salían a los puentes y orillas del río Sena. Ofrecían al público impresionantes vistas de París.

—¡Profesor, Carsten! —gritó Dean desde el exterior.

Carsten apenas lo escuchó, ya por su avanzada edad sus oídos habían resentido el paso del tiempo.

—¡Profesor, Carsten! —Dean se acercó con insistencia.

Carsten lo miró desde el balcón y haciéndole un gesto lo invitó a pasar.

Su casa se sentía como un refugio, un lugar donde al entrar uno experimentaba la sensación de que todo estaba bien, como si los problemas no existiesen o se fugasen al estar en su interior, una paz invadía cada habitación y pasillo no queriendo volver al exterior jamás.

—Vamos, siga por aquí —Carsten lo llevó a su pequeño despacho, el viejo caminaba ligeramente encorvado como si tuviese una incipiente joroba.

Cruzaron un pasillo atiborrado de libros. La mente de Dean se fue al CETS.

—Le traje unas tartas.

—Le agradezco Sr... —Carsten tenía tantos alumnos y colegas que a veces le era un reto recordar cada nombre. Cogió las tartas y le convidó una.

—Agente Dean Antoine —recalcó el agente— ¿Y vive usted solo? —Antoine tomó la tarta y sacudió su pena por su inoportuna llegada, trataba de invitar a Carsten a una conversación menos formal.

—Mi esposa murió hace cuatro años y ahora solo estamos Trufe y yo. —Trufe era su gran y fiel compañero, un mini French Poodle— Sr. Antoine, dígame ¿en qué puedo ayudarlo? —Carsten sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón para limpiar su nariz.

—Quisiera comentarle, y perdón por el atrevimiento de venir hasta su lugar sagrado para externarle mis inquietudes.

Carsten meneó la cabeza haciéndole sentir bienvenido. Antoine se mostró sorprendido ante la

sencillez y calma que Carsten irradiaba.

—Bueno, me imagino que primero querrá saber cómo es que llegué a su casa.

—Supongo que en la Biblia encontró mi dirección, suelo hacer eso, cada una de mis biblias tiene en su interior un papelito con mi dirección porque sé que seguramente habrá quienes habiéndose adentrado en ella quieran compartirme la forma en la que Dios ha impactado su vida. Además, usted es agente de la policía, si se lo propone seguro investiga y llega a mi hogar, ya está. No hay nada de extraordinario en ello.

—Qué listo. —La admiración que Dean sentía por Carsten era cada vez mayor. —Admito que me dejó sin palabras. Usted lleva la delantera en esto. —el agente pensó en lo ingenuo que le resultaba el comentario de Carsten.

—Solo soy un instrumento de la gracia, y bueno, dado el encuentro, ¿Qué buenas me trae? ¿Ha leído la Biblia? —Carsten inclinó su cabeza dejando ver sus ojos claros por encima de sus gafas que colgaban de la mitad de su nariz hacia la punta. Fijó sus ojos en los de Dean, pero él no entendió de qué hablaba Carsten.

—Aún no la he leído, de hecho, el papel donde encontré su dirección cayó al piso una vez que, por accidente, se me resbaló la Biblia de las manos.

—Y dígame agente, ¿cómo puedo ayudarle? —Carsten ignoró el comentario de Dean y prosiguió.

—¿Usted conoce al Dr. Bugner no es así?

—¡Por supuesto! Es un gran amigo mío, un siervo del Señor Jesucristo.

Antoine fingió no escuchar aquella afirmación y siguió con el tema de su interés.

—Profesor, como usted bien sabe estoy tratando de resolver un caso que desafortunadamente ha traído más cosas malas que buenas, incluso yo como miembro del cuerpo de la policía me siento cada vez más confundido. Nunca pensé hacer esto de acudir con un experto en teología bíblica pero... —el agente calló y fijó su mirada en una fotografía que Carsten tenía sobre su escritorio.

—Pero, —continuó el agente— no tengo más alternativas. Mi equipo me ha entregado las pruebas de la investigación y nada hace sentido. Llevamos meses en esto y las personalidades más competentes de París no han encontrado resultados, su campo de estudio ha quedado limitado. Lo sorprendente es que las personas a las que he entrevistado y que han estado cerca del caso, coinciden en una sola cosa, sin embargo, esta noche he quedado convencido de que sí hay alguien detrás de todo esto. —Dean tuvo la tentación de decir que había encontrado su oficina hecha un desastre, pero la desconfianza lo hizo callar.

Carsten y el agente se miraron como si estuvieran de acuerdo en lo que ambos pensaban.

—Los jóvenes coinciden en que hay un fenómeno, una fuerza sobrenatural que está causando estos estragos. Nunca, jamás, en toda mi vida como agente de investigación de un cuerpo policial me hubiera yo atrevido a decir semejante barbaridad. Le ruego me disculpe por mi sinceridad y tal vez por mi estupidez. Sé que usted es un hombre serio e inteligente. No llego a otra conclusión, por eso es que he venido aquí, necesito la ayuda de un profesional en su campo. Si yo a mi equipo le dijera esto, muy probablemente mañana ya no tendría trabajo. Ah, mire esto, lo encontré en mi vehículo —Dean sacó el post-it de la Sorbona.

Carsten agachó la cabeza y ajustó sus gafas para leer las pequeñas letras escritas en ese trozo de papel, se volvió a Dean y sonrió. Dean no esperaba esa reacción y se sintió todavía más tonto.

—¿Qué ha leído de la Biblia? —Carsten preguntó interesado en cada una de sus palabras.

Antoine pensó que Carsten había cambiado el tema como si lo hubiese tomado por un lunático.

—En realidad nada. —respondió Dean, cortante. En sus palabras se percibía un cierto enojo— Espere... —Dean se quedó pensativo, no recordaba la cita exacta, pero empezó recitando el pasaje que Alphonse le mostró—: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne...”.

Carsten caminó hacia su pequeño despacho y esperó a que el agente concluyera. Dean le seguía.

—Algo así decía. Discúlpeme. No soy un experto en estos temas.

—Efesios 6.12 —afirmó Carsten.

—¡Exacto! —Dean sonrió.

—¿Y bien? ¿Qué piensa de ello?

—¿Qué es lo más ridículo que he leído? Claro que tenemos lucha contra sangre y carne ¿Qué hay de las guerras? ¿De los conflictos entre naciones, familias, pareja, amigos...? Claro que es una lucha carnal y, por supuesto, que hay derramamiento de sangre. Ésa es la razón de ser de mi ocupación profesional. Defender a las personas de toda esa clase de maldad.

—¿Y usted ha analizado la segunda parte del pasaje bíblico? —preguntó Carsten con el objetivo de llevar a Antoine a una reflexión más profunda mientras se acomodaba en su silla. Dean se sentó frente a él.

—No la entiendo y creo que no es algo que sea de mi interés. —Dean se levantó como si estuviese a unos segundos de despedirse.

—Señor Antoine, siéntese por favor, no sé si usted vaya a tener la disposición y el entendimiento para escucharme, si le diré algo.

Dean se sentó y guardó silencio mostrando respeto hacia Carsten.

—Desde que nos conocemos usted ha expresado que me admira, que valora mi quehacer profesional y elogia la sabiduría que comparto con mi alumnado. ¿No es así?

—Desde luego, —Carsten asintió—yo le admiro.

—¿Entonces, si le dijera que todo ese conocimiento, esa sabiduría con la que me expreso descende de lo alto, usted lo creería?

—¿De lo alto?

—De Dios. —el profesor concluyó sin vacilar.

—Sé que Dios puede hacer lo que le plazca, bueno y eso si es que existe, y veo que usted no comprende lo que trato de decirle. Este caso es policial, no es una clase de historia o de literatura, estamos en medio de una guerra, profesor Carsten. Buscamos a un posible asesino, a un enemigo real. ¿Comprende? ¿Cómo entra Dios en eso?

Carsten volvió a reír y luego golpeó su escritorio suavemente con una palmada.

—Exacto, agente, usted ha dado en el clavo.

Dean se sintió desconcertado.

—¡Estamos en medio de una guerra! *Voilà*.

—¿En serio lo cree?

—Sin dudarlo, y le doy toda la razón.

Por fin Antoine se sintió feliz de ser comprendido y pensó que al fin él y Carsten se habían entendido.

Carsten buscó un libro entre tantos libreros que amueblaban su pequeño hogar. No solo era un hombre culto y respetable, de una distinguida educación, era generoso, solidario, escuchaba a las personas, aunque en ocasiones su seriedad le hacía verse como un ser frío e insensible.

Sacó una Biblia grande, en su portada se apreciaba una leyenda en letras doradas que decía “de estudio”, el dorado que marcaba el filo de sus hojas hacía ver que era como un tabique metálico

entre dos pastas de piel oscura. Al abrirla y hojearla ésta despedía un aroma a nuevo, como un libro recién comprado.

Carsten señaló con la marca de un lápiz los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Juan y Lucas, luego el libro de Romanos. Tomó de su escritorio un bloc de hojas de colores y colocó una en la primera página de cada evangelio marcando una división entre ellos.

El agente contempló cada movimiento de Carsten en absoluto silencio.

—Aquí tiene Sr. Antoine, ésta es una de mis biblias de estudio preferidas.

—No piense que me voy a llevar semejante libro, si es de su preciada colección. Usted es teólogo y la necesita. —Antoine pensó que no tenía caso llevarse la Biblia puesto que además de que la ignoraría, dejaría incompleta la colección de Carsten.

—Nada es más valioso que un alma sedienta por encontrar la verdad. —Carsten la cerró y la dejó sobre su escritorio esperando que el agente la tomara entre sus manos —Adelante, es suya, por favor. —el profesor la señaló con los ojos.

Encontrar la verdad, ya parece, pensó para sí Dean y enseguida recordó la Biblia que encontró aventada en el apartamento de Amanda y luego la que Alphonse le había mostrado. Creyó en las casualidades de la vida y trató de analizar cómo era que el mismo objeto se cruzaba en su camino una y otra vez a través de distintas personas o circunstancias. Cogió la Biblia, aunque no le gustaba para nada la idea. Lo hacía más bien por mostrarse cortés con el viejo profesor.

Carsten se levantó y cruzó el pasillo que lo conducía a la cocina. Antoine venía tras él con la Biblia bajo el brazo.

—¿Recuerda lo que platicamos el día que le presté esa primera Biblia donde encontré mi dirección? —Carsten sacó unas tazas para servir café.

—Sí, jamás lo olvidaría, usted dijo que los libros guardan tesoros.

—No exactamente esa parte. —Carsten miró su taza y recargó sus brazos sobre la mesa de la cocina. —Todo lo que debe decirse y saberse, ya está escrito. Este libro —Carsten posó su mano sobre la Biblia— encierra los principios de vida e ilustra el corazón del hombre. Además, habla de muchas otras cosas que acontecerán. —el profesor dio un par de golpecitos al libro como si al hacerlo se afirmaran sus palabras.

—Bueno... hablando de cosas que acontecerán, ¿ha escuchado hablar de La Sociedad Secreta del Libro? —Dean lanzó la pregunta como si intentase captar la primera reacción de Carsten y juzgarle por su mirada.

Carsten inspiró profundo y cerró los ojos un par de segundos.

—Sí, Sr. Antoine. Conozco la Sociedad.

Dean se sintió entre la espada y la pared. “Si esto era real entonces de qué clase de Sociedad se trataba”, pensó.

—¿Quiénes la integran? ¿Qué hace esa Sociedad?

Carsten sostuvo una mirada seria y luego se volvió hacia una Biblia que tenía cerca.

—El nombre de dicha Sociedad Secreta viene del significado de la palabra Biblia “libros”. Está conformada por pequeños grupos en diferentes partes de Europa. Cada dirigente debe cubrir varios requisitos, entre ellos, haber pasado las pruebas de interpretación y conocimiento bíblico del CETS, y ser evaluado por sus instituciones hermanas, que, por supuesto las encabezan teólogos importantes, digamos que de referencia mundial.

Dean asintió.

—¿Ha dicho que hay pequeños grupos en diferentes partes de Europa?

—Sí, es requisito. No pueden ser más de siete miembros en cada grupo.

—Vaya, vaya. ¿Y qué hacen en esos pequeños grupos?

—El objetivo más importante es velar por la Iglesia de Jesucristo, preservar el conocimiento de la Verdad y defender las Sagradas Escrituras.

Dean se quedó extrañado al no ver un signo de malicia en aquel objetivo. Carsten lo entendió al ver su reacción.

—No todo tiene que ser siempre malo, agente, hay causas nobles y además no a cualquiera le facilitan ni le otorgan el permiso de dirigir un grupo de la Sociedad aquí en Europa. Los teólogos son muy exigentes y así debe de ser, ¿no cree? Suelo decir a mis alumnos que existe un campo que la ciencia no puede abarcar, y es el teológico. Hay cosas que se mantienen en un misterio porque solo es Dios quien las revela al hombre. No hay experimento que lo descubra.

—Supongo que sí. —expresó Dean, escéptico.

—¿Y cómo supo de esa Sociedad? —Carsten sabía que esta información se controlaba desde Suiza y sus miembros debían conducirse con cautela.

—Cory Fontaine. ¿Y por qué si es una causa noble, loable como usted dice, es que se esconden?, ¿qué tiene de peligroso?

Carsten sonrió ante la ingenua pregunta de Dean.

—Sr. Antoine, no sé si usted ha leído o de casualidad se ha informado acerca de la historia de la Iglesia cristiana.

—Nunca ha sido un tema de interés para mí como ya le he dicho. —Dean aseguraba que algo malo se escondía detrás de ese grupo, pues no le parecía normal que sus miembros se escondieran y mucho menos a altas horas de la noche.

—Existe un grupo sectario muy grande, el más grande del mundo. Es un grupo que se ha venido conformando tal como nos lo han advertido las Sagradas Escrituras, por falsos maestros, también denominados “los dragones”.

Dean lamentó no haber llevado su grabadora. Carsten caminó hacia uno de sus libreros y se detuvo frente a él, observó las biblias que tenía acomodadas por traducción y tamaño y sacó la que más le pareció conveniente.

—Mire... se trata de un movimiento sectario internacional que tiene como misión principal perseguir a los cristianos, atacar a la Iglesia de Jesucristo y si fuere posible engañar a los escogidos de Dios.

Dean sintió que Carsten le hablaba en otro idioma. El profesor abrió la Biblia en Mateo 24:5-14.

“5 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. 6 Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. 7 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. 8 Y todo esto será principio de dolores. 9 Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. 10 Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. 11 Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; 12 y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. 13 Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. 14 Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”.

Dean despegó sus ojos del texto y las palabras de Karmele y Amanda pasaron sobre de él

aplastando su incredulidad.

Pero, eso no es todo, agente. Mire el libro de Judas:

“..habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. 2 Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, 3 y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme”.

—Profesor Carsten, entiendo lo que me plantea, lo que no comprendo es qué tiene que ver todo este rollo de la Iglesia cristiana con lo que sucedió en el apartamento de Amanda. ¿Podría usted ser tan amable de encontrarle un sentido lógico a esto? —Dean respondió exasperado y rogando un poco de claridad.

—¿Qué es lo que se niega a creer? —lo confrontó Carsten con el rostro rígido.

—Todo. —respondió Dean a secas. —señor Carsten, dígame ¿hay alguna verdad oculta acerca de la familia Fontaine?

Carsten se llevó la mano a la frente y enseguida la bajó a su bigote dando la impresión de que no sabía qué decir o cómo explicar.

—La familia Fontaine como muchas otras llegaron a pertenecer a esta secta, pensaron que habían llegado al lugar correcto para adorar a Dios, donde la verdad reinaba, ya tarde se dieron cuenta que pertenecían a uno de los grupos sectarios más grandes del mundo. Lo que pasó en ese apartamento tiene todo que ver con esto.

Dean se quedó atónito.

Carsten prosiguió tras la reacción del agente.

—El movimiento se dividió cuando los líderes empezaron a morir sin causa aparente. Sucieron fenómenos extraños y ellos lo interpretaron como una señal del Espíritu Santo. A estos fenómenos les llamaron “una clase de unción”. Se maravillaron al ver milagros como sanidades sobrenaturales y crearon doctrinas torcidas que se han infiltrado en la Iglesia de Jesucristo por el movimiento carismático. Los líderes de este movimiento dejaron de enfatizar la santidad personal y la obra santificadora del Espíritu Santo y se centraron en los fenómenos, las emociones y las sensaciones.

Entre ellos se nombran profetas, apóstoles, pastoras... y han creado escuelas en todo el mundo. Es un grupo de impostores. Convocan a sus miembros a una adoración incontrolable, se lanzan al suelo en un estado de estupor inconsciente, ladran como perros y ríen como hienas. Una serie de imaginaciones idolátricas.

—No soy creyente de ninguna manera, pero eso suena medio macabro, por no decir diabólico ¿no le parece?

—De hecho, atribuyen la obra de Satanás al Espíritu Santo. Estoy de acuerdo con usted, se trata de un ejército diabólico de falsos maestros liderado por estafadores espirituales. Se visten como ángeles de luz.

—En realidad parecen personas piadosas y amables.

—Eso quieren aparentar, se visten como ángeles de luz para engañar aún si fuere posible a los escogidos. Mire, acérquese, lea este pasaje en 2 Corintios 11:14.

Dean miró a Carsten con incredulidad y tan pronto Carsten le hizo un gesto con la cabeza, el agente fijó sus ojos en el pasaje: *“Y no es de extrañar, pues aun Satanás se disfraza como ángel de luz”.*

—Ahora vea éste en Mateo 24:24: “Jesús habló de los falsos profetas que harán grandes señales y prodigios, de tal manera... engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos”. Y qué tal éste en Judas 1: 12-13 “Éstos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas”.

Dean pasó saliva sintiendo que un cierto nerviosismo lo acosaba.

—Este espíritu idolátrico blasfema contra el tercer miembro de la Trinidad en su propio nombre. Y claro, como no lograron ser aceptados por los cristianos evangélicos, ahora ellos han establecido su propio movimiento ideando todo tipo de denominaciones, en otras palabras, su propia secta e intentan atacar a la Iglesia del Señor.

—A ver, profesor. Por favor intente ser más claro.

Carsten cerró la Biblia y caminó hacia la pequeña sala de su apartamento. Cogió un pequeño cofre de madera vieja que decoraba la mesa y lo abrió. Dean trató de asomarse al interior del cofre sin éxito.

Carsten sacó una diminuta botella de vidrio con un contenido arenoso de un dorado satín, tres botes con líquido transparente, algunos blocks de notas con diseños simbólicos y fotografías.

—Siéntese, por favor, agente —Carsten le acercó los objetos y Dean los tomó con exagerada cautela entre sus manos. — Éste de aquí —dijo Carsten señalando el frasco de arena— son los llamados polvos de oro, los usan estos estafadores para decir que el Espíritu Santo está siendo derramado sobre un lugar, los esparcen mientras cantan y hacen creer a sus seguidores que un poder sobrenatural está presente.

Dean los contemplaba con extrañeza.

—Estos otros frascos contienen aceite para unguir, se dice que solo ellos tienen autorización para usarlos para que así pueda llevarse a cabo la misión de sanidad, y están disponibles para su venta en los templos. Los blocs sirven para hacer promesas económicas y diezmos. Incitan a los miembros a buscar prosperidad económica y fomentan con ello el materialismo, los fieles o seguidores anotan su nombre y la cantidad que prometen donar para obtener más dinero a cambio y estas fotos... estas fotos tienen su historia.

Dean quedó boquiabierto al ver que en las fotos aparecían algunos líderes que él ya había visto en persona y hablaban en nombre de Dios. Luego recordó las fotografías que capturó en la vitrina.

—¿Ha escuchado hablar de la tercera ola? —prosiguió Carsten— Es la teología pentecostal.

Dean ladeó la cabeza.

—El fin último de ellos es destruir a la Iglesia de Cristo.

—¿Y la familia Fontaine cómo es que salió de ahí y por qué llegó?

—La familia Fontane entró a ese movimiento como muchas lo han hecho, por ignorancia, nunca supieron el peligro que corrían, estaban entregando su alma al diablo de forma inconsciente. Este movimiento se apoya en filosofías humanas que sustituyen toda obra espiritual establecida por Dios a través de la Biblia, dando así pie al ateísmo, al agnosticismo, a prácticas “espirituales” lejanas a la verdad, hay demasiado espiritismo en los cultos. Para estos líderes no es suficiente la tercera persona de la Trinidad, ellos tienen que acudir a médiums, y a expertos en el ocultismo para afinar sus cultos. —Carsten dejó el cofre de madera sobre la mesa y regresó a su escritorio para tomar algunos libros. Se colocó su saco, cerró los cajones con llave y la guardó

en el bolsillo de su pantalón. Dean lo observaba y reconoció que Amanda tenía razón. Aunque aún le quedaban muchas dudas.

—¿Cómo podría usted explicarme...?

—Agente, —interrumpió el profesor— me va a tener que disculpar, tengo clase en media hora —Carsten miró su reloj de mano— y debo ser puntual. Nos vemos luego y con toda la disposición del mundo le explicaré lo que necesite saber.

Dean no sabía qué responder, se quedó con la palabra en la boca, tan simple que se sentía agradecido por la paciencia que Carsten le transmitía. Escuchaba, reflexionaba, observaba y analizaba cada conversación, lo que según él empezaba a entender es que cada persona trazaba su propio camino basándose en lo que consideraba verdadero o falso, y que lo demás tan solo eran opiniones o expectativas de algo imaginario. Lo que ahora era seguro es que estaba lejos de derrotar a ese siniestro personaje, pues al parecer se trataba de algo mayor. Todo era demasiado confuso.

Al salir del acogedor apartamento de Carsten, Dean recibió un mensaje de texto de Amanda, quien le pidió verse afuera de la Sorbona. Abrió la puerta de su camioneta y aventó en los asientos traseros la Biblia que Carsten le obsequió, ésta cayó al piso y se golpeó con una herramienta que el agente cargaba en caso de que el vehículo presentara fallas.

Encendió el motor y salió rumbo a la Sorbona para encontrarse con la joven inglesa.

Amanda y Nicolás lo esperaban sobre La Rue des Écoles. Dean dirigió su mano a un botón para retirar los seguros y que los jóvenes subieran.

—Agente, ¿Recuerda el día que nos vimos en la plaza de la Sorbona para platicar y le mostré información referente a unos templos protestantes en París?

Dean asintió apenas vislumbrando a Amanda por el espejo retrovisor.

—Esta tarde—continuó hablando Amanda—será la reunión anual de la UPPAP “Unión de Pastores, Profetas y Apóstoles de París” quiero que usted lo vea con sus propios ojos.

Iremos primero a una clase en el Instituto Kardec y luego acudiremos a la reunión anual y seremos parte del público, más noche será otra cosa, todo con calma. ¿Estamos? —Amanda le dio órdenes al agente como si fuera su jefa directa. Antoine se irritó, pero eligió la paciencia. Nicolás le seguía la corriente a Amanda.

—¿Para qué quiere ir al Instituto Kardec?

—Agente, usted es una persona incrédula, necesita ver con sus propios ojos lo que he tratado de decirle en este tiempo. ¿Puede manejar rumbo al Instituto? —Amanda suplicó desde la parte trasera de la camioneta.

Dean asintió no de muy buena gana y tan pronto Amanda calló, se quedó pensando en la charla que tuvo con Carsten, “ese grupo sectario internacional” nada le quitaba acompañar a los jóvenes, aunque Amanda le resultaba extraña la catalogó como una mujer inteligente.

—¡Joder! Esta Biblia es de las más costosas y valiosas que ha salido a la venta, ya no existen. ¿Dónde la consiguió, agente? —Nicolás miró la Biblia sintiéndose asombrado.

—Obsequio de un amigo. —pronunció Dean con indiferencia.

—¡Tiene que presentarme a su amigo, esta versión de la Biblia es extraordinaria! Su amigo debe apreciarlo mucho.

Dean se encogió de hombros y de un golpe frenó. Amanda miró asombrada el Instituto Kardec. La fachada quieta y muda como de costumbre. Las gárgolas vigilaban el Instituto y observaban las calles de París. Bajaron del vehículo, subieron las escaleras de la entrada y se escabulleron entre los estudiantes.

Se apresuraron a subir unas escaleras de cantera al interior de la escuela y lo primero que encontraron fue un retrato de un hombre y su seudónimo escrito con tinta negra en la parte baja de su propia imagen: *Hippolyte Léon Denizard Rivail* (Lyon, 3 de octubre 1804 – París, 31 de marzo 1869). Su firma lucía elegante enmarcada a un lado del retrato.

Distrajeron su vista del retrato cuando vieron pasar a unas muchachas que iban hacia su clase con libros y objetos entre las manos, esperaron a alcanzar una cierta distancia y las siguieron por instrucción de Amanda. Pasaron por una biblioteca que condensaba literatura espiritista y vitrinas que exhibían para su venta objetos esotéricos.

Una puerta se abrió y una joven les dio la bienvenida a las muchachas con un elegante acento francés, estaban descalzas, sentadas y formando un círculo bajo la tenue luz roja del cuarto. Las cortinas negras completamente cerradas.

Dean, Amanda y Nicolás se quedaron mirando cerca de las cortinas, en un lugar donde nadie al interior de esa aula podía verlos, solo alguien del exterior.

—Los espíritus anuncian que los tiempos designados por la providencia para una manifestación universal han llegado ya, y, que, siendo ministros de Dios y agentes de su voluntad, su misión es la de instruir e ilustrar a los hombres, abriendo una nueva era a la regeneración de la humanidad. Este libro es la recopilación de su enseñanza. —Una chica joven pronunció estas palabras de Kardec al tiempo que sostenía en sus manos una obra de él.

Las muchachas le miraban hipnotizadas.

—Ahora invocaremos a los espíritus inferiores y superiores. —otra chica le seguía la palabra cuando Amanda alcanzó a distinguir el grueso lunar cerca del meñique del pie derecho de Cecile, fue entonces que logró identificarla, pues cuando ella era médium acudían a las mismas ceremonias. Cerca de ella dos chicas delgadas meditaban con el rostro inclinado, solo pronunciando murmullos con los ojos cerrados.

La chica que dirigía la terrorífica ceremonia colocó velas en puntos estratégicos del piso y se hincó cerca de Cecile sobre una línea trazada con tiza blanca. El tronido de sus rodillas rompió el silencio y su voz se unió en una a las meditaciones de las otras jóvenes.

El agente se percató que las chicas usaban el mismo colgijie que antes había visto y confirmó su hipótesis acerca de una posible hermandad, además, fue testigo del cambiante carácter de Cecile, pareciendo el ser más dulce y carismático que nunca vio en ella.

Una de las muchachas se levantó incomodando al grupo para cambiar de posición y Amanda logró vislumbrar que una de ellas era la pastora Deborah Cuprain. El agente se quedó boquiabierto mirando a la pastora, no podía creer lo que veía, Carsten estaba en lo cierto.

El móvil de Nicolás vibró y éste lo respondió en voz baja.

—Sshhh.... Amanda y Dean callaron simultáneamente a Nicolás.

—Lo siento, —dijo susurrando— eran mis primos, vienen a grabar la semana de la moda a París y quieren que los apoye.

—Sshhh.... —volvieron a callarlo.

—Disculpen. —dijo Nicolás en voz baja y colgó el móvil.

Amanda y el agente le volvieron a pedir silencio y antes de que alguien los descubriera salieron del Instituto.

—¿Vio eso, agente? Era la pastora Deborah Cuprain. —preguntó Amanda

—¿No es la lideresa de uno de esos templos que usted listó?

—¡Sí, agente! Ése es el problema. De esto hablaremos más tarde, vayamos primero a L'église du monde y después del culto será la reunión anual que le comenté.

L'église du monde era una de muchas iglesias pentecostales que se situaba sobre el barrio Latino. La pastora Deborah convocó a una reunión de adoración y oración durante la cual se harían pactos de salud y prosperidad.

Una vez ingresaron al templo, Amanda, Dean y Nicolás escucharon la música con la cual se adoraba a Dios. Más que en un templo, les dio la impresión de estar en una discoteca.

“Vaaaaaamos a caaaaantar... con la música del cielo vaaaaaamos a cantaaaar... alegres porque escuchas cuando cantaaamos paraaaa exaltar tu nombre...” —se sentaron lejos del escenario porque la estridente música les incomodaba. Humo de colores salía de la plataforma y serpentinas caían de la parte de arriba acompañadas de globos fluorescentes.

Los creyentes se tomaban de la cintura para recorrer los espacios entre las hileras de las sillas y jugar a la víbora de la mar al tiempo que seguían el ritmo de las alabanzas.

Se escuchó el grito de una anciana que tenía las manos alzadas:

—¡He aquí, tengo palabra del Señor! ¡El Señor está hablando a su pueblo!

—¡Aleluya! —gritó la gente. —Me llegó una revelación del cielo. Quietos todos. —decía la mujer.

Apenas terminó de pronunciar esas palabras cuando hizo volar las sillas como si una pesada corriente de aire las levantara.

—¡Sí!, el Espíritu Santo está descendiendo en este bendito lugar. —expresó la pastora alzando las manos como si tocara el viento.

—*Urrasagaggggtahhgeer... zacaturrrubaac...* —la mujer que presumía haber recibido una revelación lloró y pronunció galimatías sin sentido, nadie logró interpretar el balbuceo de la mujer.

Unos muchachos brincaban y hacían ruidos frente al escenario como si fueran unos chimpancés, otros aullaban como lobos.

El agente quedó anonadado, pues más que en una iglesia, sintió que presenciaba un espectáculo en un parque de diversiones o lo que es peor, en un zoológico.

Amanda miraba el rostro del agente y era visible la tristeza que ella sentía al interior de ese lugar. Nicolás seguía intercambiando mensajes con sus primos.

Cuando el espectáculo hubo terminado la pastora subió al púlpito. Guardó un momento de silencio al tiempo que una música angelical acompañaba su voz.

—Con nosotros se encuentra mi más querido amigo, el apóstol Andrew Stone, de la iglesia apostólica y profética de Washington. Fundador de varias escuelas para profetas en América Latina. —Deborah leía su hoja de vida mostrando ante el público una sonrisa. También es fundador de la Universidad del Ministerio Sobrenatural y autor de numerosos libros que han sido traducidos al español, portugués, italiano y francés.

—¡Es el que tiene dones y poderes especiales, le llaman el ungido! —unos jóvenes se secreteaban.

—¡Sshhh...! Una mujer que había sido designada para exorcizar a las personas los calló a lo lejos con una señal.

—Mis amados, mis queridos hermanos, hoy hablaremos de los pasos hacia la libertad. Tendremos noches de gloria y veremos milagros. ¿Amén? —el apóstol caminaba de un lado a otro del escenario. ¿Quién ha presenciado una cruzada de milagros? El apóstol preguntó con una

voz impositiva.

Se vieron muchas manos levantadas.

—Ahora... les mostraré una señal de que Dios está siempre a mi lado cuidándome.

El público le miraba expectante.

El apóstol dejó caer cerca del púlpito una Biblia y la pateó sobre el piso para acomodarla cerca de él. Las personas se sorprendían ante ese irreverente acto.

—No tienen de qué espantarse. Ahora, alguien intente venir hacia mí, caerá de rodillas y desmayará. No podrán pasar porque la Biblia ha pintado una línea imaginaria que me protege. —replicó Andrew.

Un par de hombres intentaron someterse al reto del apóstol y era como si al hacerlo sus cuerpos se electrificaran y cayeran al piso. No lograban llegar a él.

—¿Ves? Por eso te digo que le dicen el ungido. —uno de los jóvenes volvió a pronunciar estas palabras sin quitar la vista del escenario. —Es el que vende polvos de oro, agua milagrosa y aceite para ungir, tiene un programa en televisión.

El apóstol y la pastora reían como si de un *show* se tratase.

Andrew alzó la Biblia y casi de inmediato una persona se levantó para llegar al púlpito, logrando su cometido.

Las personas aplaudían como si hubiesen presenciado un acto de magia en el circo.

—Hermanos... hoy les hablaré de esa libertad, del poder que tenemos para vivir y experimentar a un Dios sobrenatural. No como lo hacen la mayoría de las personas cuyo espíritu está muerto. Ellos morirán dos veces. Física y espiritualmente. Nosotros, los poderosos del Señor solo moriremos una vez y esa será la muerte física, porque estamos vivos en el espíritu. ¿Amén? ¡Aleluya! Aplausos. —el apóstol bajó del escenario desplazándose entre las personas.

El agente no entendía de qué hablaba el apóstol, pensó que era un lunático más que se sumaba a su lista y no dejaba de tener presente las palabras de Carsten.

El apóstol Andrew continuó:

—Pasen al frente aquellos que se sientan abandonados y con un espíritu de confusión. Hoy estaremos orando por traer libertad a los cautivos.

Se levantaron personas de todas las edades, la pastora y el apóstol les imponían las manos sobre sus frentes al tiempo que según repetían una oración por ellos, los empujaban hacia atrás y los tiraban al piso mientras gritaban a mil voces reprendiendo al demonio y ordenaban a toda clase de espíritus salir de las personas. Las personas experimentaban desmayos, otras se convulsionaban, algunas hacían ruidos de animales y gemían en medio de la sala. La música de la alabanza volvió a sonar hasta volverse estridente. Los trabajadores del templo esquivaban a las personas que habían quedado desvanecidas en el piso y los cubrían con mantas.

—Desciende espíritu, descende... —repetía el apóstol en el micrófono.

Dean Antoine se sorprendió al ver que un joven levitaba trazando con sus brazos círculos imaginarios que luego se dirigían hacia su pecho primero señalándolo y después golpeándolo, acto seguido, una visión llegó a sus pensamientos y gritó que esa visión se trataba de un fenómeno mundial que lo implicaba a él. Una melodía que hablaba del Espíritu Santo se escuchaba en el templo.

Una vez el joven volvió de ese estado de trance, la pastora lo llamó a lo lejos haciéndole señas. Se paró frente a su rostro y con un murmullo ella le dijo:

—¡Quieto! —la pastora colocó la palma de su mano izquierda en medio de la frente del joven, cerró los ojos y procedió a hacer una poderosa oración.

La mujer se dirigió a los espíritus de las tinieblas gritando y cerró con una súplica a Jesús:

—¡Poderes, espíritus inmundos, espíritus de las tinieblas, les ordeno ahora mismo que dejen este cuerpo y salgan de él, no tienen parte ni suerte aquí! ¡Te reprendo Satanás y te ordeno que te vayas! En el nombre de Jesús, sé libre de todo poder oculto. ¡Qué el Espíritu Santo descienda sobre ti y te dé poder para poder!

Enseguida la mujer abrió sus penetrantes ojos, no obstante, esquivaba la mirada del joven.

—Ahora has sido bautizado en el Espíritu Santo. Solo recuerda: Eres vulnerable de ser poseído y que tu estado postrero sea peor que el primero. Tú naciste para fortalecerte como un guerrero espiritual.

El joven confió ciegamente en la revelación de la pastora y en sus palabras. Ahora tenía la unción del Todopoderoso con él.

—Ya que ha descendido sobre ti el Espíritu Santo, —enfaticó la pastora— deberás hablar en lenguas, hacerlo es desarrollar un don dado por el mismo espíritu. Es la evidencia de que te has convertido en un hijo de Dios, si no sucediera, quiere decir que aún no lo eres. — por la expresión de su rostro pareciera que las palabras de la pastora helaron el corazón del muchacho.

La música cesó y un coro de aplausos se dejó venir sobre aquel escenario. La pastora despidió a los creyentes y caminó entre el público hasta que Dean la perdió de vista.

Dean, Amanda y Nicolás salieron del templo.

El agente pensó para sí que el mundo espiritual no era tan fácil de vivir y discernir, era más complejo de lo que cualquier mortal por muy experimentado y avanzado que estuviera, pudiese entender. Luego imaginó cómo es que Amanda había adquirido sus dones y los había desarrollado. Se alegró de estar alejado de esa parafernalia espiritual.

—Más noche iremos a la reunión de las personalidades de la Iglesia. —Amanda susurró en el oído del agente.

—Déjelo así, señorita Amanda. Ha sido suficiente. No iremos a ningún lado. Ha quedado claro.

Nicolás se disculpó y se retiró porque debía ir a ver a sus primos, recién habían llegado a París y se hospedaban en el hotel Le Bristol. Amanda jugaba con su cabello rizado que caía sobre sus hombros y lo movía de un lado a otro. Dean logró vislumbrar el tatuaje que tenía dibujado en su nuca y aprovechó la ocasión para satisfacer su curiosidad, pues Cory lo dejó intrigado la vez que le contó este detalle acerca de Amanda.

Siguieron caminando rumbo a la camioneta del agente.

—¿Puedo preguntar la historia de ese tatuaje en su nuca?

Amanda llevó su mano como por inercia hacia su nuca y trató de tapar el tatuaje con el cabello y su blusa.

—Lo siento, no tiene que responder esa pregunta. Entiendo si no quiere hacerlo. —el agente vio lo incómoda que se sintió Amanda.

—Tengo varios tatuajes. Una mariposa en la espalda, estas alas que vio en mi nuca, —llevó sus dedos a la nuca— una pluma de pájaro en la planta del pie derecho, un duende en la muñeca del brazo izquierdo —se deslizó la blusa que llevaba— y una calavera en el tobillo.

Dean miró el duende en la muñeca de Amanda y le pareció que estaba contemplando un trabajo en realidad artístico, como si se lo hubiese hecho un profesional, los colores eran de distintas tonalidades verdes en un acabado satinado y toda la figura venía enmarcada en color negro. Un garabato con su nombre en cursiva quedó trazado cerca del duende como perteneciendo a ella.

—La mariposa en mi espalda —continuó Amanda— simboliza la libertad para mí, así me sentía cuando me drogaba, nunca he sido una mariposa, es obvio, el verla en mí me hacía sentir

una bella mariposa.

El oficial no pudo dar una respuesta. Prefirió que Amanda prosiguiera. Solo sonrió mostrando comprensión y una escucha atenta. Con trabajo admitía que su sensibilidad había sido tocada por ese ángel de ojos verdes.

—Estas alas detrás de mi nuca simbolizan esa libertad que deseaba, quería volar para ser diferente, pero no pude sino hasta que sucedió el Brexit y logré huir de mi país. Quería sobresalir, luché por ello y lo logré, quería ser diferente a mi familia. Este duende —volvió a deslizar su blusa sobre el brazo dejando su tatuaje a la intemperie— ese ser sobrenatural de naturaleza maliciosa habitaba mi hogar, lo veía desde que era pequeña.

—¿Ya no lo ve?

—Ya no. Esa historia murió.

Dean arqueó la ceja.

—La pluma de pájaro en la planta del pie —Amanda continuó sin dar mayor explicación de ese duende— si observa el dibujo, —se descubrió la planta del pie y le mostró su tatuaje al agente— la pluma se va abriendo hasta descubrir un ave completamente formada, proceso que viví cuando caí en depresión y la ayuda que recibí.

Antoine se quedó pensando, le sorprendía la otra faceta de Amanda. Por un lado, reflejaba el carácter intelectual y la determinación digna de su profesión y por el otro era una mujer llena de misterios y penas.

El agente no se atrevía a preguntar por la calavera, no deseaba incomodarla. Ya bastante se había confesado con él.

—¿Podemos pasar a la Sorbona? —Amanda veía la Sorbona como un lugar dónde pensar y estar tranquila.

—Es un poco tarde, no creo que se pueda entrar.

—Solo quiero ir. Puede dejarme y usted irse si quiere.

—No voy a dejarla sola. Al menos avisemos a seguridad que usted estará en las instalaciones.

Amanda inspiró hondo y entornó los ojos.

—¿Y la calavera? —Antoine lanzó la pregunta como una bofetada en medio de la noche.

Antes de bajar de la camioneta Amanda se volvió al agente.

—Simboliza la muerte, antes de conocer a Oswin y a Cory tuve otro mejor amigo que fue muerto a puñaladas. Fue por mi culpa, él me defendió y desde ese momento sentí rencor hacia mi persona, sentí culpabilidad, quería suicidarme y traté de encontrarle otro sentido a la vida.

Dean se quedó serio.

—Vamos, no era algo tan malo, un suicidio puede ser considerado un acto de cobardía para algunos, pero para quienes viven afligidos bajo una constante persecución, es la alternativa que suprime toda opresión del espíritu, de un espíritu que clama por la libertad. Ahora ya no pienso así, en su momento lo hice. ¿Sabe?, mejor vámonos de aquí. Prefiero ir a casa.

El agente vislumbró la cúpula de la Sorbona, venían a su mente ideas acerca del espiritismo, los viajes astrales de Amanda, la escuela de Kardec que tenía cautiva a Cecile, pensó en Carsten y en esa Biblia que le obsequió el teólogo, en Alphonse y en el pasaje de la Biblia que le mostró, en Gerard y en sus conclusiones científicas poco atinadas, recordó la noche de gloria con la pastora y el apóstol Andrew. El nombre de Louise Fontaine fue lo último que se cruzó por su mente cuando Amanda le agitó el brazo para que reaccionara.

—¡Agente! ¿Se encuentra bien? —Amanda le gritó al interior de la camioneta.

—Sí, sí, lo siento. Me quedé pensando en esto que me ha dicho.

Amanda alzó la ceja y le pidió que la llevara a casa.

Durante el trayecto ambos permanecieron callados, Amanda admiraba la ciudad de París, iluminada, y reflexionaba en las palabras que a veces escuchaba cuando las personas se referían a París como la ciudad oscura. Antoine mantenía su vista al frente dando la impresión de estar concentrado en el trayecto.

Dean frenó frente al apartamento de Amanda y ambos se quedaron quietos ante la oscuridad de la noche. Su respiración era el único sonido que rompía ese aterrador silencio. Dean pasó saliva y giró su cabeza hacia Amanda. Una llovizna los acompañó. Amanda se volvió hacia el agente.

—Agente, yo...

—Sshhh... No tiene que decir nada. —Antoine susurró y llevó su dedo índice hacia los delicados labios de Amanda. Con ternura le estorbó la palabra.

—Este caso se ha vuelto alucinante. Le ruego que crea cada una de las palabras que le he dicho.

Dean agachó la mirada y antes de hablar la volvió a mirar.

—Amanda, ¿qué pasó contigo? ¿Dónde está la mujer de los poderes sobrenaturales? ¿Dónde quedó esa chica misteriosa?

Amanda sonrió y con su lengua humedeció su labio inferior.

—Primero resolvamos esto, ¿quiere? ya iremos a lo importante.

Dean asintió con ternura.

—De acuerdo.

—Muchas gracias, agente.

—Antoine, Antoine para ti.

Amanda se sonrojó.

—Gracias, Antoine. —Amanda llevó su mano hacia la de Dean y agradeció sus cuidados. Bajó de la camioneta. Dean encendió el motor.

Dean manejó rumbo a su casa, aparcó el vehículo y entró. Lo único que buscaba era una luz en medio de esa densa oscuridad. La voz del profesor Carsten susurraba en su subconsciente, una visión se apareció frente a él mostrándole a ese hombre ensayando el momento que se dedicó a recalcarle: *Es la obra de hombres que perseveraron hasta el fin, hasta que su mundo quedó nublado por la ausencia de palabras. Ya todo lo que debe saberse está expresado aquí. Nada vale más la pena.* La duda se acercó a su reflexión, porque si ésas habían sido las palabras del profesor Carsten, entonces qué revelaciones tendrían que dar a la Iglesia los ahora llamados profetas y apóstoles de los tiempos actuales.

Como sea, seguía pensando que esto nada tenía que ver con lo acontecido en el apartamento de Amanda, se frustró pensando en el tiempo que había dedicado a este tipo de asuntos y decidió seguir adelante por su propia cuenta.

Se dirigió a su escritorio y miró su grabadora con la cual había estado recopilando información de los entrevistados. Presionó el botón que le permitía extraer la cinta para desecharla en el cesto de basura que tenía cerca del escritorio. Sacaba y metía el *cassette* una y otra vez, contemplaba el pequeño objeto y lo volvió a acomodar dentro de la grabadora. Presionó el botón de retroceso y la cinta corrió con rapidez hasta que el mecanismo frenó el movimiento para empezar a grabar o para escuchar la cinta. Oprimió el botón de inicio y escuchó las conversaciones. Se dispuso a anotar en una libreta cada palabra que despertaba su interés y con mucho esfuerzo trató de encontrar coincidencias lógicas y similitudes entre los acontecimientos.

Sacó su móvil para volver a escuchar los mensajes de voz que tenía de Alphonse y de Gerard. Luego leyó los mensajes de texto que habían llegado a su móvil y a su correo electrónico desde que inició la investigación. Mientras navegaba por su bandeja de entrada apareció frente a sus ojos una ventana emergente que le presentaba publicidad de un libro, la portada venía ilustrada con una rosa roja y una hoja verde dibujadas sobre la palabra MAL en color negro.

Minimizó la ventana emergente y siguió revisando su bandeja de entrada, a los pocos minutos ésta volvió a salir y ahora no pudo cerrar la ventana digital, sino que su computadora se trabó y la pantalla parpadeó dando señal de que estaría próxima a fundirse.

Se levantó con molestia y recordó que había dejado en la camioneta la Biblia que Carsten le obsequió. Pensó en salir por ella mientras su computadora reaccionaba. Miró el reloj, eran las tres de la madrugada, abrió la puerta de su apartamento y caminó despacio hacia la camioneta, presionó con su dedo índice y pulgar el control del vehículo para retirar los seguros y entonces se agachó hacia el piso de la parte trasera para tomar la Biblia que ya tenía las esquinas maltratadas por el agitado viaje del día anterior.

Tan pronto se incorporó al exterior, sin mayor atención contempló la portada de la Biblia y las hojas doradas que le hacían parecer un objeto de oro que brillaba con los faros de la calle. Una vez alzó la mirada para caminar hacia la puerta de su apartamento vio en la pared cercana una sombra detrás de él, un bulto enorme clavado en la oscuridad. Pasó saliva y prefirió no moverse, intentó pensar en una estrategia o de lo contrario sería hombre muerto. ¿Quién estaba detrás de él? Se preguntó en silencio. Estudió la imagen negra que se reflejaba en la pared blanca y que era alumbrada por los faros de la calle. La sombra no se movía, pero imponía. Dean respiraba despacio. Miraba la sombra sobre la pared y no lograba distinguir si ésta tenía un arma o algo que pudiese herirlo, también sabía que el ataque llegaría de un momento a otro.

Cerró los ojos y los presionó con fuerza para abrirlos de nuevo con rapidez y la falsa ilusión de que esa sombra desaparecería. Con determinación se giró sobre sus pasos y se lanzó sobre cualquier cosa que pudiese estar detrás de él. Aventó la Biblia al piso y tan pronto la soltó con agilidad tomó su revólver y lo enfocó hacia diferentes lugares, primero arriba, luego abajo, de izquierda a derecha, avanzó tres pasos cerca de su camioneta, se agachó tratando de mirar al otro lado del vehículo sin dejar de cuidarse las espaldas.

—¡Ya te vi, maldito, sal de ahí. No te tengo miedo! —gritó Dean cargado de adrenalina.

No hubo respuesta.

—¡Cobarde! Te tengo en la mira, sal de donde estés. Aquí te espero. —Dean gritaba con el cabello en la cara y presionaba su mandíbula.

Volvió a apuntar en todas las direcciones y sus amenazas volaban en la densa oscuridad de París.

—¡Sal de donde estés, maldito hijo del demonio!

Con pistola en mano y cuidándose la espalda siguió buscando entre las bolsas de basura, los autos cercanos, los pórticos de los apartamentos, pero no encontró nada ni a nadie.

Regresó a su apartamento, cerró la puerta sin seguridad esperando que el intruso le agarrase desprevenido para él tenderle una trampa. Deseaba tenerlo entre sus manos, estrangularlo, terminar con su vida tan pronto se le presentara la ocasión, estaba fastidiado de todo lo referente al Caso de los Fontaine.

Caminó hacia su escritorio para apagar su ordenador e irse a la sala para mantenerse alerta, lo distrajo la ventana emergente que salió justo en el momento en el que se disponía a desactivar su equipo.

Esta vez la imagen de la rosa roja y la hoja verde se hicieron más grandes y el título se alcanzó a leer con claridad: *El lado bello del MAL*.

El agente maximizó la imagen todavía más, y pensó para sí: estupideces. ¡Ya basta!

Cerró la ventana emergente, apagó el ordenador y todas las luces del apartamento, esperando de nuevo ser acechado por ese intruso. Se acostó en un sillón de la sala. Retiró sus zapatos ayudándose con el otro pie y éstos volaron por el pasillo. Se quedó pensativo y afianzado a su revólver hasta que el sueño le venció.

A los pocos minutos un sonido intenso golpeó la puerta del apartamento.

Dean abrió los ojos, miró el revólver en sus manos y se puso en guardia.

—¡Pásale, desgraciado! Te he estado esperando, vamos, seas lo que seas, un monstruo, una bestia, un dragón, una maldita sombra opresiva, no me importa, te asesinaré.

—¿Antoine de qué estás hablando? Abre ya, date prisa. Somos Gerard y Alphonse.

Dean se apresuró a abrir la puerta y tan pronto estuvieron los tres dentro corrió los pestillos.

—Cuidado muchachos, aquí está el infeliz. Lo tenemos. Ese maldito hijo de la oscuridad está rondando cerca.

—¿De qué estás hablando? —Alphonse lo miró con extrañeza y era evidente que se notaba el terror en sus ojos.

—Esa herida en tu boca, esas biblias, los médiums, los viajes astrales, los brujos del Instituto Kardec. Me estoy volviendo loco. —Dean señaló con rudeza.

—Calma, calma, siéntate, Antoine, tranquilízate. —Gerard lo llevó a un sillón de la sala.

—Ese ser está entre nosotros. Nos quiere matar, intentó con los muchachos y no pudo, ahora viene tras nosotros. —las manos le temblaban.

—Vamos, quieto. Te hemos traído resultados del caso. —Alphonse miró a Gerard.

Gerard abrió un portafolio negro que llevaba entre manos y sacó un par de informes.

Un objeto cayó del sillón y Antoine se levantó de un brinco apuntando con el arma.

—No fue nada, Antoine. Vamos hombre, siéntate. Lee esto. —le suplicó Gerard.

—Expediente 1502 Caso Louissette Fontaine. —Leyó Dean Antoine sin bajar la guardia con su revólver.

—¿Una implosión? ¿Qué es esto? —miró con profunda extrañeza a sus colegas.

—Dame el arma, te puedes lastimar, estás muy alterado. —solicitó Gerard y con un poco de fuerza Dean soltó el arma en manos del físico.

—La señora Fontaine ha logrado sobrevivir, afortunadamente la hemos entrevistado y se han confirmado las pruebas. Es una médium profesional, algún colega del reino espiritista quiso envenenarla antes de que llegase a su casa, esa sustancia gelatinosa en el piso era ectoplasma, la mujer venía de una sesión espiritista y volvió el estómago en el camino rumbo a su casa, estando ella dentro hizo un ritual y como una manifestación sucedió lo que más me temía, una implosión.

—Intente explicar esto, ¿qué demonios está pasando aquí? ¡Qué locura! —Dean llevó la mano derecha a su cabellera negra y la sacudió. Un malestar en la cabeza le atosigaba.

—La señora Fontaine hizo una serie de invocaciones en ese culto espiritista, y como resultado de ello sucedió la implosión. A diferencia de la explosión donde todo ocurre de adentro hacia fuera, la implosión ocurre de afuera hacia adentro, de hecho, era para que este fenómeno la hubiese matado, no había razón para una supervivencia. La víctima es muerta en el mismo instante en el que los materiales de la construcción se clavan en su cuerpo, con el objetivo de llevarle a la asfixia inmediata y a una muerte súbita.

—¿Me está diciendo que sus propios demonios intentaron asesinarle? —Dean sobó su cabeza, rendido.

—Tal parece que así es, y no solo sus demonios y sus prácticas paganas, algún colega quiere obtener algo de ella. Una venganza, un poder, no lo sé. Las mismas fuerzas que en un principio creyó la habían favorecido ahora se han vuelto contra ella.

Dean llevó su mano al rostro y lo talló con frustración. Pensó en los libros que tenía en la oficina y en cada una de las palabras de Amanda.

—¿Y su cónyuge? ¿Qué noticias hay? —expresó Dean arrugando el ceño.

—Aún nada. No sabemos si ha huido o esté muerto. Sigue adelante la investigación.

Dean enmudeció.

—Señores, tengo que salir de aquí —Dean se levantó, se acomodó su saco, colocó el revólver en su cintura, se lavó la cara con agua fría y aclaró su garganta. Pensó en que lo mejor sería averiguar de una vez por todas lo que esos jóvenes tenían entre manos.

—Si me disculpan, ahora vuelvo. Se quedan en su casa —Gerard y Alphonse cruzaron miradas y solo escucharon un portazo. Dean había salido del apartamento.

Una implosión, una médium profesional, culto espiritista... ¿Con qué clase de gente estaba tratando? ¿Los Fontaine una de muchas familias? Por primera vez sintió un terror abrasador. ¿En qué clase de caso se había involucrado? Esto era peor de lo que imaginó. Luchar contra élites no era precisamente un campo sencillo, había una inmensa mafia detrás de cada caso. Siempre supo que su vida corría peligro al ser agente de la policía, pero tratar de involucrarse con esas masas de poder era otra cosa. Se trataba de algo más que un acto de violencia, había una serie de intereses detrás que motivaban a la agresión. Igual se podía detener a un criminal, pero el efecto dominó iba a continuar, como así sucedía en el barrio Latino, el reto estaba en desenmascarar a los altos mandos y detener esto, no tan solo de malhechor en malhechor. Dean nunca tuvo interés

en las artes ocultas y jamás pensó verse involucrado en algo así en su vida.

Veamos, pensó. ¿Por qué el barrio Latino? ¿Qué hay de especial en el barrio Latino? ¿Reuniones nocturnas en la Sorbona? ¿El Instituto Kardec a unas cuadras? Dean dejó por un momento lo que aconteció en el apartamento de Amanda y trató con mucho esfuerzo de echar una mirada general al caso. ¿Muchas familias involucradas de forma inconsciente con el grupo sectario internacional de los dragones? Claro. Amanda, una médium, una elegida por el grupo y Cory miembro de la Sociedad Secreta del Libro, ¿Y Cécile? ¿Qué hacía Nicolás ahí? De inmediato recordó el expediente de Louissette Fontaine que Alphonse había leído. Cordes-Sur-Ciel. La colina del dragón... ¿una mujer poseída por el mismo infierno?

Llegó a su oficina, se sintió orgulloso al ver que tras el desastre ocurrido su equipo ya había levantado expedientes, enviado huellas dactilares a los especialistas, tenían identificados algunos nombres que relacionaban con casos anteriores en el barrio Latino. Le pareció extraño no ver el IMAGNETONIC, él claramente había dado la indicación de devolverlo a la oficina por el valor económico que aquel instrumento tecnológico representaba. No obstante, esa ligera molestia que lo irritó se aquietó cuando volvió a apreciar la eficiencia de su equipo.

Se sentó en su silla y encendió el ordenador. Tras las palabras de Carsten quedó intrigado con ambos grupos secretos: “La Sociedad Secreta del Libro” y “El grupo sectario internacional de los dragones”. Pensó que algo había de cierto en las palabras del profesor, una persona con esas credenciales sería incapaz de mentirle a la policía de París.

Ingresó a la base de datos religiosa más grande de Europa. Se preguntó quién estaría detrás de estos grupos y qué planes tenían. ¿Por qué ese afán en destruir a la Iglesia de Jesucristo?

Se levantó y caminó sobre sus pasos llevando su mano derecha hecha un puño a su barbilla como un tic, ¿pero, dónde, dónde? ¿Por qué ocultarse? Volvió a su teclado y anotó en el buscador: Sociedad Espiritista de Francia, una página web se abrió. Dio clic en el enlace y la imagen de un pentagrama en color carmín y bordes negros se abrió como fondo de la misma página. Leyó: Instituto Kardec. Dio clic en el nombre de Kardec y una colección editorial se desplegó frente a sus ojos: *La Revue Spirite*. La publicación espiritista de mayor prestigio en Francia. Pasó el cursor por las biografías de sus autores. Nada extraño. Hojeó la revista en su formato digital hasta llegar a la última página donde ya se promovía la siguiente edición. Su corazón latió con fuerza cuando vio la imagen del profeta Ditrik Baknok, tenía un par de libros en la mano, su anillo de serpiente enroscado en el dedo anular y sonreía con malicia. “¿Este hombre sí que sabe sacar dinero!”, pensó. Ya nos volveremos a encontrar. Siguió navegando en la página y dio clic en el apartado de médiums e hipnosis, una lista inmensa de autores se desplegó, escaneó de arriba abajo la lista de médiums y vio el nombre de Amanda. ¿Pero si Amanda no es siquiera francesa! Una pequeña biografía de la joven se extendió cuando Dean dio clic en su nombre. Error. El enlace no abría. Volvió a cerrar la pestaña y repitió dicho procedimiento. Error. Intento fallido. ¿Qué extraño!

Tecléo Cordes-Sur-Ciel. Lo primero que salía era la noticia de la implosión ocurrida en aquel misterioso y legendario pueblo medieval. Bajó el cursor, dio clic en un enlace: Historia y misterios en los pueblos de Francia...la imagen de un dragón recorre la historia mítica de Cordes-Sur-Ciel, es la silueta del pueblo.

Siguió bajando el cursor.

Este dragón tiene los días contados, pensó Dean.

Un misterioso pueblo que se conoce como el monte de la magia. Suceden cosas sobrenaturales, su clima gris es engañoso, cuando parece llover no llueve, sin embargo, se escucha en todo el

pueblo el ruido del agua cayendo entre las calles sin que se vea una sola gota de agua. Muchos de sus habitantes dicen que es un pueblo embrujado, donde reina la superstición y donde hacen morada algunos hechiceros. Esta joya francesa brilla desde el monte con sus cuatro murallas concéntricas que, siglos atrás, sirvieron para proteger las calles angostas que corren laberínticamente en círculos.

Dean siguió leyendo en un estado de hipnosis, nunca había mirado de cerca las antiguas leyendas que se escondían en Francia, bajó el cursor y le sorprendió ver imágenes de casas góticas ornamentadas con esculturas, grotescas figuras y la imagen de un dragón. Vio que dicha imagen se repetía en cualquier rincón del pueblo por ser el emblema de la ciudad.

Un apartado cautivó su atención cuando leyó: riqueza en Cordes-Sur-Ciel: Maison du Grand Fauconnier, Maison du Grand Écuyer, Maison du Grand Veneur. Dean colocó el cursor sobre la imagen de la Mansión Grand Fauconnier, enseguida una imagen distorsionada le llevó a recordar las fotografías y su efecto fantasmal que capturó en una de las vitrinas del Instituto Kardec. Sacudió la cabeza al no encontrar algo relevante. Minimizó la pantalla y abrió una nueva pestaña, alimentó el buscador con las siglas CETS. Un enlace a la Universidad de Ginebra fue lo primero que obtuvo como respuesta a esa búsqueda.

Abrió la página web y vio la imponente imagen de la fachada de la Sorbona. A los pocos segundos de estar navegando en el sitio brincó una pantalla con publicidad de un evento. Dean se recargó en el respaldo de su silla y miró pensativo esa publicidad. Leyó la fecha del evento y vio una leyenda que la acompañaba: *“Help us defend the Bible”*. Se desconcertó al no ver nada relacionado con la Sociedad Secreta del Libro, luego recordó las palabras de Carsten cuando le dijo que no era algo de carácter público. ¿Entonces qué pasaría en este evento? ¿Qué pretenden?

Tecleó grupo sectario internacional “los dragones”, se sintió abrumado con la cantidad de resultados que arrojó el buscador sin relación alguna con lo que Carsten mencionó, lo cual le hizo desconfiar una vez más. Ni siquiera había información de semejante grupo. Se volvió hacia la pestaña de la Mansión Grand Fauconnier, maximizó la primera imagen que en un principio se distorsionaba y por un momento le pareció familiar el color de las pequeñas banderas que se erguían alineadas sobre la fachada. Descargó la imagen e inspiró hondo. “Estoy más cerca de ti, desgraciado, pronto te tendré en mis manos”.

Esa misma noche supo que los teólogos se congregarían en la Universidad de París al día siguiente porque recién se había organizado el primer congreso de Devoción a la Fe, sin embargo, se quedó estupefacto al notar que era un evento de etiqueta. ¿Cómo así?, pensó. ¿No se suponía que la naturaleza de estos eventos debía perseguir la humildad y sencillez ante todo? Como sea, se dijo. Tengo que estar presente. Con un poder de convicción se apresuró a tener más detalles del asunto mientras avanzaba con su investigación. Notó que ahora se había adentrado en el jueguito de los lunáticos, pero no le importó. Todos hablaban de lo mismo y algo había en el fondo de la lóbrega historia.

Al subir e internarse en la sala de clima gris tal como los turbulentos climas parisinos, Dean agradeció cada charla que mantuvo con el profesor Carsten. Aunque él sabía que no estaba en lo mínimo a la altura del intelecto de aquellos hombres, sí sabía que debía ser prudente y astuto para obtener la información que necesitaba. Se sorprendió al ver a más personas que luchaban por preservar la verdad.

Al llegar al lugar quedó impresionado cuando vio estantes atiborrados de toda clase de biblias, tan pronto se fue acercando a la mesa donde estaban sentados los teólogos, sin murmurar fue leyendo algunos nombres que le parecieron completamente extraños. Los había en una gran cantidad de idiomas. Se escuchó un portazo que lo distrajo de su ensimismamiento. Tras ello una voz femenina:

—Señores, sean bienvenidos, los dejo con el profesor Carsten Berthold. —luego, aquella mujer salió del sitio dejando solo figuras masculinas en su interior. Dean sintió un alivio esperanzador al ver que ahora no se encontraba solo, que finalmente tener a Carsten cerca le transmitía cierta tranquilidad al saber que más allá de su intelectualidad era un hombre piadoso y quien abogaba por causas nobles. Sus estudiantes lo admiraban y respetaban. Ahora dirigía tan célebre reunión. Notó que las biblias de los teólogos estaban encuadradas en piel y bien cuidadas como si se tratase de una joya preciada.

Peter Walter, colega de Carsten y catedrático del CETS habló:

—La Biblia, hermanos, como todos sabemos en esta sala, es un libro sellado, esto es, que debe su correcta interpretación a la asistencia del tercer miembro de la Trinidad: El Espíritu Santo que nos guía en la tarea. Un incrédulo no comprenderá nunca la Biblia a menos, claro está, que Dios se la revele.

A Dean le incomodó el comentario de Peter, pero le arrojó algo de claridad. A veces las pistas están en el único lugar en donde no buscamos, pensó. ¿Quizá por ello no logro comprender lo que sucede?, tonterías.

—La Sociedad Secreta del Libro, —prosiguió el teólogo— tiene como misión mantener la Verdad Secreta, que como hemos mencionado, a muy pocos les es revelada. Los dragones y sus guardianes nos intentan acosar y persistirán en ello hasta destruirnos. Debemos ser sobrios, nuestro enemigo anda como león rugiente buscando a quién devorar ofreciendo en los templos protestantes versiones torcidas del evangelio. Y sí, hermanos, aunque nos parezca inconcebible, el demonio está en la Iglesia.

—¿Quiénes son los guardianes? —preguntó Dean en voz baja a Carsten que estaba sentado a su lado.

—Nuestro adversario equipa a sus seguidores con figuras igual de siniestras que él. Nunca anda solo. A veces pueden ser otras personas e incluso animales feroces. —le explicó Carsten casi a susurros.

—¡Vaya! Interesante.

Dean se quedó pensativo solo haciendo memoria. De pronto le hizo sentido recordar el perro negro que ladraba al interior del templo de la pastora Deborah. Rugía como bestia salvaje y sus enormes colmillos significaban una amenaza con solo mirarlos. Pensó en el anillo de serpiente del profeta Ditrik, seguro tendría un animal así de repugnante como él en su casa.

—Estamos en una cultura llena de trampas, —habló Pierre— van en aumento el ateísmo, el

gnosticismo, las sectas, gente que se opone a todo lo espiritual. En muchos lugares a los que solemos acudir, nos dicen que no debemos creer a la Biblia, que ésta tiene errores, o solo nos invitan a creer algunas partes de ella, y nos lo dice una sociedad llena de error y toda clase de pecados y que luego se cuestiona sus propios problemas. ¿Cuántas veces le mencionó Pablo a Timoteo que cuidara la sana doctrina?

Para empezar —prosiguió— vamos a definir qué es doctrina. Se trata de un conjunto de enseñanzas usadas como norma ortodoxa, es decir: esto es lo que aceptamos, lo que creemos, ésta es nuestra norma. Específicamente está la doctrina de Cristo que es el Hijo de Dios, nacido de una virgen, resucitado de los muertos y vendrá otra vez.

—Ahora, una falsa doctrina es esto: —continuó— una creencia que no está en conformidad con la Palabra de Dios. Quien nos diga algo contrario a lo que está escrito en ella, ya es una mentira, ya es otra doctrina, ésa es la sociedad en la que estamos. —el hombre de melena blanca sacudió la cabeza con lamento. —Debemos consagrarnos a la Palabra de Dios, ser valientes y firmes, no débiles y condescendientes. Retengamos lo bueno y correcto.

Terminando el congreso Dean y Carsten se reunieron en la plaza de la Sorbona bajo un cielo estrellado. Cosa que les parecía inusual al enfrentarse de continuo a los climas grises de París.

Carsten caminaba a paso lento y Dean le acompañaba con paciencia y aprecio.

—Agente, debo advertirle de algo y hablarle acerca de alguien si me lo permite.

Dean sintió que el tono de voz de Carsten no era el de siempre.

—Por favor, profesor Carsten. Me gustaría escucharlo.

Carsten asintió, miró al cielo y volvió sus ojos a los de Dean.

—La única forma de entender a este enemigo es a través de la Biblia, es la única vía para conocer a esta clase de adversario.

—Perdone, no entiendo. ¿De qué me está hablando?

Carsten calló un momento y miró la fachada de la Sorbona. Continuó:

—Este ser habita en el mundo físico sin ser hombre, o mejor dicho una figura humana. Su fin último es distraer a las almas perdidas haciéndoles creer que este mundo es lo más valioso a lo que podrán aspirar, pues una vez muertos todo quedará perdido en la nada eterna, pero ciertamente esa no es la verdad. Él es el padre de la mentira y lo más aterrador es que la nada eterna no existe. Eso a lo que él llama la nada eterna en realidad se traduce en un lago de fuego eterno. Este ser es el máximo líder del grupo sectario más grande que jamás ha existido.

—Es que no lo comprendo. Dígame usted qué clase de ser se mueve a través de la noche, su silueta como de sombra, se mantiene de pie y más profunda que la oscuridad. Es un adversario imponente. ¿De qué clase de secta estamos hablando?

—Además de los dragones de quienes ya le he hablado, se ha creado lo que se puede decir una religión ecléctica, no es otra cosa que la fusión de religiones o ecumenismo. Estas religiones han secuestrado el mensaje de Salvación para toda alma humana. A lo largo de la historia se han hecho múltiples intentos por destruir a los cristianos. ¿Por qué cree usted que pase esto?

Dean se encogió de hombros.

—Porque quieren ocultar la Verdad. El único camino de Salvación. Cristo es la Verdad. No las grandes élites como así quieren hacerlo creer. Estas grandes élites están controladas por un enemigo invisible que ya ha robado el alma de sus líderes. Es un devorador de almas y ellos jamás se darán cuenta, este enemigo les ha cegado el entendimiento y en consecuencia le sirven de muchas formas. A través del asesinato, del engaño, de toda clase de mal, y no solo reclaman poder en este país, sino en todo el mundo. Es una lucha por la verdad.

Dean volvió a pensar en Londres y en el último titular que leyó en el periódico.

—Y todos esos nombres que mencionan los jóvenes en sus reuniones nocturnas, el mapa de Cory, ese poema o esa frase de la que habló Nicolás acerca de un jinete blanco...

—Nuestro enemigo tiene muchos nombres, es muy poderoso, él es el padre de la mentira, el príncipe de este mundo, Belial, Samael, “la antigua serpiente”, “el gran dragón”, el dios negro, el dios de este siglo, el tentador, el ángel caído, el señor del Terror, Lucifer, Satán.

Verá, agente, sé que no es tema fácil, estudiosos de las Sagradas Escrituras nos dejan ver un testimonio de sus propias vidas, así como hermanos en Cristo que han sido perseguidos de maneras similares, algunos han sido muertos por causa de Él, pero eso no es de sorprender, pues estamos advertidos. Es obligación del creyente conocer a su adversario, él nos odia tanto como odia a Dios mismo. Al ser hijos de Dios, nos hemos convertido en el objeto de su deseo, claro, los que no creen en Dios ya están perdidos y ellos no le preocupan a Satán tanto como nosotros. Como dijo un sabio “El asunto del adversario es hacerle creer al impío que no existe una esperanza más allá de este mundo, y al creyente que ha perdido dicha esperanza”.

—¿Cómo le han conocido? Lo he sentido, pero jamás me he enfrentado a él.

—A través de las Escrituras, agente. Se han escrito libros de creyentes que comparten un fiel testimonio de quién es él. Ahí tiene a C.S.Lewis y su maravilloso texto *Cartas del diablo a su sobrino*, *El lado bello del Mal* de Johanna Michaelsen, personas que lo han vivido en carne propia. Y muchos más...

—Espere, ese libro me resulta conocido. —Dean recordó la ventana emergente que salió cuando su computadora empezó a fallar. —Me salió publicidad en Internet.

Carsten no parecía sorprendido.

—Me imagino que, por su investigación, su historial de búsqueda asocia lo que ha buscado, lo filtra y le permite atender nuevas sugerencias y es común que quienes buscan cuestiones relacionadas a fenómenos sobrenaturales, espiritismo, tengan un acercamiento con ese título.

Dean no dijo más. Solo asintió.

—Escuche bien, agente, como hijo de Dios me siento con la responsabilidad de volverle a advertir que no tenemos lucha contra sangre y carne, nuestra lucha es con potestades, reinos invisibles de este mundo, tronos, dominios que están por encima del ser humano sin ser superiores a Dios.

—Porque no tenemos lucha contra sangre y carne... —se repitió Dean.

—Así es, adelante, dígalo porque es la realidad que nos aqueja. —le animó Carsten. —Me sorprende que ya lo sepa de memoria. Escuche, agente, este movimiento del que he hablado representa una mutación desviada de la verdad. Al igual que un virus mortal, obtiene su acceso a la Iglesia manteniendo una relación superficial con ciertas características del cristianismo bíblico, pero al final siempre corrompe y distorsiona la sana doctrina. Como el monstruo de Frankenstein, es un híbrido repugnante de la herejía, el éxtasis y la blasfemia torpemente vestido con los restos destrozados del lenguaje evangélico.

Estos dragones se llaman a sí mismos cristianos, pero en realidad se trata de una farsa, de una espiritualidad errática. El movimiento carismático pentecostal es la estirpe más dominante, agresiva y visible del llamado cristianismo en el mundo.

Dean no daba crédito de lo que escuchaba, sabía que desde siempre reinaba en las iglesias la ambición, la mentira, la hipocresía, pero ignoraba la existencia de un grupo sectario internacional destinado a destruir almas, no necesariamente con el fin de obtener bienes y riqueza, sino con la única intención de destruir el amor que un santo podía sentir por Jesucristo.

—Todos los que se oponen a su doctrina —continuó Carsten— son acusados de aflicción, apatía, resistencia e incluso de blasfemia contra el Espíritu Santo. Ellos atribuyen toda clase de estupidez humana a Dios, ignorando el verdadero propósito de Dios, el cual es liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado que les conduce a la muerte eterna. Proporcionándoles a través de Jesucristo el poder para alcanzar la victoria espiritual. La obra de los dragones no es nada menos que una blasfemia. —expresó Carsten, molesto.

—¿Qué me dice de la Sorbona?

—La Sorbona es uno de varios refugios secretos de nuestra Sociedad. Identificará a la Sociedad porque cada vez que se intercambian mensajes entre los miembros se firma como “El Libro” o “El Refugio Secreto”. Nunca se debe escribir un nombre. Jamás, eso nos pone en peligro a todos.

—Bueno, ¿y qué más sabe de la familia Fontaine, qué sucedió en ese apartamento? —preguntó Dean todavía intrigado.

—Solo Dios sabe a ciencia cierta lo que sucedió en ese apartamento. Lo único que puedo decirle es que no es el primer caso que tenemos así.

Dean se volvió a sentir más torpe de lo que ya se venía sintiendo.

—¿Cómo es que ustedes se enteran de estos acontecimientos, así como si fuese de lo más normal y peor aún, saben mejor que nosotros lo que hay detrás?

—Porque ya le he dicho contra quién es nuestra lucha. La familia Fontaine al igual que Amanda Thompson servían al adversario antes que a Jesucristo. Él no suelta tan fácil a sus presas. Reclama su alma y a veces puede costarles la vida.

—Pero, si Cory nunca ha sido médium que yo sepa. —Dean se quedó pensando en la luz blanca que Amanda le describió y entonces dudó. No podía creer lo que Carsten le decía y su incredulidad volvió a atosigarle. ¿Qué había de Charlotte, de Oswin?

—No necesita ser médium, el ocultismo se ha infiltrado en la Iglesia de Jesucristo y basta una falsa doctrina en la misma Iglesia para involucrarse con estos poderes. Cory Fontaine fue una víctima más de esta secta. No piense que una secta es lo que se vive dentro, no, una secta repercute más allá. Tiene la facultad de destruir el alma y las consecuencias son devastadoras no solo en el día a día del “cristiano”, sino para la eternidad. Estamos en la tarea de rescatar a los hermanos perdidos, de ser una luz en las tinieblas de la Iglesia. Muchos de ellos se niegan a salir porque no creen en esto, siguen pensando que es el poder del Espíritu Santo el que está detrás de este circo espiritual. Con todo respeto, agente, pero la actitud que ellos adoptan no es contraria a la de usted.

Dean sonrió con una actitud soberbia, aunque en realidad se sentía confundido. La eminencia que Carsten representaba como autoridad en una universidad como la Sorbona le hacía creer y al mismo tiempo dudar. No sabía hasta qué punto el anciano era un fanático enfermizo de la religión cristiana. O es que en verdad había algo dentro de él que se negaba a creer. La idea de estar cerca de la verdad y no verla comenzaba a aterrarle.

—¿Regresamos? —Carsten lo miró y mostró una sonrisa compasiva.

—Adelante. —Ambos regresaron al salón de gala con los demás teólogos y docentes de la Universidad de París. Dean mantenía las manos en los bolsillos del pantalón, su revólver seguro en la cintura y su grabadora oculta en el saco, tal como la acostumbraba a llevar.

Le sorprendió ver que un teólogo extendía sobre la mesa un pergamino igual al que sostuvo Nicolás en su momento cuando se reunió con el Dr. Bugner.

—Señores, sabemos que éste es el principio del fin. —dijo el teólogo señalando unas letras en el pergamino extendido— los dragones se multiplican cada vez más y tal como dice 2 Juan,

muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

—Es cierto, —lo interrumpió uno de los teólogos. —disculpe que lo interrumpa, pero me parece importante destacar la gran apostasía.

Ambos teólogos intercambiaron miradas de aprobación.

—Señores, recordemos primero, ante todo, que es nuestro deber permanecer en oración por la Iglesia de Jesucristo y por todas aquellas almas perdidas. Y es nuestra responsabilidad instruirnos en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. De hecho, es responsabilidad de cada creyente.

Todos asintieron.

—¿A qué se refieren cuando hablan de la gran apostasía? Disculpen mi ignorancia. —expresó Dean, apenado y bastante interesado en el tema.

Carsten tomó la palabra.

—La palabra apostasía, Sr. Antoine, significa apartarse, separarse, rebelarse o abandonar. En un sentido bíblico indica una separación voluntaria de la fe en Dios y de su verdad revelada en las Escrituras. Tal apostasía prevalecerá sobre todo en los últimos tiempos de acuerdo con 1 Timoteo 4:1-3 o en los últimos días según 2 Timoteo 3:1-9. En un orden profético —continuó Carsten— primero sucederá la gran apostasía y luego la revelación del hombre de pecado, que es el anticristo.

La apostasía puede tener lugar por prestar atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. 1 Timoteo 4:1 Es un tema amplio, pero muy interesante. Muchos creyentes que se hacen llamar cristianos han salido de la Iglesia de Jesucristo, pero nunca han pertenecido a ella. Son los que se dejan seducir por el engaño, por los falsos profetas que desvían de la verdad, y es común que estos dragones sientan un amor por el mundo presente. Los hijos de Dios que han creído en ellos carecen de discernimiento espiritual y por seguir un deseo pecaminoso rechazan la doctrina verdadera.

Dean asintió sin decir una palabra.

—Bien, señores, es hora de partir, apuntó uno de los teólogos tras mirar su reloj de mano.

Los teólogos se levantaron como si hubiesen coordinado su hora de salida y recogieron sus biblias. En el mismo instante en el que Dean se acercó a Carsten su móvil sonó, enseguida lo miró y vio en la notificación que se trataba de su equipo. “Nota roja, sospechoso que irrumpió en la oficina, datos fuera de Francia”. Dean leyó y con agilidad marcó a la oficina.

—¿Agente?

—Tenemos a un sospechoso, es extranjero.

—¿Quién es, de quién se trata?

—Solo sabemos que la orden vino de Inglaterra. El sospechoso debe estar entre nosotros.

Dean pensó con rapidez. “de Inglaterra, de Inglaterra...”

En tanto que Dean pensaba una alarma estalló al interior de la Sorbona. En su instinto de protección arrebató su revólver de la cintura y pidió a los teólogos que se echaran al piso y se arrastraran por debajo de la mesa para protegerse.

Salió a toda prisa del aula cuidándose la espalda. Caminaba señalando con el arma en todas las direcciones y sin distraerse pidió refuerzos desde su móvil.

Le sorprendió ver que apenas pidió refuerzos su equipo ya rodeaba la Universidad de París.

—¿Qué sucede?

—En cuanto supimos del posible sospechoso, pensamos en usted para venir a protegerle. No sé de quién se trate, pero lo buscan y ese maldito sabe que usted está aquí. Sabíamos que después de

la oficina la siguiente parada sería su apartamento o la Sorbona y con toda seguridad puedo decir que era más bien la Sorbona su siguiente paradero. ¿Vino a un evento teológico cierto? —el oficial tenía el arma en sus manos y se cuidaba la espalda al mismo tiempo mientras dialogaba con Dean.

—Sí, ¿pero quién es?

—No es momento de preguntas, agente, su vida corre peligro. Venga junto a mí, caminemos. —el oficial movió el arma para que Dean cambiase de lugar.

En cuanto Dean escuchó las palabras del oficial recordó por qué no hacían pública la información de la Sociedad Secreta del Libro. Pensó en la publicidad que vio en el sitio *web* de la Sorbona.

—Debemos irnos.

—No, faltan los teólogos.

—Ellos no corren peligro, saben protegerse, usted es a quien buscan. —dijo con voz autoritaria el oficial.

—¿A mí por qué?

—A estas alturas se sabe en todos los periódicos del mundo que el jefe de la policía de París, ha estado detrás del Caso de la familia Fontaine, alguien en Inglaterra está molesto y quiere su vida, estorba en sus planes por lo que se ve. Quizá se trate de la misma persona que atentó contra la vida de los jóvenes.

—¡No puede ser! ¡Eso es imposible!

—Usted dirá. Entiendo que no quiera creer en nada de lo que se le ha dicho, pero ahora no tendrá opción, hay un enemigo detrás. —apuntó el oficial, tajante.

Dean alcanzó a ver una sombra como aquella que vio la primera vez que entró en el apartamento de Amanda. Las manos le sudaron al tiempo que la adrenalina corría por su torrente sanguíneo. ¡Ahí está el maldito! —señaló la escalera de honor.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó el oficial apuntando en todas las direcciones.

—¡Allá! —Dean seguía señalando.

El oficial apuntó con el arma, y casi a punto de disparar, Dean se echó sobre su brazo y bajó el arma.

—¡Éste me toca a mí! —Dean subió de forma cautelosa sin dejar de apuntar con el arma. Sentía terror y al mismo tiempo la furia impregnaba todo su ser.— Maldito infeliz, esta vez no te escapas.

Se escuchó un disparo afuera de la Sorbona. Dean se paralizó y bajó de la escalera tan rápido como pudo sin dejar de cuidarse la espalda, el oficial iba detrás de él.

Se percató que los teólogos ya habían abandonado el edificio.

La furia de Dean aumentó cuando vio que quien disparó había sido uno de sus hombres que disparó hacia arriba sin razón alguna. Una bala perdida, pensó Dean decepcionado.

—¡Quédate allá! Ustedes dos al patio. ¡Rápido! —Dean les daba instrucciones con el arma en mano.

—¡Fue una médium! —gritó otro de los oficiales desde afuera.

Dean se aturdió. ¿Amanda?, se preguntó.

—Una tal Charlotte. —volvió a gritar el oficial.— Esa hechicera es una médium influyente en Inglaterra.

Dean sintió que la sangre se le helaba.

—La han detenido, niega que lo conoce.

—Qué ordinario, alguien que no me conoce quiere asesinarme.

—Quiere destruir lo que usted representa. No a usted específicamente. Ya he dado la orden de su detención en Inglaterra, tenía algunos antecedentes, según la policía había demandas de sus pacientes por un aparato que ella manejaba, incurrió en el robo, en el engaño y en el asesinato. Se hacía pasar por médico cuando en realidad era una vil curandera que sanaba por medio de charlatanería y manifestaciones diabólicas...

Dean pensó de inmediato en el IMAGNETONIC.

—Esta mujer y una tal Hazel, saben que usted está luchando por encontrar la verdad de este caso, no sé cómo supieron que usted les investigaba y perseguía. Es probable que se hayan sentido amenazadas. ¿Nunca la ha visto? —le preguntó el agente sintiendo curiosidad.

—Jamás. —respondió Dean a secas, atando cabos en su mente.

—Pues ya están detenidas y parece que pronto alguien irá a la cárcel.

—¿Ha escuchado algo de esa máquina?

El nombre de Amanda vino a la mente de Dean, la imagen del IMAGNETONIC que encontró en el apartamento se dibujó en sus recuerdos y supo entonces que Charlotte espiaba a su sobrina, era la emisaria que Satanás había enviado para mantener cautiva y vigilada a Amanda. Las palabras del Dr. Bugner cobraron sentido cuando dijo “nos están vigilando”. Las máquinas, la inteligencia artificial, los poderes ocultos, la agenda global. Todo iba en esa dirección de destruir no solo al ser humano, sino de dañar el alma al grado de conducirla al fuego eterno. ¿Entonces cómo es que Amanda quería ayudarlo y darle información? ¿Cómo es que una exmédium se había incorporado a la Sociedad Secreta del Libro? ¿O es que seguía siéndolo y se había infiltrado en el lado opuesto como espía?

La voz de Oswin interrumpió sus pensamientos: eso es ¡pactos! No es tan fácil salir, el demonio es vengativo y reclamará su alma.

Por fin creyó en las palabras de Amanda. Su propia familia intentaba asesinarla por renunciar a las artes ocultas. Ella era la sucesora de Charlotte y jamás se lo perdonaría. Cory ya formaba parte de la secta de los dragones sin saber que lo engañaban, y una vez llegó al CETS descubrió la verdad. ¿Y Cecile? ¿La primera en salir del hospital? La única que se mantenía fiel a las enseñanzas de Kardec, claro. El mal siempre triunfa. La menos afectada. ¿Nicolás? Nicolás llegó tarde a la cita ese día del atentado en el apartamento, ¿cuál habría sido la razón? Su indiferencia hacia la vida de los demás, ciertamente Cory lo decía. Nicolás vive para él y para su industria. Los más afectados ahí eran Cory y Amanda. Como fuera, algo dentro de él le llamaba a entender la existencia de algo sobrenatural.

Se volvió a escuchar un disparo. Esta vez el ruido venía del Gran Amphithéâtre.

Dean y algunos de sus hombres entraron corriendo a la Universidad.

—Tú, de aquel lado —Dean se agachó e hizo un movimiento con la cabeza mientras sostenía el arma entre sus manos.

Uno de los oficiales hizo guardia en la puerta del Gran Amphithéâtre, dos más venían detrás de él. —en posición— dijo uno de ellos.

Dean sintió que el corazón le latía con fuerza, sabía que su momento de victoria había llegado, el sonido se escuchó tan claro como un trueno. Al fin, se dijo: “todos verán que sí existe un enemigo de carne y hueso, un maldito hijo del demonio que ha estado provocándome y que se mueve en las calles de París”.

—Agente, por favor —un oficial le hizo una señal con la cabeza sin soltar el arma que con brazo firme mantenía en una posición de ataque.

Dean inspiró profundo y en cuanto uno de los oficiales dio la señal de atravesar la puerta del Gran Amphithéâtre, sucedió lo inesperado.

Los oficiales entraron con arma en mano y dispuestos a pelear por el bien del barrio y de su país. Se encontraron con un aula oscura, donde reinaba el silencio, y un frío abrasador. Uno de los oficiales alumbró con linterna, Dean se exaltó cuando alcanzó a leer unas letras grabadas en el interior de aquella aula: Después de las tinieblas la luz... *Post Tenebras... lux*.

De un momento a otro el aula se iluminó. Los oficiales se miraron unos a otros y bajaron las armas al no ver a nadie. El Gran Amphithéâtre dormía en completa tranquilidad como cualquier otro lugar del campus.

Dean se sintió burlado. ¿Qué había sucedido?

Lo distrajo de sus pensamientos otro disparo que se volvió a escuchar afuera de la Sorbona. Algunos de sus hombres corrieron en dirección al ruido y él se quedó en el Gran Amphithéâtre. No es verdad que estés aquí, de algo me quieres distraer, pensó.

—Suba, agente, vamos, —un oficial le gritó con premura.— el equipo dice que estos disparos se escuchan también en el barrio Latino.

Dean emprendió la carrera hacia su camioneta, tres hombres se subieron con él y arrancó metiendo el acelerador a fondo. No iba a perder la oportunidad de su vida y su carrera. Ese desgraciado pagaría por todo esto. Cuatro de sus hombres iban en un vehículo delante del suyo. Atravesaron tres calles, un giro a la izquierda, dos a la derecha... su móvil sonó. El oficial que lo acompañaba descolgó.

—Pásame al jefe, ¡rápido!

—Habla ya. —respondió Dean sin dejar de ver al frente.

—Alphonse, está en peligro. Apartamento #134BDN.

—¡Maldita sea! ¡No solo soy yo! Vas por todos —pensó en voz alta. El oficial lo miró sin entender.

Dean dio la orden a sus hombres de permanecer en el barrio Latino. Él giró a la izquierda y manejó rumbo al apartamento de Alphonse en compañía del oficial que venía a su lado.

Se dirigió a las afueras de París. Desde su camioneta vio acordonado el apartamento de Alphonse y a la gente que se amontonaba fuera, entró con revólver en mano. Vio que había objetos dispersos por todos lados como en el apartamento de Amanda pareciendo la huella del agresor, la imagen era semejante a la que salió en los periódicos cuando ocurrió la implosión en Cordes-Sur-Ciel, un lugar en estado ruinoso. Se acercó al cuerpo de Alphonse que yacía en el piso con los ojos cerrados y el cabello peinado hacia atrás, el rostro del hombre había palidecido, se percibía un gesto de dolor, como si la angustia lo hubiese acompañado en el momento de su muerte, aunque no había lesiones corpóreas por alguna clase de tortura, salvo la que Dean ya había visto en su rostro, era evidente que sus facciones acusaban el conocimiento de algo terrible, sus manos limpias y bien cuidadas acumulaban el arduo trabajo en el que se sumergió por años. Dean vio sus extremidades en una posición extraña, de difícil interpretación. Esta vez su vestimenta lucía diferente a la acostumbrada, usualmente blanco. La combinación de sus prendas era llamativa. Una camisa color carmesí perfectamente abotonada hasta el cuello, pantalones negros, un cinturón desgastado por la hebilla y un calzado negro impecable. No se veía sangre por ningún lado, no hasta ahora.

Dean contempló ese rostro, una y otra vez, Alphonse murió sabiendo algo que no alcanzó a comunicar, pensó.

—El rostro de la muerte —susurró un oficial que se paseaba por ahí desde antes de que él

llegara.

Dean no dijo nada. Recapacitó: agua, fluidos, masa muscular. Solo queda la piel desnuda y fina sobre los huesos. A esto se reduce todo. La existencia es nada. Parece cosa fácil morir, desaparecer de la faz de la tierra y perderlo todo en un instante.

—La expresión de ese rostro delata una conciencia atormentada, no le bastó la vida para contemplar lo que le esperaba. —volvió a decir el oficial.

Dean solo deseaba que se callara. Él quería encontrar un rostro inexpresivo, mientras que lo único que vio fue dolor y terror. Su agonía debió ser demasiado sufrida, dijo para sí.

—¿Víctima de un crimen? —preguntó el oficial que ya le resultaba incómodo a Dean.

Dean jamás iba a olvidar esa expresión facial. Sabía que las caras de los fallecidos atestiguaban la naturaleza de su muerte. Fijó esta creencia en su mente cuando vio morir a su madre.

—Quizá ya esté en el infierno —aventuró otro de los oficiales. Algunos dejaron escapar una risa nerviosa.

Dean frunció el entrecejo.

—Un rostro desfigurado puede ser que sí le ha costado mucho morir, pero éste no, éste da señas de sufrimiento.

—Sufrimiento por la condena, ya sabe eso del ángel caído contra el ángel de Dios. —dijo uno de los oficiales que seguía hablando en broma.— Al menos ya sabemos el destino de su alma — todos rieron y murmuraron.

—Bueno, cuenta la leyenda que si alguien permanece con los ojos abiertos va al cielo. De lo contrario ya ha ganado el infierno. También dicen que según la postura del muerto es que se ha condenado o no.

Los oficiales se encogieron de hombros sin dejar de vacilar.

Resolviendo poner fin a esa escena, Dean se volvió hacia la salida, pensó que el crimen era lo de menos, Alphonse sabía y había visto algo más, no tenía la menor duda. Este hombre se encontró cara a cara con algo poderoso. Algo que ahora solo estaba en sus manos descubrir.

—Agente, espere, —uno de sus hombres le gritó desde la biblioteca del médico.—mire esto.

Dean tomó la carta que un oficial le extendía. Leyó las letras en el sobre: Dean Antoine.

Tan pronto la abrió, leyó “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Santiago 4:7”. Dean la dejó caer de sus manos y a pesar de las muchas sospechas que habían emergido en las calles de París, supo hasta entonces que no importa lo que suceda, porque sería a cualquier día y hora que el alma de todos los mortales despegue de este mundo y solo muy pocas encuentren una gloriosa eternidad, mientras que un abismo insondable de una penetrante oscuridad y eterno terror consume a casi el resto de la humanidad a causa de una cínica indiferencia hacia las cosas del espíritu y una constante ignorancia de las Sagradas Escrituras.

Dean Antoine se repitió a sí mismo: Sed sobrios, velad y estar firmes porque el enemigo de nuestras almas, el adversario, el dragón, busca a quién devorar para conducirlo a la perdición eterna, pues Satanás no ha venido sino para hurtar, matar y destruir, y hará todo lo posible para que nuestros pies jamás encuentren un camino de paz.

Nota sobre los personajes

Los nombres de los personajes fueron pensados para aportar un significado a la historia de acuerdo con su misión. Como ejemplo de ello: Cory significa *la paz de Dios*, pues, tras su largo y tortuoso peregrinaje, la paz de Dios será su gran anhelo y lo último que tendrá y le traerá ánimo y esperanza en un mundo ajetreado y gobernado por el mal. Dean, quiere decir *líder*; y Antoine, *el que se enfrenta al adversario*. Dean Antoine es el jefe de los agentes que conforman el cuerpo de investigación de la policía francesa. Amanda quiere decir *la que será amada por Dios*. Esta joven abogada, audaz e independiente, se convierte de sus malos caminos hacia la fe tras una larga batalla consigo misma y su herencia familiar. Nicolás nos deja ver *la victoria del pueblo*. Este personaje es el mejor amigo de Cory y constantemente lo encamina para que encuentre el objeto de su tormento, lo aconseja y le evita que cometa errores. Por supuesto, que no es el amigo ideal pues también tiene sus intereses propios y puede llegar a sacrificar la amistad. Kar mele significa *jardín de Dios*, un personaje que desde el principio se muestra piadoso y fiel a la doctrina cristiana, ignorando que ha sido engañada por falsos maestros y doctrinas heréticas. Cecile, *pequeña ciega o corta de vista*, es una joven que da rienda suelta a la dureza de su corazón y nada es más importante para ella que descubrir la inmortalidad del alma sin importar el camino por el que tenga que andar, si ella lo considera prudente en su propia opinión. Carsten es una variante alemana del cristiano, quiere decir *hombre cristiano o seguidor de Cristo*. En la historia es el profesor y mentor del protagonista, quien anima a Cory a dar sus primeros pasos en la fe, así como una guía para Dean. Su apellido Berthold significa *fuera brillante o gobernante brillante*. Oswin, cuyo significado es *amigo de Dios*, conocerá los caminos del bien por el testimonio de Amanda, su mejor amiga. Spencer significa *dispensador de provisiones*, está presente en la obra con la única finalidad de ayudar y ser un brazo derecho para los personajes. Además, es un gran consejero y consolador en las aflicciones. Alphonse viene de una raíz germánica y quiere decir *guerrero preparado para el combate*, un médico obligado a dejar atrás su soberbia y conocimiento para enfrentarse con una nueva realidad que ya no podrá negar.

La historia de la humanidad da testimonio de la persecución espiritual que ha padecido la Iglesia Protestante, desde sus inicios. Bien ha sido advertida por las Sagradas Escrituras que “en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios [...] ingratos, impíos [...] crueles, aborrecedores de lo bueno... amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”. La Iglesia de Jesucristo es amonestada “para evitar ser sacudida por todo viento de doctrina, falsos maestros, la astucia de hombres y por las artimañas engañosas del error”, pues “ningún creyente debe ser engañado por filosofías y vanas sutilezas conforme a las tradiciones y poderes que dominan el mundo y no según Cristo”.

Acerca del autor

Cuando A.R.Proulx nació, sus padres apenas se habían convertido del catolicismo al cristianismo evangélico. De modo que creció en una cuna protestante. Durante su adolescencia y temprana juventud visitó numerosos templos protestantes, algunos de alcance internacional. No fue sino a un año de graduarse de la universidad que su corazón se sintió inquieto por un verdadero encuentro con la fe evangélica. A los 24 años de edad percibió un mundo sobrenatural que la llevó a conocer a Satanás y su engañosa forma de seducir almas. Tras adentrarse en este engaño, su cuerpo fue víctima de la mano del demonio, presencié escenas espiritistas, cultos diabólicos y una multitud de prácticas paganas. Lo más trágico de este testimonio de vida es que ese encuentro con Satanás sucedió al interior de templos protestantes. En esta obra Proulx comparte su largo y tortuoso peregrinaje el cual hizo acompañada de su familia y amistades en la fe, quienes también fueron víctimas.

Esta obra literaria atravesó un camino pedregoso al intentar plasmar en palabras lo que solo podía quedarse en el espíritu. Finalmente ha sido publicada con la intención de alertar el espíritu del lector ante un mundo que es invisible pero real y con el propósito de que conozca la única verdad que existe.

Esta historia está basada en hechos reales sobrenaturales y espirituales. No es fantasía. Los personajes y sus experiencias aquí narradas son reales, pero sus nombres han sido modificados para proteger su identidad. Hechos como la invención de una pandemia (*plandemia*), la vacuna como experimento génico, el transhumanismo y la identidad de género son parte del mismo plan diabólico. Una guerra contra Dios y para la destrucción de Su creación. El mundo pertenece a Satanás.

Tener poderes sobrenaturales y ser hijo de Satanás es una realidad. Ser rescatado de sus garras para convertirse en hijo de Dios gracias a la redención que Jesucristo ofrece, es lo más poderoso que un ser humano puede experimentar.